MUNDO ANILLO
Larry Niven



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1. Luis Wu

Luis Wu volvió a la realidad en el centro del Beirut nocturno, en el interior de una de las varias cabinas teletransportadoras de uso general.

La larga coleta, blanca y reluciente, parecía de nieve artificial. La piel y el cráneo depilado tenían un tinte amarillo cromo; el iris de sus ojos era dorado y lucía una túnica azul cobalto sobre la cual destacaba la dorada figura de un dragón estereoscópico. Cuando apareció, su rostro exhibía una amplia sonrisa con una hilera de perfectos dientes nacarados, absolutamente normalizados. Su persona se materializó sonriente y agitando una mano. Pero la sonrisa estaba ya en fase de disolución; un segundo más tarde había desaparecido, y su rostro comenzaba a descomponerse como una máscara de goma bajo el efecto del calor. En ese momento, Luis Wu aparentaba los años que tenía.

Permaneció inmóvil unos instantes junto a su cabina contemplando el paso de la ciudad de Beirut: la gente que iba apareciendo en las cabinas contiguas, procedente de lugares desconocidos; la multitud que cruzaba el lugar a pie, pues las aceras móviles se desconectaban durante la noche. Entonces comenzaron a tocar las once. Luis Wu enderezó los hombros y salió al encuentro del mundo.

En Resht, su fiesta debía de continuar en pleno apogeo y ya sería la mañana siguiente a su cumpleaños. En Beirut tenían una hora menos. Luis pagó varias rondas de raki en un reposado restaurante al aire libre y aplaudió las canciones que el público coreaba en árabe y en intermundo. Antes de medianoche salía rumbo a Budapest.

¿Habrían advertido que había dejado su propia fiesta? Sin duda supondrían que había salido con alguna mujer y estaría de regreso en un par de horas. Pero Luis se había ido solo, huyendo de las campanadas de medianoche, con el nuevo día pisándole los talones. Veinticuatro horas eran muy pocas tratándose de la celebración de su bicentésimo cumpleaños.

Ya se las arreglarían sin él. Sus amigos eran gente de mundo. Luis se mostraba inflexible en ese aspecto. En Budapest encontró vino y danzas atléticas, nativos que le toleraron tomándole por un turista adinerado y turistas que le creyeron un nativo acomodado. Bailó las danzas y bebió el vino, y emprendió la marcha al filo de medianoche.

En Munich decidió dar un paseo.

El aire era cálido y puro; le ayudaría a despejarse un poco. Estuvo caminando sobre las iluminadas aceras móviles, sumando su andar a los quince kilómetros por hora de las aceras. De pronto, cayó en la cuenta de que todas las ciudades del mundo tenían aceras móviles, y todas se desplazaban a quince kilómetros por hora.

La idea le pareció intolerable. Nada nuevo; sólo intolerable. Luis Wu rememoró la total similitud existente entre Beirut Y Munich o Resht... o San Francisco o Topeka o Londres o Amsterdam. Las tiendas que flanqueaban las aceras móviles vendían productos idénticos en todas las ciudades del mundo. Los ciudadanos que había encontrado esa noche tenían todos igual aspecto, vestían del mismo modo. No eran americanos, ni alemanes, ni egipcios, sino, simplemente, terrícolas.

En sólo tres siglos y medio, las cabinas teletransportadoras habían logrado trocar la infinita variedad de la Tierra en esto. Su red de transporte instantáneo abarcaba el mundo entero. Entre Moscú y Sidney mediaba sólo un infinitésimo de tiempo y una moneda de un décimo de estrella. Ineluctablemente, las ciudades se habían ido desdibujando con los siglos y sus nombres eran ya meras reliquias del pasado.

San Francisco y San Diego constituían el extremo norte y sur de una vasta ciudad costera. Pero ¿cuántas personas sabían cuál era el extremo norte y cuál el sur? Muy pocas, a esas alturas.

Eran pensamientos más bien pesimistas para un hombre que ese día cumplía los doscientos años de vida.

Pero la fusión de las ciudades era un hecho real. Luis había sido testigo del proceso. Había visto fundirse todas las irracionalidades de lugar, tiempo y costumbres en una gran racionalidad: una Ciudad que cubría el mundo entero, cual monótona pasta gris. ¿Quién hablaba aún deutsch, english, francais, español? Todos se comunicaban en intermundo. Los tatuajes de moda cambiaban todos al unísono, en una monstruosa oleada que abarcaba el mundo entero.

¿Sería hora de tomarse otro año sabático? Lanzarse a lo desconocido, él solo en su nave individual, con la piel y los ojos y el cabello de su color natural, y una barba que iba creciendo desordenadamente sobre su rostro...

- Bobadas - se dijo Luis -. Acabo de tomarme un sabático.

De eso hacía veinte años.

Pero ya pronto darían las doce. Luis Wu buscó una cabina teletransportadora, introdujo su tarjeta de crédito en la ranura y marcó el código de Sevilla.

Reapareció en una habitación bañada por la luz del sol.

- Nej, ¿qué significa esto? - se preguntó, frotándose los ojos.

La cabina debía estar averiada. En Sevilla ya no tendría que ser de día. Luis Wu se disponía a marcar otra vez; sin embargo, al volverse, se encontró con una sorpresa.

Estaba en una habitación de hotel completamente anónima, y en tan prosaico marco, su ocupante resultaba aún más desconcertante.

En efecto, ante sí, en medio de la habitación tenía un ser desprovisto de todo rasgo humano o humanoide. Se apoyaba sobre tres patas y contemplaba a Luis Wu desde dos direcciones distintas, gracias a sus dos cabezas planas montadas sobre sendos cuellos, flexibles y muy delgados. La mayor parte de tan sorprendente figura estaba cubierta de piel blanca y suave corno un guante; sin embargo, entre los dos cuellos de la bestia crecía una gruesa crin de basto pelo castaño, que le cubría todo el espinazo hasta la complicada articulación de la pata

trasera. Tenía las dos patas delanteras muy separadas, de modo que los pequeños cascos con garras de la bestia formaban un triángulo casi equilátero.

Luis supuso que debía tratarse de un animal extraterrestre. Esas cabezas planas no podían albergar un cerebro. Pero luego advirtió una jiba entre las bases de los cuellos, donde la crin se convertía en un grueso estropajo protector... y comenzó a recordar vagamente un incidente acaecido treinta y seis lustros atrás.

Era un titerote, un titerote de Pierson. El cerebro y el cráneo se ocultaban bajo la joroba. No era un animal; estaba dotado de una inteligencia al menos comparable a la del hombre. Y sus ojos, uno por cabeza y muy hundidos en las órbitas óseas, miraban fijamente a Luis Wu desde dos direcciones distintas.

Luis intentó abrir la puerta. Cerrada.

Había quedado encerrado fuera, no dentro. Podía marcar un número y esfumarse. Pero ni siquiera lo pensó. No era corriente encontrar un titerote de Pierson. La especie había desaparecido del espacio conocido antes de que Luis Wu viniera al mundo.

- ¿Puedo servirte en algo? - dijo Luis.

- Puedes - dijo el extraño ser...

...con una voz que le hizo rememorar sus sueños de adolescente. De querer imaginar una mujer en consonancia con esa voz, Luis habría tenido que evocar a Cleopatra, Helena de Troya, Marilyn Monroe y Lorelei Huntz, todas en una.

- ¡Nej!

La palabrota le pareció más adecuada que nunca. ¡No es justo! ¡Que semejante voz perteneciera a un extraño ser de dos cabezas y sexo indeterminado!

- No te asustes - dijo el extraterrestre -. En caso de emergencia, siempre puedes huir.

- En el colegio había dibujos de seres como tú. Hace tiempo que desaparecisteis... o eso creíamos.

- Cuando mi especie huyó del espacio conocido, yo no les acompañé - replicó el titerote - Me quedé en el espacio conocido, pues aquí podía ser útil a mi especie.

- ¿Dónde te has ocultado? ¿Y en qué lugar de la Tierra estamos ahora?

- Eso no es de tu incumbencia. ¿Eres Luis Wu MMGREWPLH?

- ¿Lo sabías ya? ¿Me buscabas concretamente a mí?

- Si. Hemos hallado la manera de manipular la red de cabinas teletransportadoras de este mundo.

Era posible, pensó Luis. Costaría una fortuna en sobornos, pero era posible conseguirlo. Aunque...

- ¿Para qué?

- Será un poco largo de explicar...

- ¿No vas a dejarme salir de aquí?

El titerote reflexionó:

- Supongo que debo hacerlo. Pero primero debo advertirte que estoy protegido. Mi armamento puede detener cualquier posible ataque.

Luis emitió un gruñido de disgusto.

- ¿Por qué habría de atacarte?

El titerote no respondió.

- Ya recuerdo. Sois cobardes. Toda vuestra ética se basa en la cobardía.

- Aunque inexacta, la descripción puede servirnos.

- Bueno, podría ser peor - reconoció Luis. Todas las especies sensibles tenían sus peculiaridades. Sin duda resultaría más fácil entenderse con el titerote que con los trinoxios y su paranoia racial, o los kzinti con sus instintos asesinos, o los grogs sésiles con esos... extraños e inquietantes órganos que tenían en lugar de manos.

La figura del titerote habíale traído a la memoria todo un desván de polvorientos recuerdos. La información sobre los titerotes y su imperio comercial, sus contactos con la humanidad, su repentina e inusitada desaparición, afluía a su mente entremezclada con el sabor del primer cigarrillo, las primeras tentativas de escribir a máquina con dedos torpes y no adiestrados, listas de vocabulario intermundo que debía memorizar, el sonido y el sabor del inglés, las incertidumbres y zozobras de la primerísima juventud. Había estudiado los titerotes en clase de historia, en el Instituto, y luego los había olvidado por completo durante ciento ochenta años. ¡Resultaba asombroso comprobar la cantidad de cosas que era capaz de retener el cerebro humano!

- Puedo permanecer aquí, si así lo prefieres - le dijo al titerote.

- No. Debemos estar juntos.

Los músculos se perfilaron tensos bajo la piel cremosa, mientras el titerote procuraba armarse de valor. Por fin se abrió la puerta de la cabina y Luis Wu entró en la habitación.

El titerote retrocedió un poco.

Luis se dejó caer en una silla, no tanto por su propia comodidad sino más bien con el propósito de tranquilizar un poco al titerote. Sentado tendría un aspecto más inofensivo. La

silla era un modelo estándar, una silla vibradora adaptable, diseñada exclusivamente para humanos. Entonces Luis advirtió una tenue fragancia, que le recordó un herbolario y un juego de química a la vez, un olor bastante agradable.

El extraterrestre dobló la pata trasera y se acomodó sobre ella.

- Debes de preguntarte por qué te he traído hasta aquí. Será largo de contar. Para empezar, ¿qué sabes de mi especie?

- Hace tantos años que dejé el colegio. Poseíais un imperio comercial, si no me equivoco. Abarcaba mucho más de lo que solemos denominar «espacio conocido». Sabemos que los trinoxios fueron clientes vuestros, y no les conocimos hasta veinte años atrás.

- Sí, solíamos comerciar con los trinoxios. En gran parte a través de robots, si mal no recuerdo.

- Vuestro imperio comercial tenía varios milenios de antigüedad, por lo menos, y abarcaba como mínimo un buen puñado de años luz. Y luego, de pronto, desaparecisteis. Lo abandonasteis todo. ¿Por qué?

- ¿Será posible que ya nadie se acuerde? ¡Huimos de la explosión del núcleo galáctico!

- Ya lo sé. - Luis incluso recordaba vagamente que la reacción en cadena de las novas en el eje galáctico había sido descubierta por extraterrestres -. Pero, ¿por qué continuáis huyendo? Los soles del Núcleo entraron en estado de novas hace diez mil años. La luz tardará aún otros veinte mil años en llegar hasta aquí.

- Los humanos son unos insensatos - dijo el titerote -. Vuestra inconsciencia acabará por llevaros al desastre. ¿No os dais cuenta del peligro? ¡Toda esta región de la galaxia se hará inhabitable por efecto de la radiación del frente expansivo!

- Veinte mil años son muchos años.

- Aunque ocurra dentro de veinte mil años, la exterminación sigue siendo la exterminación. Mi especie huyó rumbo a las Nubes de Magallanes. Pero aquí quedamos unos cuantos, por si la migración titerote sufría algún percance. Éste se ha producido ahora.

- ¿Oh? ¿Qué tipo de percance?

- No estoy autorizado a responder a esta pregunta. Pero puedo enseñarte esto.

El titerote le tendió un objeto que tenía sobre la mesa. Y Luis, que se había estado preguntando dónde tendría metidas las manos, advirtió que sus bocas eran manos.

Y unas manos muy diestras, según pudo apreciar cuando el extraterrestre se inclinó con gran cautela para entregarle un grabado instantáneo. Los elásticos y holgados labios del titerote se extendían varios centímetros más allá de sus dientes. Estaban tan secos como los dedos humanos y tenían una orla de abultamientos en forma de dedos. Luis logró divisar fugazmente una ágil lengua bífida tras los cuadrados dientes de herbívoro.

Cogió la instantánea y la observó.

Al principio no logró discernir nada, pero continuó mirándola atentamente con la esperanza de conseguir descifrar su significado. Se veía un pequeño disco de un blanco intenso que podría ser un sol, G0 o K9 o K8, con un desdibujado cordón separado de sol por un liso reborde negro. Pero el reluciente objeto no podía ser un sol. Detrás, semicubierta por éste, se veía una franja azul cielo recortada sobre el fondo negro-espacio. La franja azul era perfectamente recta, de lisos rebordes, sólida, artificial, y más ancha que el disco iluminado.

- Parece una estrella con un anillo alrededor - dijo Luis -. ¿Qué es?

- Puedes quedártelo y analizarlo más detenidamente, si quieres. Ahora puedo explicarte el motivo de que te hayamos traído hasta aquí. Tengo la intención de organizar una expedición de exploración, integrada por cuatro miembros, entre ellos yo mismo, y también tú.

- ¿Para explorar qué?

- Aún no puedo especificártelo.

- Déjate de historias. Sería una locura lanzarme así, a la aventura.

- Feliz bicentésimo cumpleaños - dijo el titerote.

- Gracias - respondió Luis, desconcertado.

- ¿Por qué abandonaste tu fiesta?

- Eso no te importa.

- Sí que me importa. Luis Wu, ¿por qué abandonaste tu fiesta de cumpleaños?

- Simplemente decidí que veinticuatro horas no eran suficientes para celebrar un bicentésimo cumpleaños. Conque me propuse prolongarlo a base de ir viajando hacia el oeste. No siendo terrícola, no podrías comprender...

- ¿Y te entusiasmó comprobar que todo te iba saliendo tan bien?

- No, no exactamente. No...

No se sentía entusiasmado, pensó Luis. Todo lo contrario. Aunque la fiesta había ido bastante bien.

Había dado comienzo esa madrugada, exactamente un minuto después de medianoche. Por qué no. Tenía amigos en todos los husos horarios. No había motivo alguno para desperdiciar ni un solo minuto de su día. La casa estaba llena de equipos para dormir, en los que podían echarse rápidas y profundas siestas. Para los que no quisieran perderse detalle, había preparado drogas estimulantes, algunas con interesantes efectos secundarios, otras destinadas sólo a mantener despiertos a quienes las tomasen.

Luis no había visto a algunos de sus invitados, desde hacía más de cien años, a otros, en cambio, los veía casi a diario. Algunos habían sido enemigos mortales de Luis Wu, muchísimos años atrás. Se encontró también con mujeres a las que había olvidado por completo, con las consiguientes sorpresas al comprobar cuánto habían cambiado sus gustos en esa materia.

Como era de esperar, las presentaciones le ocuparon demasiadas horas de su aniversario. ¡Las listas de nombres que se vio obligado a memorizar de antemano! Demasiados amigos habíanse convertido en extraños.

Y escasos minutos antes de medianoche, Luis Wu se había metido en una cabina teletransportadora, había marcado un número y se había esfumado.

- Me moría de hastío - dijo Luis Wu -. «Háblanos de tus últimas vacaciones, Luis» «¡No comprendo cómo puedes soportar esa soledad, Luis! ¡Estupenda la idea de invitar al embajador de Trinox, Luis! ¡Cuánto tiempo sin verte, Luis!» «Eh, Luis, ¿por qué se necesitan tres jincianos para pintar un rascacielos?»

- ¿Por qué?

- ¿Por qué, qué?

- Los jincianos.

- Oh. Uno sujeta el spray y los otros dos mueven el rascacielos arriba y abajo. La primera vez que lo oí estaba en párvulos. Todos los despojos de mi vida, todos los viejos chistes, todos reunidos en una enorme casa. Algo insoportable.

- Eres un hombre inquieto, Luis Wu. Esos años sabáticos... fuiste tú el iniciador de la costumbre, ¿no es así?

- No recuerdo cómo empezó... Se puso de moda... Ahora casi todos mis amigos se toman uno que otro.

- Pero no con tanta frecuencia como tú. Cada cuarenta años o así, te hartas de la compañía humana. Entonces abandonas los mundos de los hombres y partes rumbo a las fronteras del espacio conocido. Deambulas por el exterior del espacio conocido, completamente solo en tu nave individual, hasta que vuelves a sentir necesidad de compañía. Hace veinte años que regresaste de tu último sabático, el cuarto que realizabas. Eres inquieto, Luis Wu. Has vivido suficientes años en cada uno de los mundos del espacio humano como para ser considerado un nativo del jugar. Esta noche has abandonado tu propia fiesta de cumpleaños. ¿Te hormiguean otra vez los pies?

- Eso es asunto mío, ¿no crees?

- Sí. A mí lo único que me interesa es reclutar gente. Serías un buen elemento para mi expedición. Corres riesgos, pero riesgos calculados. No temes encontrarte a solas contigo mismo. Has sabido tener la cautela y la astucia necesarias para vivir doscientos años. No te has descuidado en el aspecto médico y así has conseguido conservar el físico de un hombre

de veinte años. Y lo que es aún más importante: aparentemente, aceptas gozoso la compañía de extraterrestres.

- Desde luego.

Luis conocía algunos xenófobos y los consideraba unos papanatas. Le resultaba terriblemente aburrido hablar sólo con humanos.

- Pero no quieres embarcarte a ciegas. Luis Wu, ¿no te basta con que yo, un titerote, vaya contigo? ¿Qué podrías temer que no me hubiera asustado a mí primero? Es proverbial la inteligente cautela de mi raza.

- Tienes razón - dijo Luis. La verdad es que lo tenía atrapado. La xenofilia, la inquietud y la curiosidad se habían confabulado para predisponerle a seguir al titerote dondequiera que éste se dirigiese. Pero deseaba obtener mayor información.

Y estaba en situación de imponer condiciones. Un extraterrestre no viviría en una habitación como ésa por gusto. Ese cuarto de hotel tan vulgar, tan reconfortantemente normal desde el punto de vista de un terrícola, debía de haber sido amueblado en vistas a la operación de reclutamiento.

- No quieres explicarme qué te propones explorar - dijo Luis -. ¿Me dirás al menos dónde está?

- Se encuentra a doscientos años luz de aquí, en dirección a la Nube Menor.

- Pero nos tomará dos años llegar hasta allí en un hiperreactor.
- No. Contamos con una nave que se desplaza a una velocidad bastante superior a la del hiperreactor corriente. Puede recorrer un año luz en cinco cuartos de minuto.

Luis abrió la boca, pero no logró emitir ni un sonido. ¿Un minuto y cuarto?

- No debería extrañarle tanto, Luis Wu. ¿Cómo se explicaría si no que pudiésemos enviar un agente al núcleo galáctico pare investigar la reacción en cadena de las novas? Debiste haber deducido la existencia de una nave de esas características. Si tengo éxito en mi misión, mi intención es ceder la nave a mi tripulación, junto con los planos necesarios para construir otras del mismo tipo. Esa nave es tu... precio, tus honorarios, llámale como quieras. Podrás observar sus características de vuelo cuando nos unamos a la migración de titerotes. Entonces sabrás qué nos proponemos explorar.

Unirse a la migración de titerotes...

- Cuenta conmigo - dijo Luis Wu. ¡Tendría oportunidad de observar a toda una especie racional en movimiento! Grandes naves con miles de millones de titerotes en cada una de ellas, ecologías completas en acción...

- Estupendo - dijo el titerote, incorporándose -. Necesitaremos un equipo de cuatro. Ahora debemos salir en busca del tercer miembro.

Y se metió en la cabina teletransportadora.

Luis se guardó la misteriosa instantánea en el bolsillo y le siguió. Intentó leer el número del marcador de la cabina, lo cual le hubiera indicado en qué lugar del mundo se hallaban. Pero el titerote marcó demasiado de prisa y cuando quiso mirar ya no estaban ahí.

Luis Wu salió de la cabina tras el titerote y se encontró en la penumbra de un lujoso restaurante. Reconoció el lugar por la decoración en negro y oro y el despilfarro de espacio que suponía la ordenación de las cabinas en forma de herradura. Era el Krushenko de Nueva York.

El titerote avanzó en medio de incrédulos murmullos. Un maitre humano, imperturbable como un robot, les condujo a una mesa. Una de las sillas había sido sustituida por un gran almohadón cuadrado que el extraterrestre se colocó entre casco y cadera cuando se sentó.

- Te esperaban - dedujo Luis Wu.

- Sí. Llamé para reservar mesa. En el Krushenko están acostumbrados a servir a clientes no terrícolas.

Luis advirtió entonces la presencia de otros comensales extraterrestres: cuatro kzinti en la mesa contigua y un kdatlyno a medio camino de la puerta. Era lógico, con el Edificio de las Naciones Unidas ahí al lado. Luis marcó el código para pedir un tequila sour y, en cuanto lo tuvo en la mesa, se lo bebió de un trago.

- Ha sido un a buena idea - comentó -. Estoy muerto de hambre.

- No hemos venido a comer. Estamos aquí para reclutar al tercer miembro de nuestra expedición.

- ¿En un restaurante?

El titerote levantó la voz para responder, pero sus palabras no fueron exactamente de respuesta.

- ¿No conocías a mi kzin, Kchula-Rrit? Es mi mascota.

A Luis casi se le atraganto el tequila. Las cuatro moles de piel anaranjada que ocupaban la mesa situada a las espaldas del titerote eran ni más ni menos que cuatro kzinti; y al oír las palabras del titerote los cuatro se volvieron enseñando sus aguzados dientes. Parecía una sonrisa, pero en un kzin esa mueca nunca es una sonrisa

El apellido Rrit corresponde a la familia del Patriarca de Kzin. Luis apuró su copa y decidió que el detalle no tenía importancia. El insulto hubiera sido mortal de todos modos y uno no podía ser devorado dos veces.

El kzin más próximo se puso de pie.

Un grueso pelaje anaranjado, con unas marcas negras sobre los ojos, cubría lo que podría haber sido un gordo gato romano de dos metros y medio de estatura. La gordura era toda músculo, liso y fuerte y curiosamente distribuido sobre un esqueleto igualmente curioso. Unas aguzadas y bien pulidas garras emergieron de sus vainas, en el extremo de unas manos que semejaban negros guantes de cuero.

El cuarto de tonelada de carnívoro racional miró al titerote de arriba abajo y dijo:

- ¿Cómo tienes la osadía de creerte con derecho a insultar al Patriarca de Kzin y no pagarlo con tu vida?

El titerote respondió de inmediato y sin un temblor en su voz:

- Yo fui el autor de la coz que recibió en la barriga un kzin llamado Capitán Chuft, en un mundo con círculos Beta Lyra; le rompí tres soportes de su estructura endoesquelética con mi casco trasero. Necesito un kzin valeroso.

- Sigue - dijo el kzin de los ojos negros. Pese a las limitaciones que le imponía su estructura bucal, el kzin hablaba intermundo a la perfección. Sin embargo, su voz no reflejaba la ira que debería haber sentido. A juzgar por la emoción que demostraban los kzinti y el titerote, Luis podría haber estado presenciando un gastado ritual.

Pero a los kzinti les habían servido un plato de carne cruda, sanguinolento y humeante, calentada instantáneamente a la temperatura del cuerpo en el momento de servirla. Y todos los kzinti sonreían.

- Este humano y yo - dijo el titerote - nos disponemos a explorar un lugar que ningún kzin ha podido ni imaginar jamás. Necesitamos un kzin para nuestra tripulación. ¿Osará explorar un kzin el lugar donde se aventura un titerote?

- Dicen que los titerotes son herbívoros, que rehuyen la batalla en vez de lanzarse a ella.

- Podrás juzgar por ti mismo. Tus honorarios, si sobrevives, serán los planos de un nuevo y valioso modelo de nave espacial y una nave ya construida. Tal vez te parezca una recompensa poco segura.

Luis pensó que el titerote estaba haciendo todo lo posible por insultar a los kzinti. Nunca se le ofrece a un kzin una recompensa que no sea segura. ¡Para un kzin no existe el riesgo!

Pero el kzin se limitó a responder:

- Acepto.

Los otros tres pronunciaron un comentario despectivo.

El primer kzin respondió al insulto.

Uno solo ya sonaba como una riña de gatos. Cuatro kzinti enzarzados en acalorada discusión hacían pensar en una gran batalla felina, con sordina. Los amortiguadores de sonido del

restaurante se conectaron automáticamente y los gruñidos quedaron ahogados, pero no se interrumpieron.

Luis pidió otra copa. A juzgar por sus conocimientos de historia kzinti, estos cuatro debían de ser bastante modosos. El titerote aún seguía con vida.

Por fin acabó la discusión y los cuatro kzinti se volvieron. El de las señales negras sobre los ojos dijo:

- ¿Cómo te llamas?

- Uso el nombre humano de Nessus - respondió el titerote -. Mi verdadero nombre es... - Por un instante una armónica melodía emergió de las extraordinarias gargantas del titerote.

- Muy bien, Nessus. Debes tener en cuenta que los cuatro constituimos una embajada kzinti en la Tierra. Éste es Hareh, y éste Ftanss, el de las rayas amarillas es Hroth. Yo soy sólo un aprendiz y de casta inferior, luego no tengo nombre. Se me conoce por mi profesión: Interlocutor-de-Animales.

Luis aguzó los oídos.

- El problema es que no podemos movernos de aquí. Delicadas negociaciones... pero eso no es asunto vuestro. Hemos decidido que soy el único sustituible. Si tu nueva nave tiene algún interés para nosotros, me uniré a vuestra expedición. En caso contrario, tendré que demostrar mi valor de otro modo.

- De acuerdo - dijo el titerote, y se levantó.

Luis no se movió de su asiento.

- ¿Puedes decirme la forma kzinti de tu título? - preguntó.

- En la Lengua del Héroe se llama...

Y el kzin lanzó un gruñido de creciente intensidad.

- Entonces, ¿por qué no mencionaste este título? ¿Pretendías insultarnos?

- Sí - dijo el Interlocutor-de-Animales -. Estaba muy enfadado.

Habituado a sus propias normas de conducta, Luis esperaba que el kzin mintiera. Entonces Luis hubiera fingido creerle y ello le hubiera impulsado a mostrarse más amable en el futuro... pero era demasiado tarde para echarse atrás. Luis titubeó una fracción de segundo antes de preguntar:

- ¿Y cuál es la costumbre?

- Tendremos que luchar a puño limpio... en cuanto me desafíes. De lo contrario uno de los dos tendrá que excusarse.

Luis se puso en pie. Era un suicidio, pero, ¡nej!, conocía bien la costumbre.

- Te reto a duelo - dijo -. Diente contra diente, garra contra uña, visto que es imposible compartir el universo en paz.

Entonces el kzin al que habían presentado como Hroth dijo, sin levantar la cabeza:

- Permitan que les presente mis excusas en nombre de mi compañero, Interlocutor-de-Animales.

- ¿Cómo? - exclamó Luis.

- Es mi función - explicó el kzin de las rayas amarillas -. Por naturaleza, los kzinti nos vemos abocados a situaciones en las que es preciso excusarse o luchar. Sabemos lo que ocurre cuando luchamos. Nuestra población ha quedado reducida a una octava parte de lo que era cuando los kzinti tuvieron su primer encuentro con el hombre. Nuestras colonias son vuestras colonias, nuestras especies esclavas han sido liberadas y han aprendido la tecnología y la ética humanas. Cuando se presenta la alternativa de excusarse o luchar, mi función es pedir excusas.

Luis se sentó. A fin de cuentas, tal vez podría seguir viviendo.

- No quisiera ese trabajo por nada del mundo - dijo.

- Es evidente, puesto que estabas dispuesto a luchar con un kzin a puño vivo. Pero el Patriarca opina que sólo sirvo para eso. Mi inteligencia es escasa, mi salud mala y mi coordinación terrible. ¿Qué otra cosa puedo hacer para no perder mi nombre?

Luis bebió un sorbo de su combinado y rogó que alguien cambiara de tema. Ese kzin humilde le ponía nervioso.

- Comamos - dijo el que se denominaba Interlocutor-de-Animales -. A menos que nuestra misión sea urgente, Nessus.

- En absoluto. Aún no tenemos la tripulación completa. Mis colegas me avisarán cuando hayan localizado un cuarto tripulante cualificado. Podemos comer tranquilamente.

Interlocutor-de-Animales aún hizo un comentario antes de regresar a su mesa.

- Luis Wu, has usado demasiada verborrea para desafiarme. Para retar a duelo a un kzin basta un rugido de rabia. Un rugido y luego un rápido ataque.

- Un rugido y luego un rápido ataque - repitió Luis -. Estupendo.

2. Y su pintoresca compañía

Luis Wu conocía muchas personas que cerraban los ojos cuando usaban una cabina teletransportadora. El repentino cambio de escenario les producía vértigo. Luis lo consideraba una bobada; pero, en fin, las rarezas de sus amigos no acababan ahí.

Mantuvo los ojos bien abiertos mientras marcaba el código. Los extraterrestres que le observaban se esfumaron. Alguien gritó:

- ¡Aquí está!

Un gran gentío comenzó a agolparse junto a la puerta. Luis tuvo que empujar para abrirla.

- ¡Vaya tarambanas! ¿Nadie se ha ido a casa aún? - Abrió los brazos como si quisiera estrecharlos a todos, luego comenzó a abrirse paso a empellones como una máquina quitanieves. ¡Dejad paso, palurdos! Traigo más invitados.

- ¡Estupendo! - gritó una voz en su oído. Unas manos anónimas cogieron la suya y le apretaron los dedos en torno a una ampolla de licor. Luis dio palmadas en la espalda a los siete u ocho invitados que tenía al alcance y sonrió ante tan buena acogida.

Luis Wu. De lejos se diría un oriental, con pálida tez amarillenta y largos cabellos blancos. Llevaba su ostentosa túnica azul con aire descuidado, parecía que debía impedirle moverse con soltura. Pero la impresión era engañosa.

De cerca, todo era un timo. No tenía la piel de un pálido color amarillo tostado sino de un liso amarillo cromo, como un Fu Manchú de dibujos animados. La coleta era demasiado gruesa y no había encanecido con la edad, sino que su blanco era total y absoluto con un imperceptible toque de azul, como el reflejo de una estrella enana. Como todos los terrícolas, Luis Wu debía sus colores a los tintes cosméticos.

Un terrícola. Saltaba a la vista. Sus rasgos no eran caucásicos ni mongoloides ni negroides, aunque presentaban reminiscencias de los tres: una mezcla uniforme que debió requerir siglos. La tracción gravitatoria de 9,98 metros/segundo prestaba un aire inconscientemente natural a su postura. Cogió una ampolla de licor y sonrió a sus invitados. Sin saber cómo, se encontró sonriendo ante un par de reflectantes ojos plateados, situados a escasos centímetros de los suyos.

Una tal Teela Brown había ido a dar contra él, nariz con nariz y pecho con pecho. Tenía la piel azul con una nervadura de hilos plateados; su cabellera recordaba las llamas de una hoguera; sus ojos eran espejos convexos. Tenía veinte años y Luis ya había hablado con ella en otras ocasiones. Su charla era superficial y estaba plagada de lugares comunes y falsos entusiasmos; pero era muy bonita.

- Tengo que preguntártelo - dijo, jadeante -, ¿Cómo conseguiste hacer venir un trinoxio?

- No me digas que todavía está aquí.

- Oh, no. Se estaba quedando sin aire y tuvo que irse a casa.

- Una mentira piadosa - le hizo saber Luis -. El generador de aire de los trinoxios dura semanas. En fin, si de verdad te interesa, te diré que, en cierta ocasión, ese trinoxio en concreto fue huésped y prisionero mío durante un par de semanas. Su nave y su tripulación quedaron aniquiladas en las fronteras del espacio conocido y tuve que transportarle hasta Margrave para que le fabricasen una cápsula de supervivencia.

Los ojos de la chica expresaron una deleitada admiración. A Luis le sorprendió agradablemente que estuvieran a la misma altura que los suyos; la frágil belleza de Teela Brown la hacía parecer más baja de lo que en realidad era. Cuando oteó por encima del hombro de Luis, sus ojos se abrieron aún más. Luis hizo una mueca al tiempo que se volvía.

Nessus, el titerote, salió de la cabina.

A Luis se le había ocurrido la idea al salir del Krushenko. Intentó convencer a Nessus para que les diera alguna información sobre su presunto destino. Pero el titerote temía la presencia de ondas espías.

- Podríamos ir a mi casa - sugirió Luis.

- ¡Y tus invitados!

- En mi oficina no habrá nadie. Y es totalmente imposible que hayan instalado ningún aparato. Además, ¡causaréis sensación en la fiesta! Si es que aún queda alguien.

El impacto colmó plenamente las expectativas de Luis. Se hizo un silencio absoluto, roto sólo por el tap-tap-tap de los cascos del titerote. Luego, Interlocutor-de-Animales se materializó detrás suyo. El kzin escudriñó el mar de rostros humanos que rodeaban la cabina. Y comenzó a mostrar los dientes.

Alguien tiró el resto de su ampolla en una maceta. El gran gesto. Entre las ramas, se oyó la voz airada de una orquídea de Gummidgy. La gente comenzó a retroceder y a apartarse de la cabina. Se oyó algún comentario: «No estás borracho. Yo también los veo.» «¿Sedantes? A ver si tengo alguno.» «Sabe dar fiestas, ¿no crees?» «Gran tipo este Luis.» «¿Qué dices que es eso?»

No sabían qué hacer con Nessus. La mayoría optó por ignorarlo; temían hacer comentarios, no fueran a quedar en ridículo. Su reacción ante Interlocutor-de-Animales fue aún más curiosa. El kzin, que antaño fuera el peor enemigo del hombre, fue acogido con respetuosa deferencia, como si de algún extraño héroe se tratase.

- Sígueme - le dijo Luis al titerote. Con un poco de suerte, el kzin les seguiría a los dos - Dispensad - gritó, y comenzó a abrirse paso a empellones, mientras se limitaba a sonreír con aire misterioso como toda respuesta a las numerosas preguntas de los excitados o desconcertados huéspedes.

Una vez a salvo en su despacho, Luis cerró con llave la puerta y conectó el sistema antiespías.

- Todo en orden. ¿Alguien quiere tomar un trago?

- Si pudieras calentar un poco de whisky, lo aceptaría - dijo el kzin -. Y si no puedes calentármelo, también lo aceptaré.

- ¿Nessus?

- Un jugo de hortalizas cualquiera. ¿Tienes zumo de zanahoria caliente?

- Bah - dijo Luis; pero dio las pertinentes instrucciones al bar y en el acto aparecieron varias ampollas de zumo caliente de zanahoria.

Nessus se sentó sobre su pata trasera doblada, en tanto que el kzin se dejaba caer pesadamente sobre un almohadón inflable. Lo lógico habría sido que explotase como un globo bajo su peso. El segundo enemigo ancestral del hombre tenía un aire extraño y ridículo haciendo equilibrios sobre un almohadón demasiado pequeño para él.

Las guerras entre hombres y kzinti habían sido numerosas y terribles. De haber vencido los kzinti en la primera de ellas, la humanidad hubiese quedado esclavizada y convertida en ganado de carne por el resto de la eternidad. Pero los kzinti habían sufrido graves bajas en las sucesivas guerras. Tenían la costumbre de atacar sin estar preparados. Entendían muy poco de paciencia, y nada de piedad ni de guerra limitada. Cada guerra había diezmado considerablemente su población y les había costado, además, la confiscación punitiva de un par de mundos kzinti.

Los kzinti llevaban doscientos cincuenta años sin atacar el espacio humano. No tenían con qué lanzar el ataque. Los hombres llevaban doscientos cincuenta años sin atacar los mundos kzinti y no había kzin capaz de entenderlo. Los hombres les desconcertaban terriblemente.

Eran duros y fuertes, sin embargo Nessus, un cobarde confeso, había insultado a cuatro kzinti maduros en un restaurante público.

- Vuelve a contarme lo de la proverbial cautela de los titerotes - dijo Luis - No recuerdo bien...

- Creo que no he jugado muy limpio contigo, Luis. Mi especie opina que estoy loco.

- Oh, fantástico. - Luis bebió un sorbo de la ampolla que le había puesto en la mano un anónimo donante. Contenía vodka, jugo de moras y hielo picado.

La cola del kzin se agitaba sin cesar.

- ¿Por qué embarcarnos con un maníaco confeso? Debes estar más loco de lo normal o no te embarcarías con un kzin.

- Os asustáis fácilmente - dijo Nessus, con su suave voz persuasiva, insoportablemente sensual -. Los hombres siempre han considerado locos a todos los titerotes, desde su

particular punto de vista. Ningún ser extraño ha visto jamás el mundo de los titerotes y ningún titerote en sus cabales confiaría su vida al poco seguro sistema de supervivencia de una nave es espacial, ni se aventuraría en medio de los ignorados y posiblemente mortales peligros de un mundo extraño.

- Un titerote loco, un kzin bien desarrollado y yo. Más vale que el cuarto miembro de la tripulación sea un psiquiatra.

- No, Luis, entre los posibles candidatos no figura ningún psiquiatra.

- ¿Y por qué no?

- No he escogido mi equipo al azar. - El titerote iba bebiendo su zumo con una boca mientras hablaba por la otra -. En primer lugar, me he incluido a mí mismo. El viaje proyectado debe ser provechoso para mi especie; luego, debe participar en él un representante de la misma. Éste debe ser lo bastante insensato para arriesgarse a explorar un mundo desconocido, pero lo suficientemente cuerdo para poner su intelecto al servicio de su supervivencia. Se da el caso de que soy exactamente un caso límite.

- Teníamos nuestros motivos para incluir un kzin. Interlocutor-de-Animales, esto que voy a decirte es un secreto. Llevamos bastante tiempo observando a tu especie. Ya os conocíamos antes de que atacaseis a la humanidad.

- Fue una suerte que no se os ocurriera presentaros - rugió el kzin.

- Desde luego. Al principio llegamos a la conclusión de que la especie kzinti era inútil y también peligrosa. Comenzamos a estudiar la posibilidad de exterminaros sin peligro.

- Te voy a hacer un nudo marinero con los dos cuellos.

- No te atreverás a realizar ningún acto violento.

El kzin se levantó.

- Tiene razón - dijo Luis -. Siéntate, Interlocutor. No ganarás nada con asesinar a un titerote.

- El proyecto fue anulado - continuó Nessus -. Descubrimos que las guerras entre kzinti y hombres podían frenar la expansión kzinti y reducir el peligro potencial que representabais. Pero seguimos observando.

»A lo largo de varios siglos llegasteis a atacar seis veces a los hombres. En las seis ocasiones fuisteis derrotados, y perdisteis aproximadamente dos terceras partes de vuestra población masculina en cada guerra. ¿Será necesario insistir en el grado de inteligencia que demostrasteis? ¿No? En todo caso, nunca hubo verdadero riesgo de extinción. Vuestras hembras no-racionales se vieron poco afectadas por las guerras, de modo que en cada ocasión la nueva generación logró cubrir las pérdidas. Con todo, fuisteis perdiendo paulatinamente un imperio que os había costado milenios edificar.

»Comprendimos que los kzinti estabais evolucionando a un ritmo frenético.

- ¿Evolucionando?

Nessus gruñó una palabra en la Lengua del Héroe. Luis dio un salto. Nunca hubiera imaginado que de las gargantas del titerote pudiera salir eso.

- Sí - dijo Interlocutor-de-Animales -, es lo que había entendido. Pero no le veo el sentido.

- La evolución se basa en la supervivencia del más apto. Durante varios cientos de años kzinti, los más aptos de vuestra especie han sido aquellos de sus miembros que han estado dotados de la astucia o la paciencia suficientes para eludir el combate con los seres humanos. Los resultados están a la vista. Hace casi doscientos años kzinti que reina la paz entre hombres y kzinti.

- ¡Pero no tendría sentido! ¡Jamás conseguiríamos ganar una guerra!

- Ello no arredró a vuestros antepasados.

Interlocutor-de-Animales se tragó su whisky caliente. Su pelada cola sonrosado corno la de un ratón comenzó a agitarse furiosamente.

- Vuestra especie ha sido diezmada - dijo el titerote -. Todos los kzinti actuales son descendientes de los que lograron escapar a la muerte en las guerras entre hombres y kzinti. Entre nosotros, hay quien aventura que los kzinti poseen ahora la inteligencia o la empatía o el comedimiento necesario para relacionarse con otras razas.

- Y por ello te arriesgas a viajar con un kzin.

- Sí - dijo Nessus, y se estremeció de pies a cabeza -. Tengo importantes razones para ello. Me han dado a entender que si demuestro mi arrojo y me sirvo de él para prestar un valioso servicio a mi especie, se me permitirá reproducirme.

- No parece un compromiso muy firme - comentó Luis.

- Existe además otro motivo para incluir a un kzin en el grupo. Deberemos hacer frente a medios hostiles plagados de peligros desconocidos. ¿Quién me protegerá? ¿Habría alguien más capacitado para ello que un kzin?

- ¿Para proteger a un titerote?

- ¿Parece una locura?

- Más bien - dijo Interlocutor-de-Animales -. También me hace reír un poco. ¿Y qué pinta éste, este Luis Wu?

- En diversas ocasiones hemos cooperado con éxito con los hombres. No es de extrañar que hayamos seleccionado al menos un humano. Luis Gridley Wu es un tipo que ha demostrado su capacidad de supervivencia, pese a toda su despreocupación y su temerario proceder.

- No cabe duda de que es despreocupado, y temerario. Me desafió a un combate cuerpo a cuerpo.

- ¿Habrías aceptado de no estar presente Hroth? ¿Le hubieras hecho daño?

- ¿Para que me hicieran volver a casa deshonrado por haber provocado un grave incidente interespecies? Pero eso es lo de menos - insistió el kzin -. ¿No crees?

- Tal vez no sea tan intrascendente. Luis sigue vivo. Ahora sabes que no puedes dominarle por el miedo. ¿Crees en las consecuencias?

Luis guardaba un discreto silencio. Si el titerote deseaba atribuirle una calculada serenidad, Luis Wu no tenía nada que objetar.

- Has estado hablando de tus razones - dijo Interlocutor -. Hablemos ahora de las mías. ¿Qué puedo ganar embarcándome?

Con esto entraron de lleno en los detalles del trato.

El hiperreactor de quantum 11 era como un elefante blanco para los titerotes. Una nave así equipada podía recorrer un año luz en un minuto y cuarto, mientras que con medios convencionales se requerían tres días para cubrir esa distancia. Sin embargo, las naves convencionales podían transportar carga.

- Incorporamos el motor a un fuselaje Número Cuatro de Productos Generales, el mayor que fabrica nuestra compañía. Cuando nuestros científicos e ingenieros acabaron su trabajo, la maquinaria del hiperreactor ocupaba casi todo el espacio disponible. Viajaremos algo apretados.

- Un vehículo experimental - dijo el kzin -. ¿Ha sido sometido a un número suficiente de pruebas?

- El vehículo ha hecho un viaje hasta el núcleo de la galaxia y ha regresado.

¡Pero había sido su único viaje! Los titerotes no podían probarlo por su cuenta, ni podían buscar otras razas dispuestas a hacerlo, pues se hallaban en plena migración. La nave prácticamente no llevaría carga, pese a tener más de kilómetro y medio de diámetro. Y, otro detalle, era imposible detenerla sin hacerla regresar al espacio original.

- De nada nos sirve - dijo Nessus -. Pero vosotros podríais utilizarla. Nuestro propósito es ceder la nave a la tripulación, junto con copias de los planos para la construcción de otras iguales. Sin duda podréis perfeccionar el modelo por vuestra cuenta.

- Podría hacerme un nombre - dijo el kzin -. Un nombre. Tengo que ver esa nave en funcionamiento.

- Cuando hagamos el viaje al espacio exterior.

- El Patriarca me concedería un nombre a cambio de esa nave. Estoy seguro. ¿Qué nombre podría escoger? Tal vez... - El kzin emitió un agudo gruñido.

El titerote respondió en la misma lengua.

Luis se revolvió irritado en su silla. No comprendía la Lengua del Héroe. Estuvo a punto de abandonarlo todo, pero entonces tuvo una idea. Se sacó del bolsillo la instantánea del titerote y la arrojó al regazo peludo del kzin, que estaba sentado en el otro extremo de la habitación.

El kzin la cogió con cuidado entre sus acolchados dedos negros.

- Parece una estrella con un halo - comentó -. ¿Qué es?

- Guarda relación con nuestro lugar de destino - dijo el titerote -. No puedo deciros más, al menos de momento.

- ¡Cuánto misterio! Bueno, ¿cuándo partimos?

- Calculo que será cuestión de días. En estos momentos mis agentes trabajan afanosamente en la búsqueda de un cuarto miembro que se adecue a las exigencias de nuestra expedición.

- Y tendremos que esperar a que lo encuentren. Luis, ¿podemos reunirnos con los demás invitados?

Luis se puso en pie y se desperezó.

- Desde luego, vamos a animarlos un poquito. Interlocutor antes de salir de aquí me gustaría hacerte una sugerencia. Bueno, no te lo tomes como un ataque personal. No es más que una idea...

Los invitados se habían distribuido en varios grupos: los que miraban el tride, mesas de bridge y de póquer, grupos de dos o más personas entregados a la práctica del amor, los que gustaban de contar aventuras y las víctimas del tedio. Sobre la hierba, bajo un difuso sol de madrugada, un grupo de víctimas del tedio y xenófilos se habían reunido en torno a Nessus e Interlocutor-de-Animales; entre ellos figuraban también Luis Wu, Teela Brown y un atareado suministrador de bebidas.

El césped había sido cuidado según la vieja fórmula inglesa: sembrar y pasarle el rodillo durante quinientos años. Los quinientos años habían culminado en un desastre financiero, a resultas del cual Luis Wu se encontró repentinamente rico, en tanto que cierta venerable familia noble descubría que lo había perdido todo en la Bolsa. Era un césped verde y brillante, indiscutiblemente auténtico; nadie había manoseado aún sus genes en busca de dudosas mejoras. La verde ladera iba a morir junto a una pista de tenis donde unas figuras diminutas corrían, saltaban y agitaban sus desmesuradas palas matamoscas con gran energía.

- El ejercicio es algo maravilloso - dijo Luis -. Nunca me canso de observar a quienes lo practican.

La risa de Teela le sorprendió. Luis pensó fugazmente en los millones de chistes que ella nunca había oído, los viejos chistes que nadie contaba ya. Casi todos los chistes que sabía Luis estaban pasados de moda. El pasado y el presente no hacían buena pareja.

El suministrador de bebidas quedó suspendido junto a Luis en posición inclinada. Luis tenía la cabeza en el regazo de Teela y la inclinación del suministrador respondía a su deseo de alcanzar el tablero de mandos sin incorporarse. Consiguió pedir dos mochas, cogió las ampollas en cuanto cayeron de la ranura y le tendió una a Teela.

- Me recuerdas a una chica que conocí hace tiempo - dijo -. ¿Has oído hablar de Paula Cherenkov?

- ¿La dibujante de Boston?

- Sí. Ahora vive en Lo Conseguimos.

- Mi tatarabuela. Fuimos a verla una vez.

- Me causó una grave zozobra del corazón, ya hace años. Te le pareces como una gota de agua a otra.

El gorgeo de Teela provocó un placentero estremecimiento en las vértebras de Luis.

- Prometo no causarte ninguna zozobra del corazón si me explicas lo que es.

Luis se quedó pensativo un instante. Era una frase de su invención, creada para describir lo que le había ocurrido en esa ocasión. No la había empleado muchas veces, sin embargo nunca había tenido que explicarla. Siempre habían sabido a qué se refería.

La mañana era tranquila y serena. Si se acostara dormiría doce horas seguidas. Las toxinas de la fatiga le habían provocado una agotadora excitación. Le complacía poder apoyar la cabeza en el regazo de Teela. La mitad de los invitados de la fiesta eran mujeres y entre ellas había muchas ex-esposas o ex amantes de Luis. Para empezar la fiesta, Luis había celebrado su cumpleaños con tres mujeres; las tres habían sido muy importantes para él en su momento, y viceversa.

¿Tres? ¿Cuatro? No, tres. Y ahora le parecía sentirse inmune a las zozobras del corazón. Doscientos años de vida habían curtido su lacerada personalidad. Y ahí estaba ahora, con la cabeza en el regazo de una desconocida que parecía la réplica exacta de Paula Cherenkov.

- Me enamoré de ella - explicó -. Hacía años que nos conocíamos. Incluso habíamos salido juntos alguna vez. Entonces, una noche, empezamos a hablar y... Pals, me enamoré. Creí que ella también me amaba. Esa noche no nos acostamos... juntos, quiero decir. Le pregunté si se casaría conmigo. Me rechazó. Estaba absorbida por su carrera. No tenía tiempo para bodas, eso dijo. No obstante, decidimos hacer un viaje al Parque Nacional del Amazonas, una semana de una especie de sucedáneo de luna de miel. La semana siguiente fue una sucesión de grandes alegrías y profundas depresiones. Primero, la exaltación. Había comprado los billetes y tenía reservada una habitación en el hotel. ¿Te has enamorado alguna vez tan perdidamente como para llegar a considerarte indigna del otro?

- No.

- Yo era joven. Pasé dos días intentando convencerme de que Paula Cherenkov no estaba fuera de mi alcance. Y lo conseguí. Entonces ella me telefoneó y anuló el viaje. Ni siquiera recuerdo por qué, pero tenía alguna razón de peso. Esa semana la invité a cenar un par de veces. Sin resultado. Procuré no presionarla. Es probable que nunca advirtiera la gran tensión en que vivía yo. Subía y bajaba como un yo-yo. Luego, ella intentó rebajar el tono de la relación. Le era simpático. Lo pasábamos bien juntos. Quería que fuésemos buenos amigos. Yo no era su tipo - concluyó Luis -. Creí que estábamos enamorados. Es posible que ella también lo creyese, la primera semana o algo así. No fue cruel. Simplemente no había comprendido nada.

- Pero, ¿y la zozobra?

Luis levantó la vista hacia Teela Brown. Se encontró con la mirada inexpresiva de sus ojos plateados, y comprendió que ella no había entendido ni media palabra.

Luis estaba acostumbrado a tratar con extraterrestres. El instinto o la práctica le habían enseñado a captar aquellas situaciones en que un concepto resultaba demasiado extraño y era imposible absorberlo o comunicarlo. Entre él y Teela había surgido una laguna parecida, fundamental, en la interpretación.

¡Qué monstruosa brecha separaba a Luis Wu de esa chica de veinte años! ¿Era posible que hubiera envejecido de un modo tan drástico?

Teela, con la mirada vacía, esperaba una explicación.

- ¡Nej! - farfulló Luis, y se puso en pie de un salto. Las manchas de barro comenzaron a deslizarse lentamente por su túnica y por fin se desprendieron del dobladillo.

Nessus, el titerote, estaba disertando sobre ética. Hizo una pausa (para mayor deleite de sus admiradores, hablaba literalmente por las dos bocas) para responder a la pregunta de Luis. No, no había tenido noticias de sus agentes.

Interlocutor-de-Animales, en el centro de otro grupo, se había desparramado sobre la hierba como un montículo anaranjado. Dos mujeres le rascaban la piel detrás de las orejas, esas curiosas orejas de los kzinti, capaces de extenderse como rosados parasoles chinos o de plegarse y quedar aplastadas contra la cabeza. En ese momento las tenía muy abiertas y Luis pudo ver el dibujo que llevaba tatuado en cada una.

- Y bien - le interpeló Luis -. ¿No he estado demasiado brillante?

- En absoluto - rugió el kzin sin moverse.

Luis se rió para sus adentros. Los kzinti son criaturas temibles, sin duda. ¿Pero quién teme a un kzin cuando le están rascando las orejas? Los invitados se habían relajado un poco al verlo en esa posición, y el kzin también parecía encontrarse a sus anchas. A todo ser superior a un ratón de campo le gusta que le rasquen las orejas.

- Se han estado turnando - murmuró el kzin, medio dormido -. Un macho se acerca a la hembra que me está rascando y observa que le gustaría ser objeto de iguales atenciones. Los dos desaparecen juntos. Y otra hembra viene a sustituir a la que acaba de marcharse. Debe de tener gran aliciente esto de pertenecer a una raza con dos sexos racionales.

- A veces complica terriblemente las cosas.

- ¿En serio?

La muchacha situada junto al hombro izquierdo del kzin (tenía la piel negra como el espacio, salpicada de estrellas y galaxias, y sus cabellos recordaban la fría cascada blanca dé la cola de un cometa) levantó la vista un momento.

- Teela, ven a sustituirme - dijo, sin darle importancia -. Tengo hambre.

Teela se arrodilló complaciente junto a la cabezota anaranjada. Luis dijo:

- Teela Brown, Intérprete-de-Animales. Espero que...

Junto a ellos sonó una fuerte música disonante.

- ...lo paséis bien. ¿Qué fue eso? Oh, Nessus. ¿Qué?

La música procedía de las extraordinarias gargantas del titerote. Nessus se había interpuesto sin miramientos entre Luis y la chica.

- ¿Eres Teela Jandrova Brown, número de identidad IKLU-GGTYN?

La muchacha le miró sorprendida, pero sin asustarse.

- Ese es mi nombre. He llegado a olvidar mi número. ¿Sucede algo?

- Llevamos casi una semana rastreando la Tierra en tu busca. ¡Y ahora te encuentro en una fiesta a la que he venido a dar por pura casualidad! Ya me oirán mis agentes.

- Oh, no - protestó débilmente Luis.

Teela se levantó, algo incómoda.

- No me he escondido, ni de ti ni de ningún otro... extraterrestre.

- ¡Un momento! - Luis se interpuso entre Nessus y la muchacha -. Nessus, salta a la vista que Teela Brown no es una exploradora. Tendrás que buscar otra persona.

- Pero Luis...

- Un momento. - El kzin comenzó a incorporarse -. Luis, deja que el herbívoro escoja a quien le dé la gana para su expedición.

- ¡Pero, mírala bien!

- ¿Y tú ya te has visto, Luis? Apenas alcanzas los dos metros de estatura, eres delgado hasta para un humano. ¿Tienes aspecto de explorador? ¿Y Nessus?

- ¿Qué demonios pasa? - preguntó Teela.

Nessus dijo, casi implorante:

- Luis, vamos a tu despacho. Teela Brown, tenemos que proponerte una cosa. No estás obligada a aceptar si no lo deseas, ni siquiera tienes que escucharnos, pero tal vez te interese nuestra propuesta.

La discusión prosiguió en el despacho de Luis.

- Cumple todos mis requisitos - insistía Nessus -. Tenemos que considerar su participación.

- ¡No puede ser la única en toda la Tierra!

- No, Luis. Claro que no. Pero no hemos conseguido dar con ninguna otra.

- ¿En qué quieren que participe?

El titerote comenzó a explicárselo. Pronto quedó claro que a Teela Brown no le interesaba en absoluto el espacio, nunca había viajado ni a la Luna y no tenía la menor intención de aventurarse fuera de los límites del espacio conocido. El hiperreactor de quantum Il no despertó su codicia. Cuando vio que la muchacha comenzó a adoptar un aire preocupado y confundido, Luis decidió intervenir de nuevo en el asunto.

- Nessus, ¿cuáles son exactamente los requisitos que Teela cumple tan bien?

- Mis agentes han estado buscando a los descendientes de los ganadores de la Lotería de la Procreación.

- Abandono. Estás absolutamente loco.

- No, Luis. Tengo órdenes del propio Ser último, del que nos guía a todos. Nadie duda de él. Te lo explicaré.

Hacía tiempo que los seres humanos tenían resuelta la cuestión del control de la natalidad. Se introducía un minúsculo cristal bajo la piel del antebrazo del paciente. El cristal tardaba un año en disolverse. Durante todo ese año, el paciente no podría concebir ningún hijo. En siglos pasados se habían empleado métodos menos refinados.

Hacia mediados del siglo xxi, la población de la Tierra se había estabilizado alrededor de los dieciocho mil millones de habitantes. El Comité de Fertilidad, una subsección de las Naciones Unidas, promulgaba y velaba por el cumplimiento de las leyes de control de la

natalidad. Esas leyes no habían variado desde hacía más de medio milenio: dos hijos por pareja, previa aprobación del Comité de Fertilidad. El Comité decidía quién podía engendrar y cuántas veces. El Comité podía conceder un hijo adicional a ciertas parejas y negar la posibilidad de concebir a otras, según el criterio de la deseabilidad o indeseabilidad de los genes.

- Increíble - dijo el kzin.

- ¿Por qué? Empezábamos a estar bastante apretados, nej, dieciocho mil millones de habitantes, prisioneros de una tecnología primitiva.

Si el Patriarca intentara imponer una ley de ese tipo a los kzinti, sería exterminado por su insolencia.

Pero los hombres no eran kzinti. Las leyes se habían venido aplicando sin modificaciones durante quinientos años. Entonces, hacía de eso doscientos años, hubo rumores de corrupción en el Comité de Fertilidad. El escándalo provocó drásticas modificaciones de las leyes de control de la natalidad. A partir de entonces, todos los seres humanos tuvieron derecho a ser padres una vez, independientemente de la situación de sus genes. También podía obtenerse automáticamente el derecho a un segundo e incluso un tercer hijo: cuando se había demostrado poseer un alto coeficiente de inteligencia probado o útiles poderes psíquicos, tales como hipervisión o dirección absoluta, o genes de supervivencia, como telepatía o longevidad natural o dientes perfectos.

Los derechos de procreación podían adquiriese por un millón de estrellas. ¿Y por qué no? La habilidad para ganar dinero constituía un factor de supervivencia bien demostrado. Además, de ese modo se suprimían los intentos de soborno.

También se podía luchar por los derechos de procreación en un torneo, a condición de no haber hecho uso aún del primer derecho de procreación. El ganador adquiría el segundo y tercer derechos de procreación; el perdedor pagaba con su primer derecho de procreación y también con su vida. Lo uno compensaba lo otro y se mantenía el equilibrio.

- He visto estas batallas en vuestros parques de atracciones - dijo Interlocutor -. Creí que luchaban por puro placer.

- No, señor, es una cuestión muy seria - aclaró Luis.

Teela soltó una risita.

- ¿Y las loterías?

- Los cálculos fallan - explicó Nessus -. Pese a las técnicas de reactivación que permiten prevenir el envejecimiento de los humanos, cada año mueren en la Tierra más hombres de los que nacen...

En consecuencia, cada año el Comité de Fertilidad sumaba las muertes y emigraciones habidas durante ese año, restaba los nacimientos y las inmigraciones, y sorteaba los derechos de procreación sobrantes junto con la lotería de Año Nuevo.

Todos podían participar. Con un poco de suerte, una persona podía llegar a tener diez o veinte hijos, si a eso podía llamársele suerte. Ni los criminales convictos podían ser excluidos del Sorteo de Derechos de Procreación.

- Yo mismo he tenido cuatro hijos - dijo Luis Wu -. Uno lo gané en la lotería. Hubieras podido conocer a tres de ellos de haber venido doce horas antes...

- Resulta muy raro y complicado. Cuando la población de Kzin aumenta demasiado...

- Van y atacan el mundo humano más próximo.

- Nada de eso, Luis. Luchamos entre nosotros. Cuanto mas hacinados estamos, mayores son las posibilidades de que un kzin ofenda a otro. Nuestro problema de población se regula solo. ¡Nunca hemos tenido un problema de este tipo!

- Creo que empiezo a comprender - dijo Teela Brown -. Tanto mi padre como mi madre ganaron la lotería. - Soltó una risita nerviosa -. De lo contrario yo no estaría aquí. Ahora que recuerdo mi abuelo...

- Todos tus antepasados desde hace cinco generaciones nacieron gracias a que sus padres ganaron en la lotería.

- ¡En serio! ¡No lo sabía!

- Los libros lo dicen claramente - le aseguró Nessus.

- Mi pregunta sigue en pie - insistió Luis Wu -. ¿Y qué?

- Los gobernantes de la flota de titerotes han llegado a la conclusión de que los terrícolas están realizando una selección basada en el factor fortuna.

- ¡Vaya!

Curiosa, Teela Brown se inclinó hacia delante en su silla. Sin duda era la primera vez que veía un titerote enloquecido.

- No olvides las loterías, Luis. No olvides la evolución. Durante setecientos años tus gentes se reprodujeron sobre una base matemática: dos derechos de procreación por persona, dos hijos por pareja. De vez en cuando alguno conseguía el derecho a un tercer hijo, o le era denegado el primero por razones justificadas: genes diabéticos o cosas por el estilo. Pero la mayoría de los humanos tenían dos hijos. Luego cambiaron la ley. Desde hace dos siglos, entre un diez y un trece por ciento de cada generación humana ha nacido gracias a que alguno de sus progenitores o ambos habían ganado en un sorteo de la lotería. ¿Qué determina quiénes sobrevivirán y se reproducirán? En la Tierra, todo depende de la fortuna en los juegos de azar.

- Y Teela Brown desciende de seis generaciones de jugadores afortunados...

3. Teela Brown

Teela no podía dejar de reír.

- No digas bobadas - dijo Luis Wu -. ¡No se puede realizar una selección basada en la buena suerte como si se tratara de conseguir cejas hirsutas!

- Sin embargo, efectuáis una selección basada en el criterio de las capacidades telepáticas.

- No es lo mismo. La telepatía no es un poder psíquico. Se conocen perfectamente los mecanismos del lóbulo parietal derecho. Lo único que ocurre es que a la mayoría no les funcionan.

- Antaño se creía que la telepatía era de carácter psíquico. Ahora dices que la suerte no es tal.

- La suerte es la suerte. - La situación hubiera podido resultar tan divertida como parecía considerarla Teela, de no mediar un detalle que ella ignoraba y del que era perfectamente consciente Luis: el titerote hablaba en serio -: La ley de los grandes números va actuando. Cambian las probabilidades y se acabó, como les ocurrió a los dinosaurios. Los dados caen bien y...

- Hay quien dice que algunos humanos son capaces de dirigir la caída de un dado.

- Bueno, no era la metáfora adecuada. El caso es que...

- Sí - rugió el kzin. Su voz hacía temblar las paredes cuando se decidía a hacer uso de ella -. El caso es que aceptaremos a quien escoja Nessus. Es tu nave, Nessus. ¿Dónde está el cuarto tripulante?

- ¡En esta misma habitación!

- ¡Eh! ¡Un momento, nej! - Teela se levantó. La malla plateada relució sobre su piel azulada como si realmente fuese de metal; su llameante cabellera se levantó succionada por el acondicionador de aire -. Todo esto es absurdo. No pienso ir a ninguna parte. Además, no veo ninguna razón para moverme de la Tierra.

- Tendrás que buscar otra, Nessus. Debe de haber millones de candidatas que reúnan los requisitos. No le veo el problema.

- No son millones, Luis. Disponemos de algunos millares de nombres y los números de teléfono o los números de las cabinas teletransportadoras particulares de la mayoría. Todos pueden demostrar que cuentan con cinco generaciones de antepasados nacidos gracias al sorteo.

- ¿Y bien?

Nessus comenzó a pasear arriba y abajo por el despacho.

- Muchos no son elegibles dada su evidente mala suerte. En cuanto al resto, no parece haber ninguno disponible. Nunca están en casa cuando los llamamos. Volvemos a llamar y el computador telefónico nos da una línea equivocada. Cuando preguntamos por un miembro de la familia Brandt, todos los teléfonos de Sudamérica se ponen a sonar. Ha habido quejas. Es muy desalentador.

Tap-tap-tap, tap-tap-tap.

- Aún no me habéis dicho dónde vais - dijo Teela.

- No puedo mencionar nuestro lugar de destino, Teela. Sin embargo, puedes...

- ¡Por las zarpas rojas de...! ¿Ni eso piensas decirnos?

- Puedes examinar la instantánea que tiene Luis Wu. Es la única información que puedo darte por el momento.

Luis le tendió la instantánea que representaba una franja azul cielo sobre fondo negro, semioculta tras un disco de un blanco cegador. Ella lo estuvo examinando largo rato y sólo Luis advirtió que su rostro comenzaba a enrojecer de ira.

Cuando por fin abrió la boca, escupió las palabras una a una, como si fuesen semillas de mandarina.

- Es lo más ridículo que he oído en mucho tiempo. Pretende que Luis y yo nos lancemos al más allá en compañía de un kzin y un titerote, ¡y toda la información que poseemos sobre el lugar al cual nos dirigimos es esta franja azul y un foco luminoso ¡Es... absurdo!

- ¿Esto significa que te niegas a embarcarte con nosotros?

La muchacha arqueó las cejas.

- Necesito una respuesta clara. Mis agentes pueden localizar otro candidato de un momento a otro.

- Sí - dijo Teela Brown -. Sí, me niego.

- Entonces, ten presente que las leyes humanas te obligan a guardar secreto sobre lo que has oído aquí. Has cobrado honorarios de asesor.

- A quién iba a contárselo? - exclamó Teela con una dramática carcajada -. Nadie me creería. Luis, ¿de verdad piensas embarcarte en esta ridícula...?

- Sí. - Luis ya estaba pensando en otra cosa, como, por ejemplo, la manera más discreta de hacerla salir del despacho -. Pero aún no. Todavía no ha terminado la fiesta. Mira, ¿podrías hacerme un favor? Cambia el control musical del canal cuatro al canal cinco. Luego diles a todos los que pregunten que estaré con ellos dentro de un minuto.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Luis dijo:

- Hacedme un favor y también saldréis beneficiados. Dejadme decidir a mí si un ser humano tiene condiciones para lanzarse a lo desconocido.

- Ya sabes cuáles son las condiciones básicas - dijo Nessus -. De momento no disponemos de dos candidatos para escoger.

- Contamos con decenas de miles.

- No está tan claro. Muchos no sirven; otros son imposibles de localizar. No obstante, puedes explicarme por qué ese ser humano no te parece idóneo.

- Es demasiado joven.

Sólo podemos aceptar candidatos de la generación de Teela Brown.

- ¡Una selección basada en la buena fortuna! En fin, qué más da, no voy a discutir por eso. Conozco humanos que todavía están más chiflados. Aún queda alguno por aquí, en la fiesta... Bueno, tú mismo has podido comprobar que no es xenófila.

- Tampoco es xenófoba. Ninguno de nosotros le inspira miedo.

- No tiene chispa. No es..., no es...

- No tiene inquietudes - dijo Nessus -. Está satisfecha con lo que posee. Ello puede constituir un verdadero problema. No codicia nada. Pero, ¿cómo lo podíamos averiguar sin preguntárselo?

- De acuerdo, escoge tú mismo tus candidatos.

Luis salió de su despacho a grandes zancadas.

El titerote aún tuvo tiempo de decir con voz meliflua:

- ¡Luis! ¡Interlocutor! ¡La señal! ¡Uno de mis agentes ha localizado otro candidato!

- No faltaba más - dijo Luis, sin ningún entusiasmo.

En la otra punta del salón, Teela Brown estaba lanzando una de sus miradas a otro titerote de Pierson.

Luis se despertó con dificultad. Recordó que se había puesto un par de auriculares somníferos y los había conectado por una hora. Era de suponer que hacía una hora de ello. Debió despertarle el malestar de esa cosa en la cabeza una vez desconectado el aparato...

No lo tenía en la cabeza.

Se incorporó sobresaltado.

- Yo te lo he quitado - explicó Teela Brown -. Necesitabas dormir.

- Oh, no. ¿Qué hora es?

- Pasan unos minutos de las diecisiete.

- No he sido muy buen anfitrión. ¿Cómo sigue la fiesta?

- Ya sólo quedan unas veinte personas. No te preocupes, les comuniqué mis intenciones. A todos les pareció muy bien.

- Está bien. - Luis se deslizó fuera de la cama -. Gracias. Vamos a reunirnos con los pocos invitados que quedan.

- Antes me gustaría hablar contigo.

Luis se sentó otra vez. Poco a poco iba desprendiéndose de la modorra.

- ¿De qué? - preguntó.

- ¿En serio piensas hacer ese viaje?

- En serio.

- No logro comprender por qué.

- Tengo diez veces más años que tú - explicó Luis Wu -. Puedo vivir sin trabajar. Me falta paciencia para dedicarme a la investigación científica. Ya he intentado escribir, pero también resultó una tarea excesivamente ardua para mí, lo cual desde luego fue una sorpresa. ¿Qué puedo hacer? Juego mucho.

Ella meneó la cabeza y el reflejo de sus cabellos se proyectó sobre las paredes:

- A mí no me parece un juego.

Luis se encogió de hombros:

- El aburrimiento es mi peor enemigo. Ha matado a muchos de mis conocidos, pero yo no me dejaré atrapar. Cuando noto que comienzo a aburrirme, corro a arriesgar mi vida en algún lado.

- ¿No quieres saber al menos qué riesgo corres?

- Me pagarán bien.

- No necesitas dinero.

- La raza humana necesita lo que nos ofrecen los titerotes. Mira, Teela, ya oíste todo lo referente a la nave con hiperreactores de quantum 11. Es la única nave del espacio conocido que alcanza velocidades superiores a los tres días por año luz. ¡Su velocidad es casi cuatrocientas veces mayor!

- ¿A quién le interesa volar tan de prisa?

Luis no se sentía con ánimos para darle una conferencia sobre la explosión del Núcleo.

- Volvamos a la fiesta - dijo.

- ¡Espera un momento!

- Está bien.

Teela tenía unas manos grandes, con dedos largos y finos. Resplandecían bajo los reflejos de sus ardientes cabellos que ahora acariciaba con gesto nervioso.

- Nej, vaya lío. Luis, ¿estás enamorado de alguien en estos momentos?

La pregunta le tomó por sorpresa:

- Creo que no.

- ¿En verdad crees que me, parezco a Paula Cherenkov?

En la semioscuridad del dormitorio recordaba más bien la jirafa en llamas del cuadro de Dalí. Su cabello brillaba con luz propia, una melena de llameante anaranjado y amarillo que se iba oscureciendo hasta convertirse en humo. En la penumbra, el resto de su persona no era más que una sombra apenas rota por los destellos de su cabellera. Pero la memoria de Luis fue completando los detalles: las largas piernas perfectas, los senos cónicos, la delicada belleza de su pequeño rostro, La había visto por primera vez cuatro días atrás, del brazo de Tedron Doheny, un esbelto aventurero que había acudido a la Tierra expresamente para la fiesta.

- Por un instante creí hallarme ante Paula en persona - explicó Luis -. Vive en Lo Conseguimos y ahí conocí a Ted Doheny. Cuando os vi juntos, imaginé que Ted y Paula habrían venido en la misma nave -. Luego aparecieron algunas diferencias. Tus piernas son más bonitas, aunque Paula caminaba con mayor donaire. Paula tenía el rostro más... frío, si no recuerdo mal. Tal vez sean sólo jugarretas de la memoria.

Por debajo de la puerta les llegaban ráfagas de música de ordenador, pura y desenfrenada, curiosamente incompleta sin los juegos de luz que la acompañaban. Teela se agitó incómoda Y su gesto llenó de reflejos toda la pared.

- ¿Qué estás tramando? Ten en cuenta - dijo Luis - que los titerotes tienen miles de posibles candidatos. Cualquier día y en cualquier minuto pueden dar con su cuarto tripulante. Y entonces partiremos en el acto.

- Ya lo sé - dijo Teela.

- ¿Te quedarás a mi lado hasta entonces?

Ella movió su espléndida cabeza en señal de asentimiento

El titerote se presentó al cabo de dos días.

Luis y Teela estaban tendidos sobre el césped, absorbiendo los rayos del sol y jugando una importante partida de ajedrez. Luis le había matado un caballo. Y comenzaba a lamentarlo. Teela alternaba el intelecto con la intuición; imposible adivinar cómo reaccionaría. Y la muchacha se tomaba el juego muy en serio.

Teela estaba mordisqueándose el labio inferior, absorta en los detalles de su próxima jugada, cuando la pantalla del servo se encendió con un timbrazo. Luis levantó la vista y vio dos pitones con un solo ojo cada uno que le contemplaban desde el pecho del servo.

- Hazlo pasar aquí - dijo sin inmutarse.

Teela se levantó en el acto con grácil presteza.

- Tal vez sea confidencial.

- Es posible. ¿Qué harás mientras tanto?

- Tengo algunas revistas atrasadas. - Blandió un índice amenazador -: ¡No te atrevas a tocar ese tablero!

Se cruzó con el titerote en la puerta. Le saludó despreocupadamente al pasar.

Nessus se apartó de un salto:

- Lo siento - dijo con voz melodioso -. Me has cogido desprevenido.

Teela arqueó una ceja y entró en la casa.

El titerote se acomodó junto a Luis, con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Tenía una cabeza mirando fijamente a Luis, mientras la otra se movía en nerviosos círculos, en un intento de abarcar todos los ángulos de visión.

- ¿Puede espiarnos esa mujer? Luis se mostró sorprendido:

- Claro que sí. Sabes bien que es imposible protegerse contra las ondas de espionaje estando al aire libre. ¿Luego?

- Cualquier persona o cualquier cosa podría estar observándonos. Luis, será mejor que vayamos a tu despacho.

- No es justo. - Luis se sentía muy bien donde estaba.

- ¿Te veo muy asustado podrías dejar de mover la cabeza, por favor?

- Tengo miedo, aunque conozco el escaso valor que tiene mi vida. ¿Cuántos meteoritos caen sobre la Tierra cada año?

- Ni idea.

- Aquí estamos peligrosamente próximos al cinturón de asteroides. De todos modos, eso es lo de menos; no hemos conseguido localizar un cuarto tripulante.

- Mala suerte - dijo Luis. Las reacciones del titerote le desconcertaban. Si Nessus hubiera sido humano... Pero no lo era -. No habrás abandonado el proyecto, espero.

- No, pero hemos sufrido irritante fracasos. Hemos pasado los cuatro últimos días tras un tal Norman Haywood KJMM-CWTAD, que parecía perfecto para nuestro grupo.

- ¿Y bien?

- Goza de buena salud y es un hombre vigoroso. Tiene veinticuatro años y un tercio, años terrestres se entiende. Cuenta con seis generaciones de antepasados nacidos gracias a la lotería. Y eso no es todo: le gusta viajar, manifiesta esa inquietud que nos interesa. Como es lógico, intentamos hablar personalmente con él. Mi agente se ha pasado tres días persiguiéndole por una serie de cabinas teletransportadoras, siempre un trayecto detrás de él. Mientras tanto, Norman Haywood ha estado esquiando en Suiza, ha practicado el surf en Ceilán, ha hecho sus compras en Nueva York y ha asistido a sendas inauguraciones de casas en las Rocosas y en el Himalaya. Anoche, mi agente logró darle alcance en el momento en que embarcaba en una nave rumbo a Jinz. La nave partió antes de que mi agente consiguiera dominar su natural temor a vuestras rudimentarias y chapuceras naves.

- A veces también he tenido días así. ¿No podía enviarle un mensaje por hiperondas?

- Luis, en principio, nuestra expedición es secreta.

- Ya veo - dijo Luis. Y contempló la cabeza de pitón que daba vueltas y más vueltas en busca de invisibles enemigos.

- Lo conseguiremos - aseguró Nessus -. Millares de tripulantes potenciales no pueden esconderse eternamente. ¿No te parece, Luis? ¡Si ni siquiera saben que les estamos buscando!

- Ya encontrarás a alguien. No puede fallar.

- ¡Ojalá no lo encontremos! Luis, ¿cómo me las arreglaré? ¿Cómo voy a navegar con tres extranjeros en una nave experimental diseñada para un solo piloto? Verdaderamente sería una locura!

- Nessus, ¿qué te pasa ahora? ¡Toda esta expedición fue idea tuya!

- No es cierto. Recibí órdenes de los-que-dirigen, desde doscientos años luz de distancia.

- Algo te ha asustado, y quiero saber qué es. ¿Qué has descubierto? ¿Sabes cuál es la finalidad de este viaje? ¿Qué ha ocurrido desde el otro día cuando incluso fuiste capaz de insultar a cuatro kzinti en un restaurante público? ¡No te descorazones, muchacho!

El titerote había hundido las dos cabezas con sus respectivos cuellos entre las piernas delanteras y se había hecho una bola.

- Vamos - dijo Luis -. No te lo tornes así. - Pasó dulcemente la mano por el dorso de los cuellos del titerote, o más bien por la parte que aún quedaba al descubierto. El titerote se estremeció. Tenía la piel suave, como de gamuza, y agradable al tacto.

- Vamos, relájate. Nadie te hará daño aquí. Sé proteger a mis huéspedes.

El titerote emitió un sordo gemido con la cabeza hundida bajo el vientre.

- Debo de estar loco. ¡Loco! ¿Es cierto que insulté a cuatro kzinti?

- Vamos, tranquilízate. Aquí estás a salvo. Así me gusta. - Una cabeza plana asomó bajo la cálida sombra -. ¿Lo ves? No hay nada que temer.

- ¿Cuatro kzinti? ¿No eran tres?

- Tienes razón. Me he descontado. Fueron tres.

- Perdona, Luis. - El titerote asomó la otra cabeza, aunque sólo hasta la altura del ojo -. He salido de mi fase maníaca. Ahora estoy en la mitad depresiva de mi ciclo.

- ¿No puedes hacer nada para remediarlo? - Luis comenzó a anticipar las consecuencias que podrían derivarse si Nessus entraba en la fase mala de su ciclo en un momento crucial.

- Puedo esperar que concluya. Puedo intentar protegerme, en la medida de lo posible. Puedo procurar que ello no se refleje en mis decisiones.

- Pobre Nessus. ¿Estás seguro de que no has descubierto nada nuevo?

- Lo que sé, ¿no te parece ya suficiente para aterrorizar a cualquiera en su sano juicio? - El titerote se incorporó, aún tembloroso -. ¿Por qué me he topado con Teela Brown? Creí que ya se habría marchado.

- Le he pedido que me haga compañía hasta que encuentres a tu cuarto tripulante.

- ¿Por qué?

Luis también se lo preguntaba.

Paula Cherenkov tenía poco que ver con ello. Luis había cambiado demasiado desde aquellos tiempos; y no era el tipo de hombre que intenta sustituir una mujer por otra.

Las placas sómnicas estaban diseñadas para dos, no para uno. Pero la fiesta estaba llena de chicas... menos bonitas que Teela. ¿Sería posible que el viejo zorro Luis Wu aún se dejase atrapar por la mera belleza física?

Sin embargo, en esos lisos ojos plateados había algo más que belleza. Ocultaban algo sumamente complejo.

- Con fines fornicatorios - respondió Luis Wu. Acababa de recordar que estaba hablando con un extranjero, incapaz de comprender tales sutilezas. Advirtió que el titerote seguía temblando, conque añadió -: Vamos a mi despacho. Está debajo de la colina. No hay riesgo de meteoritos.

Cuando el titerote se hubo marchado, Luis salió en busca de Teela. La encontró en la biblioteca, frente a una pantalla de lectura, haciendo pasar los encuadres a gran velocidad, incluso para un lector profesional.

- Hola - dijo. Dejó la imagen clavada y se volvió -. ¿Cómo está nuestro bicéfalo amigo?

- Muerto de miedo. Y yo estoy agotado. He estado ejerciendo funciones de psiquiatra con un titerote de Pierson.

El rostro de Teela se iluminó:

- Háblame de la vida sexual de los titerotes.

- Sólo sé que no se le permite procrear. Le tiene preocupado. Es de suponer que podría reproducirse si no existiera una ley que lo prohibiera. A excepción de este detalle, no ha tocado para nada el tema. Siento defraudarte.

- ¿De qué habéis hablado entonces?

Luis hizo un gesto displicente:

- Trescientos años de traumas. Ese es el tiempo que Nessus lleva viviendo en el espacio humano. Casi no recuerda el planeta de los titerotes. Tengo la sensación de que se ha pasado estos trescientos años temblando de miedo.

Luis se dejó caer en una silla vibratoria. El esfuerzo de empatía necesario para comunicar con el extraño le había agotado psíquicamente, había causado un enorme desgaste en su imaginación.

- ¿Y tú qué tal? ¿Qué estás leyendo?

- La explosión del Núcleo.

Teela señaló la pantalla. Se veían grandes masas, grupos y apelotonamientos de estrellas. No se distinguía el negro del espacio, tan numerosas eran las estrellas. Casi parecía una densa

aglomeración de estrellas, pero no lo era; no podía serlo. Los telescopios no podían cubrir tanta distancia, y ésta tampoco sería accesible a una nave espacial corriente.

Era el núcleo galáctico, una densa esfera de estrellas de cinco mil años luz de diámetro, situada en el eje de la espiral galáctico. Un hombre había conseguido llegar hasta allí, doscientos años atrás, a bordo de una nave construida por los titerotes. En la pantalla podían verse estrellas rojas, azules y verdes, todas superpuestas, las más grandes y luminosas eran las estrellas rojas. En el centro de la imagen destacaba una mancha de un blanco reluciente en forma de gruesa coma. En su interior se distinguían líneas y sombras; pero las sombras situadas dentro de la mancha blanca brillaban más que cualquier estrella exterior a ella.

- Para esto necesitas la nave del titerote - dijo Teela -. ¿Me equivoco?

- Has acertado.

- ¿Cómo se produjo?

- Las estrellas están demasiado próximas unas a otras - explicó Luis -. La distancia media entre unas y otras es sólo de medio año luz, si se considera la totalidad del núcleo de cualquier galaxia. Cerca del centro, están aún más juntas. En el núcleo de una galaxia las estrellas están tan próximas que llegan a comunicarse el calor de unas a otras. Al estar más calientes, arden con mayor rapidez, envejecen más de prisa. Hace diez mil años, todas las estrellas del núcleo deben de haberse hallado próximas a transformarse en novas. De pronto una estrella se convirtió en nova. Desprendió muchísimo calor y una ráfaga de rayos gamma. Las estrellas más próximas se calentaron aún más. Supongo que los rayos gamma también determinan un incremento de la actividad estelar. El resultado fue la explosión de un par de estrellas vecinas. Y ya fueron tres. La suma del calor desprendido puso en marcha el mismo proceso en unas cuantas más. Fue una reacción en cadena. Pronto adquirió proporciones impensables. Esa mancha blanca está formada por un gran conjunto de supernovas. Un poco más adelante deben estar los cálculos matemáticos, puedo mostrártelos si quieres.

- No, gracias - dijo ella... como era de esperar -. ¿Supongo que todo habrá concluido ya?

- Así es. Eso que estás viendo es luz vieja, si bien aún no ha llegado a esta parte de la galaxia. La reacción en cadena debió de cesar hace diez mil años.

- Entonces, ¿a qué viene tanto alboroto?

- Las radiaciones. Partículas aceleradas de todo tipo. - La silla vibratoria comenzaba a producir sus efectos sedantes; se hundió aún más profundamente en la masa informe y dejó que las ondas verticales le amasaran bien los músculos -. La cuestión es bien sencilla. El espacio conocido no es más que una burbuja de estrellas situada a treinta y tres mil años luz del eje galáctico. Las novas comenzaron a explotar hace más de diez mil años. Ello significa que el frente expansivo de las explosiones combinadas llegará aquí dentro de unos veinte mil años. ¿Conforme?

- Es evidente.

- Y la radiación subnuclear de un millón de novas avanza inmediatamente detrás del frente expansivo.

- ...Oh.

- Dentro de veinte mil años tendremos que evacuar todos los mundos conocidos, y probablemente otros muchos más.

- Falta mucho tiempo. Si comenzásemos la operación ahora, podríamos realizarla con las naves que poseemos. Sin ningún problema.

- No sabes lo que dices. A una velocidad de tres días por año luz, una de nuestras naves tardaría unos seiscientos años en llegar a las Nubes de MagaIlanes.

- Podrían repostar aire y alimentos... cada año o así.

Luis rió:

- Intenta convencer a alguien para que haga eso. ¿Quieres saber mi opinión? Nadie hará nada hasta que la luz de la explosión del Núcleo comience a resplandecer entre las nubes de polvo que se interponen entre nosotros y el eje galáctico; entonces de pronto cundirá el pánico en todo el espacio humano. Y les quedará sólo un siglo para largarse. Los titerotes hicieron lo más sensato. Mandaron un hombre al Núcleo con fines publicitarios, pues deseaban fondos para financiar sus investigaciones. El hombre envió instantáneas como la que estás viendo. Los titerotes emprendieron la marcha al instante, sin esperar tan sólo a que aterrizara. Cuando llegó, no quedaba ni un titerote en ningún mundo humano. Pero nosotros esperaremos, y cuando por fin nos decidamos a hacer algo tendremos que evacuar trillones de seres racionales de toda la galaxia. Necesitaremos las naves más grandes y veloces que seamos capaces de construir, y cuantas más tengamos, mejor. Necesitamos el propulsor de los titerotes ahora, para poder empezar a perfeccionarlo ya. El...

- Está bien. Iré con vosotros.

Luis se quedó con la frase en la boca y sólo logró exclamar

- ¿Cómo?

- Iré con vosotros - repitió Teela Brown.

- Has perdido el juicio.

- Pero tú vas, ¿no?

Luis apretó los dientes para no estallar. Cuando por fin habló, lo hizo con más calma de la necesaria.

- Sí, yo voy. Pero mis razones no son las tuyas y estoy más preparado para salvar el pellejo que tú, porque tengo más años de práctica.

- Pero yo soy más afortunada.

Luis soltó un bufido.

- ¡Y tal vez no tenga razones de tanto peso como tú para embarcarme, pero para mí son válidas! - Habló con voz aguda y chillona por la ira.

- A mí no me vengas con ésas. - Teela golpeó la pantalla. La gruesa coma de luz de las novas brilló bajo su uña -: ¿No te parece razón suficiente?

- Conseguiremos el hiperreactor de los titerotes aunque no vengas. Ya oíste lo que dijo Nessus. Hay miles en tu misma situación.

- ¡Y yo soy una de ellos!

- Muy bien, lo eres, ¿y qué? - explotó Luis.

- ¿Qué nej significa tanto proteccionismo? ¿Te he pedido acaso protección?

- Lo siento. No sé por qué he intentado imponerme. Eres una persona adulta y autónoma.

- Gracias. Tengo el propósito de unirme a vuestro grupo.

Teela había adoptado un tono de glacial formalidad. Lo peor del caso es que era una persona adulta y autónoma. No sólo no podía coaccionaría, sino que cualquier intento de darle órdenes sería una incorrección y (más importante aún) no serviría de nada.

Pero tal vez fuera posible convencerla...

- Sin embargo, debes tener en cuenta una cosa - dijo Luis Wu -. Nessus no ha escatimado esfuerzos para mantener esta expedición en secreto. ¿Por qué? ¿Qué quiere ocultar?

- Eso es asunto suyo, ¿no crees? A lo mejor, donde sea que vamos hay algo que podría despertar la codicia de algunos.

- ¿Y qué? El lugar al cual nos dirigiremos está a dos mil años luz de aquí. Somos los únicos que podremos llegar hasta allí.

- Tal vez se trate de la propia nave.

Teela era una extraña criatura, pero no era tonta. Ni el mismo Luis había considerado esa posibilidad.

- Y piensa en la tripulación - dijo él -. Dos humanos, un titerote y un kzin. Sin ningún explorador profesional en el grupo.

- Sé donde quieres ir a parar, Luis; pero, en serio, tengo toda la intención de embarcarme. Dudo que consigas impedírmelo.

- Sin embargo, al menos puedes enterarte del lío en que te estás metiendo. ¿Qué me dices de semejante tripulación?

- Eso es asunto de Nessus.

- Yo diría que a nosotros también nos incumbe. Nessus recibe órdenes directas de los-que-dirigen, del alto mando de los titerotes. Tengo la impresión de que hace sólo unas horas que comprendió el alcance de esas órdenes. Ahora está aterrado. Esos... sacerdotes de la supervivencia están jugando cuatro cartas a la vez, sin contar con lo que sea que debamos explorar.

Advirtió que había conseguido despertar el interés de Teela, conque insistió:

- Ante todo, está Nessus. Un ser tan loco como para aterrizar en un mundo desconocido, ¿tendrá el juicio suficiente para sobrevivir al experimento? Los-que-dirigen tienen que averiguarlo. Cuando lleguen a las Nubes de Magallanes tendrán que establecer otro imperio comercial. Los titerotes locos constituyen el puntal de sus negocios. Luego tenemos a nuestro velludo amigo. Un embajador ante una raza extranjera; debe de ser uno de los kzinti más sofisticados del momento. ¿Tendrá el savoir faire suficiente para convivir con los demás? ¿O nos matará para disponer de más espacio y un poco de carne fresca? En tercer lugar, estás tú y tu presunta buena suerte, un proyecto de investigación fantástico donde los haya. El cuarto soy yo, el supuesto explorador por excelencia. Tal vez mi función sea servir de control. ¿Quieres que te diga mi opinión? - Luis se había puesto de pie y miraba a la chica desde arriba, procurando hacerle llegar el significado de cada palabra mediante una técnica oratoria que había aprendido cuando perdió una elección para las Naciones Unidas a los setenta y pico -. Lo que menos les importa a los titerotes es el planeta al que nos mandan ¿Por qué habría de interesarles si piensan abandonar la galaxia? Piensan experimentar con nuestro pequeño grupo hasta la destrucción. Antes de que nos matemos, los titerotes habrán descubierto muchas cosas sobre nuestra forma de interacción.

- No creo que vayamos a explorar un planeta - comentó Teela.

Luis explotó:

- ¡Nej! ¿Y a qué viene eso ahora?

- Pero, Luis. ¿No crees que si vamos a morir en el curso de la exploración, tal vez valga la pena saber dónde estaremos? Personalmente, creo que se trata de una nave espacial.

- ¿No me digas?

- Una nave gigantesca en forma de anillo con una dragadora para recoger hidrógeno interestelar. Creo que está construida de forma que el hidrógeno es canalizado hacia el eje para su fusión. Ello permitiría obtener fuerza motriz, y también sol. Se podría hacer girar el anillo para obtener fuerza centrífuga y recubrir de vidrio la parte interior.

- Ya veo - dijo Luis, mientras intentaba recordar el extraño grabado instantáneo que le había dado el titerote. No había prestado suficiente atención al lugar de destino de la expedición.

- Es posible. Grande y primitivo y de difícil manejo. Pero ¿qué interés puede tener para los-que-dirigen?

- Podría ser una nave refugio. Las razas del Núcleo podrían haber descubierto los procesos estelares muy pronto, dada la proximidad de los soles. Es posible que previeran la explosión con milenios de antelación..., cuando sólo había dos o tres supernovas.

- Es posible... y me has hecho perder el hilo. Ya te dije cuáles creo que son las secretas intenciones de los titerotes. Pienso embarcarme a pesar de todo, para pasar el rato. Pero, ¿qué interés puede tener para ti?

- La explosión del Núcleo.

- Admiro tu altruismo, pero no creo que de verdad te preocupe un acontecimiento que no se producirá hasta dentro de veinte mil años. Búscate otra excusa.

- ¡Maldita sea, si tú puedes ser un héroe, también puedo serio yo! Y te equivocas respecto a Nessus. No se embarcaría en una misión suicida. Y... ¿qué interés tendrían los titerotes en averiguar cosas sobre nosotros, o los kzinti? ¿Para qué probarnos? Están abandonando la galaxia. No volverán a vernos jamás.

- No, Teela no era estúpida. Pero...

- Te equivocas. Los titerotes tienen motivos para averiguar sobre nosotros.

Teela le desafió a demostrar su afirmación con una fulminante mirada.

- No sabemos gran cosa sobre la migración de los titerotes. Sabemos que en estos momentos todo titerote viviente, sano de cuerpo y alma, ha emprendido la marcha. Y sabemos que avanzan a una velocidad apenas inferior a la de la luz. A los titerotes les asusta el hiperespacio. Ahora bien, a una velocidad poco inferior a la de la luz, la flotilla de los titerotes debería llegar a la Nube Menor de Magallanes dentro de unos ochocientos años. ¿Y qué esperan encontrar una vez allí? - Hizo un guiño y soltó la traca final -: A nosotros, claro. Humanos y kzinti, por lo menos. Y probablemente también kdaltynos, pierines y delfines. Saben que esperaremos hasta el último minuto y entonces saldremos a escape, y saben que usaremos naves de velocidad hiperlumínica. Cuando los titerotes lleguen por fin a la Nube de Magallanes, tendrán que habérselas con nosotros... o con lo que sea que consiga matarnos; y conociéndonos, no les será difícil adivinar la naturaleza del destructor. Oh, ya lo creo que tienen motivos para estudiarnos.

- No lo niego.

- ¿Sigues empeñada en embarcarte?

Teela asintió.

- ¿Por qué?

- Prefiero reservarme la respuesta.

Teela demostraba una total compostura. ¿Y qué podía hacer Luis? Si hubiera sido menor de diecinueve, habría podido avisar a uno de sus padres. Pero a los veinte se la consideraba adulta. Era preciso establecer una línea divisoria.

Como persona adulta era libre de elegir; tenía derecho a esperar un comportamiento correcto por parte de Luis Wu; su vida privada era sacrosanta. Luis sólo podía intentar convencerla, y no lo había conseguido.

Conque no había razón alguna para que Teela actuara como lo hizo a continuación. De pronto cogió las manos de Luis entre las suyas y, con una sonrisa implorante le dijo:

- Llévame contigo, Luis. Tengo suerte, de verdad. Si Nessus se porta mal te verías obligado a dormir solo. Sé que eso no te gustaría.

Le tenía atrapado. No podía impedir que se embarcase en la nave de Nessus, aunque no pudiera entenderse directamente con el titerote.

- Está bien - dijo -. Le llamaremos.

Y no le atraía la perspectiva de dormir solo.

4. Interlocutor-de-Animales

- Deseo unirme a la expedición - dijo Teela ante la pantalla del teléfono.

El titerote emitió un mi-bemol sostenido.

- ¿Cómo dices?

- Perdona - dijo el titerote -. Preséntate en el Aeropuerto Ultramontano, en Australia, mañana a las 08:00. Puedes traer artículos personales hasta un límite de veinte kilos de peso terrestre. Luis debe hacer otro tanto. Ah... - El titerote levantó las cabezas y chilló.

Luis preguntó preocupado:

- ¿Estás enfermo?

- No. Preveo mi propia muerte. Luis, ojalá te hubieras mostrado menos persuasivo. Hasta luego. Nos veremos en el Aeropuerto Ultramontano.

La pantalla se apagó.

- ¿Lo ves? - dijo Teela con un retintín -. ¿Ves lo que ganas con mostrarte tan persuasivo?

- Vaya labia tengo. Bueno, hice lo que pude. No te quejes si sufres una muerte horrible.

Esa noche, mientras flotaban suspendidos en el vacío en la oscuridad del dormitorio, Luis le oyó decir:

- Te quiero. Me embarcaré contigo porque te quiero.

- Yo también te quiero - respondió él, sin olvidar los buenos modales en su amodorramiento. Luego captó todo el sentido de la frase y dijo -: ¿Eso es lo que te reservabas?

- Pues...

- ¿Vas a seguirme a dos mil años luz de aquí porque no podrías soportar mi ausencia?

- Así es.

- Media luz en el dormitorio - ordenó Luis. Y un débil resplandor azulado iluminó la habitación.

Flotaban a unos veinte centímetros uno de otro, entre las placas sómnicas. Ya se habían quitado los tintes cosméticos y los tratamientos capilares de moda entre los terrícolas, como primer preparativo para la salida al espacio. La coleta de Luis mostraba ahora un cabello liso y negro; el vello prestaba una tonalidad gris a su calva. La tez de un amarillo tostado y los ojos castaños sin ninguna oblicuidad perceptible le daban un aspecto bastante distinto.

Teela había experimentado cambios igualmente drásticos. Ahora llevaba el cabello, oscuro y ondulado, atado en un moño. Su piel exhibía una blancura nórdica. Grandes ojos castaños y una boquita muy seria constituían los rasgos más destacados de su rostro ovalado; la nariz era casi imperceptible. Flotaba como aceite en el agua en medio del campo sómnico, perfectamente relajada.

- Pero nunca has ido más allá de la Luna.

Teela asintió.

- Y no soy el mejor amante del mundo. Tú misma me lo has dicho.

Volvió a asentir. Teela Brown no mostraba la menor reticencia. En esos dos días con sus respectivas noches no había mentido, ni había intentado ocultar la verdad, ni siquiera había rehuido ninguna pregunta. Luis lo hubiera notado. Le había hablado de sus dos primeros amores: el que había dejado de interesarle al cabo de medio año, y el otro, un primo, que había recibido una oferta para emigrar al monte Lookitthat. Luis no le había contado gran cosa de sus experiencias y ella pareció aceptar bien su reticencia. Pero, por su parte, no había ningún recelo. Y hacía las preguntas más increíbles.

- ¿Entonces por qué me has escogido precisamente a mí? - preguntó él.

- No lo sé - confesó ella -. Tal vez sea una cuestión de carisma. Eres un héroe, ya lo sabes.

Era el único superviviente del primer grupo de hombres que estableció contacto con una especie extraterrestre. ¿Conseguiría superar algún día el episodio de los trinoxios?

Hizo una última tentativa:

- Mira, conozco al mejor amante del mundo. Es amigo mío. Es su hobby. Escribe libros sobre el tema. Es doctor en fisiología y psicología. Hace ciento treinta anos que...

Teela se había tapado los oídos:

- No - dijo -. No.

- Lo único que pretendo es que no te mates por ahí. Eres demasiado joven. - Teela le miró desconcertada, esa mirada desconcertada, señal de que había utilizado unas palabras de intermundo perfectamente definidas para componer una frase sin sentido. ¿Zozobras del corazón? ¿Matarse por ahí? Luis suspiró para sus adentros -. Fusión de los nódulos del dormitorio - ordenó, y algo ocurrió en el campo sómnico. Las dos regiones de equilibrio estable, las anomalías que impedían que Luis y Teela cayeran fuera del campo, se juntaron y se fundieron en una sola. Luis y Teela comenzaron a rodar hasta encontrarse y quedar pegados el uno al otro.

- Tengo mucho sueño, Luis. Pero si tú quieres...

- Aprovecha la intimidad antes de perderte en el mundo de los sueños. En las naves espaciales no suele haber mucho espacio.

- ¿No querrás decir que no podremos hacer el amor? ¡Nej! Luis, no me importa que miren. Son extraterrestres.

- A mí sí me importa.

Volvió a lanzarle esa mirada de asombro.

- Si no fueran extraterrestres, ¿te molestaría?

- Sí, a menos que les conociéramos mucho. ¿Te resulto anticuado?

- Un poco.

- Recuerdas ese amigo del que te hablaba? ¿El mejor amante del mundo? Pues, tenía una colega - explicó Luis -, y ella me te enseñó algunas cosas que había aprendido de él. Pero se precisa gravedad - añadió -. Desconectar campo sómnico - ordenó, y recuperaron el peso.

- ¿Quieres cambiar de tema? - dijo Teela

- Sí. Me rindo.

- Muy bien, pero no olvides un detalle. Un pequeño detalle. Tu amigo titerote podría haber escogido cuatro especies en vez de tres. Y hubieras podido encontrarte perfectamente con un trinoxio entre los brazos en vez de mi persona.

- Terrible perspectiva. En fin, lo haremos en tres fases, empezando por la posición a horcajadas...

- ¿Qué es la posición a horcajadas?

- Ya lo verás...

Cuando amaneció, a Luis ya no le disgustaba la idea de viajar con ella. Cuando comenzaron a renacer sus dudas, era ya demasiado tarde. Hacía bastante tiempo que no había posibilidad de reconsiderar las cosas.

Los Forasteros se dedicaban al tráfico de información. Pagaban bien y vendían caro, pero compraban una cosa y luego la vendían repetidas veces, pues su red comercial cubría toda la espiral galáctica. Gozaban de crédito prácticamente ilimitado en los bancos del espacio humano.

Lo más probable es que hubieran evolucionado en la luna fría y ligera de algún gigante gaseoso; un mundo muy parecido a Nereida, la luna más grande de Neptuno. Ahora vivían en los espacios interestelares, en naves del tamaño de una ciudad con diversos grados de complejidad, desde velas de fotones hasta maquinaria teóricamente imposible desde la perspectiva de la ciencia humana. Cuando descubrían un sistema planetario con una clientela en potencia y ese sistema comprendía un mundo adecuado, los Forasteros de inmediato obtenían concesiones para construir centros comerciales, zonas de descanso y esparcimiento, depósitos de abastecimiento, etc. Quinientos años atrás habían obtenido una concesión sobre Nereida.

- Y ahí deben de tener los negocios más importantes - Comentó Luis Wu -. Ahí abajo - señaló con una mano, mientras con la otra manejaba los controles de la nave.

Nereida tenía el aspecto de una helada llanura riscosa bajo la brillante luz de las estrellas. El gordo puntito blanco del sol no daba más luz que una luna llena; y esa luz iluminaba un laberinto de paredes bajas. Había construcciones hemisféricas y un grupo de pequeñas naves tierra-órbita a reacción con compartimientos de pasajeros provistos de grandes ventanas abiertas sobre el espacio; sin embargo, más de la mitad de la llanura estaba cubierta por esas paredes bajas.

Interlocutor-de-Animales inclinó su inmensa mole sobre Luis y dijo:

- Quisiera saber para qué sirve el laberinto. ¿Defensa?

- Son zonas de calentamiento - explicó Luis -. Los Forasteros se alimentan de termoelectricidad. Se tienden con las cabezas expuestas al sol y las colas en la sombra, y la diferencia de temperatura entre unas y otras crea una corriente. Las paredes les permiten disponer de una mayor zona limítrofe entre sol y sombra.

Tras diez horas de vuelo, Nessus se había calmado un poco. Había estado trotando por el habitáculo de la nave, comprobando esto y lo otro, metiendo una cabeza y un ojo en todos los rincones, mientras lanzaba por encima del hombro comentarios y respuestas a las preguntas que le hacían los demás. Su traje de presión, un globo abombado y acolchado sobre la joroba

que cubría su cerebro, parecía ligero y confortable; las bolsas regeneradoras de aire y comida eran increíblemente pequeñas.

Justo antes del despegue, Nessus les había desconcertado un poco. De pronto, toda la cabina se había inundado de una música, deliciosa y complicada, llena de bemoles, como la triste llamada de una computadora en plena euforia sexual. Nessus estaba silbando. Con sus dos bocas, ricas en nervios y músculos adecuados para unas bocas que también hacían las veces de manos, el titerote semejaba una orquesta ambulante.

Había insistido en que Luis condujese la nave, y demostró tener gran confianza en su habilidad como conductor, pues ni siquiera se abrochó el cinturón. Luis supuso que la nave de los titerotes debía estar equipada con secretos artilugios especiales destinados a proteger a los pasajeros.

Interlocutor había embarcado con una maleta de diez kilos de peso que al abrirla resultó contener poca cosa, aparte de un horno de microondas plegable especial para calentar carne. Eso, y un montón de algo crudo, más posiblemente de origen kzinti que terrestre. Por algún motivo, Luis había imaginado que el traje de presión del kzin recordaría una engorrosa armadura medieval. Pero se equivocaba. Era un globo múltiple, transparente, con una bolsa monstruosamente pesada en la espalda y un casco semiesférico lleno de complicados controles para la lengua. Aunque no contenía ningún arma identificable, la mochila tenía un aspecto muy bélico y Nessus insistió en hacérsela guardar.

- Pararé junto a la nave Forastera - dijo Luis.

- No. Condúcenos más al este. Tuvimos que aparcar el «Tiro Largo» en una zona apartada.

- ¿Para qué? ¿Temíais que los Forasteros os espiasen.

- No. El «Tiro Largo» emplea motores de fusión en vez de elevadores. El calor desprendido en los despegues y aterrizajes podría molestar a los Forasteros.

- ¿Por qué le pusieron «Tiro Largo»?

- Beowulf Shaeffer, el único ser racional que ha tripulado esta nave, lo bautizó así. Fue él quien realizó los únicos grabados instantáneos que poseemos de la explosión del Núcleo. «Tiro Largo» es una expresión relacionada con los juegos de azar, ¿no es así?

- Tal vez tenía pocas esperanzas de regresar. Más vale que os diga la verdad: nunca he conducido un vehículo con motores de fusión. Mi nave lleva un motor inerte, como ésta.

- Tendrás que aprender - dijo Nessus.

- Un momento - dijo Interlocutor-de-Animales -. Tengo alguna experiencia en el manejo de naves con motores de fusión. Conque yo pilotaré el «Tiro Largo».

- Imposible. El asiento antichoques del piloto está diseñado para un cuerpo humano. Los paneles de control están adaptados a los hábitos humanos.

El kzin emitió unos gruñidos de ira en lo más profundo de su garganta.

- Ahí, Luis. Justo delante nuestro.

El «Tiro Largo» era una burbuja transparente de más de doscientos metros de diámetro. Luis dio algunas vueltas sobre el monstruo, y no consiguió descubrir ni un centímetro cúbico libre de la maquinaria verde y bronce de los motores hiperlumínicos. Llevaba un fuselaje #4 de Productos Generales, fácilmente identificable para un conocedor de las naves espaciales; un fuselaje que, por sus grandes dimensiones, normalmente sólo se usaba para transportar colonias completamente prefabricadas. Pero no parecía una nave espacial. Era el equivalente en gigantesco de algún primitivo satélite orbital, construido por una raza cuyos limitados recursos y escasa tecnología exigiesen el máximo aprovechamiento de todo el espacio disponible.

- ¿Y dónde nos sentaremos? - quiso saber Luis -. ¿Encima?

- La cabina está debajo. Aterriza bajo la curva de la estructura.

Luis aterrizó sobre el hielo oscuro y luego deslizó la nave con cuidado. Las luces del sistema de supervivencia estaban encendidas; se veía su resplandor a través del fuselaje del «Tiro Largo». Luis vio dos diminutas cabinas, la de abajo apenas con el espacio suficiente para una cápsula de supervivencia, un indicador de masa y un banco de instrumentos en forma de herradura. La cabina superior no era mucho más grande. Notó que el kzin se agitaba detrás suyo.

- Muy interesante - dijo el kzin -. Supongo que Luis irá en la cabina inferior y nosotros tres en la de arriba.

- Sí. Nos costó bastante acomodar tres cápsulas de supervivencia en un espacio tan reducido. Para mayor seguridad, cada una está equipada con un campo estático. Puesto que haremos el viaje en posición estática, no tiene mayor importancia que no quede espacio para moverse.

El kzin bufó y Luis notó que se apartaba de su hombro. Dejó que la nave avanzara unos centímetros más y luego fue cerrando una serie de interruptores.

- Hay algo que me preocupa - dijo Luis -. Teela y yo cobramos lo mismo entre los dos que Interlocutor-de-Animales solo.

- ¿Deseas un complemento? Tendré en cuenta cualquier sugerencia.

- Quiero algo que tú ya no necesitas - le dijo al titerote - Algo que tu raza abandonó. - Había escogido un buen momento para hacer el trato. No tenía muchas esperanzas de conseguir nada, pero valía la pena intentarlo -. Deseo conocer la situación del planeta de los titerotes.

Las cabezas de Nessus se levantaron sobresaltadas y luego se quedaron mirando una a la otra. Nessus sostuvo un momento su propia mirada antes de preguntar:

- ¿Por qué te interesa saberlo?

- Hubo un tiempo en que la situación del mundo de los titerotes era el secreto más preciado del espacio conocido - dijo Luis -. De ahí su valor. Los buscadores de fortunas exploraron

todas las estrellas G y K visibles en busca del mundo de los titerotes. Teela y yo aún podríamos vender la información a buen precio a cualquier agencia de noticias.

- ¿Y si ese mundo se hallase fuera del espacio conocido?

- Ajá - dijo Luis -. Mi profesor de historia solía especular al respecto. Aun así sería una información valiosa.

- Antes de zarpar rumbo a nuestro destino definitivo - dijo el titerote, midiendo atentamente sus palabras - te comunicaré las coordenadas del mundo de los titerotes. Creo que la información será más desconcertante que útil.

El titerote volvió a mirarse fugazmente a los ojos. Luego abandonó esa pose y preguntó:

- ¿Distingues cuatro proyectores cónicos...?

- Sí. - Luis ya se había fijado en los cuatro conos abiertos que apuntaban hacia afuera y hacia abajo alrededor de la cabina doble -. ¿Son los motores de fusión?

- Sí. Comprobarás que la nave responde de forma muy similar a las de propulsores inertes, excepto por la ausencia de gravedad interna. A nuestros proyectistas no les sobraba espacio. Por lo que respecta al hiperreactor de quantum 11 no debo hacerte ninguna indicación especial...

- Os tengo en el campo de acción de mi espada variable - dijo Interlocutor-de-Animales -. Que nadie se mueva.

Tardaron un momento en captar el sentido de sus palabras, luego Luis se volvió, muy lentamente, evitando cualquier gesto demasiado brusco.

El kzin se apoyaba contra una pared cóncava. En una de sus garras sostenía algo parecido al desmesurado asidero de una comba de saltar. A unos dos metros del mango, que el kzin sostenía a la altura de sus ojos con gran habilidad, se balanceaba una reluciente bolita roja. El alambre que unía la bolita al mango era demasiado fino para poder distinguirlo a simple vista, pero a Luis no le cupo la menor duda de que existía. Ese alambre, invulnerable y rígido gracias a un campo estático de diseño esclavista, era capaz de cortar casi todos los metales, incluido el respaldo de la cápsula de supervivencia de Luis, suponiendo que decidiera esconderse detrás de ella. Y el kzin se había colocado de tal forma que con su espada podía alcanzar cualquier punto de la cabina.

A los pies del kzin, Luis pudo ver la pierna de carne extra-terrestre no identificada. Había sido desgarrada a dentelladas, y, como es lógico, estaba hueca.

- Hubiera preferido un arma menos dolorosa - dijo Interlocutor-de-Animales -. Lo ideal hubiera sido un aturdidor. No conseguí obtener uno antes de partir. Luis, aparta las manos de los mandos y apóyalas en el respaldo de tu silla.

Luis obedeció. Por un momento había pensado alterar la gravedad de la cabina; pero el kzin le partiría en dos si lo intentaba.

- Ahora, si os quedáis tranquilos, os explicaré lo que vamos a hacer.

- Explícanos tus razones - sugirió Luis. Estaba calculando los riesgos. La bombilla roja era un indicador para que interlocutor pudiera saber dónde acababa su cuchilla de alambre invisiblemente delgado. Si Luis conseguía agarrar ese extremo de la espada, sin perder los dedos en el acto...

No. La bombilla era demasiado pequeña.

- Las razones son bastante evidentes - dijo Interlocutor. Las señales negras que circundaban sus ojos recordaban el antifaz de un bandido de dibujos animados. El kzin no estaba tenso ni relajado. Se había situado de forma que era prácticamente imposible atacarle.

- Mi propósito es conseguir que mi mundo posea el «Tiro Largo». Nos servirá de modelo para construir otras naves del mismo tipo. Con naves como ésta estaríamos en ventaja en la próxima guerra entre hombres y kzinti, a condición de que los hombres no posean también los planos del «Tiro Largo». ¿Satisfechos?

Luis adoptó un tono sarcástico:

- Ya veo que el destino de nuestra expedición no te asusta.

- No. - El insulto no había hecho mella en él - ¿Cómo pudo llegar a pensar que un kzin sería capaz de captar un sarcasmo? -. Ahora todos os desvestiréis, para tener la seguridad de que no vais armados. Luego, el titerote se pondrá su traje de presión. Los dos embarcaremos en el «Tiro Largo». Vosotros, Luis y Teela, os quedaréis aquí; me llevaré vuestras ropas y vuestro equipaje, y también vuestros trajes de presión. Inutilizaré esta nave. Seguro que los Forasteros querrán saber por qué no habéis regresado a la Tierra y acudirán en vuestra ayuda mucho antes de que comience a fallaros el sistema de supervivencia. ¿Entendido?

Luis Wu, relajado y preparado para aprovechar cualquier posible descuido del kzin, miró a Teela Brown con el rabillo del ojo. Vio que Teela se disponía a saltar sobre el kzin.

Interlocutor la partiría por la mitad. Luis tendría que actuar con rapidez.

- No hagas tonterías, Luis. Levántate despacio y retrocede hacia la pared. Serás el primero en...

Luis frenó su salto, sorprendido por algo que no comprendía.

Interlocutor-de-Animales echó su gran cabezota anaranjada hacia atrás y maulló: un chillido casi supersónico. Abrió los brazos, como si quisiera abrazar el universo. La hoja de alambre de su espada variable atravesó un depósito de agua sin que pareciera ofrecer la menor resistencia; el agua comenzó a desparramarse. Interlocutor ni se dio cuenta. Sus ojos no veían, sus oídos no escuchaban.

- Quítale el arma - dijo Nessus.

Luis se le acercó. Avanzó con cautela, dispuesto a echarse al suelo si la espada variable se movía en su dirección. El kzin la agitaba dulcemente, como si fuese una batuta. Luis cogió el

mango del puño del kzin, que no ofreció la menor resistencia. Apretó el botón adecuado y la bolita roja retrocedió hasta tocar el mango.

- Quédatela - le ordenó Nessus. Cogió el brazo de Interlocutor entre los labios y le condujo hasta una cápsula. No tuvo que vencer la menor resistencia. El kzin calló; tenía la mirada perdida en el infinito y su gran rostro peludo reflejaba gran serenidad.

- ¿Qué ha pasado? ¿Qué me has hecho?

Interlocutor-de-Animales, perfectamente relajado, miraba al infinito y ronroneaba.

- Mira - dijo Nessus. Se apartó lentamente de la cápsula del kzin. Tenía las aplastadas cabezas muy erguidas y rígidas, apuntando mas que mirando hacia el kzin, del que no apartó la mirada ni un instante.

De pronto, el kzin pareció recuperar la visión. Su mirada iba de Luis a Teela y luego a Nessus. Interlocutor-de-Animales comenzó a emitir unos gruñidos plañideros, se incorporó y empezó a hablar en intermundo.

- Ha sido muy agradable. Me gustaría...

Se interrumpió, desconcertado.

- Sea lo que fuere - le dijo al titerote -, no lo vuelvas a hacer.

- Te tenía por un ser cultivado - dijo Nessus -. Y no me he equivocado en mi apreciación. Sólo una persona de una cierta cultura temería un tasp.

- Ah - dijo Teela.

- ¿Tasp? - inquirió Luis.

El titerote continuó hablando con Interlocutor-de-Animales:

- No olvides que recurriré al tasp siempre que me obligues a ello. Haré uso de él si me pones nervioso, si recurres a la violencia con frecuencia o si me asustas a menudo; pronto no podrás prescindir del tasp. Y puesto que lo tengo quirúrgicamente implantado en el cuerpo, sólo matándome podrías apoderarte de él. Y aun entonces continuaría tu innoble dependencia del tasp.

- Muy astuto - dijo Interlocutor -. Una táctica fuera de lo común. No te molestaré más.

- ¡Nej! ¿Alguien quiere explicarme qué es un tasp?

La ignorancia de Luis pareció sorprenderles a todos. Teela fue quien se lo explicó:

- Activa el centro de placer del cerebro.

- ¿A distancia? - Luis ignoraba que ello fuese teóricamente posible.

- Claro. Tiene el mismo efecto que una corriente al tocar un electrodo; pero no es preciso introducir un alambre en el cerebro. Los tasps suelen ser bastante pequeños y pueden manejarse con una sola mano.

- ¿Te han dado alguna vez con un tasp? Ya sé que no es asunto de mi incumbencia...

Tanta delicadeza hizo sonreír a Teela.

- Sí, conozco la sensación que produce. Por un momento... bueno, es imposible explicarlo. Pero el tasp no es para usarlo en uno mismo. Lo normal es aplicárselo a alguien que no se lo espera. Ahí está la gracia. La policía detiene a menudo grupos de «taspers» en los parques.

- Vuestros tasps - dijo Nessus - inducen menos de un segundo de corriente. El mío induce unos diez segundos.

Debía haber producido un efecto formidable sobre Interlocutor-de-Animales. Pero Luis sacó otras conclusiones:

- Vaya, vaya. Es estupendo. ¡Increíble! ¡Sólo a un titerote se le ocurriría pasearse con un arma que causa placer al enemigo!

- Y sólo un ser muy cultivado temería un exceso de placer. El titerote tiene razón - dijo Interlocutor-de-Animales - Si las descargas del tasp fueran frecuentes, acabaría convertido en el obediente esclavo del titerote. ¡Yo, un kzin, sometido a la voluntad de un herbívoro!

- Subamos al «Tiro Largo» - dijo Nessus en tono grandilocuente -. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Luis fue el primero en subir a bordo del «Tiro Largo».

El bailoteo de sus pies sobre la superficie rocosa de Nereida no le sorprendió. Luis sabía moverse perfectamente en condiciones de reducida gravedad. Sin embargo, su cerebelo había esperado tontamente un cambio de gravedad al entrar en la cámara de aire del «Tiro Largo». Preparado como estaba para el cambio, tropezó y por poco se cae al no producirse éste.

- Sé que entonces conocían la gravedad inducida - masculló al entrar en la cabina.

Era una cabina primitiva, llena de rígidos ángulos rectos, muy propicios para golpearse las rodillas y los codos contra ellos. Todo era más grande de la cuenta. Los indicadores estaban mal situados...

Además de primitiva, la cabina era pequeña. Cuando se construyó el «Tiro Largo» ya se conocía la gravedad inducida; pero, a pesar de que la nave tenía kilómetro y medio de ancho, no quedaba espacio para la maquinaria. Apenas si cabía un piloto.

El tablero de mandos y un indicador de masa, una ranura de alimentación, una cápsula de seguridad y detrás de ésta un espacio en el que podría acomodarse un hombre con la cabeza inclinada para no tocar el techo.

Luis se introdujo en ese espacio y abrió la espada variable del kzin hasta una longitud de un metro.

Interlocutor-de-Animales subió a bordo, cuidando de avanzar lentamente. Pasó junto a Luis sin detenerse y subió al compartimiento superior.

Allí se encontraba antes la sala de recreo del único piloto de la nave. Habían retirado los aparatos gimnásticos y la pantalla de lectura para instalar otras tres cápsulas de seguridad. Interlocutor se acomodó en una de ellas.

Luis le siguió escaleras arriba. Exhibió la espada variable sin darle mayor importancia; luego cerró la tapa de la cápsula del kzin y accionó un interruptor.

La cápsula se convirtió en un huevo con la superficie como un espejo. El tiempo quedaría detenido en su interior hasta que Luis desconectara el campo estático. Si la nave fuera a estrellarse contra un asteroide de antimateria, incluso el fuselaje se convertiría en vapor ionizado; sin embargo, la cápsula del kzin no perdería su reflectante acabado.

Luis se relajó. Todo parecía ahora una especie de danza ritual; sin embargo, la finalidad era bastante palpable. El kzin tenía buenas razones para querer robar la nave. El tasp no había cambiado en nada ese aspecto. No debía permitirle conseguir su propósito.

Luis volvió a la cabina del piloto. Decidió usar el circuito nave-traje.

- Adelante.

Unas cien horas más tarde, Luis Wu ya había salido del sistema solar.

5. La roseta

Las matemáticas del hiperespacio tienen sus singularidades. Cualquier masa lo suficientemente grande del universo einsteiniano está rodeada de una de estas singularidades. Fuera de ellas, las naves espaciales pueden desplazarse a velocidades superiores a las de la luz. En su interior, desaparecerían en el intento.

En esos momentos el «Tiro Largo» se hallaba a unas ocho horas-luz de Sol y fuera del radio de acción de la singularidad local de Sol.

Y Luis Wu gravitaba libremente en el vacío. Sentía tensión en las gónadas y un ligero malestar en el diafragma, y su estómago parecía a punto de eructar. Eran sensaciones pasajeras

Al mismo tiempo experimentaba una paradójica ansia de volar...

Había viajado varias veces en sistema de caída libre, en la gran burbuja transparente del Hotel Ambulante, que giraba en torno a la Luna de la Tierra. Pero en esa cabina, el más leve movimiento de brazos supondría la rotura de algún elemento vital.

Había decidido efectuar la aceleración de despegue bajo la influencia de dos gravedades. Había pasado unos cinco días trabajando, comiendo y durmiendo en la cápsula del piloto, pese a que ésta estaba excelentemente equipada, se sentía sucio y despeinado; las cincuenta horas de sueño no habían sido suficientes para disipar su cansancio.

Luis veía un negro panorama ante sí. Empezaba a comprender que, desde su punto de vista, la expedición se caracterizaría por la incomodidad.

El cielo del alto espacio no se diferenciaba gran cosa del cielo de la noche lunar. Al sur de la galaxia relucía una estrella particularmente brillante; era Sol.

Luis accionó los mandos de los rotores. El «Tiro Largo» giró y las estrellas quedaron a sus pies.

Veintisiete, trescientos doce, mil. Eran las coordenadas que le diera Nessus justo antes de que Luis cerrara su cápsula de supervivencia. Indicaban la situación de la migración de titerotes. Y de pronto Luis advirtió que ello no correspondía a la dirección de las Nubes de Magallanes. El titerote le había mentido.

No obstante, reflexionó Luis, estaba a unos doscientos años luz de distancia. Y seguía la dirección del eje de la galaxia. Cabía la posibilidad de que los titerotes hubieran decidido salir de la galaxia por el camino más corto y luego desplazarse hasta la Nube Menor por encima del plano de la galaxia. Así podrían evitar todos los obstáculos interestelares: soles, nubes de polvo, concentraciones de hidrógeno, etcétera.

No tenía mayor importancia. Luis paseó las manos por el panel de mandos, como un pianista a punto de comenzar un concierto.

Estaban descendiendo.

El «Tiro Largo» desapareció.

Luis mantenía los ojos deliberadamente apartados del suelo transparente, Ya había dejado de preguntarse por qué no habían recubierto todas esas ventanas. Hombres muy sensatos habían enloquecido ante el espectáculo de la Zona Tenebrosa; sin embargo, había personas capaces de soportarlo. El piloto del «Tiro Largo» debió ser una de ellas.

Luis observó el indicador de masa: una esfera transparente situada sobre el panel de mandos, con una serie de líneas azules que irradiaban de su centro. Tenía un tamaño desmesurado, pese a las limitaciones de espacio de la cabina. Reclinó la cabeza y se quedó mirando las líneas.

Luis volaba sin apartar la mano izquierda del botón de emergencia.

La ranura de abastecimiento que tenía a la derecha le sirvió un café que sabía a rancio y, a continuación, una comida instantánea que se le deshizo en las manos, descomponiéndose en distintas capas de carne, queso, pan y una extraña hoja. La cocina automática no debía haber sido reprogramada en varios siglos Las líneas radiales del indicador de masa se hicieron gruesas y comenzaron a moverse hacia arriba como la manecilla de un reloj, para luego encogerse hasta desaparecer. Una borrosa línea azul que ocupaba el fondo de la esfera comenzó a alargarse... Luis apretó el botón de emergencia.

Un gigante rojo desconocido brillaba bajo sus pies.

- Demasiado rápido - gruñó Luis -. ¡Excesivamente rápido! ¡Nej!

En cualquier nave normal bastaba con controlar el indicador de masa cada seis horas poco más o menos. ¡En el «Tiro Largo» casi no se atrevía ni a parpadear!

Luis bajó la vista para contemplar el brillante disco rojo algo difuminado y el fondo de estrellas que tenía detrás.

- ¡Nej! ¡Ya hemos salido del espacio conocido!

Hizo girar la nave para observar las estrellas. A sus pies se extendía un cielo desconocido.

- ¡Son mías, todas mías! - exclamó Luis, frotándose las manos. Luis Wu se montaba sus propios espectáculos durante sus períodos sabáticos.

La estrella roja pasó a formar parte otra vez de su campo visual y Luis esperó a que se desplazara noventa grados más. Se había acercado demasiado a la estrella y ahora tendría que rodearla por completo.

Ya llevaba hora y media pilotando.

Después de tres horas consiguió salir otra vez de la zona de influencia de la singularidad.

Las estrellas desconocidas no le preocupaban. Las luces de las ciudades ocultaban la luz de las estrellas en la mayor parte de la Tierra; y Luis Wu se había criado en ese planeta. Tenía veintiséis años cuando vio su primera estrella. Se aseguró de que la nave hubiera alcanzado el espacio abierto, tapó el panel de mandos y, por fin, pudo desperezarse.

- Uf. Tengo los ojos ardiendo.

Se zafó de la red protectora y se dejó flotar, mientras hacía flexiones con el brazo izquierdo. Llevaba tres horas sin mover esa mano de la palanca del hiperreactor. Tenía el brazo entumecido desde el codo hasta la punta de los dedos.

Del techo colgaban anillas para ejercicios isométricos. Luis se colgó de ellas. Se le desagarrotaron los músculos, pero seguía sintiéndose fatigado.

¿Y si despertara a Teela? No le vendría mal poder charlar un poco con ella. Una idea estupenda. La próxima vez que vaya de vacaciones me llevaré a una mujer en estasis. Así podré tener lo mejor de ambos mundos. Pero por su aspecto diríase que acababa de ser

desenterrado de una tumba, y así se sentía también. No estaba en condiciones de recibir a nadie. En fin.

No debía haber permitido que ella se embarcara en el «Tiro Largo».

¡No era bueno para él! Le había gustado tener a Teela a su lado, esos dos días. Había sido como una repetición de la aventura de Luis Wu y Paula Cherenkov, en una nueva versión con final feliz. Tal vez incluso mejor.

Sin embargo, Teela era una chica superficial. Y no era sólo una cuestión de edad. Luis tenía amigos de todas las edades y algunos de los más jóvenes eran realmente profundos. Desde luego, esos eran los que más sufrían. Como si el dolor formara parte del proceso de aprendizaje. Un hecho que probablemente correspondía a la realidad.

No, a Teela le faltaba la capacidad de sentir el dolor de los demás...

Pero sabía captar perfectamente el placer del otro, y era capaz de responder al placer, y de crear placer. Era una amante maravillosa: de una belleza casi dolorosa, apenas iniciada en el arte, sensual como un gato, y sorprendentemente desinhibida.

Nada de lo cual podía serle de ninguna utilidad en su capacidad de exploradora.

Teela había tenido una vida feliz y monótona. Se había enamorado dos veces y en ambas ocasiones había sido la primera en cansarse del asunto. Jamás se había encontrado en una situación de grave tensión, nunca había sufrido de verdad. Llegado el momento de enfrentarse con su primera auténtica situación de emergencia, lo más probable era que Teela fuese presa del pánico.

«Pero yo sólo la quería como amante - se dijo Luis para sus adentros -. ¡Maldito Nessus! ¡Si Teela hubiera vivido alguna vez una situación de stress, Nessus la habría rechazado por su mala suerte!»

Había sido un error traerla. Era una responsabilidad. Tendría que dedicar demasiado tiempo a protegerla cuando debiera estar ocupándose de sí mismo.

¿Qué situaciones difíciles podían esperarles? Los titerotes eran sagaces hombres de negocios. Nunca pagaban más de lo preciso. El «Tiro Largo» representaba unos honorarios absolutamente fuera de lo corriente. Luis tenía la estremecedora sospecha de que se lo ganarían a pulso.

«Bueno, basta por hoy», se dijo. Metióse otra vez en la cápsula y estuvo durmiendo una hora bajo los auriculares somníferos. Se despertó, enderezó el rumbo de la nave y volvió a caer en la Zona Tenebrosa.

Volvió a salir a cinco horas y media de Sol.

Las coordenadas que le había dado el titerote definían una pequeña porción rectangular del cielo vista desde Sol, acompañada de una distancia radial en ese sentido. A esa distancia, las coordenadas definían un cubo de medio año luz de arista. Si sus instrumentos no le engañaban, Luis Wu y el «Tiro Largo» también se encontraban ahora dentro de ese volumen.

Habían dejado ya muy atrás la pequeña burbuja de estrellas, de unos setenta años luz de diámetro, que constituía el espacio conocido.

De nada le serviría intentar localizar la flotilla. Luis no sabía qué debía buscar. Fue a despertar a Nessus.

Nessus se colgó a una anilla gimnástica con los dientes y miró por encima del hombro de Luis.

- Tengo que localizar ciertas estrellas como puntos de referencia. Centra esa gigante verde y blanca y proyéctamela en la pantalla ampliadora...

Casi no podían moverse en la cabina del piloto. Luis intentaba proteger el panel de instrumentos de los desmañados gestos de los tres cascos del titerote.

- Espectroanálisis... sí. Ahora la doble estrella azul y amarilla situada en las dos...

- Ya me he situado. Gira a 348,72.

- ¿Qué buscamos exactamente, Nessus? ¿Una masa de llamas de fusión? No, la flotilla usa reactores corrientes.

- Necesitamos el amplificador. La reconocerás en cuanto la veas.

La pantalla amplificadora estaba llena de pequeñas estrellas anónimas. Luis fue aumentando el grado de amplificación hasta que...

- Cinco puntos distribuidos en un pentágono regular. ¿Es eso?

- Ese es nuestro punto de destino.

- Estupendo. Déjame comprobar la distancia... ¡Nej! Hay un error, Nessus. Están demasiado lejos.

No recibió respuesta.

- En cualquier caso, no pueden ser naves, aunque el calculador de distancias no funcione. La flota de los titerotes debe avanzar un poco por debajo de la velocidad de la luz. Tendríamos que distinguir el movimiento.

Cinco estrellas apagadas en un pentágono regular. Estaban a un quinto de año luz de distancia y resultaban completamente invisibles a simple vista. Para poderlas distinguir con ese grado de ampliación, debían tener las dimensiones de un verdadero planeta. En la pantalla, una se veía un poco menos azul, ligeramente más pálida que las otras.

Una roseta de Kemplerer. Qué cosa más rara.

Se cogen tres o más masas iguales. Se sitúan en los vértices de un polígono equilátero y se les dan velocidades angulares iguales respecto a su centro de masa.

En esas condiciones la figura se halla en equilibrio estable. Las masas pueden describir órbitas circulares o elípticas. Una masa adicional puede ocupar el centro de masa de la figura, aunque éste también puede estar vacío. Es un detalle irrelevante. La figura es estable, como un par de puntos troyanos.

El problema está en que no es difícil que una masa pase a formar un punto troyano. (Recuérdese el caso de los asteroides troyanos en la órbita de Júpiter.) Sin embargo, es muy improbable que cinco masas lleguen a constituir una roseta de Kemplerer por azar.

- Es increíble - murmuró Luis -. Singular. Nadie ha visto jamás una roseta de Kemplerer... - La dejó perderse de vista.

¿De dónde obtendrían su luz esos objetos entre las estrellas?

- Oh, no, ni lo sueñes - dijo Luis Wu -. Jamás conseguirás convencerme. ¿Crees que soy un imbécil?

- Qué es lo que no quieres creer.

- ¡Nej! ¡No te hagas el inocente!

- Como quieras. Hacia allí nos dirigimos, Luis. Si nos sitúas dentro de su radio de acción, enviarán una nave a nuestro encuentro.

La nave tenía un fuselaje #3, un cilindro redondeado en los extremos y con el vientre aplastado, pintado de un color rosa chillón y sin ventanas. No había aberturas para los motores.

Debían de ser motores sin reacción, parecidos a los humanos, tal vez algo más avanzados.

Luis siguió las instrucciones de Nessus y dejó que la otra nave se encargara de efectuar las maniobras necesarias. Con sus motores de fusión, el «Tiro Largo» hubiera necesitado meses para adecuar su velocidad a la de la «flotilla» de los titerotes. La nave titerote lo consiguió en menos de una hora. Se materializó junto al «Tiro Largo» y, de inmediato, su tubo de acceso, cual serpiente de vidrio, intentó establecer contacto con la compuerta del «Tiro Largo».

Tendrían problemas para desembarcar. No había espacio suficiente para que toda la tripulación pudiera salir del estasis al mismo tiempo. Y, un detalle más importante, Interlocutor tendría una última oportunidad de apoderarse de la nave.

- ¿Crees que tu tasp le mantendrá a raya, Nessus?

- No. En mi opinión, hará una última tentativa de robar la nave. Lo mejor será que...

Desconectaron el panel de mandos de los motores de fusión del «Tiro Largo». Con un poco de tiempo y la intuición mecánica innata en todos los constructores de herramientas, el kzin podría arreglar cualquier cosa. Pero no tendría tiempo...

Luis observó al titerote que comenzaba a avanzar por el tubo. Nessus llevaba el traje de presión de Interlocutor. Había cerrado los ojos con fuerza: una lástima, pues la vista era magnífica.

- Caída libre - dijo Teela cuando Luis le abrió la cápsula de supervivencia -. No me siento bien. Será mejor que me ayudes, Luis. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ya hemos llegado?

Luis le contó algunos detalles mientras la conducía hasta la compuerta. Ella le escuchaba, pero Luis advirtió que toda su atención estaba concentrada en la boca de su estómago. Se la veía sumamente incómoda.

- En la otra nave habrá gravedad - le dijo.

Sus ojos descubrieron la diminuta roseta en cuanto Luis se la señaló. Ya era posible apreciarla a simple vista: un pentágono de cinco estrellas blancas. Ella se volvió y le interrogó con una mirada de asombro. El movimiento le hizo rodar los canales semicirculares y Luis pudo ver cómo se le demudaba la cara antes de cruzar la compuerta. Luis la siguió con la mirada mientras desaparecía contra el fondo de estrellas desconocidas.

Luis abrió la tapa de la cápsula y dijo:

- Nada de gestos bruscos, estoy armado.

El rostro anaranjado del kzin no cambió de expresión:

- ¿Hemos llegado?

- Sí. He desconectado el motor de fusión. Es imposible que consigas volver a conectarlo a tiempo. Nos están apuntando con dos grandes lasers de rubí.

- ¿Y si huyera con el hiperreactor? No, imposible. Debemos estar en una singularidad.

- Te aguarda una sorpresa. Estamos en cinco singularidades.

- ¿Cinco? ¿En serio? Pero lo de los lasers no era cierto, Luis. ¿No te da vergüenza mentirme así?

En cualquier caso, el kzin salió de la cápsula sin armar demasiado alboroto. Luis le seguía con la espada variable en ristre. Al llegar a la compuerta, el kzin se detuvo sobrecogido ante el espectáculo del pentágono de estrellas que iba aumentando de tamaño a ojos vista.

El «Tiro Largo» se acercaba a hipervelocidad y se había detenido media hora luz más adelante de la «flotilla» de los titerotes: poco menos de la distancia media entre Júpiter y la Tierra. Pero la «flotilla» avanzaba a enorme velocidad, apenas inferior a la de su propia luz, de modo que la luz que llegaba al «Tiro Largo» procedía de mucho más lejos. Cuando el «Tiro Largo» se detuvo, la roseta era demasiado pequeña para poder distinguirla a simple vista. Apenas se veía cuando Teela cruzó la compuerta. En esos momentos había alcanzado un tamaño impresionante e iba creciendo con enorme rapidez.

Los cinco puntos azul pálido distribuidos en un pentágono se iban expandiendo por el cielo, cada vez más grandes, y más separados...

Durante un fugaz instante el «Tiro Largo» apareció rodeado de cinco mundos. Luego desaparecieron, y su luz cada vez menos intensa fue enrojeciendo hasta hacerse invisible. Y la espada variable estaba en manos de Interlocutor-de-Animales.

- ¡Por todos los diablos! - explotó Luis -. ¿No sientes curiosidad por nada?

El kzin reflexionó un momento:

- Siento curiosidad, pero mi orgullo es más fuerte. - Pulsó el botón y, cuando el alambre retráctil estuvo metido en el mango, le devolvió la espada variable a Luis -. Una amenaza es tanto como un desafío. ¿Vamos?

La nave titerote era un robot. Una vez cruzadas la compuerta, todo el sistema de supervivencia era una gran habitación. Había cuatro cápsulas, de formas tan diversas como los seres que debían ocuparlas, formando un círculo en torno a un mueble-bar.

La nave no tenía ventanas.

Luis comprobó con gran alivio que había gravedad. Aunque no exactamente igual a la gravedad de la Tierra; el aire tampoco era exactamente el mismo de la Tierra. La presión resultaba un poquitín demasiado alta. El ambiente estaba lleno de olores, extraños aunque no desagradables. Luis olía a ozono, hidrocarbonos, titerotes -docenas de titerotes- y otros olores que no logró identificar.

No había ángulos. La pared curva formaba una sola superficie con el suelo y el techo; tanto las cápsulas-diván como el mueble-bar parecían modificables. En el mundo de los titerotes no había objetos duros ni cortantes, nada que pudiera hacer salir sangre o causar un hematoma.

Nessus se tendió descoyuntado sobre su cápsula-diván. Se le veía ridículamente cómodo.

- No me ha querido decir nada - se burló Teela.

- Claro que no - dijo el titerote -. De todos modos hubiera tenido que repetirlo cuando llegasen los demás. Sin duda os habréis estado preguntando...

- Mundos volantes - le interrumpió el kzin.

- Y rosetas de Kemplerer - dijo Luis.

Un zumbido casi imperceptible le indicó que la nave comenzaba a moverse. Acomodó su equipaje e Interlocutor hizo otro tanto, luego se tendieron frente a los otros dos en sus respectivas cápsulas. Teela le tendió una bebida roja con sabor a frutas en una ampolla comprimible.

- ¿Falta mucho? - le preguntó al titerote.

- Aterrizaremos dentro de una hora. Entonces recibiréis instrucciones sobre nuestro destino definitivo.

- Creo que tendremos tiempo. Bien, cuéntanos. ¿Por qué mundos volantes? No sabría explicarlo exactamente, pero por algún motivo me parece más bien arriesgado esto de ir lanzando mundos habitables con tal despreocupación.

- ¡Oh, te equivocas, Luis! - El titerote hablaba completamente en serio -. El riesgo es mucho menor que en esta nave, por ejemplo; y esta nave es muy segura comparada con la mayoría de las naves de diseño humano. Tenemos mucha práctica en lo que a trasladar mundos se refiere.

- ¡Práctica! ¿Cómo se os ocurrió la idea?

- Para explicarlo tendré que hablar primero del calor y del control de la natalidad. ¿No os molesta?

Con un ademán, respondieron que no. Luis tuvo la delicadeza de no reír; Teela soltó una carcajada.

- En primer lugar debéis saber que a los titerotes nos resulta sumamente difícil controlar nuestra población. Sólo existen dos formas para evitar la procreación. Una de ellas requiere una grave intervención quirúrgica. La otra es la abstinencia total de todo contacto sexual.

Teela quedó pasmada:

- ¡Qué horror!

- Es un inconveniente. Fijaos bien, la operación no constituye una alternativa a la abstinencia, sino que tiene por objeto asegurar la abstinencia. Actualmente se ha conseguido que la operación sea reversible, algo imposible en el pasado. Muy pocos de mi especie están dispuestos a someterse voluntariamente a esa intervención.

Luis silbó:

- No me extraña. ¿Conque el control de vuestra población depende de la fuerza de voluntad?

- Sí. La abstinencia determina desagradables efectos secundarios, como ocurre en la mayoría de las especies. Desde tiempos muy remotos, ello se ha traducido en un exceso de población. Hace medio millón de años éramos medio trillón en cifras humanas. En cifras kzinti...

- Las matemáticas son mi fuerte - le interrumpió el kzin -. Pero estos problemas no parecen guardar relación alguna con lo inusitado de vuestra flota. - No se quejaba, era sólo un comentario. Interlocutor había cogido del mueble-bar una garrafa con dos asas de diseño kzinti, con más de dos litros de capacidad.

- Pues tienen mucho que ver, Interlocutor. Medio trillón de seres civilizados producían mucho calor como subproducto de su civilización.

- ¿Ya estabais civilizados hace tanto tiempo?

- Evidentemente. Ninguna cultura bárbara hubiera podido mantener una población tan numerosa. Hacía tiempo que se nos había agotado la tierra cultivable y habíamos tenido que terraformar dos mundos de nuestro sistema para dedicarlos a la agricultura. Para ello tuvimos que aproximarlos más al Sol. ¿Comprendes?

- Vuestra primera experiencia en el desplazamiento de mundos. Emplearíais naves robot, claro.

- Evidentemente... A partir de entonces la alimentación dejó de ser problema. Tampoco teníamos problemas de espacio. Ya entonces construíamos altos edificios y nos gusta vivir en compañía.

- Instinto gregario, lo juraría. ¿Por eso esta nave huele como una manada de titerotes?

- Sí, Luis. Nos reconforta oler la presencia de nuestros semejantes. Nuestro único problema, en aquella época, consistía en el calor.

- ¿El calor?

- El calor es uno de los productos de desecho de la civilización.

- No comprendo - dijo Interlocutor-de-Animales.

Luis, quien como terrícola comprendía perfectamente, se abstuvo de todo comentario. (La Tierra estaba mucho más poblada que Kzin.)

- Por ejemplo: por la noche te gusta tener luz, ¿verdad, Interlocutor? Si no dispones de una fuente de luz artificial no tienes más remedio que dormir, aunque prefieras hacer otras cosas.

- Elemental.

- Supón que cuentas con una fuente de luz perfecta que sólo emite radiaciones en el espectro visible para los kzinti. Aun así, toda la luz que no salga por las ventanas será absorbida por paredes y muebles. Se convertirá en calor difuso. Otro ejemplo: la Tierra no produce suficiente agua dulce natural para sus dieciocho mil millones. Es preciso destilar agua salada por fusión. Ello genera calor. Y debes tener en cuenta que nuestro mundo, mucho más poblado, perecería si no funcionasen las plantas destiladoras. Un tercer ejemplo: el transporte que supone cambios de velocidad genera siempre calor. Las naves espaciales cargadas de cereales procedentes de los mundos agrícolas producían calor al regresar a nuestra atmósfera y lo distribuían por toda su superficie. Al despegar despedían aún más calor.

- Sin embargo, existen sistemas de refrigeración...

- La mayor parte de los sistemas de refrigeración no hacen más que extraer calor de una parte y verterlo en otra, y además también producen calor con su consumo de energía.

- Creo que empiezo a comprender. A medida que aumenta el número de titerotes, también aumenta el calor generado.

- ¿Comprendes entonces por qué el calor de nuestra civilización comenzaba a hacer inhabitable nuestro mundo?

«Polución - pensó Luis Wu -. Motores de combustión interna. Bombas de fisión y cohetes de fusión en la atmósfera. Desechos industriales en los lagos y los océanos. Bastantes veces hemos estado a punto de morir ahogados en nuestros propios productos de desecho. De no existir el Comité de Fertilidad, tal vez la Tierra, se estaría sofocando en su propio calor de desecho.»

- Increíble - comentó Interlocutor-de-Animales -. ¿Por qué no emigrasteis?

- ¿Quién arriesgaría su vida en las múltiples muertes del espacio? Sólo un ser como yo. ¿Cómo colonizar nuevos mundos con los dementes de nuestra especie?

- Podíais haber enviado cargamentos de huevos fertilizados congelados y tripular las naves con navegantes locos.

- No me gusta hablar de sexo. Nuestra biología no está adaptada para estos métodos, aunque sin duda podíamos haber desarrollado algo parecido... pero, ¿para qué? Ello no habría reducido nuestra población, ¡y nuestro mundo seguiría sofocándose en su propio calor de desecho!

Sin que viniera al caso, Teela dijo:

- Me gustaría poder mirar al exterior. El titerote la contempló admirado:

- ¿En serio? ¿No sientes vértigo?

- ¿En una nave titerote?

- En fin, el peligro no aumentará porque miremos. Concedido.

Nessus pronunció unas musicales palabras en su propia lengua y la nave se esfumó.

Podían verse entre sí y a sí mismos; podían ver las cuatro cápsulas flotando en el vacío, con el mueble-bar en el centro. Fuera de eso, sólo la negrura del espacio. Cinco mundos relucían empero con blanco resplandor tras los cabellos negros de Teela. Eran todos del mismo tamaño: tal vez dos veces el diámetro angular de la Luna llena vista desde la Tierra. Formaban un pentagrama. Cuatro de los mundos estaban rodeados de cadenas de diminutas y brillantes luces: soles orbitales que producían una luz solar artificial blanco-amarillenta. Los cuatro brillaban por un igual y tenían el mismo aspecto: borrosas esferas azules en las que resultaba imposible distinguir los contornos continentales a tanta distancia. Pero el quinto...

El quinto mundo no tenía luces orbitales. Brillaba con luz propia, a través de manchas en forma de continentes y con los colores de la luz solar. Entre las manchas se extendía una superficie de una negrura comparable a la del espacio circundante; y la negrura, también, estaba jaspeada de estrellas. El negro del espacio parecía invadir las zonas situadas entre los continentes de luz solar.

- Nunca había visto nada tan hermoso - dijo Teela con voz emocionada. Y Luis se sintió inclinado a darle la razón.

- Increíble - dijo Interlocutor-de-Animales -. Casi no puedo creerlo. Emigrasteis con vuestros mundos.

- Los titerotes no confían en las naves espaciales - dijo Luis en tono ausente.

Le producía un escalofrío pensar que podría haberse perdido ese espectáculo; que el titerote podría haber escogido a otro en su lugar. Tal vez hubiera muerto sin ver la roseta de los titerotes...

- ¿Cómo?

- Ya os he explicado que nuestra civilización se estaba sofocando en su propio calor de desecho - dijo Nessus -. La conversión total de la energía nos había permitido deshacernos de todos los demás subproductos de la civilización a excepción de éste. No teníamos más remedio que apartar nuestro mundo de su estrella primaria.

- ¿No era peligroso?

- Muchísimo. Ese año hubo muchos casos de demencia. Sin embargo, habíamos comprado un motor no atómico y sin inercia a los Forasteros. Ya podéis imaginaros el precio. Aún estamos pagando los plazos. Habíamos desplazado dos mundos agrícolas; habíamos hecho experimentos con otros mundos, inservibles, de nuestro sistema, siempre con el motor de los Forasteros. Sea como fuere, lo hicimos. Trasladamos nuestro mundo. Al cabo de algunos milenios, ya éramos un trillón. La escasez de luz solar natural nos había obligado a iluminar nuestras calles incluso de día, lo cual constituía una nueva fuente de calor. Nuestro sol comenzaba a presentar una conducta anómala. En resumen, descubrimos que nuestro sol representaba un riesgo en vez de una ventaja. Trasladamos nuestro mundo a un décimo de año luz de distancia y conservamos la primaria sólo como ancla. Necesitábamos los mundos agrícolas y hubiera sido arriesgado dejar flotar nuestro mundo a la deriva por el espacio. De no ser por ello, no hubiéramos necesitado el sol para nada.

- Y ésa es la razón de que nadie consiguiera descubrir nunca el mundo de los titerotes - dijo Luis Wu.

- En parte.

- Exploramos todos los soles enanos amarillos del espacio conocido y varios situados fuera de él. Un momento, Nessus. Alguien hubiera tenido que descubrir los planetas agrícolas. En una roseta de Kemplerer.

- Luis, no debían de haber explorado esos soles, sino otros.

- ¿Cómo? Es evidente que procedéis de un enana amarilla.

- Nuestra evolución tuvo lugar en una estrella enana amarilla, parecida a Procyon. Como sabrás, dentro de medio millón de años Procyon se dilatará y entrará en una fase de gigante rojo.

- ¡Por Finagle! ¿Vuestro sol se convirtió en un gigante rojo?

- Sí. Poco después de concluir el traslado de nuestro mundo, nuestro sol inició un proceso de expansión. Tus antepasados todavía se dedicaban a romper cabezas con fémures de antílope. Cuando comenzasteis a interesaras por nuestro mundo, os lanzasteis a explorar órbitas que no correspondían en soles que tampoco correspondían. Habíamos incorporado mundos adecuados procedentes de sistemas vecinos, hasta disponer de cuatro mundos agrícolas que organizamos en una roseta de Kemplerer. Cuando el sol comenzó a expandirse, fue preciso trasladarlos todos al mismo tiempo y proporcionarles fuentes de ultravioleta para compensar las radiaciones rojas. No es de extrañar que cuando llegó el momento de abandonar la galaxia, hace doscientos años, estuviéramos bien preparados. Ya teníamos práctica en el traslado de mundos.

Hacía un rato que la roseta de los mundos había comenzado a ensancharse. El mundo de los titerotes comenzó a brillar bajo sus pies, cada vez más grande, hasta absorberlos. Las estrellas dispersas por los negros mares habían crecido hasta convertirse en millares de pequeñas islas. Los continentes ardían como materia solar incandescente.

Una vez, hacía de eso muchos años, Luis se había asomado sobre el vacío desde lo alto del monte Lookitthat. El río de la Gran Catarata, de ese mundo, acaba en la catarata más alta del espacio conocido. Luis lo había seguido hasta donde le fue posible penetrar el nebuloso vacío con la mirada. El blanco indescriptible del propio vacío se le había quedado grabado para siempre y Luis, medio hipnotizado, había jurado vivir eternamente. Era la única manera de conseguir verlo todo.

Mientras el mundo de los titerotes iba configurándose a su alrededor, se reafirmó en esa decisión.

- Estoy pasmado - dijo Interlocutor-de-Animales. Su pelada cola sonrosado se agitaba frenéticamente; pero su rostro velludo y su voz de trueno no denotaban la menor emoción -. Os hemos despreciado por vuestra cobardía, Nessus, pero el desdén nos cegaba. En verdad, sois peligrosos. De habernos temido un poco más, hubierais aniquilado nuestra estirpe. Vuestro poder es terrible. No hubiéramos podido haceros frente.

- Un kzin atemorizado ante un hervíboro: imposible.

Nessus lo dijo sin segunda intención; pero Interlocutor reaccionó violentamente.

- Cualquier ser racional temería tamaño poder.

- Lo que dices me preocupa. El miedo y el odio suelen ir unidos. Lo lógico sería que un kzin atacase lo que le inspira temor.

La cosa se estaba poniendo fea. Habían dejado el «Tiro Largo» a millones de kilómetros de distancia y el espacio conocido estaba a centenares de años luz de allí; en esas circunstancias, estaban a merced de los titerotes. Si éstos creían tener motivos para temerles...

Había que cambiar de tema en seguida. Luis abrió la boca:

- Hey - dijo entonces Teela -. Hace rato que habláis de rosetas de Kemplerer. ¿Qué es una roseta de Kemplerer?

Y los dos extraterrestres comenzaron a explicárselo afanosamente, mientras Luis se preguntaba cómo había podido tomarla por tonta.

6. Una cinta brillante

- He salido bien burlado - dijo Luis Wu -. Ahora ya sé dónde encontrar el mundo de los titerotes. Gracias, Nessus. Has cumplido tu promesa.

- Ya te advertí que la información sería sorprendente, pero de escasa utilidad.

- Vaya broma - comentó el kzin -. Tu sentido del humor me sorprende, Nessus.

A sus pies se veía una diminuta isla en forma de anguila, rodeada por un negro mar. La isla se fue perfilando como una salamandra de fuego, y Luis creyó distinguir unos elevados edificios de esbelta estructura. Sin duda no permitían el acceso de extranjeros al continente.

- Nosotros no bromeamos - aclaró Nessus -. Mi especie no posee sentido del humor.

- Es curioso. Siempre había creído que el humor era una muestra de inteligencia.

- No. El humor va asociado a un mecanismo de defensa interrumpido.

- Aun así...

- Interlocutor, ningún ser racional interrumpe jamás un mecanismo de defensa.

A medida que la nave iba aproximándose comenzaron a diferenciarse unas luces de otras: paneles solares a la altura de las calles, ventanas en los edificios, fuentes de luz en las zonas de esparcimiento. Por un instante, Luis distinguió unos edificios sumamente esbeltos y de varios kilómetros de altura. Luego fueron absorbidos por la ciudad y, por fin, aterrizaron.

Estaban en medio de un parque de multicolores plantas desconocidas.

Nadie se movió. Los titerotes eran unos de los seres racionales de aspecto más inofensivo del espacio conocido. Su gran timidez, su pequeño tamaño, su extraño aspecto, determinaban que nadie les considerase peligrosos. Simplemente resultaban graciosos.

Pero, de pronto, Nessus se encontraba entre los de su especie; y su especie era más poderosa de lo que imaginaban los hombres. El titerote loco permaneció sentado y movió las cabezas en todos los sentidos, observando a los seres inferiores que había escogido. Nessus no resultaba nada gracioso. Su raza trasladaba mundos, de cinco en cinco.

La risita de Teela quedaba completamente fuera de lugar.

- Estaba pensando - explicó -. La única manera de no tener demasiados titerotitos es abstenerse de todo contacto sexual. ¿Verdad, Nessus?

- Sí.

Teela volvió a reír:

- No me extraña que los titerotes no tengan sentido del humor.

Guiados por una luz azul flotante, atravesaron un parque demasiado regular, demasiado simétrico, demasiado bien cuidado.

El aire estaba impregnado del picante olor químico a titerotes. Ese olor estaba por doquier. Resultaba excesivo y artificial en el habitáculo unicelular de la nave transbordadora. No había disminuido cuando se abrió la cámara de aire. Un trillón de titerotes habían impregnado el aire de ese mundo y el olor a titerote se mantendría por toda la eternidad.

Nessus bailaba; sus pequeños cascos con uñas casi parecían no tocar la flexible superficie del sendero. El kzin se deslizaba, como un gato, balanceando rítmicamente la cola sonrosada. Los pasos del titerote componían una música de baile en compás de tres-cuatro. El kzin no producía el menor rumor al andar.

Teela avanzaba con paso casi igualmente silencioso. Su andar parecía desmañado; pero no lo era. No tropezó ni una vez, no topó con nada. Luis cerraba la comitiva, el menos grácil del grupo.

Y no había razón alguna para que Luis Wu se moviera con gracia. Era sólo un primate transformado, que pese a su evolución nunca se había adaptado por completo a caminar sobre el suelo. Durante millones de años, sus antepasados habían caminado a cuatro patas cuando era necesario y habían viajado por los árboles siempre que era posible.

El pleistoceno puso fin a esa costumbre con sus millones de años de sequía. Los bosques desaparecieron dejando a los antepasados de Luis Wu sedientos y hambrientos. Desesperados, empezaron a comer carne. Las cosas cambiaron un poco cuando descubrieron el secreto del fémur del antílope, cuya articulación dejó señales en tantos cráneos fósiles.

Ahora, con sus pies aún dotados de un vestigio de dedos, Luis Wu y Teela Brown paseaban en compañía de dos seres extraños.

¿Extraños? Todos eran extraños allí, incluso el loco y exiliado Nessus, con su desordenada crin y sus inquietas cabezas inquisidoras. Interlocutor también se sentía incómodo. Sus ojos, rodeados de negros círculos, escudriñaban la vegetación desconocida en busca de seres con aguijones envenenados o afilados dientes. Instinto, sin duda. Los titerotes nunca permitirían el acceso de fieras peligrosas a sus parques.

Llegaron a una cúpula que refulgía como una inmensa perla semienterrada. Allí la luz ambulante se dividió en dos.

- Debo separarme de vosotros - explicó Nessus. Y Luis advirtió que el titerote estaba aterrorizado.

- Debo presentarme ante los-que-dirigen. - Hablaba en voz baja y apremiante -. Interlocutor, antes de irme, dime una cosa. ¿Si no regreso, me buscarás para matarme por el insulto que proferí en el restaurante Krushenko?

- ¿Es posible que no regreses?

- Es posible. Tal vez lo que tengo que decirles no sea del agrado de los-que-dirigen. Y ahora repito la pregunta, ¿me perseguirás?

- ¿Aquí, en un mundo extraño, entre seres tan poderosos y tan poco inclinados a creer en las pacíficas intenciones de un kzin? - El kzin meneó tajantemente la cola, una sola vez -. No. pero tampoco seguiría adelante con la expedición.

- Con ello me basta.

Nessus salió al trote tras la luz indicadora; temblaba visiblemente.

- ¿Qué puede temer? - se lamentó Teela -. Lo ha cumplido todo tal como le ordenaron. ¿Cómo pueden enfadarse con él?

- Creo que trama algo - dijo Luis -. Algo tortuoso. ¿Pero, qué?

La luz azul siguió avanzando. La siguieron al interior de una semiesfera iridiscente.

La cúpula desapareció. Desde un triángulo de cápsulas-diván, dos humanos y un kzin contemplaban una domesticada selva de plantas desconocidas, a las cuales se aproximaba un extraño titerote. O bien la cúpula misma era invisible desde dentro, o la escena del parque era una proyección. El ambiente olía a multitud de titerotes.

El extraño titerote se abrió paso entre la última fila de brotes escarlata. (Luis recordó que por un tiempo había considerado a Nessus un «animal». ¿Cuándo le había ascendido a la categoría de «persona»? Sin embargo, a Interlocutor, un extraterrestre conocido, le había tratado como «persona» desde el principio.) El titerote se detuvo, justo al borde del supuesto límite de la cúpula perlada. Tenía la crin plateada, a diferencia de Nessus que la tenía de color castaño, y la llevaba cuidadosamente peinada en unos complicados bucles; pero hablaba con la misma voz de contralto que Nessus.

- Debo presentaras mis excusas por no haber acudido a recibimos. Podéis llamarme Chiron.

Luego, era una proyección. Luis y Teela saludaron educadamente. Interlocutor-de-Animales mostró los dientes.

- Aquel al que llamáis Nessus sabe todo lo que ahora voy a contaros. Ha tenido que acudir a otro lugar. Sin embargo, ha mencionado vuestras reacciones al conocer nuestras técnicas de

ingeniería. - Luis se estremeció. El titerote continuó -: Puede ser una circunstancia afortunada, os ayudará a comprender nuestras propias reacciones ante una obra de ingeniería aún más ambiciosa.

La mitad de la cúpula quedó a oscuras.

Por desgracia, era el lado opuesto al que aparecía la imagen proyectada del titerote. Luis encontró un botón que le permitió hacer girar su diván; pero de inmediato advirtió que hubiera necesitado dos cabezas giratorias con ojos independientes para contemplar ambos lados de la cúpula a la vez. En el lado oscuro se veía un fragmento de espacio sembrado de estrellas que servía de telón de fondo a un pequeño disco reluciente.

Un disco con un anillo. La escena era una ampliación del grabado instantáneo que Luis Wu tenía en el bolsillo.

La fuente de luz era pequeña y de un blanco reluciente, muy parecida a la imagen de Sol vista desde los alrededores de Júpiter. El anillo era de gran diámetro y lo suficientemente ancho para abarcar la mitad del lado en sombras de la cúpula; pero era delgado, poco más grueso que la fuente de luz de su eje. El lado más próximo era negro y tenía agudos rebordes en el punto de contacto con la luz. El lado más alejado era una cinta azul celeste suspendida en el espacio.

Aunque comenzaba a acostumbrarse a los milagros, Luis no tenía aún la flema de soltar estúpidas especulaciones. Conque se limitó a decir:

- Parece una estrella rodeada de un anillo. ¿Qué es?

La respuesta de Chiron no fue muy espectacular:

- Es una estrella rodeada de un anillo. Un anillo de materia sólida. Un artefacto.

Teela Brown aplaudió y soltó una risita. Al cabo de unos instantes logró reprimir la risita y adoptar un magnífico aire de circunstancias; pero sus ojos seguían echando chispas. Luis lo comprendía perfectamente. El sol con su anillo se había convertido en su juguete particular: algo nuevo en un universo mundano.

El kzin agitaba nervioso la cola. Chiron continuó:

- Ya sabéis que comenzarnos a viajar hacia el norte en dirección al eje galáctico hace doscientos cuatro años terrestres. En años kzin son...

- Doscientos diecisiete.

- Correcto. Como es lógico, todos estos años hemos estado observando el espacio que se extendía ante nosotros, en busca de señales de peligro o de algo inesperado. Ya sabíamos que la estrella EC-1752 estaba rodeada de una banda de materia oscura anormalmente densa y estrecha. Suponíamos que sería un anillo de polvo y de rocas. Pero su regularidad resultaba sorprendente. Hace unos noventa años nuestra flotilla de mundos alcanzó una posición desde la cual el anillo tapaba la estrella en sí. Pudimos ver que el anillo tenía bordes afilados.

Posteriores investigaciones revelaron que no era un anillo gaseoso ni de polvo, ni siquiera de rocas asteroidales, sino una banda sólida muy resistente. Como es lógico, sentimos pánico.

Interlocutor-de-Animales preguntó:

- ¿Cómo lograsteis calcular su tensión?

- El espectroanálisis y las variaciones de frecuencia nos permitieron deducir una diferencia en las velocidades relativas. No cabe duda de que el anillo gira en torno a su primaria a una velocidad de mil doscientos kilómetros por segundo, suficiente para compensar la atracción de la fuerza de gravedad de la primaria y para prestarle una aceleración centrípeta adicional de 9,94 metros por segundo. ¡Imaginad la tensión que se requerirá para impedir que la estructura se desintegre bajo semejante aceleración!

- Una tensión igual a la fuerza de gravedad - dijo Luis.

- Eso parece.

- Una gravedad ligeramente inferior a la de la Tierra. Alguien vive allí, en la superficie interna.

- Vaya - dijo Luis Wu, que sólo entonces había comenzado a comprender todo el alcance del asunto, mientras un estremecimiento recorría su espina dorsal: había oído el chasquido de la cola del kzin al cortar el aire.

El hombre ya había tenido otros encuentros con seres superiores. Hasta entonces los hombres habían tenido suerte.

Luis se levantó bruscamente y se acercó a la pared de la cúpula. Fue inútil. El anillo y la estrella fueron retrocediendo, y por fin se encontró frente a la lisa superficie. Sin embargo, logró distinguir algo que no había advertido antes.

El anillo estaba segmentado, Unas sombras rectangulares distribuidas de forma regular surcaban la parte posterior, de color azul.

- ¿No tenéis una instantánea mejor?

- Podemos ampliar ésta - dijo la voz de contralto.

La estrella G2 se proyectó hacia delante, luego salió disparada hacia la derecha y Luis se encontró contemplando la cara interior iluminada del anillo. La imagen era muy borrosa y Luis sólo pudo imaginar que las zonas más blancas y brillantes debían de ser nubes, que las regiones de un azul ligeramente más intenso debían de corresponder a la tierra, mientras que las zonas azul claro debían de ser el mar.

Las zonas sombreadas se distinguían claramente. El anillo parecía dividido en rectángulos: una larga franja de brillante azul cielo, seguida de una franja más corta de intenso azul oscuro, tras la cual venía otra larga franja azul claro. Puntos y rayas.

- Algo crea esas sombras - dijo -. ¿Algo situado en órbita? - Exactamente. Veinte formas rectangulares giran en órbita organizadas en una roseta de Kemplerer, mucho más próxima a la primaria. No sabemos para qué sirven.

- Es natural. Hace demasiado tiempo que vivís sin sol. Esos rectángulos en órbita deben servir para separar el día de la noche. De lo contrario siempre sería mediodía en el anillo.

- Ahora podéis comprender por qué hemos solicitado vuestra ayuda. Vuestro punto de vista de extranjeros puede sernos muy útil.

- ¿Cuánto mide el anillo? ¿Lo habéis estudiado bien? ¿Habéis hecho sondeos?

- Hemos estudiado el anillo lo mejor que hemos podido sin reducir nuestra velocidad ni llamar la atención de ningún otro modo. Como es lógico, no hemos efectuado sondeos. Sería preciso controlarlos a distancia por medio de hiperondas, lo cual podría delatar nuestra presencia.

- No se puede detectar el origen de una señal de hiperonda. Es teóricamente imposible.

- Tal vez los que construyeron el anillo hayan desarrollado teorías distintas. No obstante hemos estudiado el anillo con otros instrumentos. - Mientras Chiron seguía hablando, la escena proyectada en la pantalla cambió a tonalidades negras y blancas y grises. Los contornos comenzaron a moverse y a ondular -. Hemos obtenido fotografías y holografías en todas las frecuencias electromagnéticas. Si os interesa...

- No son muy detalladas.

- No. Los campos gravitatorios y el viento solar, así como las interferencias de polvo y gases retractan demasiado la luz. Nuestros telescopios no pueden captar mayores detalles.

- Luego no habéis descubierto gran cosa.

- Yo diría que hemos descubierto muchas cosas. Un detalle sorprendente. Todo parece indicar que el anillo frena alrededor de un orden del cuarenta por ciento de los neutrinos.

Teela se limitó a mirarle desconcertada; pero Interlocutor emitió un gruñido de asombro y Luis silbó por lo bajo.

Ello eliminaba cualquier posible explicación.

La materia normal, incluso la materia terriblemente comprimida del centro de una estrella, no frenaba prácticamente ningún neutrino. Cualquier neutrino cogido al azar tenía un 50 por 100 de probabilidades de atravesar una masa de acero de varios años luz de espesor.

Los objetos situados en un campo estático de diseño esclavista reflejaban todos los neutrinos. Otro tanto ocurría con los fuselajes que fabricaba Productos Generales.

Pero no existía ninguna materia conocida que frenara un 40 por 100 de los neutrinos y dejara penetrar el resto.

- Debe ser algo nuevo - decidió Luis -. Chiron, ¿qué dimensiones tiene ese anillo? ¿Es muy denso?

- La masa del anillo en gramos es igual a dos veces diez elevado a la decimotercera potencia, mide 0,95 veces diez elevado a la octava potencia kilómetros de radio y un poco menos de diez elevado a la sexta potencia kilómetros de ancho.

A Luis le costaba un poco pensar en términos de potencias abstractas de diez. Intentó traducir los números en imágenes.

El anillo tenía más de ciento cincuenta millones de kilómetros de radio (una longitud aproximada de mil millones de kilómetros, según sus cálculos), pero menos de un millón y medio de kilómetros de ancho. Su masa era ligeramente inferior a la del planeta Júpiter...

- La masa parece demasiado pequeña - comentó -. Algo tan grande debería pesar casi lo mismo que un sol de gran tamaño.

El kzin asintió:

- Resulta curioso imaginar a billones de seres intentando vivir en un artefacto tan delgado como el celuloide de las películas.

- Tu imaginación te engaña - dijo el titerote de los rizos plateados -. Ten en cuenta las dimensiones. Si el anillo fuese una cinta de metal de fuselaje, por ejemplo, tendría unos quince metros de espesor.

¿Quince metros? Costaba creerlo.

Sin embargo, Teela se había quedado mirando el techo y comenzó a mover rápidamente los labios sin emitir sonido alguno.

- Tiene razón - dijo al fin -. Los cálculos son correctos. Pero, ¿para qué sirve? ¿Para qué puede haber construido alguien una cosa así?

- Para disponer de espacio.

- ¿Espacio?

- Espacio vital - completó Luis -. Ahí está el quid del asunto. Más de dos mil trillones de kilómetros cuadrados de superficie representa tres millones de veces la superficie de la Tierra. Sería como contar con tres millones de mundos dispuestos uno junto a otro y unidos por los bordes. Tres millones de mundos accesibles con un aeromóvil. Ello permitiría resolver cualquier problema de población.

- ¡Y deben de haber tenido un problema enorme! Nadie se embarca en un proyecto de esa envergadura sin tener un buen motivo.

- Una pregunta - intervino el kzin -. Chiron, ¿habéis explorado las estrellas vecinas en busca de otros anillos del mismo tipo?

- Sí, hemos...

- Y no habéis encontrado ninguno. Ya lo suponía. Si la raza que construyó el anillo hubiera podido desplazarse a velocidades hiperlumínicas, habrían colonizado otras estrellas. No habrían tenido necesidad de construir él anillo. En consecuencia, sólo existe un anillo.

- Así es.

- Ello me tranquiliza. Al menos somos superiores a los constructores del anillo en un aspecto.

De pronto, el kzin se puso de pie de un salto:

- ¿Tendremos que explorar la superficie habitable del anillo? - Tal vez fuese excesivamente ambicioso intentar un aterrizaje físico.

- Tonterías. Tenemos que inspeccionar el vehículo que nos habéis preparado. ¿Posee un tren de aterrizaje lo suficientemente versátil? ¿Cuándo salimos?

Chiron silbó, en disonante expresión de asombro:

- Debes de estar loco. ¡Imagina el poderío de los seres que construyeron ese anillo! ¡Mi propia civilización resulta primitiva a su lado!

- O cobarde.

- De acuerdo. Podréis inspeccionar vuestra nave cuando regrese aquel a quien llamáis Nessus. Mientras esperáis, podéis analizar estos datos adicionales sobre el anillo.

- Vas a agotarme la paciencia - dijo Interlocutor. Pero se sentó.

- Embustero - pensó Luis -. Finges bien y estoy orgulloso de ti.

Cuando Luis regresó a la cápsula-diván, comenzó a sentir retortijones de estómago. Una cinta azul celeste que se extendía entre las estrellas; el hombre había encontrado seres superiores... una vez más.

Los primeros fueron los kzinti.

Cuando los hombres comenzaron a utilizar motores de fusión para cruzar los espacios interestelares, los kzinti ya conocían el polarizador de gravedad como fuente de energía para sus naves de guerra interestelares. Gracias a ello, sus naves eran más rápidas y poseían mayor capacidad de maniobra que las naves humanas. El hombre no hubiera podido ofrecer más que una resistencia formal a los avances de la flota kzinti de no ser por el axioma kzinti: Un motor a reacción es un arma de potencia devastadora directamente proporcional a su eficiencia impulsora.

Su primera incursión en el espacio humano había desconcertado por completo a los kzinti. La sociedad humana llevaba varios siglos viviendo en paz, tantos que prácticamente habían

olvidado lo que era la guerra. Sin embargo, las naves interestelares humanas empleaban motores de fotones con propulsión a fusión, equipados con una combinación de velas de fotones y cañones laser con base asteroide.

Conque los telépatas kzinti continuaron informando que los humanos estaban completamente desarmados... mientras gigantescos cañones laser iban destrozando las naves kzinti, y otros cañones móviles más pequeños lanzaban ataques relámpago valiéndose de la presión de la luz de sus propios reflectores...

Esa inesperada resistencia humana, y el freno que suponía la barrera de la velocidad de la luz, determinaron que la guerra durara décadas, en vez de años. Sin embargo, los kzinti hubieran acabado por vencer, de no haber sido por el casual aterrizaje de una nave Forastera en la pequeña colonia humana de Lo Conseguimos. El alcalde les había comprado el secreto del hiperreactor Forastero, a plazos. En Lo Conseguimos no tenían noticia de la guerra contra los kzinti; pero, una vez enterados, comenzaron a construir naves hiperlumínicas.

Los kzinti nada pudieron hacer contra los hiperreactores.

Luego llegaron los titerotes y establecieron enclaves comerciales en el espacio humano.

Los hombres habían tenido suerte. En tres ocasiones habían entrado en contacto con razas de una tecnología superior a la suya. Los kzinti les habrían aniquilado de no haber podido contar con el hiperreactor de los Forasteros. Estos, a su vez, también eran claramente superiores al hombre; sin embargo, no codiciaban nada de lo que éste poseía, excepto bases de repostamiento e información, cosas que podían comprar sin problema. De todos modos, los Forasteros, frágiles criaturas con un metabolismo de helio II, eran demasiado vulnerables al calor y la gravedad para ser buenos guerreros. Y los titerotes, con un poder tecnológico casi inconcebible, eran demasiado cobardes.

¿Quiénes habían construido el Mundo Anillo? ¿Serían guerreros?

Meses más tarde, Luis se diría que la mentira de Interlocutor había marcado el momento clave para él. Aún estaba a tiempo de echarse atrás, por el bien de Teela, naturalmente. El Mundo Anillo ya resultaba aterrador sólo en términos de cifras abstractas. La sola idea de acercarse a él en una nave espacial, de aterrizar en él...

Luis había visto el pavor del kzin ante los mundos volantes de los titerotes. La mentira de Interlocutor era un magnífico acto de valor. Y Luis no tenía intención de quedar como un cobarde.

Se sentó y volvió la cabeza para observar la reluciente proyección; sus ojos se posaron en Teela y maldijo secretamente su estupidez. Tenía el rostro iluminado de admiración y deleite. Se la veía tan ansiosa como fingía estarlo el kzin. ¿Sería tan estúpida como para ni siquiera sentir miedo?

La cara interior del anillo poseía una atmósfera. El espectroanálisis revelaba que el aire tenía una densidad igual a la del aire terrestre y aproximadamente la misma composición: perfectamente respirable para el hombre, el kzin y el titerote. Imposible adivinar qué impedía su dispersión. Tendrían que averiguarlo personalmente.

En el sistema del sol G2 no había absolutamente nada, a excepción del anillo en sí. Ni planetas, ni asteroides, ni cometas.

- Deben de haberlo limpiado - comentó Luis -. No querrían que nada pudiera chocar contra el anillo.

- Evidentemente - dijo el titerote de los rizos plateados -. Si algo chocara contra el anillo, se estrellaría a una velocidad mínima de mil doscientos kilómetros por segundo, la velocidad de rotación del propio anillo. Por resistente que sea el material del anillo, siempre cabría el peligro de que un objeto sobrevolara la superficie exterior y cruzara el sol para irse a estrellar contra la superficie no protegida y habitada.

El sol en sí era una estrella enana amarilla algo más fría que Sol y un poquito más pequeña.

- Necesitaremos trajes antitérmicos - dijo el kzin.

- No, - dijo Chiron -. La temperatura de la superficie interior es perfectamente tolerable para nuestras tres especies.

- ¿Cómo lo sabéis?

- La frecuencia de la radiación infrarrojo emitida por la superficie exterior...

- Me has dejado como un tonto.

- Nada de eso. Hemos estado estudiando el anillo desde el día que lo detectamos, y vosotros sólo habéis tenido unos cuantos minutos. La frecuencia de infrarrojos indica una temperatura media de doscientos noventa grados absolutos, la cual naturalmente corresponde tanto a la superficie interior como a la cara exterior del anillo. En tu caso, Interlocutor-de-Animales, será unos diez grados por encima de la temperatura óptima. Y es la temperatura óptima para Luis y Teela.

- No saquéis conclusiones precipitadas de este interés por los detalles, ni os asustéis - añadió Chiron -. Jamás permitiríamos un aterrizaje a menos que los propios constructores del anillo insistieran en ello. Sólo deseamos que estéis preparados para cualquier eventualidad.

- ¿No poseéis detalles sobre las formaciones superficiales?

- Siento decir que no. La capacidad detectora de nuestros instrumentos resulta insuficiente.

- Podríamos intentar hacer algunas deducciones - dijo Teela -. El ciclo noche-día de treinta horas, por ejemplo. Su mundo primitivo debe de haber girado a esa velocidad. ¿Creéis que es ése su sistema de origen?

- Hemos llegado a esa conclusión, puesto que todo indica que no poseían naves hiperlumínicas - dijo Chiron -. Aunque también cabe la posibilidad de que trasladaran su mundo a otro sistema valiéndose de técnicas parecidas a las nuestras.

- Y es fácil que así lo hicieran - gruñó el kzin - en vez de destruir su propio sistema, al mismo tiempo que construían el anillo. Creo que encontraremos su propio sistema no muy lejos de

allí y tan vacío de mundos como ése. Deben de haber recurrido a técnicas de terraformación, para colonizar todos los mundos de su propio sistema, antes de decidirse a emplear este método más desesperado.

Teela dijo:

- ¿Desesperado?

- Entonces, una vez construido su anillo en torno al sol, deben de haberse visto obligados a trasladar todos sus mundos a este sistema para efectuar el trasvase de población.

- Tal vez no fuese necesario - intervino Luis - Podrían haber empleado grandes naves transespaciales para poblar su anillo, si éste no estaba muy lejos de su propio sistema.

- ¿Por qué es un método desesperado?

Los tres se la quedaron mirando.

- Yo diría que construyeron el anillo para..., para... vaciló -. Porque les dio la gana. - Teela

- ¿Para divertirse? ¿Para disfrutar con el espectáculo? ¡Por Finagle! Teela, piensa en la cantidad de recursos que han tenido que detraer de otros fines. Recuerda que deben de haber tenido un terrible problema de población. Cuando se vieron en la necesidad de construir un anillo para poder disponer de espacio vital, probablemente carecían de los medios necesarios. Sin embargo, lo construyeron: porque lo necesitaban.

Teela adoptó un aire desconcertado.

- Ahí viene Nessus - anunció Chiron.

Sin más, el titerote dio media vuelta y se alejó al trote entre la vegetación del parque.

7. De disco en disco

- ¿Sigues empeñada en unirte a la expedición? - le preguntó Luis.

Teela le respondió con la misma mirada de asombro que le había lanzado cuando intentó explicarle qué era la zozobra del corazón.

- Sigues empeñada - confirmó con tristeza Luis.

- Desde luego. No comprendo qué pueden temer los titerotes.

- Comprendo que tengan miedo - dijo Interlocutor-de-Animales -. Los titerotes son cobardes. Pero lo que no entiendo es que insistan en averiguar más de lo que ya saben. Luis, ya han dejado atrás el sol con el anillo y se desplazan a una velocidad casi lumínica. Seguro que quienes construyeron el anillo no poseían medios para desplazarse a velocidades hiperlumínicas. Luego, no pueden hacer ningún daño a los titerotes, ni ahora ni nunca. No comprendo qué pintamos nosotros en todo esto.

- No me extraña.

- ¿Intentas insultarme?

- No, en absoluto. El caso es que volvemos al tema de los problemas de población. ¿Cómo ibas a entenderlo?

- No sé. Explícate, por favor.

Luis escudriñó la selva domesticada en busca de Nessus:

- Seguramente Nessus podría explicártelo mejor. Es una lástima que no esté aquí. En fin, lo intentaré. Imagina un trillón de titerotes en este mundo. ¿Te haces a la idea?

- He podido comprobar cómo huele uno solo. La sola idea de una gran aglomeración me pone los pelos de punta.

- Bien, ahora imagínatelos en el Mundo Anillo. La cosa mejora un poco, ¿no?

- Sí. Dispondrían de un espacio ocho-elevado-a-siete veces superior... Pero aún no logro comprender. ¿Crees que los titerotes se proponen conquistar ese mundo? ¿Y cómo podrían trasladarse luego al anillo? No se fían de las naves espaciales.

- No lo sé. Tampoco les gusta la guerra. Ese no es el problema. El problema es averiguar si el Mundo Anillo es un lugar seguro para vivir.

- Uf...

- ¿Te das cuenta? A lo mejor tienen pensado construir sus propios mundos anillo. Tal vez esperen encontrar uno vacío, en las Nubes de Magallanes. En todo caso, no es lo esencial. No harán nada sin tener la certeza de que es un lugar seguro.

- Ahí viene Nessus. - Teela se levantó y se acercó a la pared invisible -. Parece borracho. ¿Se emborrachan los titerotes?

Nessus no trotaba. Caminaba de puntillas y en esos momentos estaba dando un rodeo para evitar una hoja color amarillo cromo de un metro de altura, con una cautela aparentemente excesiva: iba posando cuidadosamente un casco tras otro en el suelo, al tiempo que sus cabezas planas husmeaban en todas direcciones. Casi había llegado a la cúpula de conferencias cuando algo parecido a una gran mariposa negra se posó en su grupa. Nessus gritó como una mujer y dio un salto hacia delante como si quisiera sortear una valla. Rodó por el suelo, y cuando terminó de rodar se quedó ahí hecho un ovillo, con la espalda doblada, las piernas plegadas y las cabezas y los cuellos escondidos bajo las piernas delanteras.

Luis corrió a su lado y gritó:

- Ciclo depresivo.

Logró encontrar la puerta de la cúpula invisible y salió disparado hacia el parque.

Todas las flores olían a titerote. (Si toda la vida del mundo de los titerotes tenía la misma estructura química, ¿como conseguía alimentarse Nessus a base de zumo de zanahoria caliente?) Luis fue siguiendo la línea quebrada de un bien cortado seto color naranja polvoriento. Consiguió llegar junto al titerote, se arrodilló a su lado y dijo:

- Soy Luis. Estás a salvo.

Tendió con cautela la mano hacia la maraña de crin que recubría el cráneo del titerote y empezó a rascárselo muy suavemente. El titerote se estremeció bajo el contacto; luego pareció calmarse.

Vaya susto se había llevado. Ni pensar en obligar al titerote a enfrentarse con el mundo en esos momentos. Luis preguntó:

- ¿Era peligroso? ¿Eso que se posó en tu grupa?

- ¿Eso? No. - La voz de contralto sonó ahogada, pero con una hermosa pureza y sin la menor inflexión -. Sólo era... un oledor de flores.

- ¿Cómo te ha ido con los-que-dirigen?

- Nessus se estremeció:

- He ganado.

- Estupendo. ¿Qué has ganado?

- El derecho a procrear y un grupo de partenaires.

- ¿Eso es lo que te tiene tan asustado?

«No sería de extrañar - pensó Luis -. Nessus podría ser la réplica de una mantis religiosa macho, un condenado del amor. O también cabía la posibilidad de que fuese virgen... de uno u otro sexo, o de cualquier sexo...»

- Podría haber fracasado, Luis. Les planté cara. Fingí un falso aplomo.

- Sigue.

Luis advirtió que Teela e Interlocutor-de-Animales se les habían acercado. Continuó rascando dulcemente la crin de Nessus. Este aún no se había movido.

- Los-que-dirigen me han ofrecido el derecho legal a reproducir mi especie si sobrevivo al viaje que debemos hacer. Pero ello no hubiera sido suficiente. Para procrear necesito compañeros. ¿Quién se aparearía voluntariamente con un maníaco de crin desordenada? Era necesario ponerse duro. «Buscadme un compañero» les he dicho «o me retiro del viaje. Si yo me retiro, también se retirará el kzin», he añadido. Estaban furiosos.

- No me extraña. Debías de estar en plena fase maníaca.

- La he ido alcanzando poco a poco. Les he amenazado con arruinar sus planes y al fin han cedido. «Un voluntario altruista debe aceptar aparearse conmigo cuando regrese del anillo», les he dicho.

- Muy bien. Bien hecho. ¿Y hay voluntarios?

- Uno de nuestros sexos es de propiedad... Es irracional; estúpido. Me bastaba con un voluntario. Los-que-dirigen...

Teela le interrumpió:

- ¿Por qué no dices simplemente dirigentes?

- Estaba intentando traducir la idea a vuestros términos - dijo el titerote.

- Una traducción más exacta sería los-que-dirigen-desde-atrás. Hay un presidente egregio o portavoz-general o... la traducción exacta de su título es Ser último.

- El Ser último ha accedido a aparearse conmigo. Ha declarado que jamás osaría pedirle a otro que sacrificara hasta tal punto su dignidad.

Luis silbó:

- Vaya. Ya puedes encogerte, tienes motivo para ello. Suerte que el miedo no te ha entrado hasta ahora, cuando todo ha pasado. - Nessus se movió un poco, algo más relajado. Luis explicó -: El género es algo que me preocupa. O bien debo tratarte a ti en femenino, o bien debo emplear el femenino para el Ser último.

- No seas grosero, Luis. No se habla de sexo con razas extrañas.

Nessus asomó una cabeza entre las piernas y le lanzó una mirada reprobadora.

- Tú y Teela no os aparearíais ante mis ojos, ¿verdad que no?

- Por extraño que parezca, ya se ha planteado la cuestión, y Teela dice...

La cabeza del titerote desapareció de nuevo.

- ¡Sal de ahí! No te haré daño - intervino Teela.

- ¿De verdad?

- De verdad. Quiero decir, en serio. Te encuentro muy gracioso.

El titerote se desenrolló por completo:

- ¿Has dicho que me encuentras mono?

- Sí. - Teela miró la mole anaranjada de Interlocutor-de-Animales - A ti también - añadió generosa.

- No es mi intención ofenderte - dijo el kzin -. Pero no vuelvas a repetir lo que acabas de decir. Jamás.

Teela quedó desconcertada.

Había un polvoriento seto anaranjado, de tres metros de altura y provisto de tentáculos azul cobalto que colgaban fláccidamente. Su aspecto parecía indicar un origen carnívoro. Ahí terminaba el parque y en esa dirección, Nessus condujo su pequeño grupo.

Luis esperaba encontrar una abertura en el seto y le cogió por sorpresa que Nessus se fuera derecho hacia las plantas. Pero el seto se abrió para dejar paso al titerote y luego volvió a cerrarse tras él.

Los demás le siguieron.

Habían atravesado el parque bajo un cielo azul celeste; pero cuando el seto se cerró tras ellos, éste era blanco y negro. Las nubes relucían blancas contra el cielo negro de la noche perpetua; en su vientre se reflejaban las luces de kilómetros de ciudad: en efecto, estaban en plena ciudad y los edificios se cernían amenazadores sobre sus cabezas.

A primera vista, sólo se distinguían de las ciudades de la Tierra por una cuestión de magnitud. Los edificios eran más gruesos, más macizos, más uniformes; y también más altos, terriblemente altos, de tal modo que todo el cielo aparecía cubierto por un conjunto de ventanas y balcones iluminados con estrechas fisuras rectilíneas de oscuridad que indicaban el cenit.

Pero, ¿cómo se explicaba que no hubieran visto la ciudad también desde el parque? En la Tierra había pocos edificios de más de un kilómetro de altura. Allí, no había ninguno que fuera más bajo. Luis supuso que el parque debía estar rodeado de campos de refracción de la luz. No tuvo tiempo de confirmar sus sospechas. Ese era el menos sorprendente de los milagros del mundo de los titerotes.

- Nuestro vehículo está en el otro extremo de la isla - dijo Nessus -. Saltando de disco en disco, llegaremos en menos de un minuto. Ya veréis.

- ¿Te encuentras mejor?

- Sí, Teela. Como dice Luis, ya ha pasado lo peor. - El titerote iba dando saltos delante del grupo -. El Ser último será mi amor. Ahora sólo me falta regresar del Mundo Anillo.

Las calles eran blandas. A simple vista parecían de cemento con incrustaciones de partículas iridiscentes, pero caminar por ellas era como pisar un terreno húmedo y esponjoso. Después de recorrer una manzana muy larga, llegaron a un cruce.

- Nos dirigimos hacia allí - dijo Nessus, y señaló hacia delante con la cabeza -. No piséis el primer disco. Seguidme.

En el centro del cruce había un gran rectángulo azul. Cuatro discos azules rodeaban el rectángulo, uno frente a cada calle de acceso.

- Podéis pisar el rectángulo si queréis - explicó Nessus -, pero nunca pongáis el pie en un disco que no corresponda. Seguidme. - Circundó el disco más próximo, cruzó al otro lado, posó los cascos sobre el disco allí situado, y desapareció.

Por un instante, los tres permanecieron inmóviles, estupefactos. Luego Teela lanzó un aullido de guerra y saltó sobre el disco. Y también se esfumó.

Interlocutor-de-Animales bufó y dio un brinco. Un tigre no hubiera calculado mejor el salto. Luis se quedó solo.

- Por todos los demonios de las tinieblas - dijo maravillado. - Tienen cabinas teletransportadoras abiertas.

Y dio un paso adelante.

Se encontró de pie sobre un cuadrado situado en el centro del cruce siguiente, entre Nessus e Interlocutor.

- Tu compañera ha seguido adelante - explicó Nessus -. Parecía tener mucha prisa. Nos espera más adelante.

El titerote dio un paso al frente fuera del rectángulo. En tres pasos se colocó sobre un disco. Y se hizo humo.

- ¡Vaya sistema! - exclamó Luis. Había quedado solo otra vez, pues el kzin ya había seguido los pasos de Nessus -. Con sólo caminar, en tres pasos se recorre una manzana. Casi parece magia. ¡Y no importa cuán largas sean las manzanas!

Dio un paso al frente. Avanzaba como sobre botas de siete leguas. Corría apoyando sólo la punta de los pies y cada tres pasos cambiaba de escenario. Las señales circulares de las esquinas de los edificios debían ser indicadores, para que el peatón supiera cuándo había llegado a su destino. Entonces tendría que caminar alrededor de los discos y situarse en el centro de la calle.

La calle estaba flanqueada de escaparates que a Luis le hubiera gustado explorar. ¿O a lo mejor eran algo completamente distinto? Pero los otros le llevaban varias manzanas de ventaja. Luis localizó sus diminutas siluetas en el fondo de ese cañón de edificios. Aceleró el paso.

De pronto se topó con los dos extraterrestres que le bloqueaban el paso.

- Tenemos que girar aquí - dijo Nessus. Y avanzó hacia la izquierda.

- Un momento...

Pero el kzin también había desaparecido. ¿Dónde demonios estaría Teela?

Debía de haberse adelantado. Luis dio media vuelta a la izquierda y comenzó a caminar...

Botas de siete leguas. La ciudad iba quedando atrás como un sueño. Luis corría con la cabeza llena de fantasías. Vías rápidas a través de las ciudades, discos pintados de un color diferente, situados a un intervalo de diez manzanas. Discos de larga distancia situados a cien kilómetros uno de otro, cada uno en el centro de una ciudad y los rectángulos de recepción una manzana más abajo. Vías para cruzar los océanos: ¡un paso por isla! ¡Se podrían atravesar los mares saltando de isla en isla, como se cruza un río de piedra en piedra!

Cabinas teletransportadoras abiertas. Los titerotes estaban espantosamente avanzados. El disco quedaba a menos de un metro de distancia y comenzaba a operar ya antes de que uno apoyara todo su peso en él. Un paso y al dar el próximo apoyaba el pie sobre el siguiente rectángulo de recepción. ¡Nej! ¡Las aceras móviles quedaban pálidas al lado de eso!

Mientras corría, Luis comenzó a imaginar la figura de un titerote fantasma de cientos de kilómetros de altura, trotando delicadamente por un cordón de islas; pisaba con cuidado para evitar dar un traspié y mojarse las pantorrillas. Luego el titerote fantasma se hizo aún más grande y ahora caminaba de mundo en mundo... los titerotes estaban espantosamente adelantados...

Se habían terminado los discos y Luis se encontró al borde de un tranquilo mar negro. Sobre el horizonte del mundo, se alzaban en vertical cuatro gordas lunas llenas que destacaban contra el fondo de estrellas. A medio camino de la línea del horizonte había una isla más pequeña, muy iluminada. Los extraterrestres le estaban esperando.

- ¿Dónde está Teela?

- No lo sé - respondió Nessus.

- ¡Demonios de las Tinieblas! Nessus, ¿qué podemos hacer?

- Acabará por encontrarnos. No debes preocuparse, Luis. Cuando...

- ¡Se ha perdido en un mundo desconocido! ¡Puede ocurrirle cualquier cosa!

- No en este mundo, Luis. No existe mundo más seguro que el nuestro. Cuando Teela llegue al borde de la isla, descubrirá que no puede hacer funcionar los discos que conducen a la siguiente. Irá caminando de disco en disco a lo largo de la costa hasta dar con uno que funcione.

- No estamos hablando de una computadora perdida. ¡Teela es sólo una chica de veinte años!

Teela apareció junto a él.

- Hola. Me he perdido un poco. ¿A qué vi ene tanto alboroto? Interlocutor-de-Animales le lanzó una sonrisa burlona con sus dientes como puñales. Luis intentó evitar la mirada entre sorprendida e inquisidora de Teela y sintió que se le encendían las mejillas.

- Seguidme - ordenó Nessus.

Siguieron al titerote hasta un lugar donde los discos formaban una línea a lo largo de la costa. Llegaron junto a un pentagrama. Lo pisaron y seguidamente se encontraron sobre una roca fuertemente iluminada con tubos solares. Una isla rocosa del tamaño de un espaciopuerto. En el centro había un edificio muy alto y una sola nave espacial.

- He aquí nuestro vehículo - anunció Nessus.

Teela e Interlocutor parecieron decepcionados: las orejas del kzin se plegaron y desaparecieron en sus fundas, mientras Teela miraba desconsolada la isla que acababan de dejar atrás, con la barrera luminosa que formaba la compacta sucesión de edificios de varios kilómetros de altura sobre el fondo de la noche interestelar. Luis, en cambio, experimentó una sensación de alivio y todos sus músculos se relajaron al ver la nave. Ya estaba saturado de milagros. Los discos, la inmensa ciudad, los cuatro mundos tributarios ahí suspendidos sobre el horizonte, cual enormes calabazas... tanta maravilla le tenía acoquinado. La nave era otra cosa. Era un fuselaje #2 de Productos Generales acoplado a un ala deltoide sobre la cual habían montado toda una serie de unidades propulsoras y motores de fusión. Aparatos todos conocidos, conque era innecesario hacer preguntas.

El kzin demostró que se equivocaba.

- Un diseño curioso desde el punto de vista de un ingeniero titerote. Nessus, ¿no te sentirías más seguro con la totalidad de la nave dentro del fuselaje?

- No. El diseño de esta nave representa una importante innovación. Venid, os lo explicaré.

Nessus trotó hacia la nave.

Buena pregunta la del kzin.

Productos Generales, la compañía comercial propiedad de los titerotes, había vendido toda clase de artefactos en el espacio conocido; pero había hecho fortuna gracias al fuselaje de Productos Generales. Este se ofrecía en cuatro variedades, desde un globo del tamaño de una pelota de baloncesto hasta otro globo de más de trescientos metros de diámetro: el fuselaje #4, el del «Tiro Largo». El fuselaje #3, un cilindro redondeado en los extremos, con el vientre aplastado, resultaba muy adecuado para una nave de pasajeros con un equipo de pilotaje. La nave que les había trasladado hasta el mundo de los titerotes unas horas atrás era de ese tipo. El fuselaje #2 era un cilindro con un estrechamiento en el centro, muy alargado y de extremos afilados. Por lo general sólo permitía acomodar un piloto.

El fuselaje de Productos Generales era transparente a la luz visible, e impermeable a cualquier otra forma de energía electromagnética, así como a la materia, en cualquier forma que se presentase. Características respaldadas por el buen nombre de la compañía, cuya

garantía no había fallado en varios siglos y para millones de naves. Un fuselaje de Productos Generales constituía realmente la última palabra en materia de seguridad.

El vehículo que tenían ante los ojos había sido diseñado en base a un fuselaje #2 de Productos Generales.

Pero... hasta donde se le alcanzaba a Luis, sólo el sistema de supervivencia y el motor hiperlumínico de emergencia estaban situados en el interior del fuselaje. Todo lo demás -un par de unidades impulsoras planas orientadas hacia abajo, dos pequeños motores de fusión orientados hacia delante, varios motores de fusión situados en los extremos colgantes de las alas y un par de gigantescas cápsulas acopladas a la punta de las alas y que debían de contener material de detección y comunicaciones, pues Luis no lo pudo localizar en ninguna otra parte- ¡todo ello estaba montado sobre la gran ala deltoide!

La mitad de la nave se encontraba en el ala, expuesta a todo tipo de peligros susceptibles de preocupar a un titerote. ¿Por que no habían utilizado un fuselaje #3 que permitiría meterlo todo dentro)

El titerote les hizo pasar por debajo del ala deltoide y le condujo hasta la afilada cola del fuselaje.

- Deseábamos que el fuselaje tuviera el mínimo de aberturas - explicó Nessus -. ¿Veis esto?

A través del fuselaje transparente, Luis pudo distinguir un conducto aproximadamente del grosor de su muslo que unía el fuselaje con el ala. Todo se aclaró, cuando Luis por fin logró comprender que el conducto podía retraerse al interior del fuselaje. Luego consiguió identificar el motor que accionaba ese mecanismo Y la compuerta metálica que debía sellar la abertura.

- En una nave corriente - explicó el titerote -, es preciso abrir gran número de boquetes en el fuselaje: para los detectores insensibles a la luz visible, para los motores de reacción suponiendo que los haya, para los conductos que comunican con los depósitos de combustible. Aquí sólo tenemos dos aberturas: el conducto y la compuerta de acceso. Una para los pasajeros y otra para la información. Ambas pueden sellarse. Nuestros ingenieros han recubierto la superficie interna del fuselaje con un conductor transparente. Cuando la compuerta está cerrada y el conducto de los cables sellado, el interior se convierte en una superficie conductora continua.

- Un campo estático - aventuró Luis.

- Exactamente. En caso de peligro, todo el sistema de supervivencia se convierte en un campo estático de diseño esclavista por un período de varios segundos. El tiempo no existe en situación de estasis; luego, los pasajeros no pueden sufrir daño alguno. No cometeríamos la imprudencia de confiar sólo en el fuselaje. Lasers de luz visible podrían atravesar el fuselaje de Productos Generales y matar a los pasajeros sin dañar la nave. La antimateria puede desintegrar completamente el fuselaje de Productos Generales.

- No lo sabía.

- No lo propagamos a los cuatro vientos.

Luis se arrastró por debajo del ala deltoide hasta llegar al extremo donde Interlocutor-de-Animales estaba inspeccionando los motores.

- ¿Para qué querrán tantos motores?

El kzin respondió con un bufido:

- ¿Será posible que un humano haya olvidado el axioma kzinti?

- Oh.

Naturalmente, cualquier titerote que hubiera estudiado historia kzinti o humana debía conocer el axioma kzinti. Un motor de reacción es un arma cuya capacidad destructora es directamente proporcional a su eficiencia impulsora. Llevamos impulsores inertes para uso pacífico y motores de fusión como armamento.

- Ahora sé cómo aprendiste a manejar aparatos accionados por motores de fusión.

- No debe sorprenderte que haya recibido instrucción militar.

- Por si estallara otra guerra contra los hombres.

- No me obligues a demostrar mis dotes marciales.

- Tendrás ocasión de hacerlo - les interrumpió el titerote -. Nuestros ingenieros han previsto que esta nave sea pilotada por un kzin. Por favor, Interlocutor, ¿quieres inspeccionar los controles?

- En seguida. También necesitaré las características, la descripción de las pruebas realizadas y todo eso. ¿El motor hiperlumínico de emergencia es de tipo corriente?

- Sí. Y no hemos realizado pruebas de vuelo.

«No podía fallar - pensó Luis camino ya de la compuerta -. Se limitaron a construir el artefacto y esperaron a que viniéramos nosotros. ¿Cómo hubieran podido proceder de otro modo? Ningún titerote se habría prestado a realizar los vuelos de prueba por su propia voluntad.»

¿Dónde se había metido Teela?

Estaba a punto de llamaría cuando reapareció sobre la placa receptora. Se había ido a jugar un poco con los discos, sin prestar la menor atención a la nave. Les siguió a bordo, mientras lanzaba una última mirada decepcionada a la ciudad de los titerotes, inaccesible ya, al otro lado de las negras aguas.

Luis la esperó junto al portillo interior de la compuerta. Gustoso le habría dado una bofetada por su inconsciencia. ¡Ya se había perdido una vez, y aún volvía a las andadas!

La puerta se abrió y Teela apareció radiante:

- Oh, Luis, me alegro tanto de haber venido! ¡Es una ciudad tan... divertida! - Le estrechó las manos con fuerza, al mismo tiempo que emitía una serie de sonidos inarticulados. Su rostro era todo sonrisa.

Luis se sintió incapaz de darle el proyectado bofetón.

- Lo hemos pasado bien - le dijo, besándola con fuerza. Luego la condujo a la cabina de control con un brazo en torno a su cintura y la mano apoyada en su cadera.

Ya no le cabía la menor duda. Teela Brown no había sufrido el menor contratiempo en toda su vida; jamás había sabido qué era la cautela; el miedo era una palabra sin sentido para ella. El primer golpe constituiría una horrible sorpresa. Era posible que incluso llegara a producir su total desmoronamiento.

Y sólo lo recibiría sobre el cadáver de Luis Wu.

Los dioses no protegen a los insensatos, estos reciben protección de otros insensatos mejor dotados.

Un fuselaje Productos Generales #2 tiene seis metros de ancho y noventa de largo, acabando en punta por delante y por detrás.

La mayor parte de la nave quedaba fuera del fuselaje, en la delgada y desmesurada ala. El sistema de supervivencia era espacioso e incluía tres salones-dormitorio, una larga y estrecha sala de estar, una cabina de control, armarios, cocina, equipos médicos automáticos, regeneradores, baterías, etc. El panel de mandos seguía la costumbre kzinti y estaba rotulado en kzinti. Luis pensó que sería capaz de pilotar la nave en caso de emergencia, pero la emergencia tendría que ser muy grave para impulsarle a intentarlo.

En los armarios había una enorme variedad de equipo de exploración. Luis no hubiera podido señalar ninguno de los múltiples objetos e identificarlo, tajantemente como un arma. Sin embargo, muchos podían servir como tales. También había cuatro aerocicletas, cuatro mochilas de vuelo (cinturón salvavidas y tubo de propulsión catalítico), analizadores de alimentos, ampollas de aditivos alimentarlos, botiquines, analizadores de aire y filtros. Desde luego, alguien abrigaba la absoluta convicción de que esa nave aterrizaría en algún lugar.

Y, ¿por qué no? Una especie tan poderosa como la de los anillícolas y tan aislada a causa de su supuesta carencia de naves hiperlumínicas, podría muy bien invitarles a aterrizar. Tal vez eso esperaban los titerotes.

En la nave viajaban tres especies; cuatro, si se consideraba al macho y la hembra humanos como pertenecientes a especies distintas, idea nada descabellada desde el punto de vista de un kzin o un titerote. (¿Y si Nessus y el Ser último fuesen del mismo sexo? También cabía la posibilidad de que se precisasen dos machos y una hembra irracional para engendrar un nuevo titerote.) Los anillícolas podrían comprender en el acto la viabilidad de la coexistencia pacífica entre distintos tipos de vida racional.

Sin embargo, demasiados de esos objetos -las linternas de rayos laser, los aturdidores empleados en los duelos- podían emplearse como armas.

Despegaron con los impulsores inertes, a fin de no causar daños en la isla. Al cabo de media hora salían del débil campo de gravedad de la roseta de los titerotes. De pronto, Luis advirtió que, a excepción de Nessus, que había llegado con ellos, y de la imagen proyectada del titerote Chiron, no habían visto ni un solo titerote en el mundo de los titerotes.

Una vez superada la velocidad de la luz, Luis comenzó a inspeccionar el contenido de los armarios y pasó hora y media entregado a esta tarea. Más valía prevenir que curar, se dijo. Sin embargo, el armamento y el resto del equipo le dejó un desagradable regusto, algo así como un presentimiento.

Demasiadas armas y todas ellas podían tener también otros usos. Linternas de rayos laser. Motores de fusión. Cuando decidieron bautizar el hiperreactor en su primer día de vuelo, Luis sugirió que le llamasen «Embustero». Teela e Interlocutor aceptaron la sugerencia, cada uno por sus propios motivos particulares. Nessus no puso objeciones, también por razones que él sabía.

Estuvieron viajando a hipervelocidades durante toda una semana, en el curso de la cual cubrieron un poco más de dos años luz. Cuando volvieron a entrar en el espacio einsteiniano ya estaban dentro del sistema de la G2 del anillo; y Luis Wu seguía abrigando el mismo inquietante presentimiento.

Alguien estaba absolutamente convencido de que aterrizarían en el Mundo Anillo, ¡nej!

8. El Mundo Anillo

Los mundos de los titerotes avanzaban por el norte galáctico a una velocidad muy próxima a la de la luz. Interlocutor había girado en el hiperespacio hasta situarse al sur galáctico del sol G2. En consecuencia, cuando el «Embustero» salió de la Zona Tenebrosa se encontró navegando directamente hacia el sistema del Mundo Anillo, a gran velocidad.

La estrella G2 era un refulgente punto blanco. En sus viajes de regreso de otras estrellas, Luis había visto brillar a Sol de forma muy parecida desde el borde del sistema solar. Pero esta estrella lucía un halo apenas visible. Luis nunca olvidaría esa primera visión del Mundo Anillo. Desde el borde del sistema, el Mundo Anillo era un objeto perceptible a simple vista.

Interlocutor puso los grandes motores de fusión a toda marcha. Proyectó los discos impulsores achatados fuera del plano del ala y alineó sus ejes con la popa de la nave, añadiendo así su fuerza impulsora a la de los cohetes. El «Embustero» entró marcha atrás en

el sistema, con el resplandor de dos soles gemelos, y empezó a desacelerar a doscientas gravedades.

Teela no lo sabía, pues Luis no se lo había explicado. No quería preocuparle. Si la gravedad de la cabina se interrumpiese sólo un instante, todos quedarían aplastados como escarabajos bajo el tacón de una bota.

Pero la gravedad de la cabina funcionaba con discreta perfección. En todo el sistema de supervivencia no se sentía más que una ligera atracción del mundo de los titerotes, y el monótono y apagado ronroneo de los motores de fusión. Éste se filtraba hasta ellos a través de la única abertura existente, un conducto no más grueso que el muslo de un hombre, y, una vez dentro, resonaba por toda la nave.

Incluso a hipervelocidades, Interlocutor prefería desplazarse en una nave transparente. Le gustaba gozar de amplia visibilidad y la Zona Tenebrosa no parecía preocuparle. Conque seguían encerrados en un espacio transparente, a excepción de las cabinas privadas, y no era fácil habituarse a semejante escenario.

La sala de estar y la cabina de control, cuyas paredes, suelo y techo se fundían en una curva continua, no sólo resultaban transparentes sino también invisibles. En el aparente vacío destacaban algunos bloques sólidos: Interlocutor en el diván del piloto, el banco en forma de herradura lleno de botones verdes y anaranjados que le rodeaba, los marcos de neón de las puertas, el grupo de divanes en torno a la mesita, el bloque de cabinas opacas en la popa; y, naturalmente, el triángulo plano del ala. A lo lejos y alrededor de estas formas lucían las estrellas. El universo parecía muy próximo y estático; en efecto, la estrella con el anillo quedaba directamente a popa, tapada por los camarotes, y no podían verla crecer.

El aire olía a ozono y a titerotes.

Nessus, contra todas las expectativas, no se había puesto a temblar aterrorizado cuando sus oídos zumbaron bajo el efecto de las doscientas gravedades, sino que permanecía tranquilamente sentado con los demás en torno a la mesita del salón. Si algo le inquietaba, lo ocultaba muy bien.

- No tendrán hiperondas - les estaba diciendo -. Las matemáticas del sistema permiten pronosticarlo sin error posible. La hiperonda es una generalización de las matemáticas de la hipervelocidad y es imposible que conozcan la hipervelocidad. - Sin embargo, podrían haber descubierto las hiperondas por casualidad.

- No, Teela. Podemos probar las bandas de hiperondas, puesto que no nos queda otra posibilidad hasta haber desacelerado, pero...

- ¡Nej! ¡Esperar, siempre esperar! - Teela se levantó bruscamente y abandonó el salón a paso rápido.

Luis se encogió dé hombros cuando el titerote le miró desconcertado.

Teela estaba de un humor de perros. Toda esa semana de viaje a hipervelocidad la había aburrido mortalmente, y la perspectiva de otro día y medio de inactividad, hasta que la nave

hubiera desacelerado, casi la hizo subirse por las paredes. ¿Pero qué podía hacer Luis? ¿No esperaría que él cambiara las leyes de la física?

- Habrá que tener paciencia - ratificó Interlocutor. Hablaba desde la cabina de mandos y tal vez no hubiera captado la inflexión en las últimas palabras de Teela -. Ninguna señal en las bandas de hiperondas. Puedo aseguramos que los ingenieros del Mundo Anillo no están intentando comunicarse con nosotros a través de ninguna forma conocida de hiperonda. El tema de las comunicaciones ocupaba casi todas sus conversaciones. Mientras no consiguieran ponerse en contacto con los ingenieros del Mundo Anillo, su presencia en ese sistema habitado tendría todas las trazas de un acto de piratería. Hasta entonces no habían tenido indicios de que alguien les hubiera detectado.

- He dejado los receptores conectados - dijo Interlocutor -. Si tratan de comunicarse por frecuencias electromagnéticas, en seguida lo sabremos.

- Pero no lo sabremos si intentan lo más lógico - replicó Luis.

- Tienes razón. Muchas especies han empleado la banda de hidrógeno frío en busca de mentes distintas situadas en la órbita de otras estrellas.

- Como los kdatlyno, que así pudieron descubrirnos.

- Y luego nosotros conseguimos esclavizarles.

La radio interestelar zumbaba con el sonido de las estrellas. En cambio la banda de veintiún centímetros permanecía convenientemente silenciosa, barrida de toda interferencia por infinitos años luz cúbicos de hidrógeno interestelar frío. Era la banda más idónea para cualquier especie interesada en establecer contacto con una raza extraña. Por desgracia, el hidrógeno caliente como una nova que desprendía el «Embustero» tenía inutilizada esa banda.

- No olvides - dijo Nessus - que nuestra órbita de caída libre no debe cruzarse con el anillo en sí.

- Me lo has dicho más de mil veces, Nessus. Tengo una memoria excelente.

- Debemos procurar que los habitantes del Mundo Anillo no nos consideren una amenaza. Confío que no lo olvidarás.

- Eres un titerote. No confías en nada - dijo Interlocutor.

- Calma, calma - dijo Luis con voz cansada. En esos momentos no estaba para quisquillas. Se retiró a dormir en su camarote.

Fueron pasando las horas. El «Embustero» iba cayendo cada vez más lentamente hacia la estrella con el anillo, precedido por chorros paralelos de luz y calor de nova.

Interlocutor no descubrió el menor indicio de que alguna luz coherente estuviera incidiendo sobre la nave. O bien los anillícolas no habían percibido aún el «Embustero», o no poseían lasers de comunicación.

Durante la semana transcurrida en el hiperespacio, Interlocutor había pasado muchas horas muertas en compañía de los humanos. Luis y Teela se encontraban a gusto en el camarote del kzin: les resultaba agradable la gravedad ligeramente más elevada y los grabados que representaban una selva de un color naranja-amarillento y antiguas fortalezas construidas por otra especie, así como los penetrantes y siempre cambiantes olores de un mundo extraño. Su propio camarote estaba decorado sin ninguna fantasía, con paisajes de ciudades y mares cultivados semicubiertos de algas genéticamente manipuladas. Al kzin le gustaba ese camarote más que a ellos.

Incluso habían intentado comer una vez en el camarote del kzin. Pero éste devoraba como un lobo hambriento y se quejó de que la comida humana olía a basura quemada, y en eso quedó el experimento.

En esos momentos, Teela e Interlocutor estaban charlando en voz baja en un extremo de la mesa del salón. Luis escuchaba el silencio y el distante estrépito de los motores de fusión. Ya estaba acostumbrado a que su vida dependiera del buen funcionamiento del sistema de gravedad de una cabina. Su propio yate espacial alcanzaba las treinta gravedades. Pero su yate empleaba reactores inertes que no hacían ruido.

- Nessus - dijo en medio del crepitar de soles encendidos.

- Dime, Luis.

- ¿Sabes algo que nosotros ignoremos sobre la Zona Tenebrosa?

- No entiendo tu pregunta.

- El hiperespacio te aterra. En cambio no te asusta esta caída a través del espacio montado sobre una columna de fuego. Tu especie construyó el «Tiro Largo»; deben de saber algo que nosotros ignoramos sobre el hiperespacio.

- Tal vez. Es posible que hayamos averiguado algo.

- ¿Qué? A menos que sea uno de vuestros preciados secretos.

Interlocutor y Teela también estaban escuchando. Las orejas del kzin, que normalmente guardaba dobladas bajo unos pliegues de su pelambre, estaban extendidas cual traslucidos parasoles color rosa.

- Sabemos que no hay ninguna parte inmortal en nosotros - explicó Nessus -. No entraré en el caso de tu raza. No es de mi incumbencia. Mi especie no posee ninguna parte inmortal. Nuestros científicos lo han demostrado. Tememos a la muerte, pues la sabemos definitiva.

- ¿Y bien...?

- Las naves desaparecen en la Zona Tenebrosa. Ningún titerote se aproximaría a una singularidad a hipervelocidades; pese a ello, continuaban registrándose desapariciones, hablo de cuando nuestras naves aún iban pilotadas. Tengo confianza en los ingenieros que

construyeron el «Embustero». Por tanto, confío en la gravedad de la cabina. No fallará. Pero los ingenieros también temen la Zona Tenebrosa.

Y otra noche transcurrió en la nave; Luis durmió poco y mal y tuvo espectaculares sueños. Y luego pasó también un día, y a Luis y Teela empezó a hacérseles insoportable su mutua compañía. La chica no tenía miedo. Luis comenzaba a sospechar que jamás la vería asustada. Sólo sentía un mortal aburrimiento..

Ese atardecer la estrella con el anillo comenzó a asomar detrás del bloque macizo de los camarotes individuales y al cabo de media hora pudieron verla en su totalidad. Era blanca y pequeña, de un brillo ligeramente menos intenso que el de Sol y la rodeaba una finísima línea de un tenue azul eléctrico.

Todos se agolparon detrás de Interlocutor cuando comenzó a activar la pantalla panorámica. Logró centrar la línea azul eléctrico de la superficie interior del Mundo Anillo, apretó el botón amplificador...

Prácticamente en el acto tuvieron la respuesta a uno de sus interrogantes.

- Hay algo en el borde - constató Luis.

- Centra el visor en el borde - ordenó Nessus.

El borde del anillo se amplió ante sus ojos. Era un muro, que se alzaba hacia dentro, en dirección a la estrella. Podían ver su negra pared exterior recortada contra el paisaje azul, iluminado por el sol. Un bajo muro exterior; en fin, bajo en comparación con las dimensiones del anillo en sí.

- Si el anillo tiene millones de kilómetros de ancho - calculó Luis -, el muro circundante debe de tener al menos unos mil kilómetros de altura. En fin, algo hemos averiguado. Eso es lo que impide que se disperse la atmósfera.

- ¿Lo crees posible?

- En principio, sí. El movimiento rotatorio del anillo genera aproximadamente una gravedad. Es posible que tras varios milenios se haya perdido un poco de aire, pero no les sería difícil reemplazarlo. No hubieran podido construir el anillo de no contar con un sistema económico de transmutaciones, es decir, unos cuantos centavos de estrella por kilotón, y por lo menos una docena de requisitos más, todos igualmente imposibles.

- Me pregunto qué aspecto tendrá visto desde dentro.

Interlocutor captó la sugerencia, movió el botón de control y la imagen se desplazó. Aún no disponían de una ampliación suficiente para poder apreciar los detalles. Franjas azul brillante y de un blanco aún más intenso surcaban la pantalla, y entre ellas se dibujaba el difuso contorno rectilíneo de una sombra azul marino...

El borde más alejado apareció ante sus ojos. La pared parecía inclinarse hacia fuera.

Nessus, de pie en el marco de la puerta con las cabezas muy extendidas para mirar por encima del hombro de Interlocutor, ordenó:

- Amplíalo tanto como puedas.

La imagen se expandió.

- Montañas - dijo Teela -. Montañas de miles de kilómetros de altura.

En efecto, el muro circundante era irregular, su configuración hacía pensar en rocas erosionadas, del mismo color que la Luna.

- Ya no puedo ampliar más la imagen. Tendremos que aproximarnos más si queremos obtener mayores detalles.

- Será mejor intentar establecer contacto con ellos primero - dijo el titerote -. ¿Nos hemos detenido ya?

Interlocutor consultó el cerebro de la nave.

- Nos estamos aproximando a la primaria a unos cincuenta kilómetros por segundo. ¿Te parece una velocidad suficientemente reducida?

- Sí. Iniciemos las transmisiones.

El «Embustero» no había recibido ningún rayo laser.

La radiación electromagnética ya resultaba más difícil de comprobar. Era preciso investigar las ondas de radio, los rayos infrarrojos, ultravioleta, los rayos-X, todo el espectro, desde el calor moderado desprendido por el lado oscuro del Mundo Anillo hasta cuantos lumínicos tan cargados de energía que podían llegar a escindirse en pares de materia-antimateria. No detectaron nada en la banda de veintiún centímetros; y otro tanto ocurría con sus múltiples y divisores simples, que alguien podría haber decidido utilizar por la simple razón de que la banda de absorción de hidrógeno resultaba tan evidente. Excluidas éstas, a Interlocutor no le quedaba más remedio que ir tentando suerte con sus receptores.

Las grandes vainas que contenían el equipo de comunicaciones del «Embustero» se habían abierto. La nave comenzó a radiar mensajes en la frecuencia de absorción de hidrógeno y otras más, al mismo tiempo que barría porciones sucesivas de la superficie interior del anillo con rayos laser en diez frecuencias distintas, y emitía señales Morse en intermundo a base de explosiones alternativas de los motores de fusión.

- Dándole tiempo, nuestro piloto automático es capaz de traducir cualquier posible mensaje - explicó Nessus -. Debemos partir de la base de que en el Mundo Anillo poseen computadoras al menos igualmente capacitadas.

- ¿Saben traducir el silencio absoluto tus computadoras leucotomizadas? - ironizó Interlocutor.

- Tú concéntrate en las emisiones sobre el borde del anillo. Si poseen espaciopuertos, éstos tendrán que estar situados sobre el borde exterior. Sería terriblemente peligroso intentar el aterrizaje de una nave espacial en cualquier otro lugar.

Interlocutor-de-Animales gruñó un horrible insulto en la Lengua del Héroe. Ello acabó con toda posibilidad de conversación; sin embargo, Nessus permaneció en el mismo lugar que ya venía ocupando desde hacía cuatro horas, con las cabezas extendidas y mirándolo todo por encima de los hombros del kzin.

Allá afuera les esperaba el Mundo Anillo, una cinta azul cuadriculada, suspendida en el cielo.

- Antes empezaste a hablarme de las esferas de Dyson - dijo Teela.

- Y tú me mandaste a freír espárragos.

Luis había encontrado una descripción de las esferas de Dyson en la biblioteca de la nave. Muy entusiasmado con la idea, había cometido el error de interrumpir el juego de solitario de Teela para comunicarle su hallazgo.

- Cuéntamelo ahora - le dijo ella con voz melosa.

- Vete a freír espárragos.

Teela no se movió.

- De acuerdo, tú ganas - accedió Luis. Llevaba una hora mirando pensativo hacia el anillo. Se sentía tan aburrido como ella -. Intentaba explicarte que el Mundo Anillo es un compromiso, un compromiso técnico entre una esfera de Dyson y un planeta normal. Dyson fue uno de los antiguos filósofos naturales; sus teorías son anteriores al descubrimiento del cinturón de asteroides, casi preatómicas. Declaró que cada civilización viene limitada por la cantidad de energía a su alcance. La única forma de que la raza humana pueda aprovechar toda la energía disponible, dijo, es construir un caparazón esférico en torno al sol y captar todos los rayos solares. Y si te lo tomas en serio, comprenderás la idea. La Tierra sólo capta aproximadamente una billonésima parte de la producción energética del sol. Si pudiésemos aprovechar toda esa energía... Bueno, en aquella época no era una locura. Ni siquiera se había establecido la base teórica necesaria para viajar a velocidades hiperlumínicas. Nosotros no inventamos la hipertracción, como debes saber. Tampoco podríamos haberla descubierto de un modo fortuito, porque jamás se nos hubiera ocurrido realizar nuestros experimentos fuera de la singularidad. ¿Qué hubiera pasado en el caso de que una nave de los Forasteros no hubiese llegado a cruzarse por casualidad con un aparato de retropropulsión dirigido por medio de robot de las Naciones Unidas? ¿Y si los hombres no hubiesen acatado las Leyes de Control de la Fertilidad? ¿Cuánto tiempo hubiéramos podido aguantar sólo a base de energía de fusión con un trillón de seres humanos amontonados unos sobre otros y nada más rápido que las naves de alimentación exterior para nuestros desplazamientos? En menos de un siglo hubiéramos consumido todo el hidrógeno de los océanos terrestres. Pero una esfera de Dyson tiene otras aplicaciones además de servir para captar la energía solar. Supongamos una esfera de una unidad astronómica de radio. Puesto que en cualquier caso es preciso despejar todo el

sistema solar, pueden emplearse todos los planetas solares en su construcción. Así puede obtenerse una esfera de... acero cromado, pongamos por caso, de unos cuantos metros de espesor. Entonces se acoplan generadores de gravedad a todo el caparazón. Ello permite contar con un área superficial un billón de veces superior a la superficie de la Tierra. Un trillón de personas podrían caminar toda su vida sin cruzarse nunca unas con otras.

Por fin Teela logró intercalar una frase completa:

- ¿Los generadores de gravedad sirven para que todo se mantenga pegado a la superficie?

- Sí, contra la cara interior. Se recubre esta cara con tierra...

- ¿Y si se estropea un generador de gravedad?

- Pues... un billón de personas caerían hacia el sol. Y todo el aire seguiría el mismo camino. Se formaría un tornado lo suficientemente poderoso como para arrastrar toda la Tierra. Imposible pensar en hacer intervenir un equipo de reparaciones, no con semejante torbellino...

- No me gusta la idea - dijo Teela en un tono que parecía dejar zanjado el asunto.

- No te precipites. Siempre cabe la posibilidad de llegar a construir generadores de gravedad a todo riesgo.

- No es por eso. No se verían las estrellas.

A Luis no se le había ocurrido pensar en ese detalle.

- Es lo de menos. Lo importante de las esferas de Dyson es que cualquier raza racional e industriosa acabará necesitando una. Las civilizaciones tecnológicas tienden a aumentar su consumo de energía con el tiempo. El anillo representa un compromiso entre un planeta normal y una esfera de Dyson. Con el anillo sólo se obtiene una fracción del espacio que podría conseguirse con la esfera y sólo se capta una fracción de la luz solar disponible; pero pueden verse las estrellas y no es preciso preocuparse por los generadores de gravedad.

Desde la sala de mandos les llegó un complicado gruñido de Interlocutor-de-Animales, un potente sonido suficiente para contaminar todo el aire de la cabina. Teela soltó una risita.

- Si los titerotes han seguido un razonamiento parecido al de Dyson - continuó Luis -, todo debe de llevarles a suponer que encontrarán las Nubes de Magallanes llenas de Mundos Anillo.

- Y por eso nos han contratado.

- No me gustaría nada estar en la cabeza de un titerote. Pero si se diera el caso, me inclinaría por esa idea.

- No me extraña que te hayas pasado el rato encerrado en la biblioteca.

- ¡Enervante! - aulló el kzin -. ¡Insultante! ¡Nos ignoran deliberadamente! ¡Nos dan la espalda con toda la mala fe para obligarnos a atacar!

- No es muy probable - dijo Nessus -. Si no consigues captar transmisiones de radio, ello significa que no utilizan la radio. Bastaría que usaran ondas de radio de un modo habitual para que captásemos alguna interferencia.

- No usan lasers, no usan la radio, no conocen las hiperondas. ¿Y cómo se comunican? ¿Por telepatía? ¿A través de mensajes escritos? ¿Con grandes espejos?

- Mediante loros - sugirió Luis. Había ido a reunirse con los demás en la puerta de la sala de mandos - Loros gigantescos, criados especialmente en razón de sus desmesurados pulmones. Demasiado grandes para volar. Permanecen sentados en las colinas y se comunican a gritos.

Interlocutor se volvió a mirar fijamente a Luis:

- Llevo cuatro horas intentando establecer contacto con el Mundo Anillo. Cuatro horas que sus habitantes insisten en ignorarme. Han manifestado el más absoluto desdén. No me han transmitido ni una palabra. Tengo los músculos agarrotados por falta de ejercicio, tengo la piel ajada, ya no consigo enfocar los ojos, el maldito camarote es demasiado estrecho para mí, el calentador de microondas me calienta toda la carne a la misma temperatura y no es la temperatura que me gusta, y no puedo hacerlo arreglar. Sin tu ayuda y tus sugerencias, estaría francamente desesperado, Luis.

- ¿Habrán perdido su civilización? - musitó Nessus -. Se tendría que ser muy necio teniendo en cuenta...

- Quizás hayan muerto - sugirió con sorna Interlocutor. También sería una bobada. Que no se pongan en contacto con nosotros es otra bobada. ¿Por qué no aterrizamos y aclaramos las cosas?

Nessus soltó un silbido de terror:

- ¿Aterrizar en un mundo que tal vez haya matado a su especie indígena? ¿Estás loco?

- Pues, ¿cómo lo averiguaremos?

- ¡Tiene razón! - corroboró Teela -. ¡No hemos venido hasta aquí para quedarnos dando vueltas en el aire!

- Os lo prohíbo. Interlocutor, continúa intentando establecer contacto con el Mundo Anillo.

- Ya lo he intentado todo.

- Pues inténtalo otra vez.

- Ni pensarlo.

Luis Wu decidió hacer de mediador:

- No te lo tomes así, mi peludo amigo. Nessus, Interlocutor tiene razón. Los anillícolas no tienen nada que decirnos. De lo contrario ya nos hubiéramos enterado.

- Pero, ¿qué podemos hacer excepto continuar insistiendo?

- Podemos proseguir nuestra misión. Y mientras tanto los anillícolas ya decidirán qué quieren hacer con nosotros.

El titerote accedió a regañadientes.

Se acercaban lentamente al Mundo Anillo.

Interlocutor había dirigido el «Embustero» para hacerle pasar más allá del borde del Mundo Anillo: una concesión a Nessus. El titerote temía que los hipotéticos anillícolas consideraran una amenaza que el curso de la nave interceptara el anillo en sí. También insistía en que los motores de fusión del «Embustero» parecían armas, conque la nave avanzaba sólo con los propulsores inertes. Resultaba imposible juzgar la escala de lo que veían a simple vista. Con las horas, el anillo había ido cambiando de posición.

Con excesiva lentitud. Con la gravedad de la cabina conectada para compensar entre cero y treinta gravedades de tracción, los canales semicirculares eran incapaces de captar el movimiento. El tiempo transcurría en el vacío y Luis comenzó a sentir deseos de morderse las uñas, por primera vez desde que dejaran la Tierra.

Por fin el borde del anillo quedó situado perpendicularmente al «Embustero». Interlocutor accionó los motores inertes y frenó la nave hasta situarla en una órbita circular en torno al sol; luego comenzó a planear lentamente hacia el borde del anillo.

Nada se movía.

El reborde exterior del Mundo Anillo fue aumentando de tamaño y, de una fina línea que ocultaba algunas estrellas, pasó a convertirse en un muro negro. Un muro de más de mil kilómetros de altura, sin relieve, aunque cualquier accidente hubiera quedado borrado por la velocidad. La pared, que cubría unos noventa grados de su campo visual, iba girando a sus pies, a unos ochocientos kilómetros de distancia y a la endiablada velocidad de 1.200 kilómetros por segundo. Sus bordes convergían en el horizonte, en puntos en el infinito situados en uno y otro extremo del universo; y desde cada extremo del horizonte se alzaba verticalmente una fina línea azul cielo.

Contemplar esos puntos infinitos era como entrar en otro universo, un universo de líneas verdaderamente rectas, ángulos rectos y otras abstracciones geométricas. Luis se quedó como hipnotizado, con los ojos fijos en ese punto. ¿Qué punto era, el fin o el origen? ¿El muro negro aparecía o desaparecía en esa zona de confluencia?

...algo venía a su encuentro desde el infinito.

Era un saliente, que iba creciendo como otra abstracción a lo largo de la base del muro exterior. Primero apareció el saliente y luego, encima de éste, una hilera de anillos verticales. Los anillos fueron subiendo, directamente hasta el «Embustero», bajo la misma nariz de Luis. Luis cerró los ojos y levantó los brazos para protegerse la cabeza. Oyó un gemido de terror.

Creyó morir en ese instante. Pasado el momento sin que sobreviniera la muerte, volvió a abrir los ojos. Los anillos iban pasando a su lado en un constante flujo; y Luis observó que no tenían más de ochenta kilómetros de diámetro.

Nessus se había hecho una bola. Teela, con las manos apoyadas en el fuselaje transparente, miraba hacia fuera con ojos y ávidos. Interlocutor seguía impasible, atento al panel de mandos. Tal vez poseía un sentido de las distancias mejor que Luis.

También cabía la posibilidad de que estuviera fingiendo. El gemido podía haber salido muy bien de él.

Nessus se desenrolló. Miró los anillos, que se habían hecho más pequeños y convergentes.

- Interlocutor, debemos equiparar velocidades con el Mundo Anillo. Mantennos en posición con una tracción de una gravedad. Tenemos que inspeccionar esto.

La fuerza centrífuga es una ilusión, una manifestación de la ley de la inercia. La realidad es una fuerza centrípeta, una fuerza aplicada en ángulo recto al vector de velocidad de una masa. La masa resiste, tiende a moverse siguiendo la dirección rectilínea acostumbrada.

Debido a su velocidad y a la ley de la inercia, el Mundo Anillo tendía al desmembramiento. Su estructura rígida impedía que ello sucediera. El Mundo Anillo se autoaplicaba su propia fuerza centrífuga. Para igualar la velocidad de 1.200 kilómetros por segundo, el «Embustero» tenía que equiparar esa fuerza centrípeta.

Interlocutor consiguió igualarla. El «Embustero» quedó suspendido cerca del muro exterior, equilibrado gracias a una fuerza impulsara de 0,992 g y la tripulación procedió a inspeccionar el espaciopuerto.

El espaciopuerto era una estrecha plataforma, tan delgada que parecía una línea sin dimensión hasta que Interlocutor hizo avanzar la nave en sentido lateral. Luego adquirió anchura, una anchura que minimizaba las dimensiones de un par de enormes naves espaciales. Las naves eran cilindros de puntas romas, ambos del mismo diseño: un diseño desconocido, pero que respondía claramente a las características de una nave de fusión con alimentación exterior. Eran naves diseñadas para alimentarse de hidrógeno interestelar que recogían con unas dragas electromagnéticas. Una había sido saqueada en busca de piezas aprovechables y había quedado ahí despanzurrada, con su estructura íntima expuesta a las miradas extrañas.

El borde superior de la nave aún intacta estaba cubierto de ventanas, lo cual les permitió calibrar sus exactas dimensiones. Bajo la luz difusa de las estrellas, las ventanas resplandecían exactamente como azúcar cande sobre un pastel. Miles de ventanas. La nave era grande.

Y estaba a oscuras. Todo el espaciopuerto estaba a oscuras. Tal vez los seres que lo utilizaban no necesitaban luz en las frecuencias «visibles». Pero a Luis Wu el espaciopuerto le pareció abandonado.

- No comprendo qué son esos anillos - dijo Teela.

- Un cañón electromagnético - respondió Luis de un modo casi reflejo.

- Para los despegues.

- No - intervino Nessus.

- ¿No?

- El cañón debe haber servido para el aterrizaje de las naves. Incluso es posible imaginar el método empleado. La nave debe colocarse en órbita paralelamente al muro exterior. No intentará igualar la velocidad del anillo, sino que se situará a unos cuarenta kilómetros de la base del muro exterior. Al girar el anillo, las espirales del cañón electromagnético arrastrarán la nave y la acelerarán hasta alcanzar la velocidad del anillo. Los ingenieros del anillo merecen todos mis respetos. La nave nunca tendría que situarse a una distancia peligrosa del anillo.

- El cañón también podría servir para despegar.

- No. Fíjate en las instalaciones que tenemos a la izquierda...

- ¡Nej! - exclamó Luis Wu.

Las «instalaciones» se reducían a poca cosa más que una puerta corredera de dimensiones suficientes para dar cabida a una de las naves dragadoras.

La cosa cuadraba, 1.200 kilómetros por segundo era la velocidad normal de las naves dragadoras. Las instalaciones de despegue del anillo se reducían a una estructura para lanzar la nave con sus dragadoras de fusión al vacío. El piloto podía comenzar a acelerar en el acto y alejarse.

- Las instalaciones del espaciopuerto parecen abandonadas - dijo Interlocutor.

- ¿Captas utilización de energía?

Mis instrumentos no la perciben. No hay puntos anómalamente calientes, ni se advierte actividad electromagnética. En cuanto a los perceptores que accionan el acelerador lineal, es posible que la energía que empleen sea mínima y resulte imperceptible.

- ¿Qué sugieres?

- Tal vez las instalaciones se conserven en buen estado. Podríamos acercarnos al acelerador lineal e intentar entrar.

Nessus se hizo un ovillo.

- Imposible - dijo Luis -. Lo más probable es que todo el mecanismo se accione mediante una señal en clave, y la desconocemos. Tal vez sólo responda ante un fuselaje metálico. Si intentásemos pasar por el cañón a la velocidad del Mundo Anillo, tocaríamos uno de los aros y lo haríamos saltar todo en pedazos.

- He pilotado naves parecidas en maniobras de guerra simuladas.

- ¿Cuánto tiempo hace de eso?

- Tal vez demasiado. En fin, no tiene importancia. ¿Qué sugieres tú?

- La cara inferior - dijo Luis. Y el titerote se desenrolló en el acto.

Se situaron debajo de la plataforma del Mundo Anillo, siempre a la misma velocidad que éste y contrarrestando su atracción con un impulso de 9,94 metros por segundo.

- Focos - ordenó Nessus.

Los focos tenían un radio de acción de ochocientos kilómetros; pero no lograron saber si la luz había tocado la cara posterior del anillo. En cualquier caso, no regresó. Eran focos de aterrizaje.

- ¿Aún tienes la misma confianza en vuestros ingenieros, Nessus?

- Debieron haber previsto esta eventualidad.

- Yo sí la había previsto. Puedo iluminar el Mundo Anillo, si me permitís utilizar los motores de fusión - dijo el kzin.

- Adelante.

Interlocutor empleó los cuatro: el par enfocado hacia delante y los dos motores más grandes que miraban hacia atrás. Pero sólo abrió al máximo el diafragma del par delantero, previsto para frenazos de emergencia y posiblemente también para usos bélicos. El tubo comenzó a despedir hidrógeno a excesiva velocidad y éste salió medio quemado. Poco a poco disminuyó la temperatura del tubo de fusión, hasta que el escape, normalmente más caliente que el centro de una nova, estuvo tan frío como la superficie de una enana amarilla. La luz salió proyectada en dos rayos paralelos que fueron a clavarse sobre la negra cara inferior del Mundo Anillo.

Primera sorpresa: la cara inferior no era plana: Subía y bajaba; presentaba depresiones y abultamientos.

- Me la había imaginado lisa - dijo Teela.

- Está repujada - comentó Luis -. Apostaría una cosa. Todos los abultamientos corresponden a un mar en el lado iluminado por el sol. Las depresiones son montañas.

Sin embargo, todas esas formaciones parecían sólo diminutas arrugas, casi imperceptibles, hasta que Interlocutor acercó más la nave. El «Embustero» planeó hacia el centro del Mundo Anillo, a unos ochocientos kilómetros por debajo de su vientre. Abultamientos y depresiones repujadas iban sucediéndose a sus pies, de forma irregular y en cierto modo artísticamente distribuidos...

Hacía siglos que se venían organizando excursiones en naves que planeaban de modo similar sobre la superficie de la Luna de la Tierra. El panorama que tenían ante sus ojos era bastante parecido: cráteres y montañas, fuertes contrastes de blanco y negro, dibujados sobre la superficie de la Luna por los potentes reflectores de que iban provistas todas esas naves. Sin embargo, había una diferencia. A cualquier altura que uno se encontrase sobre la Luna, siempre se divisaba el horizonte lunar, dentado y recortado contra el espacio negro y ligeramente curvo. En cambio, el horizonte del Mundo Anillo no tenía curvas. Era una línea recta, inconcebiblemente distante y apenas visible. Luis se preguntó cómo se las debía arreglar Interlocutor para resistir horas y más horas al timón del «Embustero», navegando sobre la superficie y bajo el vientre de ese... artefacto.

Luego se encogió de hombros. Poco a poco comenzaba a hacerse una idea de las dimensiones del Mundo Anillo. Era un proceso desagradable, como todos los aprendizajes.

Apartó la mirada de ese terrible horizonte para fijarlo otra vez en la zona iluminada.

Nessus dijo:

- Todos los mares parecen corresponder al mismo orden de magnitud.

- Sí, he visto unos cuantos estanques - le contradijo Teela -. Y... mira, ahí hay un río. Tiene que ser un río. Pero no he visto ningún gran océano.

Luis constató que abundaban los mares; suponiendo que estuviera en lo cierto y esos bultos aplanados fueran mares. Aunque no todos tenían el mismo tamaño, parecían estar distribuidos de forma regular, de modo que ninguna región careciera de agua.

- Son planos. Todos los mares tienen el fondo plano.

- Sí - dijo Nessus.

- Ello demuestra una cosa. Todos los mares son poco profundos. Luego, los anillícolas no son habitantes marinos. Sólo utilizan la superficie de los océanos. Igual que nosotros.

- Pero todos los mares tienen formas recortadas - le hizo notar Teela -. Y con bordes escarpados. ¿Sabes qué significa esto?

- Bahías. Infinidad de bahías.

- Aunque no sean habitantes marinos, tus anillícolas no temen los barcos - comentó Nessus -. De lo contrario, de nada les servirían las bahías. Luis, estas gentes se parecerán bastante a los humanos. Los kzinti aborrecen el agua y mi especie tiene miedo de ahogarse.

Luis pensó que podían descubrirse muchas cosas de un mundo observándolo del revés. Algún día escribiría una monografía sobre el tema...

Teela dijo:

- Debe ser divertido poder esculpirse un mundo a medida.

- ¿No estás satisfecha con tu mundo, amiguita?

- Tú ya me entiendes.

- ¿Poder? - Luis parecía sorprendido; el poder le era indiferente. No era una persona creativa; no le gustaba hacer cosas; prefería encontrárselas.

De pronto, le pareció distinguir algo interesante un poco más adelante. Un abultamiento más pronunciado... y un saliente como una aleta negra bajo la luz de los motores, ahora muy concentrada. Y el abombamiento tenía varios cientos de miles de kilómetros cuadrados de superficie.

Si los otros eran mares, éste debía corresponder a un océano, el rey de todos los océanos. Fue deslizándose interminablemente bajo sus ojos; y no era liso como los demás. Recordaba un mapa topográfico del océano Pacífico, con valles y montañas, zonas poco profundas y grandes fosas, y picos que, por su altura, bien podrían ser islas.

- Deseaban conservar su vida marina - aventuró Teela -. Y para ello necesitaban un océano profundo. La aleta debe de servir para refrigerar las profundidades. Un radiador.

Un océano que a pesar de no tener la profundidad suficiente, sí era lo bastante ancho como para tragarse toda la Tierra.

- Basta - ya - exclamó de pronto el kzin -. Examinemos ahora la superficie interior.

- Primero debemos tomar unas cuantas medidas - le interrumpió Nessus -. ¿Es verdaderamente circular el anillo? Cualquier pequeña desviación dejaría escapar el aire hacia el espacio.

- Sabemos que hay aire, Nessus. La distribución del agua sobre la superficie interior nos indicará en qué medida se desvía el anillo de la circularidad.

Nessus se dio por vencido:

- De acuerdo. En cuanto lleguemos al otro reborde.

Había fosas meteoríticas. No muchas, pero ahí estaban. Luis pensó, divertido, que los anillícolas no habían limpiado su sistema solar a conciencia. Pero no, esos meteoritos debían de haber llegado de fuera, del espacio interestelar. Los reflectores de fusión iluminaron un cráter cónico, y Luis vio un resplandor en el fondo. Algún objeto brillante reflejaba la luz.

Seguramente, la hendedura dejaba al descubierto la plataforma de un material, seguramente muy rígido, cuya densidad le permitía absorber un 40 por 100 de los neutrinos. Encima (o en el interior) de la plataforma del anillo debía de haber tierra y mares y ciudades, y encima de todo esto, aire. Debajo (o en la parte exterior), un material esponjoso amortiguaba el impacto de los meteoritos. La mayoría de éstos debían vaporizarse al atravesar la gruesa capa de material esponjoso; sin embargo, unos pocos debían de llegar a traspasarla, dejando unos agujeros cónicos con el fondo brillante...

Muy a lo lejos de la superficie del Mundo Anillo, casi más allá de su curva infinitamente suave, Luis descubrió un hoyuelo. Ahí debía de haber caído uno grande, pensó. Lo bastante grande como para resultar visible a la luz de las estrellas.

No señaló el hoyuelo del meteorito a los demás. Sus ojos y su mente aún no se habían acostumbrado a las dimensiones del Mundo Anillo.

9. Las pantallas cuadradas

El sol G2 comenzó a levantarse cegador sobre el recto borde negro del anillo. Su brillo les hirió los ojos, hasta que el kzin accionó un polarizador; y entonces Luis pudo mirar hacia el disco y descubrió una pantalla que cortaba su arco. Una pantalla cuadrada.

- Debemos tener cuidado - advirtió Nessus -. Si igualamos velocidades con el anillo y nos asomamos a la superficie interior, nos atacarán sin lugar a dudas.

Interlocutor le respondió con un rugido entre dientes. Seguramente el kzin comenzaba a estar cansado tras tantas horas de permanecer sentado junto a la herradura llena de mandos.

- ¿Con qué arma nos atacarán? Ya hemos comprobado que los anillícolas ni siquiera poseen una emisora de radio en funcionamiento.

- Imposible adivinar su forma de comunicación. Tal vez empleen la telepatía, o el eco de ciertas vibraciones sobre el suelo del anillo, o impulsos eléctricos transmitidos por medio de cables metálicos. Igualmente, lo ignoramos todo sobre su armamento. Nuestra presencia sobre su superficie podría interpretarse como una grave amenaza. Emplearán todas las armas disponibles.

Luis asintió. No era cauto por naturaleza y el Mundo Anillo había picado su curiosidad; pero el titerote tenía razón.

Si el «Embustero» se ponía a planear sobre la superficie, se convertiría en un meteorito en potencia. Y nada despreciable. Una masa de esas dimensiones ya representaba un peligro infernal a mera velocidad orbital; en efecto, el más leve contacto con la atmósfera lo haría precipitarse hacia abajo a varios cientos de kilómetros por segundo. A una velocidad hiperorbital y empleando los reactores para mantener una trayectoria curva, la nave representaría un peligro menor, pero en cambio más probable; en efecto, el fallo de un solo motor sería suficiente para que la «fuerza centrífuga» proyectara la nave hacia fuera (o hacia abajo) sobre las tierras pobladas. Los anillícolas no debían ser propensos a tomarse un meteorito a la ligera. No podían, teniendo en cuenta que bastaría una sola perforación del suelo del anillo para succionar toda la atmósfera del mundo y escupirla sobre las estrellas.

Interlocutor se volvió y se encontró cara a cara con las dos cabezas planas del titerote.

- Luego, ¿cuáles son tus órdenes?

- Primero desaceleraremos la nave hasta alcanzar la velocidad orbital.

- ¿Y entonces?

- Aceleraremos en dirección al sol. Podemos inspeccionar brevemente la superficie habitable del anillo mientras le miramos contraerse. De momento, estudiaremos las pantallas cuadradas.

- Tanta precaución me parece innecesaria y humillante. No nos interesan para nada las pantallas cuadradas.

«¡Nej!», pensó Luis. Cansado y hambriento como estaba, sólo le faltaba tener que hacer de mediador entre los dos extraterrestres. Llevaba demasiado tiempo sin comer ni dormir. Si Luis estaba cansado, el kzin debía de estar agotado y deseoso de camorra.

El titerote estaba diciendo:

- Las pantallas cuadradas nos interesan por razones muy concretas. Su superficie intercepta mayor cantidad de luz solar que el propio anillo. Serían ideales como generadores termoeléctricos para abastecer de energía al Mundo Anillo.

El kzin bramó algo injurioso en la Lengua del Héroe. En cambio, su inmediata observación en intermundo resultó ridículamente suave.

- Intenta ser razonable. No creo que nos interese para nada la fuente de energía del Mundo Anillo. ¿Por qué no aterrizamos, buscamos un nativo y le preguntamos qué fuente de energía utilizan?

- Me niego a considerar la posibilidad de un aterrizaje.

- ¿Crees que no sé manejar la nave?

- ¿Discutes mis decisiones como jefe de esta expedición?

- Ya que has tocado el tema...

- Todavía tengo el tasp, Interlocutor. Aún soy yo quien debe decidir si podréis disponer del «Tiro Largo» y del hiperreactor de quantum 11. Y sigo siendo el Ser último a bordo de esta nave. No olvides...

- Basta - dijo Luis.

Los dos se lo quedaron mirando.

- Esta discusión es prematura - dijo Luis -. ¿Por qué no enfocáis los telescopios sobre las pantallas cuadradas? Luego, los dos tendríais mayor número de detalles y la discusión resultaría más divertida. - Nessus quedó mirándose con un ojo fijo en el otro. El kzin escondió las uñas -. Desde un punto de vista más pragmático - continuó Luis -, todos tenemos

los nervios de punta. Estamos cansados, hambrientos. A nadie le gusta combatir con el estómago vacío. Por mi parte, me voy a descansar un ratito con los auriculares somníferos. Y os sugiero que hagáis otro tanto.

Teela se quedó estupefacta:

- ¿No piensas mirar lo que pasa? ¡Vamos a ver la cara interior!

- Míralo tú y luego me lo cuentas todo. - Y salió.

Se despertó con la cabeza pesada y famélico. Estuvo en el camarote el tiempo necesario para pedir una comida portátil. Se dirigió al salón con la comida en una mano.

- ¿Cómo van las cosas?

Teela le respondió, en tono indiferente desde una pantalla de lectura:

- Te lo has perdido todo. Navíos piratas, Demonios de las Tinieblas, dragones espaciales, plantas caníbales, todos lanzados sobre nosotros en simultáneo ataque. Interlocutor tuvo que rechazarlos a puño limpio. Te hubiera encantado.

- ¿Y Nessus?

El titerote le respondió desde la sala de mandos:

- Interlocutor y yo hemos decidido acercarnos a las pantallas cuadradas. Él se ha echado a dormir un rato. Pronto estaremos en el espacio abierto.

- ¿Alguna novedad?

- Sí, bastantes. En seguida te lo explico.

El titerote operó los controles de la pantalla panorámica. Debía de haber estudiado a fondo la simbología kzinti en alguna parte.

La imagen que apareció en la pantalla parecía la Tierra vista desde gran altura. Montañas, lagos, valles, ríos, zonas que podrían ser Desiertos...

- ¿Desiertos?

- Eso parece, Luis. Interlocutor obtuvo espectros de temperatura y humedad. Buen número de datos demuestran que el Mundo Anillo ha retornado a un estado salvaje, al menos en parte. ¿Cómo explicar si no la existencia de desiertos? Encontramos otro profundo océano salado en el lado opuesto del anillo, tan grande como el de este lado. Los espectros confirman la presencia de sal. Es evidente que los ingenieros se vieron en la necesidad de compensar esas enormes masas de agua.

Luis hincó el diente en su comida portátil.

- Cuando enfocamos el visor sobre las pantallas cuadradas, Interlocutor accedió a examinarlas más de cerca - comentó Nessus.

- ¿Por qué? - increpó Luis.

- Descubrimos una peculiaridad. Las pantallas cuadradas se mueven a una velocidad suficientemente superior a la orbital para permitir un margen de seguridad.

Luis casi se atraganto.

- No es imposible - añadió el titerote -. Tal vez las pantallas cuadradas sigan órbitas elípticas estables equivalentes. No es indispensable que se mantengan a una distancia constante de la primaria.

Luis tragó a toda prisa para poder hablar:

- Es una locura. ¡Haría variar la duración de los días!

- Por un momento hemos pensado que podía servir para diferenciar el verano del invierno, acortando y luego volviendo a alargar las noches - dijo Teela -. Pero tampoco parece tener sentido.

- Claro que no. Las pantallas cuadradas cubren su circuito en menos de un mes. ¿De qué sirve un año de tres semanas?

- Ahí está el problema - dijo Nessus -. Era una anomalía demasiado pequeña para poder detectarla desde nuestro propio sistema. ¿A qué se debe? ¿Tal vez la gravedad aumenta en las proximidades de la primaria y ello exige una mayor velocidad orbital? En cualquier caso, los objetos que ocultan el sol merecen ser examinados más atentamente.

El transcurso del tiempo podía apreciarse siguiendo el curso del reborde negro de una pantalla cuadrada sobre el sol.

El kzin salió pronto de su habitación, saludó amablemente a los humanos que estaban en el salón y sustituyó a Nessus en la sala de mandos.

Poco después volvió a aparecer. No se oyó ningún ruido que pudiera indicar un altercado; pero de pronto Luis vio al titerote que retrocedía ante una asesina mirada kzinti. Interlocutor parecía dispuesto a matar.

- Muy bien - dijo Luis, resignado -. ¿Qué pasa ahora?

- Este herbívoro - comenzó a quejarse el kzin, y la ira le cortó las palabras. Volvió a empezar -: Nuestro esquizofrénico dirigente-desde-el-último-lugar nos ha tenido en una órbita de consumo mínimo desde que me fui a descansar. A este paso tardaremos cuatro meses en llegar a la banda de pantallas cuadradas. - A ello siguió una sarta de maldiciones en la Lengua del Héroe.

- Tú mismo nos colocaste en esa órbita - dijo suavemente el titerote.

El kzin subió el tono de voz:

- Quería alejarme lentamente del Mundo Anillo para poder echarle un vistazo a la superficie interior. Luego podíamos acelerar directamente hacia las pantallas cuadradas. ¡Y llegar allí en cuestión de horas, en vez de meses!

- No te excites, Interlocutor. Si aceleramos hacia las pantallas nuestra órbita cortará la del Mundo Anillo. Es algo que deseo evitar.

- Podrías poner rumbo al sol - dijo Teela.

Todos se la quedaron mirando.

- Si los anillícolas temen que nos estrellemos sobre ellos - explicó pacientemente Teela -, lo más probable es que estén estudiando nuestra trayectoria. Si nuestra trayectoria nos lleva directamente al sol, ello significará que no constituimos ningún peligro para ellos. ¿Os dais cuenta?

- Buena idea - reconoció Interlocutor.

El titerote se encogió de hombros:

- Tú eres el piloto. Haz lo que quieras, pero no olvides...

- No tengo la menor intención de atravesar el sol. A su debido tiempo me alinearé con las pantallas. - Y el kzin regresó a la cabina de mando con gran estrépito. No es fácil para un kzin producir estrépito.

La nave se puso paralela al anillo. Apenas se notó el cambio; obedeciendo las instrucciones recibidas, el kzin sólo había utilizado los elevadores inertes. Interlocutor redujo la velocidad orbital de la nave y ésta comenzó a caer hacia el sol; luego puso proa hacia el centro y aceleró.

El Mundo Anillo era una gran banda azul surcada de cordones y aglomeraciones de relucientes nubes blancas. Y se estaba desvaneciendo visiblemente. Interlocutor tenía prisa.

Luis marcó el código para pedir dos ampollas de mocha y le tendió una a Teela.

Comprendía el enojo del kzin. El Mundo Anillo le llenaba de pánico. Abrigaba el convencimiento de que tendría que aterrizar... y deseaba hacerlo antes de perder el control de sus nervios.

Interlocutor regresó al salón:

- Llegaremos a la órbita de las pantallas cuadradas dentro de catorce horas. Nessus, los guerreros del Patriarca aprendemos a ser pacientes desde la infancia, pero los herbívoros tenéis más paciencia que un cadáver.

- Nos movemos - dijo Luis, y comenzó a incorporarse. En efecto, la proa de la nave se estaba apartando del sol.

Nessus chilló y se plantó de un salto en el otro extremo del salón. Estaba en el aire cuando el «Embustero» se encendió como un flash. La nave dio un bandazo...

Discontinuidad.

...La nave dio un bandazo a pesar de la gravedad de la cabina. Luis se agarró al respaldo de una silla; Teela cayó en su propia cápsula-diván, con increíble exactitud; el titerote, hecho un ovillo, fue rodando hasta dar con la pared. Todo ello en medio de un intenso resplandor violeta. La oscuridad duró sólo un instante y pronto fue sustituida por una resplandeciente luz violeta.

Venía de fuera, del exterior del fuselaje.

Después de dejar el «Embustero» bien encarado, Interlocutor debía de haber confiado el mando al piloto automático. Y entonces, pensó Luis, el piloto automático había rectificado la dirección de Interlocutor, por considerar que un meteorito de las dimensiones del sol podía resultar peligroso y era preciso evitarlo.

La gravedad de la cabina volvía a ser normal. Luis se incorporó. No se había lastimado. Y, aparentemente, tampoco Teela estaba herida. Permanecía de pie junto a la pared mirando fijamente a través de la luz violeta.

- La mitad del tablero de mandos ha quedado inutilizado - anunció Interlocutor.

- Y también han desaparecido la mitad de los instrumentos - dijo Teela -. Te has quedado sin ala.

- ¿Cómo dices?

- Hemos perdido el ala.

Así era. Y con ella habían perdido todo lo que iba montado sobre el ala: reactores, tubos de fusión, las vainas con el equipo de comunicaciones, el equipo de aterrizaje. Nada restaba del «Embustero» excepto la parte protegida por el fuselaje de Productos Generales.

- Nos han disparado - dijo Interlocutor -. Y aún siguen tirando sobre nosotros, probablemente con rayos laser. A partir de este momento, la nave se halla en estado de guerra. Y, en consecuencia, yo tomo el mando.

Nessus no discutió esa decisión. Seguía hecho un ovillo. Luis se arrodilló a su lado y le palpó con ambas manos.

- Finagle sabe que no soy médico de extraterrestres. Pero no creo que esté herido.

- Sólo está asustado y quiere esconderse en su propio vientre. Tú y Teela tendréis que atarle y mantenerle tranquilo.

A Luis no le sorprendió encontrarse obedeciendo órdenes. Estaba muy trastornado. Un minuto antes estaban en una nave espacial. Ahora, ésta se había convertido en poco más que una aguja de cristal que iba cayendo hacia el sol.

Condujeron al titerote hasta su cápsula de supervivencia y le ajustaron la red de seguridad.

- No nos encontramos ante una cultura pacífica - dijo el kzin -. Un laser de rayos X constituye siempre un arma ofensiva. De no ser por nuestro fuselaje invulnerable, estaríamos todos muertos.

- También debe de haber desaparecido el campo estático de diseño esclavista - dijo Luis -. Imposible saber cuánto tiempo estuvimos estasiados.

- Unos pocos segundos - le rectificó Teela -. Esa luz violeta tiene que ser la nube de metal de nuestra ala fluorescente.

- Activada por el laser, claro. Creo que comienza a disiparse.

Y tenía razón: el resplandor era ya menos intenso.

- Por desgracia, nuestras armas automáticas son exclusivamente defensivas. ¡Cómo va a saber un titerote lo que son armas ofensivas! - se lamentó Interlocutor -. Hasta nuestros motores de fusión estaban en el ala. ¡Y el enemigo continúa disparando sobre nosotros! Pero sabrán lo que significa atacar a un kzin.

- ¿Vas a perseguirlos?

A Interlocutor le resbaló el sarcasmo del comentario:

- Así es.

- ¿Con qué? - explotó Luis - ¿Sabes qué nos han dejado? Un hipermotor y un sistema de supervivencia. ¡Eso es todo! ¡Son delirios de grandeza creer que podemos hacer una guerra en esto!

- ¡Eso cree el enemigo! Pero no saben...

- ¿Qué enemigo?

- ...que quien desafía a un kzin...

- ¡Armas automáticas, zoquete! ¡Un enemigo hubiera comenzado a disparar en cuanto nos tuvo a tiro!

- Yo también he estado cavilando sobre su desusada estrategia.

- ¡Armas automáticas! Lasers de rayos X para destrozar los meteoritos. Programados para derribar cualquier cosa susceptible de chocar contra el anillo. En cuanto nuestra posible órbita de caída libre cruzó sobre el anillo, ¡zas! ¡Se dispararon los lasers!

- ...es posible. - El kzin comenzó a cubrir las partes inutilizadas del tablero de mandos -. Pero ojalá te equivocases.

- No lo dudo. Sería un alivio poder echarle la culpa a alguien, ¿verdad?

- Lo que sí arreglaría las cos y as sería que nuestra trayectoria no pasara por el anillo -. El kzin había tapado la mitad del tablero. Continuó tapando paneles mientras hablaba -. Nuestra velocidad es considerable. Suficiente para sacarnos del sistema y hacernos traspasar la discontinuidad local, con lo cual podríamos emplear el hipermotor para regresar hasta la flotilla de los titerotes. Pero, condición previa para ello es que no choquemos con el anillo.

El razonamiento de Luis no iba tan lejos:

- Si no hubieras tenido tanta prisa - dijo con amargura.

- Al menos no nos estrellaremos contra el sol. Las armas automáticas no dispararán hasta que nuestra trayectoria haya dado la vuelta al sol.

- Los lasers siguen funcionando - informó Teela -. Puedo ver las estrellas en medio de los destellos, pero éstos siguen ahí. Luego, aún debemos de ir directos a la superficie del anillo, ¿verdad?

- Siempre y cuando los lasers sean automáticos, sí.

- ¿Y nos mataremos si nos estrellamos contra el anillo?

- Pregúntaselo, a Nessus. Su raza construyó el «Embustero». A ver si consigues que salga de su ovillo.

El kzin soltó un gruñido despectivo. Ya había tapado la mayor parte del tablero de mandos. Sólo se mantenían encendidas unas cuantas míseras lucecitas, en señal de que parte del «Embustero» continuaba aún con vida.

Teela Brown se inclinó sobre el titerote, que seguía hecho una bola bajo la frágil trama de su red antichoques. Muy por el contrario de lo que esperaba Luis, no había dado la menor señal de pánico desde el inicio del ataque con rayos laser. Deslizó las manos hasta la base de los cuellos del titerote y comenzó a rascar suavemente, como le había visto hacer a Luis en ocasiones parecidas.

- Te estás portando como un tonto - riñó gentilmente al asustado titerote -. Vamos, saca las cabezas. A ver, mírame. ¡Te lo perderás todo!

Doce horas más tarde, Nessus continuaba en estado catatónico.

- ¡Cuando intento hacerle salir sólo consigo que se encoja aún más! - Teela parecía al borde de las lágrimas. Se habían retirado a cenar en su camarote, pero ella no consiguió comer nada -. No lo hago bien, Luis. Lo sé.

- Pones todo el acento en el aspecto excitante, en las muchas cosas que pueden ocurrir, y Nessus no quiere excitaciones - Puntualizó Luis -. No te preocupes. Cuando le necesitemos ya sacará las cabezas.

Teela caminaba de un modo extraño, medio a trompicones; aún no se había adaptado del todo a la diferencia entre la gravedad de la nave y la gravedad de la Tierra. Parecía a punto de decir algo, luego cambió de opinión, sólo para volver a pensárselo mejor y, por fin, soltar la pregunta:

- ¿Tienes miedo?

- Sí.

- Ya me lo parecía - confirmó ella, y reanudó sus paseos arriba y abajo por el camarote. Al cabo de un rato preguntó -: ¿Y cómo es que Interlocutor no tiene miedo?

En efecto, el kzin había desplegado una incesante actividad desde el ataque: había hecho inventario de las armas disponibles, había realizado primitivos cálculos trigonométricos para intentar establecer la trayectoria de la nave, todo ello jalonado de órdenes concisas y razonables, enunciadas en un tono que instaba a una obediencia inmediata.

- Personalmente creo que Interlocutor está aterrorizado - afirmó Luis -. ¿Recuerdas su reacción cuando vio los mundos de los titerotes? Está aterrado, pero no tiene la menor intención de dejárselo entrever a Nessus.

Ella meneó la cabeza:

- No lo entiendo. ¡No lo entiendo! ¿Por qué estáis todos asustados menos yo?

Luis sintió que el amor y la compasión desgarraban sus entrañas, con un dolor tan antiguo, tan arrinconado en la memoria, que casi parecía nuevo. ¡Soy nueva aquí, y todos están al corriente menos yo!

- Nessus tenía razón, al menos en parte - intentó explicar -. Nunca has sufrido el menor contratiempo, ¿verdad? Eres demasiado afortunada. Nosotros tememos sufrir algún daño, pero tú no lo comprendes, porque es algo que aún no te ha ocurrido nunca.

- Qué insensatez. Nunca me he roto ningún hueso ni nada por el estilo; ¡pero eso no significa que posea una capacidad psíquica especial!

- No. La suerte no es una facultad psíquica. Es un problema de estadísticas y tú eres producto de una chiripa matemática. Nessus tenía que encontrar alguien con tus características entre los cuarenta y tres billones de seres humanos que pueblan el espacio conocido. ¿Comprendes cómo te seleccionó? Cogió el grupo de personas que descendían de padres ganadores de las Loterías de Procreación. Dijo que eran varios miles, pero no creo equivocarme al afirmar que de no haber encontrado lo que buscaba entre esos miles, hubiera comenzado a rastrear el

grupo más amplio de personas con uno o más antepasados nacidos gracias a las Loterías de Procreación. Entonces hubiera podido escoger entre varias decenas de millones...

- ¿Qué quería encontrar?

- Alguien como tú. Cogió sus varios millares de personas y comenzó a eliminar a las que no tenían buena suerte. Ese hombre se había roto un dedo a los trece anos. Esa chica tenía problemas psicológicos. Esa otra sufría acné. Ese hombre era pendenciero y salía malparado de las riñas. Ese otro ganó una pelea, pero perdió un juicio. Ese tipo fue piloto de pruebas pero acabó quemándose la uña de un pie. Esa chica siempre pierde en el casino... ¿Te das cuenta? Tú eres la muchacha que no ha perdido nunca. Siempre llueve sobre mojado.

Teela se lo había quedado mirando pensativa:

- Entonces, todo es cuestión de probabilidades. Pero Luis, a veces también pierdo en el casino.

- Pero no lo suficiente para que haya hecho mella en ti.

- Pues no.

- Eso es lo que buscaba Nessus.

- Intentas decirme que soy una especie de bicho raro.

- No. ¡Nej! No es eso. Intento decirte que no lo eres. Nessus eliminó a todos los candidatos que habían tenido mala suerte, hasta que consiguió dar contigo. Cree haber hallado una especie de principio básico. En realidad, no ha encontrado más que el último extremo de una curva normal.

- La teoría de probabilidades confirma tu existencia. También dice que la próxima vez que eches una moneda al aire, tendrás tantas probabilidades de ganar como yo, esto es, un cincuenta por ciento, pues la diosa Fortuna no tiene memoria.

Teela se dejó caer en una silla:

- Vaya amuleto de la buena suerte que he resultado. Pobre Nessus. Le he fallado miserablemente.

- Lo tiene bien merecido.

A Teela le temblaron un poco las comisuras de los labios:

- ¿Por qué no hacemos la prueba?

- ¿De qué?

- Coge una moneda y lánzala al aire.

La Pantalla cuadrada era de un negro intenso, ese negro costoso y definitivo que utilizaban en los experimentos del colegio. Uno de sus vértices se proyectaba sobre la nítida línea azul del Mundo Anillo. Partiendo de ese vértice, el cerebro y el ojo podían reconstruir el resto de la pantalla, un pequeño rombo negro-espacio sospechosamente desprovisto de estrellas. Ya cubría una buena porción del cielo; y se hacía cada vez más grande.

Luis se había puesto unas gafas bulbosas de un material especial que se oscurecía bajo el impacto de un exceso de luz perpendicular. La polarización del fuselaje comenzaba a resultar insuficiente. Interlocutor, que estaba en la sala de mando controlando lo poco que aún se podía controlar, también llevaba unas gafas iguales. Habían encontrado dos lentes separadas, cada una con una corta cinta, y habían conseguido ponérselas a Nessus.

Tras las gafas, Luis veía el sol, situado a diecisiete millones de kilómetros de distancia, como un borroso anillo de llamas en torno a un ancho y compacto disco negro. Todos los objetos quemaban al tocarlos. La planta generadora de aire respirable zumbaba como un huracán.

Teela abrió la puerta de su camarote y volvió a cerrarla a toda prisa. Luego reapareció con unas gafas puestas. Se sentó junto a la mesa del salón, al lado de Luis.

La pantalla negra era como una clamorosa ausencia. Parecía como si alguien hubiera pasado un trapo mojado por una pizarra, borrando todo un grupo de estrellas trazadas con tiza.

El zumbido de la planta generadora de aire impedía toda conversación.

¿Cómo se las arreglaba para deshacerse del calor con el sol ardiendo como un horno? Imposible deshacerse de él, decidió Luis. Debía de almacenarlo. En algún lugar del circuito de aire respirable debía de haber un punto caliente como una estrella, y que seguía calentándose por segundos.

Una preocupación más.

El rombo negro seguía creciendo.

Parecía aproximarse muy lentamente, debido a sus dimensiones. La pantalla era tan ancha como el sol -casi millón y medio de kilómetros- y mucho más larga: tres millones y medio de kilómetros. De pronto, casi de improviso, se hizo enorme. Sus aristas fueron cubriendo el sol y todo quedó a oscuras.

La pantalla cubría la mitad del universo. Sus aristas eran indefinibles: negro-sobre-negro, una imagen terrible.

Una parte de la nave adquirió un blanco brillo tras el bloque que formaban los camarotes. La planta regeneradora de aire estaba irradiando calor de desecho. Luis se volvió para observar la negra pantalla.

Había cesado el rugido del aire; sólo se oía un zumbido.

- Y bien - preguntó Teela algo desconcertada.

Interlocutor salió de la cabina de mando:

- Es una lástima que la pantalla panorámica ya no esté conectada a nada. Podría aclararnos muchas cosas.

- ¿Como qué? - dijo Luis casi gritando.

- ¿A qué se debe que las pantallas se muevan a una velocidad superior a la orbital? ¿Realmente son utilizadas como generadores de energía por los ingenieros del anillo? ¿Qué las mantiene encaradas al sol? La pantalla panorámica nos permitiría responder a todas las preguntas que se hacía el herbívoro,

- ¿Vamos a estrellarnos contra el sol?

- Claro que no. Ya te lo he dicho antes, Luis. Estaremos media hora detrás de la pantalla. Luego, al cabo de otra hora, cruzaremos entre la siguiente pantalla y el sol. Si la cabina se calienta demasiado, siempre nos queda la posibilidad de activar el campo estático.

El siseante silencio cayó sobre la nave. La pantalla era una informe superficie negra, sin límites. El ojo humano era incapaz de distinguir nada en el negro puro.

De pronto comenzó a salir el sol. El zumbido de la planta regeneradora de, aire volvió a invadir la cabina.

Luis escudriñó el espacio de cielo que se extendía frente a ellos hasta conseguir vislumbrar otra pantalla. Estaba observando cómo se aproximaba cuando volvieron a llover rayos.

Aparecieron inesperadamente. Por un instante todo quedo inundado de una luz terrible, blanca con un toque de violeta. La nave dio un bandazo...

Discontinuidad.

...Dio un bandazo, y la luz desapareció. Luis introdujo los dos índices bajo las gafas y se frotó los sorprendidos ojos.

- ¿Qué ha sido eso? - exclamó Teela.

El sol se había convertido en un amplio disco negro, más pequeño que antes, circundado por una línea de llamas blanco amarillentas. Se había encogido considerablemente durante el instante que habían pasado estasiados. El «instante» debía haber durado horas. El rugido de la planta regeneradora de aire se había reducido a un irritante gemido.

Había otra cosa encendida allí fuera.

Era un colgajo de alambre negro, finísimo, con un contorno blanco-violáceo. No parecía tener principio ni fin. Un extremo desaparecía en la mancha negra que ocultaba el sol. El otro se iba estrechando frente al «Embustero», hasta perderse a lo lejos.

El alambre se retorcía como un gusano herido.

- Parece que hemos chocado contra algo - dijo Nessus con gran serenidad. No daba la impresión de haber estado inconsciente -. Interlocutor, debes salir a investigar.

- Estamos en estado de guerra - le respondió el kzin -. Ahora mando yo.

- Estupendo. ¿Y qué piensas hacer?

El kzin tuvo el buen tino de no abrir la boca. Ya casi tenía puesto el traje de presión. Se proponía salir a echar un vistazo.

Salió en una de las aerocicletas: un vehículo en forma de pesa de gimnasio con un motor inerte y con un asiento en la parte más estrecha.

Le vieron avanzar siguiendo el retorcido filamento negro. La temperatura había descendido bastante, pues la franja brillante en torno al sol había ido palideciendo del blanco-violeta al blanco-anaranjado, pasando por el blanco-blanco. Luego vieron cómo la oscura mole de Interlocutor descendía de la aerocicleta y daba vueltas en torno al candente alambre retorcido.

Podían oír su respiración. En cierto momento oyeron un gruñido de sorpresa. Pero no pronunció ninguna palabra a través del teléfono del traje de presión. Permaneció más de media hora allí fuera, mientras el objeto candente se iba oscureciendo hasta casi desaparecer.

Por fin regresó al «Embustero». Cuando entró fue objeto de absoluta y respetuosa atención por parte de los otros tres.

- No era más grueso que un hilo - explicó el kzin -. Ved este trozo de alicates. - Les tendió la herramienta destruida para que la vieran. Los alicates estaban cortados en una superficie perfectamente plana y brillante como un espejo -. Cuando logré acercarme lo suficiente para constatar el fino calibre del hilo, lo golpeé con los alicates. El hilo cortó el acero sin mayor dificultad. Apenas sentí un ligerísimo tirón.

Luis dijo:

- Un efecto parecido al de una espada variable.

- Pero una espada variable es un hilo metálico rodeado de un campo estático de diseño esclavista. Es imposible doblarla. Este... hilo estaba en constante movimiento, como ya habréis visto.

- Entonces debe ser un material desconocido. - Se trataba de un material tan cortante como una espada variable. Ligero, fino, resistente, inaccesible a la tecnología humana. Un material que conservaba el estado sólido a temperaturas a las cuales una sustancia natural se transformaría en plasma -. Un material realmente desconocido. Pero ¿qué hacía ahí, en medio del paso?

- Fijaos bien. Estábamos cruzando entre una pantalla cuadrada y otra cuando chocamos con un objeto no identificado. Luego nos encontramos con una extensión aparentemente infinita de alambre a una temperatura comparable a la que existe en el interior de una estrella caliente. Es evidente que chocamos con el alambre. Éste retuvo el calor del impacto. Yo diría que sirve de unión entre dos pantallas.

- Es muy probable. Pero, ¿qué hace ahí?

- Sólo podemos aventurar especulaciones. Los hechos son los siguientes - dijo Interlocutor-de-Animales -. Los ingenieros del Mundo Anillo se sirvieron de las pantallas cuadradas para obtener intervalos de noche. Para ello, los rectángulos deben ocultar la luz del sol, lo cual no ocurriría si giraran perpendiculares al sol. Los ingenieros del Mundo Anillo utilizaron este extraño alambre para unir los rectángulos formando una cadena y le confirieron una velocidad hiperorbital, que tensó los alambres. La tensión de los alambres mantiene los rectángulos en posición paralela al anillo.

Un complicado artilugio. Veinte pantallas cuadradas formando corro, con los bordes unidos mediante cables de siete millones de kilómetros de longitud...

- Tenemos que obtener ese alambre - dijo de pronto Luis -. La cantidad de cosas que realmente podríamos hacer con él no tiene límite.

No sabía cómo traerlo hasta la nave. Ni tampoco cómo cortarlo, a decir verdad.

El titerote comentó:

- La colisión puede habernos desviado de nuestra trayectoria. ¿Tenemos manera de determinar si chocaremos contra el Mundo Anillo?

Nadie tuvo ninguna sugerencia.

- Aunque no choquemos contra el anillo, cabe la posibilidad de que la colisión haya frenado nuestro impulso. Podríamos quedar eternamente anclados en una órbita elíptica - se lamentó el titerote -. Teela, tu suerte no nos ha servido de nada.

La chica se encogió de hombros:

- Nunca te dije que fuera un amuleto de la buena suerte.

- El Ser último fue quien me dio tan inexacta información. Si ahora estuviera aquí, le diría unas cuantas verdades a mi arrogante novio.

Esa noche celebraron una cena con todas las características de un rito. La tripulación del «Embustero» celebró su última cena en el salón. Teela Brown estaba terriblemente bella a la cabecera de la mesa, en una vaporosa túnica negra y mandanna que no debía pesar más de una onza.

El Mundo Anillo iba creciendo lentamente a sus espaldas.

De vez en cuando, Teela se volvía a mirarlo. Los otros también hacían otro tanto. Pero, si bien Luis sólo podía hacer conjeturas en cuanto a los sentimientos de los extraterrestres, en Teela sólo captó impaciencia. Abrigaba la misma intuición que chocarían contra el Mundo Anillo.

Esa noche hicieron el amor con una pasión que primero sorprendió y luego encantó a Teela.

- ¡Conque éste es el efecto del miedo! Debo tenerlo en cuenta en el futuro.

Él fue incapaz de devolverle la sonrisa:

- No puedo dejar de pensar que quizá sea la última vez. «Contigo y con cualquier otra», añadió para sus adentros.

- Oh, Luis. ¡Estamos en un fuselaje de Productos Generales!

- ¿Y si el campo estático no se conecta? El fuselaje tal vez resistiera el impacto, pero nosotros quedaríamos hechos puré.

- ¡Por el amor de Finagle, no le des más vueltas! - Teela le acarició la espalda y luego fue bajando por las nalgas. Él la atrajo hacia sí, para impedirle ver su cara...

Cuando por fin se quedó dormida, suspendida como una imagen de ensueño entre las dos placas sómnicas, Luis se apartó de su lado. Agotado, saciado, se sumergió en el baño caliente con una ampolla de whisky.

Deseaba paladear por última vez algunos placeres.

Azul cielo con rayas blancas, azul marino impoluto, el Mundo Anillo se extendía de uno a otro extremo del cielo. Al principio sólo se distinguían los detalles de la envoltura de nubes: tormentas, rayos paralelos, nubes de algodón, todo en miniatura. Aunque cada vez eran más grandes. Luego comenzaron a perfilarse los contornos de los mares... aproximadamente la mitad del Mundo Anillo estaba cubierta de agua...

Nessus estaba en su cápsula de seguridad, bien atado y hecho un ovillo protector. Interlocutor, Teela y Luis Wu se habían atado las redes de seguridad y lo observaban todo con los ojos muy abiertos.

- Más vale que prestes atención - le aconsejó Luis al titerote -. La topografía puede sernos útil más adelante.

Nessus accedió: asomó una plana cabeza de pitón para observar el paisaje cada vez más cercano.

Océanos, las corrientes confluyentes de los afluentes de un río, una cadena de montañas.

No se veían señales de vida. Hubieran tenido que estar a menos de mil quinientos kilómetros de altitud para lograr captar algún signo de civilización. El Mundo Anillo giraba bajo sus ojos, y los detalles se perdían casi antes de que consiguieran identificarlos. Los detalles no tenían importancia; iban deslizándose bajo sus ojos. Caerían en territorio desconocido, aún no vislumbrado.

La velocidad intrínseca aproximada de la nave debía ser de unos trescientos kilómetros por segundo. Suficiente para sacarles del sistema sin mayor dificultad, de no haberse interpuesto el Mundo Anillo.

La tierra iba acercándose, al tiempo que se desplazaba lateralmente, a una velocidad de 1.200 kilómetros por segundo. Se aproximaban a un mar inclinado, en forma de salamandra y cada vez más grande. ¡De pronto, todo el paisaje se encendió en un destello violeta!

Discontinuidad.

10. La superficie del anillo

Un instante de luz, blanco-violeta, brillante como un destello. Ciento cuarenta kilómetros de atmósfera, comprimidos en un solo instante hasta constituir un cono de plasma caliente como una estrella golpearon con fuerza la proa del «Embustero». Luis parpadeó.

Un parpadeo y ya estaban abajo.

Oyó el frustrado lamento de Teela:

- ¡Nej! ¡No hemos podido ver nada!

Y la respuesta del titerote:

- Presenciar acontecimientos titánicos resulta siempre peligroso, suele ser penoso y con frecuencia tiene fatales consecuencias. Ya puedes dar gracias al campo estático de diseño esclavista, que no a tu inestable buena suerte.

Luis oyó todas estas cosas, pero las ignoró. Se sentía terriblemente mareado. Intentó encontrar algo en que fijar la vista...

La súbita transición de una terrible caída a tierra firme ya hubiera resultado bastante molesta de por sí, pero la posición del «Embustero» agravaba aún más las cosas. A la nave le faltaban

treinta y cinco grados para estar completamente patas arriba. La gravedad de la cabina continuaba funcionando a la perfección, conque el paisaje parecía suspendido sobre la nave cual un sombrero ladeado.

El cielo recordaba el cielo del mediodía en la zona templada de la Tierra. El paisaje era sorprendente: tan liso que parecía brillar, y translúcido, con unas distantes serranías rojizas. Tendrían que salir para poder observarlo más atentamente.

Luis soltó su red de seguridad y se levantó.

Le costaba mantener el equilibrio, pues sus ojos y su oído interno no coincidían en cuanto a la apreciación de lo que era abajo. Se lo tomó con calma. Tranquilo, sin prisas. La emergencia había terminado.

Se volvió y vio a Teela junto a la compuerta. No llevaba su traje de presión. En ese momento se cerraba la puerta interior.

- ¡Teela, no seas estúpida, sal de ahí! - bramó Luis.

Demasiado tarde. No podía oírle a través de la puerta herméticamente cerrada. Luis corrió al armario.

Las probetas de aire del ala del «Embustero» se habían evaporado junto con los demás detectores externos de la nave. Tendría que ponerse el traje de presión y una vez fuera valerse de los detectores que llevaba en el pecho para poder comprobar si el aire del Mundo Anillo era respirable.

A menos que Teela se desplomara antes de que él consiguiera salir. En ese caso, ya sabría a qué atenerse.

La puerta exterior se estaba abriendo.

En la cámara de aire dejó de funcionar automáticamente la gravedad interior. Teela Brown cayó al exterior cabeza abajo, se aferró desesperada a un montante de la puerta, permaneció asida el tiempo suficiente para modificar el ángulo de caída. Y aterrizó sobre el trasero y no sobre el cráneo.

Luis se introdujo en su traje de presión, cerró la cremallera, se colocó el casco y cerró las presillas. Afuera y sobre su cabeza, Teela ya se había levantado y se frotaba las partes que habían amortiguado su caída. Aún respiraba, alabado fuera Finagle por su benevolencia.

Luis entró en la compuerta. No se molestó en verificar el aire del traje. Sólo lo usaría el tiempo necesario para que los instrumentos le indicasen si el aire exterior era respirable.

Recordó la inclinación de la nave justo a tiempo para agarrarse a un montante mientras la cámara de la compuerta daba media vuelta, se quedó un instante colgando cogido por las manos y saltó.

Sus pies se deslizaron bajo su cuerpo en cuanto tocaron el suelo. Aterrizó sobre los músculos glúteos.

El liso material grisáceo translúcido sobre el que había caído la nave era terriblemente resbaladizo. Luis intentó ponerse en pie, luego desistió. Se quedó sentado y examinó los indicado res que llevaba en el pecho.

A través del casco le llegó la voz rasposa de Interlocutor:

- Luis.

- Sí.

- ¿Se puede respirar el aire?

- Sí. Está bastante enrarecido. Aproximadamente el equivalente a unos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en unidades terrestres.

- ¿Podemos salir?

- Naturalmente, pero coged una cuerda y atadla a la compuerta. De lo contrario, jamás conseguiremos volver a entrar. Mucho ojo cuando saltes. La superficie prácticamente no crea el menor roce.

La resbaladiza superficie no parecía preocupar en absoluto a Teela. Permanecía de pie en una extraña posición, con los brazos cruzados, esperando a que Luis se quitara el casco.

- Quiero decirte un par de cosas - anunció Luis a Teela. Y le soltó un desagradable sermón.

Le habló de la poca fiabilidad del espectroanálisis de una atmósfera realizado a dos años luz de distancia. Le habló de sutiles venenos, de combinaciones de metales y de polvos extraños, residuos orgánicos y catalizadores, que pueden contaminar una atmósfera respirable, y que sólo pueden detectarse analizando una muestra del propio aire. Le habló de negligencia criminal Y de estupidez culpable; le habló de la insensatez de ofrecerse voluntariamente como conejillo de Indias. Todo ello antes de que los extraterrestres tuvieran tiempo de cruzar la compuerta.

Interlocutor se descolgó por la cuerda, aterrizó sobre sus pies y avanzó un par de pasos, con la cautela de un gato y haciendo equilibrios como una bailarina. Nessus bajó agarrándose a la cuerda con los dientes de ambas bocas. Aterrizó en posición de trípode.

Ninguno de los dos dio señales de haber advertido la expresión compungida de Teela. Permanecieron bajo el fuselaje ladeado del «Embustero» y miraron a su alrededor.

Estaban en una hondonada poco profunda. El suelo era de un gris translúcido y perfectamente plano y liso, como una enorme mesa recubierta de vidrio. Más allá, a un centenar de metros de la nave, se alzaba un círculo de suaves pendientes de lava negra. A Luis le pareció que la lava fluía bajo sus ojos. Decidió que aún debía de estar caliente por efecto del impacto del «Embustero».

Luis intentó ponerse en pie. Se levantó poco a poco hasta conseguir una posición de precario equilibrio, incapaz de moverse.

Interlocutor-de-Animales desenfundó su linterna de rayos laser y disparó a un punto próximo a sus pies. Todos observaron el punto de luz verde... en silencio. No se oyó el crujido del material sólido al explotar y vaporizarse. En el lugar del impacto no se formó vapor ni humo. Cuando Interlocutor apartó el dedo del disparador, la luz desapareció de modo instantáneo; el lugar del impacto no quedó incandescente, ni se veía ningún tipo de señal.

Interlocutor emitió su veredicto:

- Estamos en una hondonada excavada por nuestra propia nave al chocar. El material base del anillo debe de haber detenido nuestra caída. ¿Tú qué opinas, Nessus?

- Es un material desconocido - respondió el titerote -. No parece retener el calor. Sin embargo, no es una variante del fuselaje de Productos Generales, ni tampoco un campo estático de diseño esclavista.

- Necesitaremos protección para escalar las paredes - dijo Luis. No le interesaba particularmente el material base del anillo. No en esos momentos -. Más vale que os quedéis aquí, mientras yo intento subir.

A fin de cuentas, era el único que llevaba un traje de presión antitérmico.

- Voy contigo - dijo Teela. Avanzó sin esfuerzo y se colocó junto a Luis. Él se apoyó pesadamente en ella y fue avanzando a trompicones, pero sin caerse, hasta la pendiente de lava negra.

La lava no era difícil de escalar, pese a su inclinación.

- Gracias - dijo Luis, y comenzó a subir. No tardó mucho en advertir que Teela le seguía. No dijo nada. Cuanto antes aprendiera a mirar primero y saltar después, mayores serían sus expectativas de vida.

Habían subido unos diez metros cuando Teela soltó un chillido y comenzó a bailotear. Dio media vuelta al instante y echó a rodar pendiente abajo. En cuanto tocó el suelo del anillo comenzó a deslizarse como sobre patines de hielo. Continuó deslizándose y resbalando, hasta que consiguió dar media vuelta con las manos en las caderas. Entonces ella le miró con ojos llenos de decepción, agravio y rencor.

Podría haber sido peor, se dijo Luis. Habría podido resbalar y caer, quemándose las manos desnudas... y aun en ese caso no se arrepentiría de su proceder. Siguió escalando, mientras procuraba reprimir desagradables sensaciones de culpa.

El banco de lava debía de tener unos doce metros de altura. Una vez arriba acababa en una arena blanca muy limpia.

Habían caído en un desierto. Luis escudriñó los alrededores y no logró vislumbrar ni una mancha verde de vegetación ni un poco de azul-agua. Desde luego, estaban de suerte. El «Embustero» también hubiera podido caer sobre una ciudad.

¡O sobre varias ciudades! La nave había abierto una gran hondonada...

Se extendía varios kilómetros sobre la blanca arena. A lo lejos, más allá del extremo de la hondonada, comenzaba otra. La nave había rebotado varias veces. La hondonada donde había aterrizado el «Embustero» se prolongaba hasta convertirse en poco más que una línea de puntos, un rastro... Luis siguió ese rastro con la vista y se encontró mirando hacia el infinito.

El Mundo Anillo no tenía horizonte. No había una línea curva que separase la tierra del cielo. Tierra y cielo más bien parecían fundirse en una región en la cual detalles del tamaño de los continentes hubieran quedado reducidos a simples puntos, donde todos los colores se integraban gradualmente en el azul del cielo. Sus ojos parecían pegados al punto de fuga. Al fin consiguió parpadear.

Como la neblina que se perdía en el vacío en el monte Lookitthat hacía varias décadas y a varios siglos luz de ahí... como las profundidades no distorsionadas del espacio, tal como había podido verlas un minero del cinturón de asteroides en una nave individual..., el horizonte del Mundo Anillo podía apoderarse fácilmente del ojo y la mente de un hombre antes de que éste advirtiera el peligro.

Luis se volvió hacia la hondonada:

- ¡El mundo es plano! - gritó. Los demás le miraron -. Hemos dejado un buen rastro en nuestra caída. No veo ningún ser viviente por los alrededores, conque estamos de suerte. La tierra salió despedida en los lugares donde chocamos; puedo distinguir una serie de pequeños cráteres, meteoritos secundarios, a lo largo de nuestro recorrido. - Se volvió -. En las demás direcciones... - y se quedó con la palabra en la boca.

- ¿Luis?

- ¡Nej! Nunca había visto una montaña tan grande.

- ¡Luis!

Había hablado en voz demasiado baja.

- ¡Una montaña! - gritó -. ¡Ya me diréis cuando la veáis! Los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo quisieron tener una gran montaña en su mundo, una montaña excesivamente grande para ser útil. Demasiado alta para plantar café o árboles, incluso excesiva para el esquí. ¡Es magnífica!

Era magnífica. Una montaña, más o menos cónica, perfectamente aislada, no integrada en ninguna cordillera. Parecía un volcán, un falso volcán, pues bajo el Mundo Anillo no había magma capaz de formar volcanes. Su base se perdía en la bruma. En las laderas próximas a la cumbre se distinguía claramente lo que debía ser aire enrarecido, y la cumbre misma presentaba el resplandor de la nieve: nieve sucia, no tenía el fuerte brillo de la nieve limpia. Tal vez fuesen nieves eternas.

En los contornos del pico se divisaba una claridad cristalina. ¿Tal vez asomaba fuera de la atmósfera? Una montaña verdadera de esas dimensiones se hundiría bajo su propio peso; pero esta montaña no debía ser más que un molde hueco hecho del material base del anillo.

- Creo que voy a hacer buenas migas con los ingenieros del Mundo Anillo - se dijo Luis Wu. No había ningún motivo lógico para que un mundo construido a medida incluyera una montaña como ésa. Sin embargo, todo mundo debía poseer al menos una montaña imposible de escalar.

Los demás le esperaban bajo la curva del fuselaje. La andanada de preguntas que le lanzaron podían resumirse en una:

- ¿Algún rastro de civilización?

- No.

Le hicieron describir todo lo que había visto. Fijaron cuatro puntos cardinales. Llamaron giro la dirección que marcaba el rastro trazado por el «Embustero» al caer. Y antigiro la dirección contraria, hacia la montaña. Babor y estribor quedarían respectivamente a la izquierda y la derecha de una persona situada mirando en la dirección de giro.

- ¿Pudiste distinguir alguno de los muros exteriores del anillo, a babor o estribor?

- No. Y no logro entenderlo. Debían estar allí.

- Mala suerte - dijo Nessus.

- Imposible. Allí arriba puede verse a miles de kilómetros de distancia.

- No es imposible. Sólo una desafortunada coincidencia.

Y luego otra vez:

- ¿No viste nada más allá del desierto?

- No. Muy a lo lejos, en dirección a babor, vislumbré una tenue franja azul. Tal vez sea un océano. Aunque también podría ser simplemente un efecto óptico debido a la distancia.

- ¿Ninguna edificación?

- Nada.

- ¿Estelas en el cielo? ¿Líneas rectas que pudieran ser carreteras?

- Nada.

- ¿Viste señales de civilización?

- De haberlas encontrado ya lo hubiera comunicado. Diría que los diez trillones de habitantes de este mundo se trasladaron a una verdadera esfera de Dyson hace menos de un mes.

- Luis, tenemos que encontrar una civilización.

- Ya lo sé.

Era evidente. Tenían que salir del Mundo Anillo; y no conseguirían poner en marcha el «Embustero» por sus propios medios. Un pueblo verdaderamente bárbaro no les sería de gran ayuda.

- El asunto tiene su lado bueno - dijo Luis Wu -. No será necesario reparar la nave. Si conseguimos sacar el «Embustero» del anillo, la misma fuerza rotatoria de éste lanzará la nave fuera del pozo de gravedad de la estrella y nosotros saldremos con ella. Hasta alcanzar una zona donde podamos emplear el hiperreactor.

- Pero primero tendremos que conseguir ayuda.

- O exigir ayuda - añadió Interlocutor.

- Pero, ¿por qué os paráis ahí charlando? - explotó Teela. Había permanecido callada, mientras los demás le daban vueltas al asunto -. Tenemos que salir de aquí, ¿no? Pues, ¿por qué no usamos las aerocicletas que tenemos en la nave? ¡En marcha! ¡Luego hablaremos!

- No me gusta la idea de abandonar la nave - declaró el titerote.

- ¡No te gusta! ¿Crees que alguien vendrá a buscarnos aquí? ¿Crees que alguien se interesará por nosotros? ¿Alguien respondió a nuestros mensajes radiados? Luis ha dicho que estamos en medio de un desierto. ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aquí sentados?

No comprendía que Nessus necesitaba armarse de valor y no tenía ni pizca de paciencia, pensó Luis.

- Ya nos iremos - dijo el titerote -. Sólo he dicho que no me gusta la idea. Primero debemos decidir hacia dónde nos dirigiremos. De lo contrario no sabremos qué debemos llevarnos y qué debemos dejar aquí.

- ¡Podemos ir rumbo al muro exterior más próximo!

- Tiene razón - dijo Luis -. Si hay civilización en alguna parte, sin duda será junto al muro exterior. Pero no sabemos dónde está situado. Debiera haberlo visto desde ahí arriba.

- No - dijo el titerote.

- ¡Tú no estabas allí! ¡Nej! ¡Se veía hasta el infinito! ¡Miles de kilómetros! Un minuto.

- El Mundo Anillo tiene casi un millón de millas de ancho.

- Acabo de caer en la cuenta de ese detalle - dijo Luis Wu -. Es una cuestión de escala. ¡No consigo visualizar algo de tales dimensiones!

- Ya te irás acostumbrando - le consoló el titerote.

- No sé. Me pregunto si mi cerebro no será demasiado pequeño. No puedo olvidar cuán estrecho parecía el anillo visto desde lo alto del espacio. Como una cinta azul. Una cinta azul - repitió Luis, y se estremeció.

Suponiendo que cada uno de los muros circundantes tuviera mil kilómetros de altura, ¿a qué distancia tendrían que estar cuando Luis no lograba distinguirlos en absoluto?

Suponiendo que Luis Wu pudiera ver a través de mil quinientos kilómetros de aire impregnado de polvo y de vapor de agua, semejante al terrestre. Si ese aire daba paso al vacío absoluto a los sesenta kilómetros...

Ello significaba que el muro exterior más próximo debía hallarse al menos a cuarenta y cinco mil kilómetros de allí.

Si uno volara toda esa distancia sobre la Tierra, ya habría vuelto al punto de partida. Y cabía la posibilidad de que el muro exterior más próximo estuviera aún más lejos.

- No podemos remolcar el «Embustero» con nuestras aerocicletas - decía en esos momentos Interlocutor -. Si nos atacasen tendríamos que deshacernos de la nave. Será mejor dejarla aquí, junto a un accidente bien visible.

- ¿Quién habló de remolcar la nave?

- Un buen guerrero debe pensar en todo. Es posible que al final tengamos que remolcarla de todos modos, suponiendo que no podamos conseguir ayuda en el muro exterior.

- Conseguiremos ayuda - le aseguró Nessus.

- Probablemente tenga razón - dijo Luis -. Los espaciopuertos están sobre ese muro. Si todo el anillo ha retornado a la edad de piedra y ha habido un rebrote de civilización, ésta debe de haberse reanudado a partir de naves dragadoras de regreso de alguna expedición. No puede haber sido de otro modo.

- Es mucho especular - sentenció Interlocutor. - Puede que tengas razón.

- Pero estoy de acuerdo contigo. Y añadiría que si el anillo ha perdido todos sus grandes secretos, tal vez aún encontremos restos de maquinaria en el espaciopuerto. Maquinaria en buen estado, maquinaria que podríamos reparar.

¿Pero qué lado quedaría más próximo?

- Teela tiene razón - dijo de pronto Luis -. Hagamos algo. Por la noche podremos ver mejor.

Estuvieron trabajando duro durante varias horas. Trasladaron maquinaria, la ordenaron, bajaron los objetos pesados por la compuerta valiéndose de un cable. Los repentinos cambios de gravedad constituían un problema, pero el equipo no era particularmente frágil.

Luis logró atrapar un instante a Teela en el interior de la nave, mientras los extraterrestres estaban ocupados fuera:

- Tienes la cara más larga que si te hubieran roto tu juguete favorito. ¿Te importa que hablemos un poco de eso? - Ella movió negativamente la cabeza, mientras procuraba evitar su mirada. Luis advirtió que tenía unos labios perfectos para hacer pucheros. Era una de esas pocas y afortunadas mujeres a quienes las lágrimas las favorecen -. En ese caso me explicaré. Cuando saliste por la compuerta sin ponerte tu traje de presión, te lancé una buena parrafada. Un cuarto de hora después ya intentabas escalar una ladera de lava a medio cuajar calzada sólo con las zapatillas.

- ¡Querías que me quemara los pies!

- Así es. No me mires tan extrañada. Te necesitamos. No queremos que te mates. Quiero que aprendas a tener cuidado. No has tenido ocasión de aprenderlo antes, conque te tocará descubrirlo ahora. Recordarás el dolor que sientes en los pies mucho después de haber olvidado todos mis sermones.

- ¡Me necesitáis! ¡Estás de broma! Sabes muy bien por qué me trajo Nessus. Soy un amuleto de la buena suerte que no ha servido de nada.

- Ahí sí que nos defraudaste. Puedes considerarte despedida como amuleto. Vamos, sonríe un poco. Te necesitamos de todos modos. Te necesitamos para que me tengas contento y no acabe violando a Nessus. Te necesitamos para que te ocupes de las tareas pesadas mientras nosotros tomamos el sol. Necesitamos tus inteligentes sugerencias.

Teela intentó sonreír. La sonrisa se hizo trizas y la muchacha rompió a llorar. Hundió la cabeza en el hombro de Luis comenzó a sollozar de un modo desgarrador, mientras le clavaba las uñas en el cuello.

No era exactamente la primera vez que una mujer lloraba en el hombro de Luis Wu; pero probablemente Teela tenía más motivos para hacerlo que la mayoría. Luis la estrechó, le pasó los dedos por la espalda en un intento de darle un masaje y esperó a que concluyera la crisis.

Con la boca aplastada contra su traje de presión, ella le dijo:

- ¡Cómo podía adivinar que la roca iba a quemarme!

- Recuerda las leves de Finagle. La perversidad del universo tiende a ser máxima. El universo es hostil.

- ¡Pero me hizo daño!

- La roca se volvió contra ti. Te atacó. Ahora escucha - dijo Luis en tono de súplica -. Tienes que acostumbrarte a pensar como una paranoica. A pensar como Nessus.

- No puedo. No sé cómo piensa él. No lo entiendo en absoluto. - Levantó el rostro manchado de lágrimas -. Tampoco te entiendo a ti.

Luis le hundió los pulgares bajo los omoplatos y luego comenzó a reseguir sus vértebras:

- Si te dijera que el universo es mi enemigo, ¿creerías que estoy loco?

Ella asintió con gesto enérgico.

- El universo está contra mí. El universo me odia. El universo no se preocupa de un hombre de doscientos años de edad. ¿Cómo surge una especie? A través de la evolución, ¿verdad? La evolución ha proporcionado a Interlocutor su visión nocturna y su sentido del equilibrio. La evolución ha proporcionado a Nessus el reflejo que le hace retroceder ante el peligro. La evolución desconecta el sexo de un hombre a los cincuenta o los sesenta años. Luego la evolución deja de ocuparse de él. Porque la evolución no tiene nada que hacer con un organismo que se ha hecho demasiado viejo para poder reproducirse. ¿Me sigues?

- Naturalmente. Eres demasiado viejo para reproducirte - dijo ella con amargo sarcasmo.

- Así es. Hace un par de siglos unos técnicos en biología extrajeron los genes de la ambrosía y produjeron extracto regenerador. Como consecuencia directa de ello, tengo doscientos años y aún me conservo en buena forma. Pero, desde luego, ello no es obra de un universo amable. El universo me odia. Ya intentado matarme más de una vez. Me gustaría que pudieras ver las cicatrices. Y no cejará en sus empeños - dijo Luis Wu.

- Porque eres demasiado viejo para reproducirte,

- ¡Vaya mujer! ¡Tú eres la que no sabes cuidarte! Estamos en territorio desconocido; no conocemos las normas de este lugar y no sabemos qué puede ocurrir en cualquier momento. Si sigues empeñándote en caminar sobre lava ardiente, es muy posible que la próxima vez salgas mal parada. Tienes que permanecer alerta. ¿Comprendes?

- No - dijo Teela -. No.

Luego, cuando ella se hubo lavado la cara, transportaron la cuarta aerocicleta hasta la compuerta. Los extraterrestres les habían dejado a solas durante media hora. ¿Habían decidido no inmiscuirse con dos humanos ocupados en problemas estrictamente humanos? Tal vez.

Entre dos altas paredes de lava negra se extendía una franja infinita de material base del anillo, tan liso como una mesa bien pulida. En primer plano se veía un enorme tubo catódico. Bajo la pared convexa del cilindro transparente había un montón de aparatos y cuatro extrañas figuras con aire un tanto desorientado.

- ¿Y qué haremos con el agua? - preguntaba Luis en ese momento -. No he visto ningún lago. ¿Tendremos que llevarnos nuestra propia reserva de agua?

- No. - Nessus abrió la sección posterior de su propia aerocicleta para mostrarles el depósito de agua y el extractor-refrigerador paria condensar agua del aire.

Las aerocicletas eran un milagro de diseño compacto. A excepción de los asientos, muy individualizados, las cuatro eran iguales: un par de esferas con cuatro patas, unidas por una zona más estrecha sobre la cual iba montado el asiento. La sección posterior estaba destinada a portaequipajes y había unas correas para sujetar piezas adicionales de equipo. Las cuatro

patas planas, ahora extendidas como para un aterrizaje, se plegaban dentro de las dos esferas durante el vuelo.

La aerocicleta del titerote tenía un asiento inclinado y una depresión para el vientre con tres hendeduras para las piernas. Nessus permanecería tendido inmóvil sobre el vientre y controlaría el vehículo con las bocas.

Las aerocicletas destinadas a Luis y Teela iban equipadas con sillones acolchados con soportes para apoyar el cuello y una palanca que permitía variar la posición. Al igual que los de Nessus e Interlocutor, estos asientos estaban montado sobre la parte más estrecha de la estructura en forma de pesa de gimnasio de la aerocicleta, y también tenían soportes para las piernas. El asiento de Interlocutor era mucho más grande y ancho y carecía de soporte para la nuca. A ambos lados había unas correas para poner herramientas. ¿Estarían destinadas a sostener armas?

- Debemos llevarnos todo lo que pueda servirnos de arma - dijo Interlocutor mientras hurgaba infatigable en la maquinaria dispersa.

- No hemos traído armas - dijo Nessus -. La intención era presentarnos en son de paz, por eso no las trajimos.

- ¿Y qué es todo esto? - Interlocutor ya había conseguido reunir una pequeña colección de artefactos ligeros.

- Sólo herramientas - respondió Nessus. Se las fue señalando -: Esto son linternas laser con rayos variables. Por la noche permiten ver a gran distancia, pues es posible obtener un rayo de luz infinitamente delgado a base de hacer girar este anillo. Pero es preciso tener cuidado para no perforar ningún objeto o una persona que pudieran interponerse, pues el rayo puede graduarse hasta hacerlo de suma intensidad. Y estas pistolas de duelo nos sirven para resolver cualquier discusión que pueda surgir entre nosotros. Disparan una carga de diez segundos. Hay que tener cuidado de no tocar nunca este botón de seguridad porque...

- Porque entonces disparan una carga de una hora. Son un modelo jinciano, ¿verdad?

- Sí, Luis. Y este artefacto es un instrumento excavador modificado. Tal vez hayas oído hablar del instrumento excavador que encontraron en una caja estática esclavista...

Estaba hablando de un desintegrador de diseño esclavista, decidió Luis. El desintegrador era un instrumento para cavar.

Cuando su fino rayo de luz tocaba un punto, se suprimía temporalmente la carga de los electrones. La materia sólida, convertida súbita y violentamente en un campo positivo, tendía a desintegrarse en una nube de polvo monoatómico.

- No puede utilizarse como arma - gruñó el kzin -. La hemos estudiado. Es demasiado lenta para ser útil contra un enemigo.

- Exactamente. Un inocente juguete. Este objeto... - el objeto que el titerote tenía en la boca parecía una escopeta de dos cañones, con la salvedad de que la empuñadura era de un diseño característicamente titerote, como mercurio atrapado en el momento de transición de una

forma a otra -. Este objeto es exactamente igual a la excavadora desintegradora de diseño esclavista, con la salvedad de que un rayo suprime la carga positiva del protón. Jamás deben utilizarse ambos rayos a la vez, pues son paralelos e independientes.

- Comprendo - dijo el kzin -. Si se proyectara el par de rayos, muy próximos el uno del otro, se crearla una corriente.

- Exactamente.

- ¿Crees que estos sucedáneos servirán? Imposible adivinar ante qué nos enfrentamos.

- Eso no es del todo cierto - intervino Luis Wu -. A fin de cuentas, no estamos en un planeta. Si los anillícolas detestaban algún animal, lo más seguro es que no lo trajeran consigo. No encontraremos tigres. Ni mosquitos.

- ¿Y si a los anillícolas les gustaban los tigres? - quiso saber Teela.

Una pregunta justificada, pese al tono de mofa con que fue hecha. ¿Qué sabían de la fisiología de los anillícolas? Sólo que procedían de un mundo acuático que recibía luz más o menos equivalente a la de una estrella K9. Con estos datos podían tener aspecto humano, de titerote, de kzin, de groa, de delfín, de ballena asesina o de ballena espermática, aunque probablemente no se parecerían a ninguno.

- Los anillícolas serán más temibles que sus animales domésticos - vaticinó Interlocutor -. Tenemos que llevar todas las armas posibles. Sugeriría que me confiarais el mando de esta expedición hasta que podamos abandonar el Anillo.

- Tengo el tasp.

- No lo he olvidado, Nessus. Tal vez creas que el tasp te concede un poder de veto absoluto. Te sugeriría que lo pensaras bien antes de usarlo. ¡Pensadlo bien todos! - El kzin se irguió amenazador: más de doscientos kilos de dientes y uñas y pelo anaranjado -. Se supone que somos seres racionales. ¡Pensad en nuestra situación! Nos han atacado. Nuestra nave ha quedado prácticamente destruida. Debemos recorrer una distancia desconocida a través de un territorio desconocido. En su tiempo, los anillícolas fueron enormemente poderosos. ¿Conservarán aún el mismo poder? Podrían estar dotados de instrumentos de transmutación, rayos de conversión total, todos los elementos necesarios para construir este... - el kzin miró a su alrededor, contempló el suelo translúcido y las paredes de lava negra y es posible que se encogiera de hombros -, este increíble artefacto.

- Tengo el tasp - dijo Nessus -. La expedición es mía.

- ¿Estás satisfecho de su éxito? No es un insulto, ni un desafío. Tienes que cederme el mando. Soy el único de los cuatro que ha recibido instrucción militar.

- Tal vez no encontremos nada contra lo cual luchar - sugirió Teela.

- Estoy de acuerdo - dijo Luis. No le hacía demasiada gracia estar bajo las órdenes de un kzin.

- Está bien. Pero debemos llevar armas.

Comenzaron a cargar las aerocicletas.

Además de las armas, tenían que llevar otro equipo. Material de campaña, instrumentos para analizar y recomponer alimentos, ampollas de aditivos alimentarlos, filtros de aire ligeros, etc.

Había discos de comunicación diseñados para ser sujetados a una muñeca humana o kzinti o al cuello de un titerote. Eran grandes y más bien incómodos.

- ¿Para qué los queremos? - preguntó Luis. El titerote ya les había mostrado el sistema de intercomunicación incorporado a las aerocicletas.

- Inicialmente debían servir para comunicarnos con el piloto automático del «Embustero», y mandar la nave hacia nosotros en caso necesario.

- ¿Y ahora para qué nos servirán?

- Como traductores, Luis. Si nos topamos con seres racionales, lo cual es muy probable, necesitaremos que el autopiloto nos haga de intérprete.

- Ya.

Habían terminado. Aún quedaba mucho material bajo el fuselaje del «Embustero», pero no podía servirles de nada en las presentes circunstancias. Había equipo de caída libre para usar espacio adentro, los trajes de presión, piezas de recambio para la maquinaria que había sido desintegrada por el sistema defensivo del Mundo Anillo, Se habían llevado hasta los filtros de aire, sobre todo porque abultaban menos que un pañuelo, pues en el fondo no creían que pudieran llegar a necesitarles.

Luis estaba sumamente cansado. Se montó en su aerocicleta y miró a su alrededor, preguntándose si habría olvidado algo. Vio a Teela que oteaba el cielo y, pese a que el agotamiento le nublaba los ojos, le pareció percibir una expresión de horror en su rostro.

- No puede ser - masculló la muchacha -. ¡Todavía es mediodía!

- No te alteres. El...

- ¡Luis! ¡Llevamos más de seis horas trabajando, estoy segura! ¿Cómo es posible que aún sea mediodía?

- No te preocupes. El sol no se pone, ¿lo habías olvidado?

- ¿No se pone? - su histerismo acabó tan repentinamente como había comenzado -: Oh. Claro, no se pone.

- Tendremos que acostumbrarnos. Echa otro vistazo; eso que se recorta contra el sol, ¿no es el borde de una pantalla cuadrada?

Algo había ocultado un pequeño segmento del disco del sol. El sol iba disminuyendo ante sus ojos.

- Más vale que emprendamos el vuelo - declaró Interlocutor -. Tendríamos que despegar antes de que oscurezca.

11. El arco del cielo

Las cuatro aerocicletas comenzaron a tomar altura formando un rombo bajo la luz del crepúsculo. Dejaron atrás la zona donde asomaba el material base del anillo.

Nessus les había enseñado a manejar los circuitos de acoplamiento. De momento, habían programado las aerocicletas de modo que todos siguiesen los movimientos de Luis. Luis conducía las cuatro aerocicletas. Instalado en un sillón anatómico parecido a un diván vibratorio, manejaba su aerocicleta mediante unos pedales y una palanca.

Cuatro cabezas transparentes en miniatura pendían como alucinaciones sobre su tablero de mandos. Entre ellas había una encantadora sirena de negros cabellos, un feroz medio-tigre con ojos excesivamente despiertos y un par de ridículas pitones con un solo ojo. El sistema de intercomunicaciones funcionaba a la perfección, con resultados comparables al delirium tremens.

Cuando las aerocicletas hubieron cruzado las negras pendientes de lava, Luis observó las expresiones de los demás.

Teela fue la primera en reaccionar. Escudriñó las proximidades inmediatas y luego descubrió el infinito donde siempre había visto límites. Con ojos grandes y redondos como platos, el rostro de Teela lucía como un rayo de sol en medio de una tormenta.

- ¡Oh, Luis! - se admiró Teela.

- ¡Qué montaña más grande! - dijo Interlocutor.

Nessus no dijo nada. Sus dos cabezas se agitaban y daban vueltas llenas de ansiedad.

Oscureció con gran rapidez. Una negra sombra cayó de pronto sobre la gigantesca montaña. Ésta desapareció en cuestión de segundos. El sol ya no era más que una brizna dorada en medio de la oscuridad.

Un enorme arco de perfilados contornos se configuró en el cielo oscuro. Mientras el cielo y la tierra se oscurecían, la verdadera gloria del Mundo Anillo se proyectó contra la noche.

El Mundo Anillo se alzaba formando un arco de franjas azul celeste con espirales de nubes blancas y otras franjas más estrechas, casi negras. El arco era muy ancho en la base y se iba estrechando hacia arriba. Cerca del cenit ya no era más que una línea discontinuo de brillante blanco-azulado. El arco quedaba cortado en el mismo cenit por el anillo antes invisible de las pantallas cuadradas.

Las aerocicletas iban elevándose rápidamente y en silencio. La envoltura sónica constituía un aislante realmente eficaz. Luis no oía silbar el viento en el exterior. Por ello, se sorprendió tanto más cuando su burbuja privada de espacio fue violada por una aguda música orquestas.

Parecía como si hubiera explotado un órgano de vapor.

Era un sonido terriblemente agudo. Luis se llevó las manos a los oídos. Fue tal su sorpresa que tardó un rato en comprender lo que pasaba. Entonces accionó el mando del intercom, y la imagen de Nessus desapareció como un fantasma al amanecer. El chillido disminuyó. Aún podía percibirlo a través de los aparatos de Interlocutor y Teela.

- ¿Por qué ha hecho eso? - exclamó Teela sorprendida.

- Está aterrado. Le costará acostumbrarse.

- ¿Acostumbrarse a qué?

- Le relevaré al mando de la expedición - tronó Interlocutor-de-Animales -. El herbívoro es incapaz de tomar decisiones. Declaro que ésta es una misión militar y me pongo al mando de la misma.

Por un momento Luis pensó en recurrir a la única alternativa posible: ponerse personalmente al frente del grupo. Pero no le hacía ninguna gracia enfrentarse a un kzin. Además, lo más probable era que el kzin tuviese mayores dotes de mando.

Las aerocicletas volaban ya a ochocientos metros de altitud. La mayor parte del cielo y la tierra estaban a oscuras; pero sobre la tierra negra se veían sombras aún más oscuras que prestaban relieve, aunque no color, al mapa; y el cielo estaba tachonado de estrellas en torno al majestuoso arco capaz de aniquilar el ego más poderoso.

Sin saber cómo, Luis se encontró pensando en la Divina Comedia de Dante. El universo de Dante era un complicado artefacto, en el cual las almas de los hombres y los ángeles aparecían como partes perfectamente mecanizadas de una enorme estructura. El Mundo Anillo era un artefacto en todos los sentidos, un objeto manufacturado. Imposible olvidarlo, ni siquiera por un segundo: allí estaba el arco, desmesurado, azul y cuadriculado, alzándose sobre sus cabezas desde los límites del infinito.

No le extrañaba que Nessus no pudiera soportarlo. Era demasiado asustadizo... y también demasiado realista. Tal vez fuera sensible a su belleza; tal vez no. En todo caso, había captado en todo su alcance el hecho de que estaban varados en una estructura artificial cuya superficie superaba el conjunto de todos los mundos del antiguo imperio titerote.

- Creo que alcanzo a divisar los muros exteriores - dijo Interlocutor.

Luis apartó los ojos del arco del cielo. Miró hacia babor y estribor, y el corazón le dio un vuelco.

Hacia la izquierda (se movían siguiendo el rastro dejado por la caída del «Embustero», conque la izquierda era babor) se distinguía a duras penas una fina línea sobre el fondo negro azulado, que debía de ser el borde superior del muro circundante.

La base no se divisaba. Sólo era visible el borde superior; y cuando se lo quedó mirando fijamente, desapareció. La línea se encontraba aproximadamente donde debería haber estado el horizonte; conque tanto podía ser la base como el borde superior de algo.

El otro muro circundante se veía prácticamente idéntico hacia la derecha y estribor. La misma altura, la misma imagen, la misma a tendencia de la línea a desaparecer cuando la miraba fijamente.

Todo parecía indicar que el «Embustero» había caído muy cerca de la línea media del anillo. Los muros exteriores parecían hallarse a igual distancia... esto es, a unos ochocientos kilómetros de donde ellos se encontraban.

Luis carraspeo:

- ¿Tú qué opinas, Interlocutor?

- El muro de babor me parece ligeramente más alto.

- Muy bien.

Luis giró hacia la izquierda. Las demás aerocicletas le siguieron, aún acopladas a la suya.

Luis activó el intercom para ver qué hacía Nessus. El titerote estaba agarrado al asiento con las tres piernas y tenía las dos cabezas escondidas entre su cuerpo y el sillín. Volaba a ciegas.

Teela dijo:

- ¿Estás seguro, Interlocutor?

- Naturalmente - respondió el kzin -. El muro de babor es visiblemente más alto.

Luis sonrió para sus adentros. Nunca había recibido instrucción militar, pero sabía algo de la guerra. Una revolución en Wunderland le había cogido en tierra y había luchado tres meses en las guerrillas hasta conseguir embarcarse en una nave.

Una de las cualidades de un buen oficial, recordó, era la capacidad de tomar decisiones rápidas. Si además eran acertadas, tanto mejor...

Volaban en dirección a babor sobre la tierra en sombras. El Anillo tenía un brillo muy superior al de la Luna, pero la luz de la Luna iluminaba débilmente un paisaje visto desde el aire. La fosa meteorítica, la hendedura que el «Embustero» había abierto en la superficie del

Mundo Anillo se había convertido en un hilo de plata a sus espaldas. Por fin desapareció en la oscuridad.

Las aerocicletas aceleraron a buen ritmo y en silencio. Un poco por debajo de la velocidad del sonido, un rumor como de cascada penetraba en la envoltura sónica. Adquiría la máxima intensidad al alcanzar la velocidad del sonido y luego se interrumpía bruscamente. La envoltura sónica se adaptaba a una nueva forma y volvía a hacerse el silencio.

Poco después las aerocicletas avanzaban a velocidad de crucero. Luis se relajó en su asiento. Según sus cálculos, tendría que pasar al menos un mes en ese asiento y decidió que más valía irse acostumbrando a él.

Luego (tal vez porque era el único que conducía y no podía permitirse el lujo de quedarse dormido) comenzó a probar los mandos de su aerocicleta.

El sistema de evacuación era simple, cómodo y fácil de usar. Aunque algo ridículo.

Intentó atravesar la envoltura sónica con la mano. Esta envoltura era un campo de fuerzas, una red de vectores de fuerza que desviaba las corrientes de aire en el espacio ocupado por la aerocicleta. No era comparable a una pared de vidrio. Al tocarla con la mano, Luis tuvo la impresión de un fuerte viento, un viento que soplara directamente hacia él desde todas direcciones. Se encontraba rodeado de una burbuja protectora de viento en movimiento.

La envoltura sónica parecía muy segura.

Hizo una prueba; sacó un pañuelo de papel de una ranura y lo dejó caer. El pañuelo cayó suavemente bajo la aerocicleta y allí se quedó suspendido en el aire, vibrando como un torbellino. Luis se sentía dispuesto a creer que si se caía de su asiento, cosa nada fácil, la envoltura sónica frenaría su caída y podría volver a montar en la aerocicleta.

Era muy posible. Los titerotes...

El tubo de agua le ofreció agua destilada. La ranura de la cocinilla le tendió un bloque plano y compacto de color rojizo. Pidió seis bloques y probó un mordisco de cada uno, para después dejarlos caer en el cubo de realimentación. Cada uno tenía un sabor distinto y todos le gustaron.

Al menos la comida no resultaría monótona. No de momento.

Pero si no lograban encontrar plantas y agua para realimentar el sistema, un día u otro la ranura dejaría de servirle bloques de comida.

Pidió un séptimo bloque y se lo comió.

Resultaba inquietante pensar cuán lejos estaban de toda ayuda. La Tierra se encontraba a doscientos años luz de allí; la flota de titerotes, inicialmente a dos años luz de distancia, iba alejándose casi a la velocidad de la luz; incluso los restos del «Embustero», semievaporado, se habían hecho invisibles desde que emprendieron el vuelo. Y ya habían perdido también de vista la hondonada meteorítica. ¿Y si perdían también lo que quedaba de la nave?

¡Nej! Sería prácticamente imposible, decidió Luis. Se encontraba a antigiro la montaña más grande jamás vista por hombre alguno. No podía haber muchos supervolcanes como ése en el Mundo Anillo. Para localizar el «Embustero», bastaría poner rumbo a la montaña y luego seguir la dirección de giro en busca de una hondonada lineal de varios miles de kilómetros de largo.

...Pero el arco del Mundo Anillo relucía sobre sus cabezas, tres millones de veces la superficie de la Tierra. En el Mundo Anillo había espacio suficiente para perderse bien perdido.

Nessus se movió un poco. Primero asomó una cabeza, luego otra, por debajo de su torso. El titerote accionó varios interruptores con la lengua y luego habló.

- Luis, ¿podríamos hablar a solas?

Las imágenes transparentes de Interlocutor y Teela parecían adormiladas. Luis los desconectó del circuito de intercom.

- Adelante.

- ¿Qué ha pasado?

- ¿No has oído nada?

- Tengo los oídos en las manos. Los tenía agarrotados.

- ¿Te sientes mejor ahora?

- Casi me entran ganas de entrar otra vez en estado catatónico. Me siento muy desamparado, Luis.

- Yo también. En fin, hemos recorrido tres mil kilómetros en estas tres últimas horas. Claro que hubiéramos ido más de prisa con cabinas teletransportadoras, o con vuestros discos.

- Nuestros ingenieros no pudieron proveernos de discos teletransportadores. - Las cabezas del titerote se miraron una a otra en el ojo. Sólo permanecieron un instante en esa posición; pero no era la primera vez que Luis observaba ese gesto.

Decidió clasificarlo provisionalmente como la risa de los titerotes. Tal vez un titerote loco podía llegar a adquirir cierto sentido del humor.

Continuó explicándole lo ocurrido:

- Volamos rumbo a babor. Interlocutor decidió que el muro de este lado estaba más próximo. Yo diría que tal vez hubiéramos obtenido una apreciación más exacta de haberlo echado a cara o cruz. Pero Interlocutor es el jefe. Tomó el mando cuando entraste en estado catatónico.

- Qué lástima: no puedo alcanzar su aerocicleta con mi tasp. Tengo que...

- Un momento. ¿Por qué no dejas que siga al mando del grupo?

- Pero, pero, pero...

- Piénsalo bien - insistió Luis -. Siempre puedes llamarle al orden con el tasp. Si no le dejas el mando, se apoderará de él cada vez que quieras descansar un poco. Necesitamos un jefe que goce de general aceptación.

- Supongo que no nos perjudicará - cantó el titerote -. En cualquier caso, nuestras posibilidades de éxito no aumentarán porque yo esté al mando.

- Así me gusta. Llama a Interlocutor y dile que él es el Ser último.

Luis conectó el intercom de Interlocutor para escuchar el diálogo. Si esperaba un espectáculo, quedó defraudado. El kzin y el titerote intercambiaron unas cuantas frases siseantes y despectivas en la Lengua del Héroe. Luego el kzin se desconectó del circuito.

- Debo pediros excusas - dijo Nessus -. Mi estupidez nos ha llevado a todos al desastre.

- No le des más vueltas - le consoló Luis -. Sólo es la fase depresiva de tu ciclo.

- Soy un ser racional, puedo aceptar la realidad. Me equivoqué por completo en cuanto a Teela Brown.

- No lo niego, pero no fue culpa tuya.

- Sí lo fue, Luis Wu. Debía haber comprendido por qué me resultaba tan difícil encontrar otros candidatos.

- ¿Por qué?

- Pues porque los demás eran demasiado afortunados.

Luis emitió un silbido sordo. El titerote había desarrollado una teoría completamente nueva.

- Más concretamente - dijo Nessus - su buena suerte impidió que se vieran implicados en un proyecto tan peligroso como el nuestro. Aunque las Loterías de Procreación realmente han generado una suerte psíquica, hereditaria, esa suerte no estaba a mi alcance. Cuando intenté ponerme en contacto con las familias ganadoras, sólo logré encontrar a Teela Brown.

- Escucha...

- No conseguí ponerme en contacto con los demás porque tuvieron demasiada buena suerte. Logré encontrar a Teela Brown y arrastrarla a esta desventurada expedición porque ella no había heredado el gen. Luis, te ruego que me perdones.

- Oh, será mejor que duermas un poco.

- También debo pedirle excusas a Teela.

- No. Yo soy responsable en su caso. Hubiera podido impedir que viniera.

¿En serio?

- No sé. La verdad es que no lo sé. Vamos, duérmete.

- No puedo.

- Entonces conduce tú y yo dormiré.

Y así lo hicieron. Pero antes de caer rendido, Luis pudo comprobar con sorpresa que la aerocicleta volaba como una seda. El titerote era un excelente piloto.

Luis se despertó con el alba.

No estaba acostumbrado a dormir bajo los efectos de la gravedad. Era la primera vez en su vida que pasaba una noche sentado. Cuando bostezó e intentó desperezarse, todos sus músculos parecieron crujir y aturullarse con el esfuerzo. Con un gruñido, se frotó los ojos legañosos y miró a su alrededor.

Las sombras eran raras; la luz era rara. Luis levantó la vista y descubrió una blanca brizna de sol de mediodía. «Seré imbécil», se dijo mientras esperaba que dejaran de llorarle los ojos. Tenía los reflejos más rápidos que el cerebro.

A su izquierda todo estaba sumido en la oscuridad, más intensa cuanto más lejana. El inexistente horizonte era una negrura nacida de la noche y el caos, bajo un cielo azul marino en el que aún brillaban pálidamente los contornos del arco del Mundo Anillo.

A su derecha, hacía el remolino, era pleno día.

El amanecer era Distinto en el Mundo Anillo.

Estaban llegando al final del desierto. Su borde ondulado, nítido y bien delineado, se perdía en una curva a la derecha y la izquierda. Detrás de las aerocicletas se extendía el desierto, de un blanco-amarillento, brillante y despoblado. La gran montaña aún cubría un buen trozo de cielo. Hacia delante se veían ríos y lagos en perspectiva decreciente, separados por manchas verdes y pardas.

Las aerocicletas habían conservado la misma ordenación, muy separadas y en los vértices de un rombo. A esa distancia, semejaban escarabajos plateados, todos iguales. Luis iba delante. Recordó que Interlocutor estaba situado en la dirección de giro; Nessus al lado de antigiro y Teela cerraba la formación.

Una estela de polvo se extendía desde la montaña, siguiendo la dirección de giro, como las huellas de un jeep sobre el desierto, sólo que mucho más grande. Tenía que ser más grande, pese a parecer sólo un hilo desde esa distancia...

- ¿Estás despierto, Luis?

- Buenos días, Nessus. ¿Has estado conduciendo todo el rato?

- Hace un par de horas le pasé el mando a Interlocutor. Habrás visto que ya hemos cubierto más de diez mil kilómetros.

- Sí. - Pero no era más que una cifra, una minúscula fracción de la distancia que tendrían que recorrer. Después de toda una vida de desplazarse mediante el sistema de cabinas teletransportadoras, Luis había perdido el sentido de las distancias -. Mira hacia atrás - dijo -. ¿Ves esa estela de polvo? ¿Sabes qué puede ser?

- Naturalmente. Debe de ser roca vaporizada, producto de nuestra caída meteórica, y que ahora se ha recondensado en la atmósfera. Todo ese volumen no ha tenido aún tiempo de sedimentarse.

- Oh. Ya estaba pensando en tormentas de arena... ¡Nej y renej! ¡Cómo nos deslizamos! - La estela de polvo tenía al menos unos tres mil kilómetros de largo, suponiendo que estuviera a la misma distancia que la nave.

El cielo y la tierra eran dos discos planos, infinitamente anchos, comprimidos uno sobre otro; y los hombres eran microbios que se arrastraban entre estos dos discos...

- Ha aumentado la presión atmosférica. Luis apartó la mirada del punto límite:

- ¿Cómo dices?

- Mira tu indicador de presión. Cuando caímos estábamos a unos tres mil metros por encima de nuestro nivel actual.

- ¿Tiene mucha importancia la presión atmosférica en estos momentos?

- En un ambiente desconocido es preciso observar todos los detalles. Por ejemplo, la montaña que escogimos como punto de referencia es una gran mole a nuestras espaldas. Debía de ser más alta de lo que creíamos. ¿Y qué me dices de ese brillante punto plateado frente a nosotros?

- ¿Dónde?

- Casi junto a la hipotética línea del horizonte, Luis. Exactamente frente a nosotros.

Era como buscar un detalle concreto en un mapa visto de perfil. Sin embargo, Luis logró localizarlo: un reluciente brillo de espejo, apenas un poco más grande que un simple punto.

- Luz solar reflejada. ¿Qué puede ser? ¿Una ciudad de cristal?

- No es probable.

Luis rió:

Tu tacto es excesivo. Aunque es del tamaño de una ciudad de cristal. O media hectárea de espejos. Tal vez sea un gran telescopio, del tipo reflector.

- En ese caso, lo más probable es que haya sido abandonado.

- ¿Por qué?

- Sabemos que esta civilización ha vuelto a caer en un estado salvaje. ¿Cómo explicar si no que hayan dejado de generar extensas regiones en un desierto?

- Tal vez estemos simplificando demasiado las cosas. El Mundo Anillo es más grande de lo que nos parecía. Creo que puede albergar la vida salvaje y la civilización, además de todas las etapas intermedias.

- La civilización tiende a propasarse, Luis.

- Ya.

De un modo u otro, ya descubrirían qué era ese punto brillante. Se hallaba justo en su camino.

La aerocicleta no llevaba espita de café.

Luis advirtió dos luces verdes encendidas en su tablero de mandos. Le desconcertaron un poco, hasta que recordó que había desconectado a Interlocutor y a Teela la noche anterior. Volvió a conectarlos al circuito de intercomunicación.

- Buenos días - dijo Interlocutor -. ¿Has visto el amanecer, Luis? Todo un estímulo para la sensibilidad artística.

- Lo he visto. Buenos días, Teela.

Teela no respondió.

Luis la observó más atentamente. Teela se hallaba en pleno trance, como una persona que hubiera alcanzado el nirvana.

- Nessus, ¿no habrás empleado tu tasp con mi mujer?

- No, Luis. ¿Por qué habría de hacerlo?

- ¿Cuánto rato lleva en ese estado?

- ¿Qué estado? - preguntó Interlocutor -. No se ha mostrado muy comunicativa últimamente si a eso te refieres.

- Me refiero a su expresión, ¡nej!

En el tablero de mandos podía ver la imagen de Teela con la mirada perdida en el infinito, por encima de la figura de Luis. Se la veía serenamente feliz.

- Parece relajada - observó el kzin -, y no parece sufrir. Los matices más sutiles de la expresión humana...

- No tiene importancia. ¿Puedes llevarnos a tierra? Sufre trance de la Meseta.

- No comprendo.

- De momento llévanos a tierra.

Se lanzaron en picado desde mil quinientos metros de altura. Luis se mareó un poco con la caída libre hasta que Interlocutor volvió a darles impulso. Observó la imagen de Teela en busca de alguna reacción, pero en vano. Seguía serena e impasible. Tenía las comisuras de la boca ligeramente levantadas.

Luis se encolerizó durante el descenso. Sabía alguna cosa sobre la hipnosis: los datos y curiosidades desperdigados que suele ir acumulando un hombre a lo largo de doscientos años de observar el tride. Si pudiera recordar...

A sus pies tenían un paisaje salvaje, exuberante, el tipo de paisaje que los terrícolas buscan en los mundos colonizados.

En medio de este paisaje se distinguía un arroyo.

- Intenta llevarnos hasta un valle - le dijo Luis a Interlocutor -. ¡Quiero apartarla de la visión del horizonte!

- De acuerdo. Tú y Nessus podríais desconectaros del circuito de acoplamiento y seguirme con el manual. Yo me ocuparé de hacer aterrizar a Teela.

El rombo de aerocicletas se rompió para luego reorganizar la formación. Interlocutor puso rumbo a babor-giro, en dirección al arroyo que Luis había localizado antes. Los demás le siguieron.

Todavía estaban descendiendo cuando cruzaron el arroyo. Interlocutor torció hacia giro para seguir el curso de agua. Iban casi rozando las copas de los árboles. Buscaron una ribera libre de árboles.

- Las plantas se parecen mucho a las de la Tierra - observó Luis. Los extraterrestres murmuraron su asentimiento.

El arroyo formaba una curva.

Los nativos estaban en el medio de un ensanchamiento del río. Parecían muy atareados con una red de pescar. Levantaron la vista, al aparecer la formación de aerocicletas y se limitaron a soltar la red y a quedárselos mirando boquiabiertos.

Luis, Interlocutor y Nessus tuvieron la misma reacción. Se remontaron a toda velocidad. Los nativos se convirtieron en puntitos. El exuberante y denso bosque se difuminó en un conjunto de manchas.

- Acoplaos a mi vehículo - ordenó Interlocutor con inconfundible voz de mando -. Ya aterrizaremos en otra parte.

Tenía que haber aprendido a dar órdenes de esa forma... rigurosamente estudiada para emplearla en las relaciones con los humanos. Las obligaciones de un embajador eran realmente muy diversas, reflexionó Luis.

Teela no parecía haber notado nada.

- ¿Y bien? - dijo Luis.

- Eran hombres - declaró Nessus.

- ¿Tú también los has visto? Por un momento creí sufrir alucinaciones. ¿Cómo pueden haber llegado unos hombres hasta aquí?

No intentaron darle una respuesta.

12. El Puño-de-Dios

Habían aterrizado en una zona despoblada rodeada de bajas colinas. Ahora que las colinas ocultaban el falso horizonte y la luz del día hacía invisible el Arco, nada diferenciaba el lugar de un paisaje de cualquier mundo humano. La hierba no era exactamente hierba, pero era verde y formaba una alfombra sobre aquellas partes que deberían estar cubiertas de hierba. Había tierra y rocas, y arbustos con verdes hojas y nudosidades prácticamente en el lugar justo.

La vegetación, como ya había señalado Luis, tenía un inquietante parecido con la de la Tierra. Había matorrales donde uno esperaba encontrar matorrales, y zonas desnudas justo donde uno esperaba hallarlas. Los instrumentos de sus aerocicletas indicaban que las plantas eran semejantes a las terrestres incluso a nivel molecular. Del mismo modo como Luis e Interlocutor poseían algún remoto antepasado unicelular común, los árboles de este mundo también podían considerarse emparentados con ambos.

Había una planta muy idónea para la construcción de setos vivos. Tenía el tallo leñoso y crecía con una inclinación de cuarenta Y cinco grados, a cierta altura le brotaba un manojo de hojas, luego crecía hacia abajo con el mismo ángulo, al llegar al suelo echaba raíces, luego volvía a subir con una inclinación de cuarenta y cinco grados... Luis había visto una planta parecida en Gumi-nidgy; pero aquí la hilera de triángulos era de color de corteza con hojas de un verde reluciente, los colores de la vida terrestre. Luis la denominó planta acodada.

Nessus había comenzado a explorar el pequeño bosque y recogía plantas e insectos para analizarlos en el minilaboratorio de su vehículo. Llevaba su traje de supervivencia, un globo transparente con tres botas y dos guantes-bozal. Nada del Mundo Anillo podría atacarle sin atravesar antes esa barrera: ni un animal de presa, ni un insecto, ni un granito de polen, ni una espora micótica, ni una molécula vírica.

Teela Brown seguía montada en su aerocicleta con sus largas y delicadas manos suavemente apoyadas sobre los mandos. Tenía las comisuras de la boca ligeramente levantadas. Permanecía erguida como para hacer frente a la aceleración de la aerocicleta, relajada pero alerta, y toda su silueta quedaba perfectamente dibujada, como si estuviera posando para un estudio de figura. Sus verdes ojos parecían traspasar a Luis Wu y la barrera de bajas colinas, y continuaban como fijos en el infinito del horizonte abstracto del Mundo Anillo.

- No lo entiendo - dijo Interlocutor -. ¿Qué le ocurre exactamente? No está dormida, sin embargo parece curiosamente incapaz de reaccionar.

- Hipnosis de la carretera - dijo Luis Wu -. Saldrá del trance por sí sola.

- ¿No corre peligro?

- Aquí no. Temía que pudiera caer de su aerocicleta o hacer alguna tontería con los mandos. En tierra firme está bastante segura.

- Pero, ¿por qué nos mira con tanta indiferencia?

Luis intentó explicárselo.

En el cinturón de asteroides de Sol, los hombres pasaban la mitad de su vida conduciendo naves individuales entre las rocas.

Se servían de las estrellas para orientarse. Los mineros del cinturón de asteroides pasaban horas seguidas mirando las luces del cielo: los brillantes y fugaces arcos que forman las naves individuales con sus motores de fusión, las lentas luces flotantes de los asteroides más próximos y los puntos fijos de las estrellas y las galaxias.

El espíritu de esos hombres puede extraviarse entre las estrellas blancas. Horas más tarde, alguno advierte que su cuerpo ha seguido guiando su nave automáticamente, mientras su mente vagaba por zonas que sería incapaz de recordar. Este estado es conocido como la mirada perdida entre los mineros. Puede ser peligroso. A veces, el espíritu ya nunca más regresa al cuerpo.

En la gran meseta lisa del monte Lookitthat, uno puede asomarse a la ladera que da sobre el vacío y mirar al infinito, ahí en el fondo. La montaña tiene sólo sesenta y cinco kilómetros de altitud; pero el ojo humano puede llegar a ver el infinito en la sólida bruma que oculta la base de la montaña.

La bruma que flota en el vacío es blanca, informe y uniforme. Se extiende sin solución de continuidad desde la ladera aflautada de la montaña hasta el horizonte del mundo. Es un vacío capaz de apoderarse de la mente humana y atraparla en sus redes, mientras la persona

permanece paralizada y estasiada al borde de la eternidad hasta que alguien se la lleva de allí. Lo llaman trance de la Meseta.

El horizonte del Mundo Anillo también...

- Pero todo es mera autohipnosis - dijo Luis. Miró a la muchacha directamente a los ojos. Teela se agitó incómoda -. Probablemente podría hacerla salir del trance, pero, ¿para qué correr el riesgo? Más vale que siga durmiendo.

- No comprendo la hipnosis - dijo Interlocutor-de-Animales -. Me han explicado lo que es, pero es algo que escapa a mi comprensión.

Luis hizo un gesto de asentimiento:

- No me extraña. Los kzinti no serían buenos sujetos hipnóticos. Y, pensándolo bien, los titerotes tampoco servirían.

Nessus había interrumpido su búsqueda de muestras de vida desconocida y se había unido calladamente a los demás.

- Podemos estudiar lo que no comprendemos - dijo el titerote -. Sabemos que el hombre posee una cierta inclinación a rehuir las decisiones. Una parte del hombre ansía que alguien le diga lo que debe hacer. Un buen sujeto hipnótico es una persona confiada con bastante capacidad de concentración. Su acto de sumisión al hipnotizador marca el inicio de la hipnosis.

- Pero, ¿qué es la hipnosis?

- Un estado de monomanía inducida.

- ¿Y cómo se explica que un sujeto entre en ese estado?

Nessus parecía ignorar la respuesta.

Luis dijo:

- Porque confía en el hipnotizador.

Interlocutor meneó la cabeza Y se apartó del grupo.

- Es una insensatez confiar así en otra persona. Confieso que no comprendo la hipnosis - dijo Nessus -. ¿Y tú, Luis?

- No del todo.

- Es un consuelo saberlo - dijo el titerote, Y se quedó un momento con un ojo fijo en el otro, como un par de pitones, inspeccionándose mutuamente. ¡No podría confiar en alguien que comprendiese un proceder insensato!

- ¿Has descubierto algo sobre las plantas del Mundo Anillo?

- Se asemejan mucho a las formas de vida existentes en la Tierra, tal como ya os había adelantado. Sin embargo, algunas formas parecen más especializadas de lo que cabría esperar.

- ¿Más evolucionadas, querrás decir?

- Tal vez sea eso. También cabe la posibilidad de que todo se deba a que aquí, en el Mundo Anillo, una forma especializada dispone de más espacio para crecer, incluso en el marco de su medio ambiente limitado. Lo más importante es que las plantas y los insectos son lo suficientemente parecidos a los vuestros como para que exista el riesgo de ser atacados por ellos.

- ¿Y viceversa?

- Oh, sí. Algunas formas son comestibles para mí, otras serán del agrado de tu estómago. Tendrás que analizarlas una a una, primero por si contienen venenos, luego en lo que respecta a su sabor. Pero todas las plantas que encontremos servirán perfectamente para la cocinilla de tu aerocicleta.

- Al menos no nos moriremos de hambre.

- Esta sola ventaja difícilmente puede compensar los múltiples peligros. ¡Si a nuestros ingenieros se les hubiera ocurrido equipar el «Embustero» con un señuelo para atraer vástagos de estrellas! Habría sido del todo innecesario emprender esta excursión.

- ¿Un señuelo para atraer vástagos de estrellas?

- Un mecanismo simple, inventado hace milenios. Estimula la emisión de señales electromagnéticas por el sol local y estas señales atraen a los vástagos de las estrellas. Si dispusiéramos de este artefacto, podríamos atraer un vástago hasta esta estrella y luego comunicar nuestra situación a cualquier nave Forastera que lo siguiera hasta aquí.

- Pero los vástagos de las estrellas se desplazan a una velocidad muy inferior a la lumínica. ¡Podría tardar años en llegar!

- ¡Pero, Luis! Aunque tuviéramos que esperar, ¡no nos habríamos visto obligados a abandonar la seguridad de la nave!

- ¿Y eso te parece vida? - le espetó Luis. Y se volvió hacia Interlocutor que le devolvió la mirada con gesto de complicidad. Interlocutor-de-Animales se había agazapado en el suelo a cierta distancia de ellos. También tenía los ojos fijos en él y sonreía como el gato de Alicia en el País de las Maravillas. Intercambiaron una larga mirada; luego el kzin se levantó con aparente calma, dio un salto y desapareció entre los matorrales desconocidos.

Luis le dio la espalda. Intuitivamente, comprendió que algo importante había ocurrido. ¿Pero qué? ¿Y por qué? Se encogió de hombros.

Teela continuaba montada en su aerocicleta, muy erguida como para hacer frente a la aceleración... tal como si aún estuviera en el aire. Luis recordó las escasas ocasiones en que

había sido hipnotizado por un terapeuta. Todo le había parecido una gran comedia. Mientras se abandonaba a la agradable falta de responsabilidad, no había olvidado ni un instante que todo era sólo un juego entre él y el hipnotizador. Podía salir de ese estado cuando quisiera. Pero por alguna razón nadie lo hacía.

Los ojos de Teela recuperaron repentinamente su brillo. Sacudió la cabeza, se volvió y les vio.

- ¡Luis! ¿Cómo hemos aterrizado?

- Como de costumbre.

- Ayúdame a bajar.

Extendió los brazos como un niño que se ha encaramado a una pared demasiado alta para él. Luis la cogió por la cintura y la bajó de la aerocicleta. El contacto con su cuerpo le provocó un estremecimiento en la espina dorsal y una oleada de calor invadió su vientre y su plexo solar. Dejó las manos donde estaban.

- Sólo recuerdo que volábamos a más de mil metros de altura - dijo Teela.

- En adelante procura no mirar el horizonte.

- ¿Qué me ha ocurrido, me he quedado dormida al volante? - Rió y meneó la cabeza y toda su cabellera se convirtió en una esponjosa nube negra -. ¡Y os habéis llevado un susto! Lo siento, Luis. ¿Dónde está Interlocutor?

- Salió corriendo detrás de un conejo - dijo Luis -. ¿Qué te parece si hacemos un poco de ejercicio?

- ¿Te gustaría dar un paseo por el bosque?

- Buena idea. - La miró en los ojos y comprendió que había adivinado sus pensamientos. Hurgó en el portaequipajes de su aerocicleta y sacó una manta -. Listos.

- Me dejáis perplejo - dijo Nessus -. Ninguna especie racional copula con tanta frecuencia. En fin, que lo paséis bien. Fijaos dónde os sentáis. Recordad que está lleno de seres vivos desconocidos.

- ¿Sabías que hubo un tiempo en que desnudo quería decir desprotegido? - dijo Luis.

En efecto, con las ropas, le parecía haberse despojado también de la seguridad. El Mundo Anillo poseía una activa biosfera, impregnada, sin duda, de bichos y bacterias y seres con dientes adaptados para comer carne protoplasmática.

- No - dijo Teela. Se tendió desnuda sobre la manta y extendió los brazos hacia el sol de mediodía -. Me gusta. ¿Sabes que es la primera vez que te veo desnudo a pleno sol?

- Lo mismo digo. Y puedo añadir que te veo estupenda. Mira, voy a mostrarte una cosa. - Se llevó una mano al pecho lampiño -. Nej...

- No veo nada.

- Ha desaparecido. Eso es lo malo del extracto regenerador. Suprime los recuerdos. Las cicatrices desaparecen y, con el tiempo... - Trazó una línea sobre su pecho, pero bajo la yema del dedo no había nada -. Un predador de Gummidgy me arrancó un buen pedazo, desde el hombro hasta el ombligo, el tajo tenía diez centímetros de ancho por uno de profundidad. Un paso más y me parte en dos. Por suerte, decidió tragarse primero lo que ya había conseguido arrancarme. Debo de haber resultado un veneno mortal para él, pues soltó un chillido y murió hecho una bola. Ahora no queda nada. Ni una pequeña señal.

- Pobre Luis. Bueno, yo tampoco tengo cicatrices.

- Pero tú eres una anomalía estadística y además sólo tienes veinte años.

- Oh.

- Mmm... Qué suave eres.

- ¿Otros recuerdos esfumados?

- Una vez tuve un accidente con un rayo excavador... - Fue guiando su mano.

Luis se tendió de espaldas y Teela montó a horcajadas sobre sus caderas. Se quedaron mirando un largo, intenso, irresistible momento y al fin iniciaron el movimiento.

En medio del resplandor de un orgasmo en formación, una mujer parece encendida de gloria angélica...

Algo del tamaño de un conejo apareció entre los árboles, saltó sobre el torso de Luis y desapareció entre la maleza. Al cabo de un segundo apareció la figura de Interlocutor-de-Animales.

- Lo siento - dijo el kzin, y se marchó olfateando el rastro.

Cuando se reunieron otra vez junto a las aerocicletas, Interlocutor tenía manchado de rojo todo el pelo en torno a la boca:

- Es la primera vez que cazo mi comida sin más armas que mis propios dientes y garras - proclamó con serena satisfacción.

Sin embargo, siguió el consejo de Nessus y se tomó una pastilla antialérgica.

- Tendríamos que hablar de los nativos - dijo Nessus.

Teela le miró sobresaltada:

- ¿Nativos?

Luis le explicó lo ocurrido.

- Pero, ¿por qué huimos? No nos hubieran hecho daño. ¿Eran realmente humanos?

Luis respondió a su última pregunta, porque era una cuestión que le tenía preocupado:

- No veo cómo podrían serlo. ¿Qué pueden estar haciendo unos seres humanos en un lugar tan apartado del espacio humano?

- Sin embargo, no cabe la menor duda de que lo son - le interrumpió Interlocutor -. Debes dar crédito a tus sentidos, Luis. Tal vez su raza difiera de la tuya. Pero son humanos.

- ¿Por qué estás tan seguro?

- Puedo olerlos, Luis. Su olor me llenó las narices en cuanto desconectamos la envoltura sónica. A lo lejos, muy dispersos, hay una vasta multitud de seres humanos. Puedes confiar en mi olfato, Luis.

Luis se rindió ante esa evidencia. Los kzinti tenían olfato de carnívoro predador.

- ¿Evolución paralela? - sugirió.

- Tonterías - dijo Nessus.

- Tienes razón. - La figura humana era adecuada para un constructor de herramientas, pero no más que muchísimas otras posibles formas. Los cerebros podían ir acoplados a todo tipo de cuerpos.

- Estamos perdiendo el tiempo - dijo Interlocutor-de-Animales -. El problema no es cómo llegaron aquí los hombres, sino más bien cómo establecer el primer contacto. Para nosotros, cada contacto será un primer contacto.

Tenía razón, como pronto reconoció Luis. Las aerocicletas se desplazaban a mayor velocidad que cualquier servicio de transmisión de información que pudieran poseer los nativos. A menos que contaran con un telégrafo de señales...

- Necesitamos conocer las reacciones de los seres humanos en estado salvaje. ¿Luis? ¿Teela?

- Tengo algunos conocimientos de antropología - declaró Luis.

- Entonces, serás nuestro portavoz cuando entremos en contacto con ellos. Confiemos en que el piloto automático sepa darnos una traducción correcta. Estableceremos contacto con los primeros humanos que encontremos.

Casi acababan de despegar, o así lo parecía, cuando la selva dio paso a una cuadrícula de campos cultivados. Segundos después, Teela avistaba la ciudad.

Recordaba algunas ciudades terrestres de épocas pasadas. Había muchísimos edificios de unos cuantos pisos agrupados uno junto a otro en una masa continua. Unas cuantas torres más altas y estrechas se alzaban por encima de esta masa, y estas torres estaban unidas por rampas para transportes terrestres: lo cual, desde luego, no entraba dentro de las características de una ciudad terrestre. En aquella época, las ciudades de la Tierra habían optado por el uso de helicópteros.

- Tal vez aquí acabe nuestra búsqueda - sugirió Interlocutor esperanzado.

- Apostaría a que está deshabitado - dijo Luis.

Era simple intuición, pero estaba en lo cierto. Pudieron comprobarlo cuando sobrevolaron la ciudad.

En su momento debió de haber sido una urbe de gran belleza. Estaba provista de un detalle que hubiera despertado la envidia de cualquier ciudad del espacio conocido. Muchos edificios no se apoyaban sobre tierra, sino que flotaban en el aire, y se comunicaban con el suelo y con los demás edificios a través de rampas y torres elevadoras. Sin las limitaciones de la gravedad, sin condicionamientos verticales y horizontales, estos castillos flotantes de ensueño habían sido construidos en todo tipo de formas y en tamaños muy diversos.

Las cuatro aerocicletas sobrevolaron las ruinas de estas construcciones. El derrumbamiento de los edificios flotantes había arrasado los edificios más bajos y toda la ciudad estaba convertida en un gran montón de ladrillos y vidrios rotos y cemento desmenuzado y acero retorcido, rampas agrietadas y torres elevadoras aún en pie.

Luis volvió a pensar en los nativos.

- Deben haberse derrumbado todos al mismo tiempo - dijo Nessus -. No veo señales que indiquen algún intento de repararlos. Una avería en el suministro de energía, sin duda. Interlocutor, ¿crees que los kzinti construirían tan a la ligera?

- No nos gustan demasiado las alturas. Pero los humanos serían capaces de ello si no le tuvieran tanto apego a la vida.

- Extracto regenerador - exclamó Luis -. Esa es la respuesta. No conocían el extracto regenerador.

- Sí, ello puede haberles hecho más imprudentes. Tendrían menos tiempo de vida que proteger - aventuró el titerote -. Mala señal, ¿no os parece? Si se preocupan menos de sus propias vidas, también darán menos importancia a las nuestras.

- Te estás creando preocupaciones innecesarias.

- Pronto lo sabremos. Interlocutor, ¿ves ese edificio alto de color crema, con las ventanas rotas...?

Lo sobrevolaron cuando el titerote hacía esa observación. Luis, que en esos momentos conducía las aerocicletas, dio otra vuelta para verlo mejor.

- Tenía razón. ¿Has visto, Interlocutor? Humo.

El edificio era una columna artísticamente retorcida y repujada, de unos veinte pisos. Las ventanas formaban hileras de óvalos negros. En la planta baja, la mayoría habían sido tapiadas. Por las pocas que permanecían abiertas se esparcía un tenue humo gris.

La torre estaba medio hundida en un grupo de casas de uno y dos pisos. Toda una hilera de estas casas había quedado aplastada bajo el impacto de un cilindro rodante que debió de caer del cielo. Pero el rodillo destructor se había desintegrado en un montón de cascajos de cemento antes de llegar a esa torre en particular.

Detrás de la torre acababa la ciudad. Más allá se divisaban sólo rectángulos de sembrados. Figuras humanoides fueron llegando a toda prisa de los campos mientras las aerocicletas planeaban hasta el suelo.

Edificios que parecían incólumes desde el aire, resultaban evidentes ruinas vistos a la altura de los tejados. No quedaba nada intacto. La avería del suministro de energía y sus subsiguientes consecuencias debían de haberse producido varias generaciones atrás. Luego, la ciudad había sufrido pillajes, lluvias, todas las diversas corrosiones causadas por formas de vida inferiores, la oxidación de los metales, y algo más. Un hecho que en el pasado prehistórico de la Tierra había dejado unos montículos que serían tema de especulación para los arqueólogos de épocas posteriores.

Los habitantes de la ciudad no la habían restaurado después del desastre. Pero tampoco se habían marchado a otro lugar. Habían continuado viviendo entre las ruinas.

Y a través del tiempo sus desechos se habían ido acumulando a su alrededor.

Desechos. Cajas vacías. Polvo acarreado por el viento. Restos de comida, huesos y cosas comparables a hojas de zanahoria y mazorcas de maíz. Herramientas rotas. Todo se iba acumulando.

La primitiva entrada de la torre ya había quedado sepultada. El nivel del suelo era ya más alto que la puerta. Cuando las aerocicletas se posaron sobre la tierra apisonada, tres metros por encima de una antigua zona de aparcamiento para vehículos terrestres, cinco nativos humanoides salieron con solemne dignidad por una ventana del segundo piso.

Era una ventana de doble hoja que podía acomodar con facilidad tal procesión. El umbral y el dintel estaban decorados con treinta o cuarenta calaveras de aspecto humano. Luis no logró distinguir ningún orden especial en su distribución.

Los cinco se dirigieron hacia las aerocicletas. Cuando estuvieron cerca titubearon un momento; sin duda, intentaban decidir quién sería el jefe. Esos nativos también tenían aspecto humano, aunque no del todo. Era evidente que no pertenecían a ninguna raza humana conocida.

Los cinco eran al menos quince centímetros más bajos que Luis Wu. Los fragmentos visibles de su piel tenían un tinte muy pálido, casi fantasmagórico en comparación con el sonrosado

nórdico de Teela o el tostado-amarillento más oscuro de Luis. Sus torsos resultaban cortos en proporción a las piernas, más bien largas. Todos caminaban con los brazos doblados en la misma posición; y tenían unos dedos extraordinariamente largos y flexibles, que hubieran hecho de ellos cirujanos natos en los tiempos en que los hombres aún practicaban la cirugía.

Su pelo era aún más extraordinario que sus manos. Todos los signatarios lo tenían de la misma tonalidad rubio ceniciento. Llevaban el cabello y las barbas bien peinados pero no parecían cortárselos.

Huelga decir que todos tenían idéntico aspecto.

- ¡Qué peludos son!, - susurró Teela.

- No os mováis de los vehículos - ordenó Interlocutor en voz baja -. Esperad a que se acerquen. Entonces podréis desmontar. ¿Todos lleváis los discos de comunicación?

Luis se había puesto el suyo en la parte interior de la muñeca izquierda. Los discos estaban conectados al piloto automático del «Embustero». Confiaban en que funcionarían a tanta distancia y el «Embustero» sería capaz de traducir cualquier lenguaje desconocido.

Pero la única forma de probar los malditos aparatos era sobre la marcha. Y ahí estaban todas esas calaveras...

Poco a poco, más nativos fueron afluyendo al antiguo aparcamiento. La mayoría se quedaban inmóviles al ver los inicios-de-confrontación y pronto la muchedumbre formó un amplio círculo bastante apartado de la zona donde se desarrollaba la acción. Una multitud normal hubiera zumbado llena de murmullos de especulación, apuestas y discusiones. Pero este gentío guardaba un silencio poco natural.

Tal vez la presencia de un auditorio obligó a los dignatarios a tomar una determinación. Decidieron dirigirse a Luis Wu.

Los cinco... en realidad no eran iguales. Tenían distinta estatura. Todos eran delgados, pero uno parecía casi un esqueleto, y otro casi no tenía músculos. Cuatro llevaban unas túnicas informes de un color pardo muy desteñido, mientras que el quinto lucía una túnica de parecido corte ¿cortada de una manta parecida? pero con un borroso estampado rosa.

El más delgado fue quien tomó la palabra. En el dorso de su mano llevaba un tatuaje de un pájaro azul.

Luis le respondió.

El hombre del tatuaje pronunció un breve discurso. Estaban de suerte. El piloto automático necesitaría datos antes de poder empezar a traducir.

Luis le respondió. El hombre del tatuaje volvió a tomar la palabra. Sus cuatro acompañantes continuaban guardando un digno silencio. Y, cosa insólita, otro tanto hizo el auditorio.

Los discos comenzaban a llenarse de palabras y frases...

Más tarde, Luis se maravillaría de que el silencio no le hubiera hecho sospechar algo. Pero la postura de los nativos le engañó. Ahí estaba la masa formando un amplio círculo y los cuatro hombres velludos con sus túnicas, todos de pie, al igual que el hombre de la mano tatuada, que era quien hablaba.

- Esa montaña es el Puño-de-Dios. - Señaló en dirección a estribor -. ¿Por qué? ¿Por qué no, Constructor?

Debía de referirse a la gran montaña, la que habían dejado atrás, cerca de la nave. Ahora la bruma y la distancia la ocultaban por completo.

Luis siguió escuchando y fue descubriendo muchas cosas. El piloto automático era un magnífico traductor. Poco a poco fue perfilándose la situación y lo que apareció fue un poblado agrícola construido sobre las ruinas de lo que antaño fuera una poderosa ciudad...

- Es cierto, Zignamuclikclik ya no es tan grande como solía ser. Sin embargo, aquí tenemos viviendas como jamás seríamos capaces de construir por nuestros propios medios. Aunque a través de algunos techos se vean las estrellas, las plantas bajas resisten aún pequeñas tormentas. Los edificios de la ciudad son fáciles de calentar. Y en tiempo de guerra, su defensa es sencilla; además, no arden con facilidad. Por ello, Constructor, aunque por las mañanas salimos a trabajar en el campo, por la noche regresamos a nuestras moradas en las afueras de Zignamuclikclik. ¿Para qué molestarnos en construir nuevas viviendas si las viejas son mejores?

Dos pavorosos seres de otra raza y dos semi-humanos, sin barba y desusadamente altos; los cuatro montados sobre pájaros de metal sin alas, que decían cosas ininteligibles por la boca y en cambio hablaban claramente a través de unos discos de metal... no era raro que los nativos les hubiesen tomado por los constructores del Mundo Anillo. Luis no intentó rectificar esa impresión. Explicar su origen hubiera requerido días; y el grupo había venido a aprender cosas, no a enseñarlas.

- Esta torre, Constructor, es nuestra sede de gobierno. Desde aquí gobernamos a más de mil personas. Jamás hubiéramos conseguido construir mejor palacio que esta torre. Hemos tapiado los pisos superiores, para que la parte habitada se conserve más caliente. Una vez conseguimos defender la torre de unos atacantes arrojándoles escombros desde los pisos superiores. Recuerdo que el problema más grave fue nuestro temor a las alturas... Sin embargo, anhelamos el retorno de aquellos maravillosos tiempos en que nuestra ciudad albergaba a mil millares de personas y los edificios flotaban en el aire. Esperarnos que nos hagáis retornar a aquella época. Dicen que en aquellos maravillosos tiempos, este mismo mundo fue forjado en su forma actual. ¿Os dignaréis confirmarnos si así fue?

- Así fue, sin duda - dijo Luis.

- ¿Y retornarán aquellos tiempos?

Luis respondió de un modo que creyó ambiguo. Advirtió el desengaño del otro, o al menos lo adivinó.

No era fácil leer la expresión del hombre velludo. Los gestos constituyen todo un lenguaje; y los gestos del dignatario no correspondían a los de ninguna cultura terrestre. Apretados rizos

color platino cubrían todo su rostro, a excepción de los ojos, que eran castaños y de dulce mirada. Pero los ojos no son muy expresivos, contrariamente a lo que suele creerse.

Su voz sonaba casi como un cántico, como un recital de poesía. El piloto automático iba traduciendo las palabras de Luis en una cantinela parecida, aunque a él le hablaba en tono normal. Luis podía oír los discos de traducción de los demás, silbando suavemente en Titerote o gruñendo por lo bajo en la Lengua del Héroe.

Luis empezó a hacer preguntas...

- No, Constructor, no somos un pueblo sanguinario. Raras veces hacemos la guerra. ¿Las calaveras? Toda Zignamuclikclik está llena de ellas. La leyenda dice que están ahí desde el derrumbamiento de la ciudad. Las usamos como decoración y por su significado simbólico.

El dignatario levantó solemnemente la mano, con el dorso vuelto hacia Luis, y le dejó ver el tatuaje del pájaro.

Todos los allí reunidos gritaron.

Era la primera vez que se oía algo en otra boca que no fuese la del dignatario.

A Luis se le había escapado algún detalle, y era consciente de ello. Por desgracia, no tuvo tiempo de prestarle mayor atención al problema.

- Mostradnos un milagro - dijo el dignatario -. No dudamos de vuestro poder. Pero tal vez nunca volváis por aquí. Nos gustaría guardar un recuerdo para poder transmitírselo a nuestros hijos.

Luis reflexionó un momento. Ya habían volado como pájaros; ese truco no les impresionaría por segunda vez. ¿Y un poco de maná salido de las ranuras de la cocina automática? Pero incluso los humanos terrestres diferían en cuanto a su tolerancia de ciertos alimentos. La distinción entre comida y porquería era una cuestión eminentemente cultural. Algunos comían langostas con miel, otros caracoles asados; el queso apreciado por un hombre era leche podrida para otro. Mejor no arriesgarse. ¿Y la linterna de rayos laser?

Luis hurgó en el portaequipajes de su aerocicleta, justo en el momento en que el borde de una pantalla cuadrada comenzaba a rozar el sol. La demostración resultaría aún más espectacular en la oscuridad.

Con el foco muy abierto y a escasa intensidad, Luis proyecto la luz sobre el dignatario, primero, y luego sobre sus cuatro adláteres, para enfocarla finalmente sobre la masa. Nadie pareció impresionarse. Luis intentó ocultar su frustración y apuntó la linterna hacia arriba.

La figurilla que había escogido como blanco se perfiló en el techo de la torre. Parecía una moderna gárgola surrealista. Luis movió el pulgar y la gárgola comenzó a brillar con luz blanco amarillenta. Movió el índice, el rayo se aguzó como un lápiz de verde luz y a la gárgola le apareció un ombligo de un blanco encendido.

Luis se volvió esperando un aplauso.

- Lucháis con luz - dijo el hombre del tatuaje en la mano -.Eso está prohibido.

La multitud gritó y volvió a caer nuevamente en un profundo mutismo.

- No lo sabíamos - dijo Luis -. Pedimos excusas.

- ¿No lo sabíais? ¿Cómo podíais ignorarlo? ¿No fuisteis vosotros los constructores del Arco en memoria de la Alianza con el Hombre?

- ¿Qué arco es ése?

El vello cubría el rostro del hombre, sin embargo su sorpresa era evidente:

- ¡El Arco que se alza sobre el mundo!

Al fin Luis comprendió. Soltó una carcajada.

El hombre le dio un torpe puñetazo en la nariz.

Fue un golpe suave, pues el hombre velludo era delgado y sus manos frágiles. Pero le dolió.

Luis no estaba acostumbrado al dolor. La mayoría de los hombres de su siglo nunca habían sentido ningún dolor más intenso que el de un rasguño en un dedo del pie. La anestesia era demasiado corriente, el auxilio médico muy fácil de conseguir. El dolor de un esquiador al fracturarse una pierna no solía durar más de unos pocos segundos, no minutos, y el recuerdo solía quedar relegado al inconsciente como un trauma intolerable. La práctica de las artes marciales, karate, judo, jujitsu y boxeo, había sido declarada ilegal mucho antes de nacer Luis Wu. Luis hubiera sido un luchador desastroso. Se sentía capaz de hacer frente a la muerte, pero no al dolor.

El golpe le hizo daño. Luis gritó y dejó caer su linterna de rayos laser.

El gentío comenzó a agolparse. Doscientos hombres velludos enfurecidos se transformaron en mil demonios; y las cosas comenzaron a resultar menos graciosas de lo que fueron unos momentos antes.

El dignatario delgado como una caña había agarrado a Luis Wu con ambos brazos y empezaba a ahogarle en un histérico apretón. Luis, también presa de la histeria, se zafó de él con un frenético tirón. Montó en la aerocicleta, y ya tenía la mano en la palanca de despegue cuando se impuso la razón.

Las demás aerocicletas estaban acopladas al la suya. Si él despegaba, los demás vehículos también despegaran, con o sin sus pasajeros.

Luis echó un vistazo a su alrededor.

Teela Brown ya estaba en el aire. Se había quedado contemplando la pelea desde arriba con el ceño fruncido en preocupada expresión. Ni se le había ocurrido que podría intentar ayudarles.

Interlocutor había iniciado una frenética actividad. Ya había derribado media docena de enemigos. Mientras Luis le miraba, el kzin blandió su linterna de rayos laser y destrozó el cráneo de un hombre.

Los hombres velludos formaban un círculo indeciso a su alrededor.

Multitud de manos de largos dedos intentaron derribar a Luis de su vehículo. Estaban a punto de conseguir su propósito cuando a Luis se le ocurrió conectar la envoltura sónica.

Los nativos chillaron al sentirse apartados violentamente. Luis escudriñó el aparcamiento en busca de Nessus.

El titerote estaba intentando llegar hasta su aerocicleta. Armado con una barra de metal procedente de alguna vieja máquina, uno de los nativos le cortó el paso.

Cuando Luis les localizó, el hombre blandía la barra sobre la cabeza del titerote.

Nessus esquivó el golpe. Giró sobre sus piernas delanteras, situándose de espaldas al peligro, pero también en dirección contraria a su aerocicleta.

El reflejo de huida del titerote podría ser su muerte, a menos que Interlocutor o Luis lograran ayudarle a tiempo. Luis abrió la boca para gritar y el titerote completó su movimiento giratorio.

Luis cerró la boca.

El titerote avanzó hacia su aerocicleta. Nadie intentó detenerle. El casco trasero iba dejando huellas ensangrentadas sobre la tierra apisonada.

El círculo de admiradores de Interlocutor seguía fuera de su alcance. El kzin les escupió a los pies -un gesto humano, no kzinti-, dio media vuelta y montó en su aerocicleta. Tenía la linterna de rayos laser ensangrentada hasta el codo.

El nativo que había intentado interponerse en el camino de Nessus yacía en el lugar donde cayera. La sangre iba formando un charco a su alrededor.

Los demás estaban en el aire, Luis se encumbró tras ellos. Desde lejos, logró adivinar las intenciones de Interlocutor y le gritó:

- ¡Alto ahí! No es necesario.

Interlocutor blandía el instrumento excavador modificado:

- ¿Tiene que ser necesario? - dijo.

Pero bajó la mano.

- No lo hagas - le imploró Luis -. Sería una masacre. ¿Qué pueden hacernos ahora? ¿Tirarnos piedras?

- Pueden utilizar tu linterna de rayos laser contra nosotros.

- No pueden. Es tabú.

- Eso dijo el dignatario. ¿Le crees?

- Sí.

Interlocutor guardó el arma. Luis suspiró aliviado; temía que el kzin arrasara la ciudad.

- ¿Cómo debió surgir este tabú? ¿Una guerra atómica?

- O un bandido armado con el último cañón de rayos laser del Mundo Anillo. Es una lástima que no se lo podamos preguntar a nadie.

- Te está sangrando la nariz.

Luis advirtió de pronto unas fuertes punzadas de dolor en la nariz. Acopló su aerocicleta a la de Interlocutor y comenzó a hacerse una cura. Abajo, un gentío enfurecido y desconcertado llenaba los campos cercanos a Zignamuclikclik.

13. Señuelos para atraer vástagos de las estrellas

- Deberían haber caído de rodillas - se lamentó Luis Wu -. Es lo que me ha despistado. Y la traducción que decía «constructor» cuando en realidad la palabra adecuada era «dios».

- ¿Dios?

- Los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo se han convertido en dioses para ellos. Tendría que haberme llamado la atención el silencio. ¡Nej! Excepto el sacerdote, los demás permanecían callados como en misa. Todos parecían escuchar una antigua letanía. Pero, yo no daba pie con bola.

- Una religión. ¡Qué raro! Pero no tendrías que haberte reído - dijo con expresión severa la imagen de Teela en el intercom -. Nadie se ríe en la iglesia, ni siquiera los turistas.

Volaban bajo un cacho cada vez más pequeño de sol de mediodía. En el firmamento veían brillar el Mundo Anillo sobre su propia superficie con sus relucientes franjas azules, cada vez más nítidas.

- En ese momento me pareció gracioso - explicó Luis -. Aún me lo parece. Han olvidado que viven en un anillo. Creen que es un arco.

Un sonido siseante penetró en la envoltura sónica. Por un instante quedaron envueltos en una especie de huracán, luego el ruido cesó bruscamente. Habían cruzado la barrera del sonido.

Zignamuclikclik se fue perdiendo en la distancia. La ciudad nunca conseguiría descargar sus iras sobre los demonios. Lo más probable era que no volviera a verlos.

- Parece un arco - dijo Teela.

- De acuerdo. No debí reírme. Con todo, tenemos suerte.

- Podemos dejar atrás nuestros errores - dijo Luis -. Todo lo que tenemos que hacer es emprender el vuelo. Nada puede atraparnos.

- Hay errores que siempre nos persiguen - dijo Interlocutor-de-Animales.

- Es curioso que seas tú quien lo diga. - Luis se rascó la nariz pensativo; la tenía más insensible que un bloque de madera. Cuando se disipara el efecto del anestésico, ya estaría curada.

Por fin se decidió a hablar:

- ¿Nessus?

- Sí, Luis.

- Cuando estábamos allí observé una cosa. Decías que estabas loco, pues das muestras de valor. ¿Verdad?

- Hablas con mucho tacto, Luis. Tu delicadeza...

- Hablo en serio. Al igual que los demás titerotes, has estado sacando deducciones a partir de una premisa falsa. Por instinto, los titerotes dan media vuelta para huir del peligro. ¿No es eso?

- Sí, Luis.

- Pues te equivocas. Un titerote le vuelve instintivamente la espalda al peligro. Pero lo hace para poder hacer uso de la pierna trasera. Ese casco tuyo es un arma mortal, Nessus.

En un solo movimiento, el titerote había girado sobre sus piernas delanteras y había lanzado una coz con la única pierna trasera. Luis recordó que tenía las cabezas echadas hacia atrás y muy separadas, formando un triángulo en torno a su enemigo. Nessus había proyectado su casco directamente al corazón de un hombre y lo había hecho salir despedido a través de la espina dorsal astillada.

- No podía salir corriendo - explicó Nessus -. Ello me hubiera alejado de mi vehículo. Era demasiado arriesgado.

- Pero en ese momento no te detuviste a pensarlo - insistió Luis -. Fue un gesto instintivo. Automáticamente volvéis la espalda al enemigo. Os volvéis y dais una coz. Los titerotes cuerdos dan media vuelta para luchar, no para huir. No estás loco.

- Te equivocas, Luis. La mayoría de los titerotes huyen del peligro.

- Pero...

- La mayoría siempre es cuerda, Luis.

¡Animal gregario! Luis desistió. Levantó la mirada justo a tiempo para ver desaparecer el último trocito de sol.

Hay errores que siempre nos persiguen...

Pero Interlocutor debía de referirse a otra cosa al pronunciar esa frase. ¿A qué?

En el cenit se apiñaba un anillo de rectángulos negros. El que ocultaba el sol estaba rodeado de una aureola color perla. Encima se alzaba el arco parabólico del Mundo Anillo, azul contra el cielo sembrado de estrellas.

El conjunto parecía obra de un niño pequeño que se hubiera puesto a ordenar las piezas de un juego de Construcción de Ciudades sin saber exactamente lo que hacía.

Cuando emprendieron la huida de Zignamuclikclik, Nessus iba conduciendo el grupo de aerocicletas. Luego le había pasado el mando a Interlocutor. Llevaban toda la noche volando. Por fin, sobre sus cabezas, un resplandor más intenso en un extremo de la pantalla central les indicó la proximidad del alba.

Durante todas esas horas de vuelo, Luis había ideado una forma de visualizar la escala del Mundo Anillo.

Se basaba en una proyección de Mercator del planeta Tierra -igual que los mapas murales rectangulares de uso corriente en las escuelas- en la que el ecuador apareciera representado en escala 1:1, de modo que una persona situada en el ecuador vería exactamente lo mismo que si estuviera sobre la verdadera Tierra. Pero, sobre la extensión del Mundo Anillo podían trazarse cuarenta mapas como ése, uno a continuación del otro.

Un mapa como el que estaba imaginando tendría. una superficie superior a la de la Tierra. Sin embargo, después de delimitarlo sobre la topografía del Mundo Anillo, bastaría apartar la vista un instante, para ser luego incapaz de volver a localizarlo.

Las herramientas que sirvieron para construir el Mundo Anillo permitían efectos aún más interesantes. Esa pareja de océanos salados, uno a cada lado del anillo, tenían una superficie mayor que la de cualquier mundo del espacio humano. A fin de cuentas, los continentes no eran más que inmensas islas. Hubiera sido posible incluir toda la Tierra en uno de esos océanos y aún hubiera sobrado espacio en las orillas.

«No debí reírme - pensó Luis -. A mí mismo me ha costado bastante llegar a hacerme una idea de la escala de este... artefacto. ¿Por qué esperar una mayor perspicacia en los nativos?» Nessus había sido el primero en darse cuenta. Dos noches atrás, cuando vieron el arco por primera vez, Nessus gritó e intentó esconderse.

- Oh, nej, qué más da...

No tenía importancia. Y menos cuando se podían dejar atrás todos los errores a una velocidad de casi dos mil kilómetros por hora.

Interlocutor llamó a Luis y le transfirió el mando de la flotilla. Luis se puso al mando mientras Interlocutor descabezaba un sueño.

Y comenzó a amanecer a mil doscientos kilómetros por segundo.

La línea que separa el día de la noche se llama terminátor. El terminátor de la Tierra resulta visible desde la Luna y también cuando uno está en órbita; pero no puede verse desde la superficie de la propia Tierra.

No obstante, las líneas rectas que dividían la luz de la oscuridad sobre el arco del Mundo Anillo eran todas terminátores.

La línea divisoria fue acercándose a la flotilla de aerocicletas desde giro. Se extendía desde el suelo hasta el cielo, desde babor-infinito hasta estribor-infinito. Parecía una visión del destino, algo así como una pared ambulante demasiado grande para circundarla.

Por fin les alcanzó. El halo relució sobre sus cabezas, luego comenzó a proyectar un intenso resplandor a medida que el retroceso de la pantalla dejaba al descubierto un reborde del disco solar. Luis contempló la noche que se extendía a su izquierda, y el día, a su derecha, mientras la sombra divisoria iba retrocediendo a lo largo de una infinita llanura. Curioso amanecer, con su coreografía que parecía hecha ex profeso para Luis Wu, el turista.

A lo lejos, en dirección a estribor, más allá del lugar donde la tierra se transformaba en bruma indefinida, comenzaron a dibujarse nítidamente los contornos de un picacho iluminado por la luz del sol naciente.

- Puño-de-Dios - dijo Luis Wu, arrastrando cada una de las palabras -. ¡Buen nombre para la mayor montaña del mundo!

Luis Wu, el hombre, se sentía dolorido. Si su cuerpo no conseguía adaptarse pronto a las nuevas circunstancias, se le agarrotarían las articulaciones y quedaría doblado para siempre como un cuatro. Por otra parte, sus bloques de comida comenzaban a saber a eso, a bloques. Y aún tenía la nariz algo insensible. Y seguía sin poder beber café.

Pero Luis Wu, el turista, estaba en la gloria.

Por ejemplo, había descubierto la mecánica del reflejo de huida de los titerotes. Nadie había imaginado nunca que pudiera ser también un reflejo agresivo. Nadie, excepto Luis Wu.

Y el señuelo para atraer vástagos de las estrellas. ¡Qué cosa más poética para soltar por ahí! Un procedimiento sencillo, inventado milenios atrás, según había dicho Nessus. Y a ningún titerote se le había ocurrido mencionar su existencia, hasta el día anterior.

Pero los titerotes estaban negados para la poesía.

¿Sabrían los titerotes por qué seguían las naves Forasteras a los vástagos de las estrellas? ¿Guardaban maliciosamente el secreto? ¿O lo habían descartado por considerarlo irrelevante para resolver el problema de sobrevivir eternamente?

Nessus había desconectado su aerocicleta del circuito de intercom. Probablemente dormía. Luis le hizo una señal, de modo que al despertar el titerote viera la luz encendida en su panel y le llamara.

¿Lo sabría?

Los vástagos de las estrellas: seres irracionales que poblaban el núcleo de la galaxia en gran número. Su metabolismo era el fénix solar, se alimentaban de la tenue capa de hidrógeno existente en el espacio interestelar. Su fuerza motriz era una vela de fotones, enorme y con una intensa reflexión, controlada igual que un paracaídas para zambullidas aéreas. Normalmente, los vástagos de las estrellas emigraban fuera del eje de la galaxia hasta los extremos del espacio intergaláctico, para poner allí sus huevos, y luego regresaban sin ellos. Los polluelos recién nacidos debían encontrar el camino de regreso sin ayuda, remontando el viento de fotones hasta llegar al núcleo caliente, rico en hidrógeno.

Los Forasteros siempre se movían en pos de los vástagos de las estrellas.

¿Por qué lo hacían? Un problema ocioso, pero verdaderamente poético.

O tal vez no tan ocioso. En medio de la primera guerra entre hombres y kzinti, un vástago de las estrellas hizo zig en vez de hacer zag. La nave Forastera que lo seguía pasó cerca de Procyon. Y se detuvo el tiempo suficiente para vender un motor hiperlumínico a la colonia de Lo Conseguimos.

El azar también podría haber llevado la nave al espacio kzinti en vez de al humano.

¿Y ésa era la época en que los titerotes habían comenzado a estudiar a los kzinti?

- ¡Nej! Esto me pasa por dejarme llevar por mi imaginación. Disciplina, eso necesito.

¿Pero fue entonces o no? Seguro que sí. Nessus lo había dicho. Los titerotes habían estado estudiando a los kzinti, investigando la posibilidad de exterminarlos de un modo seguro.

Entonces, la guerra entre hombres y kzinti vino a resolver u problema. Una nave Forastera se aventuró en el espacio humano para venderles un motor hiperlumínico a los de Lo Conseguimos, mientras la armada kzinti iba adentrándose por la frontera opuesta. Cuando las

naves de guerra humanas estuvieron equipadas con un motor auxiliar hiperlumínico, los kzinti dejaron de constituir una amenaza para el hombre y también para los titerotes.

Luis estaba anonadado.

- No les creo capaces de algo así - dijo -. Si Interlocutor se antera...

Pero era sólo una hipótesis.

- Un experimento para la selección de la especie - continuó Luis -. ¡Y vaya selección, nej! Pero nos utilizaron. ¡Fuimos utilizados!

- Sí - dijo Interlocutor-de-Animales.

Por un momento, Luis no dudó que lo había imaginado. Luego vio la diminuta imagen transparente de Interlocutor en su panel de mandos. No había desconectado el sistema de intercomunicación.

- ¡Nej! ¡Estabas escuchando!

- Involuntariamente, Luis. Olvidé desconectar mi intercom.

- Oh.

Demasiado tarde, Luis recordó la sonrisa que le lanzó Interlocutor cuando Nessus acabó de explicar lo que era un señuelo para atraer a los vástagos de estrellas, en teoría fuera del alcance de los oídos del kzin. Recordó que las orejas kzinti están adaptadas a las necesidades de un carnívoro de presa. Recordó que en los kzinti la sonrisa es un reflejo destinado a descubrir los dientes para el ataque.

- Decías algo sobre selección de especies - dijo Interlocutor.

- Sólo estaba... - balbuceó Luis.

- Los titerotes lanzaron nuestras especies una contra con objeto de contener la expansión kzinti. Poseían un señuelo para atraer a los vástagos de las estrellas, Luis. Se sirvieron de él para conducir una nave Forastera hasta vuestro espacio y asegurar así la victoria de los humanos. Un experimento de selección de las especies, decías.

- Escucha, no son más que suposiciones. Si procuras serenarte un poco...

- Pero los dos hemos seguido el mismo razonamiento.

- Humm...

- No sabía si plantearle la cuestión a Nessus o esperar a haber cumplido nuestro principal objetivo, que es lograr salir del Mundo Anillo. Ahora que estás al corriente de la situación, no me queda más remedio que zanjar el asunto de inmediato.

- Pero... - Luis cerró la boca. De todos modos, la sirena hubiera ahogado su voz. Interlocutor había apretado el botón de alarma.

La sirena era un enloquecedor chillido mecánico, un sonido subsónico y supersónico y trepidantemente penetrante. Nessus apareció en el panel gritando:

- ¿Sí? ¿Qué pasa?

Interlocutor gruñó su respuesta:

- ¡Intervinisteis a favor del enemigo! ¡Vuestra acción es equiparable a una declaración de guerra contra el Patriarca! Teela había conectado su intercom a tiempo para oír la última frase. Luis consiguió atraer su atención y movió negativamente la cabeza. No te metas.

Las cabezas del titerote se levantaron como serpientes preparadas para el ataque. Así expresaba su sorpresa. Cuando habló, su voz no tenía la menor inflexión, como de costumbre.

- ¿De qué me hablas ahora?

- La Primera Guerra contra los Hombres. Señuelos para atraer a los vástagos de las estrellas. El motor hiperlumínico de los Forasteros.

Una cabeza triangular se sumergió rápidamente hasta desaparecer. Luis vio una aerocicleta plateada que salía de la formación y no le cupo la menor duda de que era Nessus.

No le preocupó demasiado. Las otras dos aerocicletas parecían moscas plateadas, tan lejos estaban, y tan separadas una de otra. Si el enfrentamiento se hubiera producido en tierra firme alguien habría resultado gravemente herido. Pero, ¿qué ocurriría en el aire? La aerocicleta del titerote debía ser más rápida que la de Interlocutor. Nessus ya se habría asegurado de ello. Sin duda, habría querido tener la certeza de poder correr más que un kzin en caso de necesidad.

Sólo que el titerote no estaba huyendo. Había comenzado a dar vueltas en torno al vehículo del kzin.

- No quiero verme obligado a matarte - dijo Interlocutor-de-Animales -. Si tu intención es atacarme desde el aire, recuerda que tu tasp es de menor alcance que mi rayo desintegrador. ¡Snarl!

El grito de muerte del kzin era para helar la sangre en las venas. A Luis se le agarrotaron los músculos, como si tuviera el tétanos. Sólo advirtió vagamente el punto plateado que se alejaba de la aerocicleta de Interlocutor en círculos concéntricos.

Teela quedó boquiabierta.

- No tengo intención de matarte - dijo Interlocutor-de-Animales, ya algo más calmado -. Pero quiero que me digas la verdad, Nessus. Ya sabemos que tu raza puede dirigir el curso de los vástagos de las estrellas.

- Sí - respondió Nessus.

Su aerocicleta había emprendido la retirada hacia babor a una velocidad increíble. La asombrosa serenidad de los extraterrestres era mera ilusión. Sólo era producto de la incapacidad de Luis Wu para captar la expresividad de un rostro no humano y de la incapacidad recíproca de los extraterrestres para las inflexiones humanas en intermundo.

Nessus huía como si en ello le fuera la vida. Sin embargo, el kzin no habla abandonado su puesto en la formación.

- Quiero saberlo todo, Nessus - insistió.

- Tus suposiciones son correctas - respondió el titerote -. Nuestro estudio de un método seguro para exterminar a los pérfidos y carnívoros kzinti revelaron que tu especie posee un valioso potencial, que podría llegar a sernos útil algún día. Conseguimos que evolucionarais hasta establecer pacíficas relaciones con razas distintas a la vuestra. Empleamos métodos indirectos y muy seguros.

- Ya lo creo. Nessus, esto no me gusta.

- Y a mí tampoco - terció Luis Wu.

No le había escapado el detalle de que ambos extraterrestres seguían hablando en intermundo. Hubieran podido charlar en privado de haber empleado la Lengua del Héroe. Pero habían preferido incluir también a los humanos... y con razón, pues el contencioso también afectaba a Luis Wu.

- Nos utilizasteis - dijo -. Nos utilizasteis con el mismo descaro que a los kzinti.

- Pero en perjuicio nuestro - objetó Interlocutor.

- Muchos hombres murieron en las guerras contra los kzinti.

- ¡Déjalo, Luis! - Teela Brown también entraba en liza -. De no ser por los titerotes, a estas horas todos estaríamos convertidos en esclavos kzinti! ¡Nej! ¡Evitaron que nuestra civilización fuera destruida por los kzinti!

Interlocutor sonrió y dijo:

- Nosotros también poseíamos nuestra civilización.

El titerote se había convertido en una imagen fantasmagórica y silenciosa, una pitón con un solo ojo preparada para el ataque. Seguramente tenía la otra boca ocupada conduciendo la aerocicleta que se hallaba ya a cierta distancia del grupo.

- Los titerotes nos utilizaron - dijo Luis Wu -. Nos utilizaron como instrumento, un instrumento para hacer evolucionar a los kzinti.

- ¡Pero la cosa salió bien! - le espetó Teela -. os habéis convertido en una raza pacífica, Interlocutor. Sois capaces de convivir...

- ¡Calla, humano!

- Con vuestros iguales - acabó generosamente la frase Teela -. Lleváis bastante tiempo sin atacar a otra especie...

El kzin empuñó el instrumento excavador modificado de diseño esclavista y lo exhibió delante del intercom para que Teela pudiera verlo. Ella calló como por arte de magia.

- Hubieran podido hacer otro tanto con nosotros - observó Luis.

Todos aguzaron los oídos.

- También hubieran podido experimentar con nosotros - repitió -. Si los titerotes hubieran querido seleccionar humanos por alguna característica concreta... - se interrumpió bruscamente -. Oh - dijo -. Teela. Claro.

El titerote no se inmutó.

Teela se movió inquieta bajo la mirada de Luis.

- Luis, ¿qué pasa? ¡Luis!

- Lo siento. Acaba de ocurrírseme una idea... Nessus, cuéntanos. Cuéntanos lo de las Leyes de Procreación.

- Luis, ¿te has vuelto loco,?

- Yo también hubiera caído en ello, con un poco de tiempo. - dijo Interlocutor-de-Animales -. ¿Nessus?

- Sí - dijo Nessus.

La aerocicleta del titerote era una motita plateada, que seguía alejándose en dirección a babor. Casi no se distinguía de un punto brillante, más grande e indefinido, situado un poco más adelante, a una distancia ligeramente superior de la flota de la que puede mediar entre dos puntos cualesquiera de la superficie terrestre. La imagen del titerote en el intercom ofrecía el mismo rostro inmutable e inescrutable, producto de una calavera triangular dotada de unos labios prensiles. Jamás podría adoptar un aire amenazador.

- ¿Os entremetisteis en las Leyes de Procreación de la Tierra?

- Sí.

- ¿Por qué?

- Nos gustan los humanos. Confiamos en ellos. Hemos tenido relaciones ventajosas con los humanos. Nos conviene contribuir al desarrollo de los humanos, puesto que sin duda llegarán a la Nube Menor antes que nosotros.

- Estupendo. Nos tenéis aprecio. ¿Y qué más?

- Intentamos inducir mejoras genéticas en vosotros. Pero ¿qué perfeccionar? Desde luego, no vuestra inteligencia. Vuestra fuerza no reside allí. Y tampoco está en vuestro instinto de conservación, ni en vuestra capacidad de resistencia, ni en vuestros talentos combativos.

- Conque decidisteis hacernos afortunados - dijo Luis. Y soltó una carcajada.

Teela por fin comprendió. Abrió mucho los ojos con expresión de horror en la cara. Intentó decir algo, pero sólo consiguió emitir un chillido.

- Naturalmente - prosiguió Nessus -. Por favor, no te rías, Luis. Fue una decisión razonable. Vuestra especie ha sido siempre increíblemente afortunada. Vuestra historia parece una de milagrosas escapadas por un pelo de toda una serie de desastres, de la guerra atómica intraespecie, de la total polución de vuestro planeta con desechos industriales, de los desequilibrios ecológicos, de asteroides peligrosamente compactos, de los caprichos de vuestro sol e incluso de la explosión del Núcleo, que descubristeis de forma completamente fortuita. Luis, ¿por que no paras de reír?

Luis no podía parar de reír debido a la expresión de Teela. Estaba encendida de ira. Sus ojos se movían de un lado a otro como si quisiera esconderse en alguna parte. No es agradable descubrir que uno es producto de un experimento genético.

- Conque decidimos modificar las Leyes de Procreación de la Tierra. Resultó sorprendentemente sencillo. Nuestra desaparición del espacio conocido provocó un crac en la bolsa. La especulación arruinó a varios miembros del Comité de Fertilidad. Sobornamos a algunos y presionamos a otros con la amenaza de llevarles a la cárcel por deudas, luego dimos publicidad a la corrupción existente en el Comité para forzar un cambio. Fue una operación terriblemente onerosa, pero bastante segura y tuvo éxito, al menos en parte. Conseguimos introducir las Loterías de Derechos de Procreación. Confiábamos en obtener una estirpe de humanos extraordinariamente afortunados.

- ¡Monstruo! - gritó Teela -. ¡Monstruo!

Interlocutor-de-Animales había envainado su excavadora-desintegradora.

- Teela, antes no te quejaste al oír que los titerotes habían manipulado la herencia de mi raza - dijo -. Intentaron obtener un kzin dócil. Y para conseguirlo nos hicieron criar como cría animales seleccionados un biólogo, matando a los defectuosos y conservando los otros. Te complacía pensar que ese crimen había resultado ventajoso para tu especie. Ahora, en cambio, te quejas. ¿Por qué?

Teela, llorando de rabia, se desconectó del sistema de intercomunicación.

- Un kzin dócil - repitió Interlocutor -. Intentasteis producir un kzin dócil, eh, Nessus. Pues si crees que lo conseguisteis, ¿por qué no te acercas un poco?

El titerote no respondió. El punto plateado de su aerocicleta, que se había adelantado muchísimo a la flotilla, resultaba ya demasiado pequeño para poder distinguirlo a simple vista.

- ¿No deseas unirte al grupo? ¿Y cómo esperas que te proteja en esta tierra desconocida si no te unes a nosotros? No te lo reprocho. Haces bien en tener miedo - dijo el kzin. Había sacado las garras, aguzadas como agujas y ligeramente curvas -. Vuestro intento de obtener un humano afortunado también ha sido un fracaso.

- No - replicó Nessus vía intercom -. Obtuvimos humanos afortunados. Lo que sucedió fue que no pude localizarlos para esta funesta expedición. Fueron demasiado afortunados.

- Habéis estado jugando a dios con nuestras dos especies. Más vale que no intentes acercarte.

- Me mantendré en contacto con vosotros a través del sistema de intercom.

La imagen de Interlocutor desapareció.

- Luis, Interlocutor me ha desconectado de su aparato - dijo Nessus -. Cuando quiera decirle algo, tendré que comunicarme con él por tu mediación.

- Tiene gracia - observó Luis, y también lo desconectó.

Casi de inmediato se encendió una lucecita en el lugar donde antes se veía la imagen del titerote. Nessus quería hablar.

Ya estaba harto de él, ¡nej!

Unas horas más tarde sobrevolaron un mar del tamaño del Mediterráneo. Luis perdió altura para investigar y observó que las demás aerocicletas le seguían, Luego, aún pilotaba la flotilla, pese a que nadie quería hablar con él.

Toda la línea costera era una continua ciudad y toda la ciudad estaba en ruinas. Excepto por los muelles, era del mismo estilo que Zignamuclikclik. Luis no aterrizó. Nada nuevo podrían descubrir allí.

Luego, la tierra fue subiendo gradualmente de nivel, cada vez más, hasta que sintió que le estallaban los oídos y los medidores de presión bajaron al mínimo. La verde campiña se convirtió en monte bajo, luego en una alta tundra desértica, más adelante encontraron kilómetros y kilómetros de rocas desnudas, a continuación...

A lo largo de casi un millar de kilómetros de serranía, los vientos habían ido arrastrando los matorrales, la tierra y las rocas. No quedaba más que un espinazo desnudo de material base del anillo, de un repugnante gris translúcido.

¡Qué descuidados! Los ingenieros del Mundo Anillo jamás hubieran permitido tamaño deterioro. Luego, la civilización de los constructores del Mundo Anillo debía de haber entrado en decadencia mucho tiempo atrás. El proceso debió de iniciarse de ese modo: la base del anillo comenzó a asomar bajo el revestimiento en los lugares menos transitados...

A lo lejos, en la dirección seguida por Nessus, se divisaba una vasta extensión brillante en medio de la llanura. Calculó que estaría a unos cincuenta u ochenta mil kilómetros de distancia. Una gran extensión reluciente del tamaño de Australia.

¿Otra extensión de material base desnudo? Grandes superficies de material base asomaban bajo lo que antaño había sido tierra fértil, tierra que se había vuelto estéril, se había resecado y había sido arrastrada por el viento, una vez paralizado el sistema de irrigación. El desmoronamiento de Zignamuclikclik, la avería universal en el sistema de suministro de energía, debió de ser la última fase del proceso destructor.

¿Cuánto tiempo habría durado este proceso? ¿Diez mil años?

¿Más?

- ¡Nej! Me gustaría poder comentarlo con alguien. Puede ser un detalle importante.

Luis siguió escrutando el paisaje con gesto enfurruñado.

El transcurso del tiempo era distinto con el sol siempre directamente sobre sus cabezas. La mañana y la tarde no diferían en nada. Las decisiones parecían menos permanentes. La realidad menos real. «Algo parecido - pensó Luis - al instante de tiempo que se tarda en pasar de una cabina teletransportadora a otra.»

Ya lo tenía. Transitaban entre dos cabinas teletransportadoras, una situada en el «Embustero», la otra en el muro exterior del anillo. Sólo estaba soñando que sobrevolaban una vasta extensión de llanura gris en un triángulo de aerocicletas.

Siguieron volando rumbo a babor a través del tiempo detenido.

- Cuánto rato haría que nadie hablaba con nadie? Ya hacía horas que Luis le había hecho señal a Teela de que deseaba decirle algo. Poco después había intentado ponerse en contacto con Interlocutor. Las luces se habían encendido en sus paneles de mandos, pero las habían ignorado, igual como Luis ignoraba la que brillaba en el suyo.

- Se acabó - dijo de pronto Luis. Conectó su aparato de intercomunicación.

Captó una increíble cascada de música orquestas, hasta que el titerote advirtió su llamada. Luego...

- Debemos procurar que la expedición vuelva a agruparse sin derramamiento de sangre - dijo Nessus -. ¿Alguna idea, Luis?

- Sí. No es correcto iniciar una conversación de un modo tan brusco.

- Lo siento, Luis. Gracias por responder a mi llamada. ¿Cómo estás?

- Aburrido y disgustado, y todo por tu culpa. Nadie quiere hablar conmigo.

- ¿Puedo hacer algo?

- Es posible. ¿Tuviste algo que ver con la modificación de las Leyes de Procreación?

- Estuve al frente del proyecto.

Luis soltó un bufido.

- Es lo peor que podías haberme dicho. ¡Espero que seas la primera víctima del control de natalidad retroactivo! Teela no volverá a dirigirme la palabra.

- No deberías haberte reído de ella.

- Ya lo sé. Lo que me preocupaba más de todo este asunto - explicó Luis - es comprobar que sois capaces de tomar decisiones de tamaña magnitud y luego cometéis estupideces tan grandes como, como...

- Supongo que Teela Brown no puede oírnos.

- No, claro que no. ¡Nej, Nessus! ¿Te das cuenta de lo que le has hecho?

- ¿Por qué mencionaste el asunto si sabías que ello le tocaría tanto el amor propio?

Luis suspiró. Había resuelto un problema teórico y de inmediato había soltado la solución. No se le había ocurrido, jamás hubiera pensado, que más valía no dar a conocer la solución. No iba con su manera de pensar.

- ¿Se te ha ocurrido alguna idea para volver a reunir la expedición? - preguntó entonces el titerote.

- Sí - dijo Luis, y cortó la comunicación.

Eso le daría algo en qué pensar.

El terreno fue descendiendo gradualmente y volvieron a sobrevolar una verde campiña.

Cruzaron otro mar y un gran delta. Pero el lecho del río estaba seco, al igual que el delta. Alguna alteración en el curso de los vientos debía de haber secado el manantial.

Luis perdió altura y entonces pudo comprobar que todos los canalillos que serpenteaban aparentemente al azar hasta constituir el delta habían sido esculpidos de modo permanente sobre el terreno. Los artistas del Mundo Anillo no se habían limitado a dejar que el río excavase sus propios canales. Y tenían razón; la capa de tierra que recubría el Mundo Anillo era demasiado delgada. Se imponía el recurso a métodos artificiales.

Pero los canales vacíos resultaban desagradables a la vista. Luis frunció los labios en señal de desaprobación y siguió adelante.

14. Interludio con girasoles

Pronto sobrevolarían unas montañas.

Luis llevaba toda la noche y buena parte de la mañana pilotando. No sabía exactamente cuántas horas. Ese inmóvil sol de mediodía constituía una trampa psicológica; podía alargar o comprimir el tiempo, y Luis no sabría decir si había ocurrido lo uno o lo otro.

Su estado de ánimo era ahora el característico de sus viajes sabáticos. Casi había olvidado las demás aerocicletas. Volar solo sobre una superficie de terreno sin fin, infinitamente variable, no difería gran cosa de adentrarse a solas en una nave individual más allá de las estrellas conocidas. Luis Wu estaba solo frente al universo, y el universo era como un juguete para Luis Wu. Entonces, el problema más acuciante del mundo entero se reducía simplemente a saber si Luis Wu continuaba satisfecho consigo mismo.

Casi se sobresaltó cuando sobre su panel de mandos apareció un rostro anaranjado.

- Debes de estar cansado - dijo el kzin -. ¿Quieres que pilote yo?

- Preferiría aterrizar. Tengo el cuerpo agarrotado.

- Pues hazlo. Tú diriges la flotilla.

- No deseo imponerle mi compañía a nadie. - Y de pronto advirtió que decía exactamente lo que sentía. No le había costado mucho recuperar el estado de ánimo de sus viajes sabáticos.

- ¿Crees que Teela intentará esquivarte? Es posible que tengas razón, no me ha llamado ni a mí, aunque comparto la misma afrenta.

- Te lo estás tomando demasiado a pecho. No, espera, no desconectes.

- Prefiero estar solo, Luis. La ofensa del herbívoro es intolerable.

- ¡Pero todo ocurrió hace muchísimo tiempo! No, no desconectes; ten piedad de un pobre viejo solitario. ¿Te has fijado en el paisaje?

- Sí.

- ¿Has observado las regiones desérticas?

- Sí. En algunos puntos la erosión ha desgastado el lecho de rocas hasta dejar al descubierto la base indestructible del anillo. Algo debe de haber modificado gravemente las corrientes eólicas hace muchísimo tiempo. Una erosión de esa magnitud no puede producirse de la noche a la mañana, ni siquiera en el Mundo Anillo.

- Lo mismo opino yo.

- Luis, ¿cómo pudo producirse la decadencia de una civilización de tales dimensiones y tan poderosa?

- No tengo la menor idea. Seamos sinceros: imposible adivinarlo, ni siquiera con toda nuestra intuición y conocimientos. Incluso los titerotes poseen un nivel tecnológico inferior al del Mundo Anillo. ¿Cómo deducir lo que pudo haberles hecho volver al nivel de la primera edad de piedra?

- Tendremos que estudiar más detenidamente a los nativos - dijo Interlocutor-de-Animales -. Sería inútil confiar en su ayuda para trasladar al «Embustero» a cualquier parte. Debemos encontrar seres capaces de hacerlo.

Justo lo que Luis deseaba oír.

- Se me ha ocurrido una forma eficaz de entrar en contacto con los nativos siempre que queramos.

- ¿Sí?

- Preferiría aterrizar para discutirlo con más calma.

- Puedes aterrizar cuando quieras.

Una alta y maciza cadena de montañas se interponía en la ruta de la flotilla de aerocicletas. Sus cumbres y los pasos que se abrían entre ellas tenían un resplandor nacarado que a Luis no le costó identificar. Los fuertes vientos que soplaban sobre la cordillera habían ido desgastando la roca hasta dejar al descubierto la mayor parte de la infraestructura de material base del anillo.

Luis hizo descender la flotilla en dirección a unas colinas. Decidió aterrizar junto a un arroyuelo plateado que brotaba de la montaña y luego se perdía en un bosque, también aparentemente interminable, extendido cual verde pelaje sobre la precordillera.

Teela se puso en contacto con él.

- ¿Qué haces? - le preguntó.

- Estoy aterrizando. Me siento fatigado de tanto volar. Pero no cortes. Quisiera pedirte disculpas.

Ella desconectó.

- Ha respondido mejor de lo que esperaba - musitó Luis sin demasiada convicción. La próxima vez estaría más dispuesta a escuchar, sabiendo que pensaba disculparse.

- La idea se me ocurrió cuando hablábamos de «jugar a ser dios» - explicó Luis. Por desgracia, sólo podía tratar el asunto con Interlocutor, Teela había desmontado de su aerocicleta y había desaparecido en el bosque después de lanzarle una airada mirada.

Interlocutor asintió con su lanuda cabeza anaranjada. Sus orejas temblaban como pequeños abanicos chinos entre unos dedos inquietos.

- Podemos considerarnos razonablemente a salvo en este mundo - le dijo Luis - a condición de que permanezcamos en el aire. No me cabe la menor duda de que conseguiremos llegar a nuestro destino. Probablemente podríamos volar hasta el muro exterior sin tener que aterrizar, si ello fuera necesario; o podríamos aterrizar sólo en aquellos lugares donde asoma la infraestructura del anillo. Ningún animal de presa podría alimentarse de esa materia. Pero poca cosa averiguaremos si no aterrizamos. Y para salir de este gigantesco juguete necesitaremos de la ayuda de los nativos. Todo parece indicar que, a pesar de todo, alguien tendrá que remolcar el «Embustero» hasta seiscientos cincuenta mil kilómetros del lugar de nuestro aterrizaje.

- Ve al grano, Luis. Necesito un poco de ejercicio.

- Cuando lleguemos al muro exterior nos convendrá estar mejor informados sobre los anillícolas.

- Desde luego.

- ¿Por qué no jugar a ser dioses?

Interlocutor titubeó:

- ¿Qué quieres decir?

- Podemos representar perfectamente a los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo. No poseemos los poderes que ellos tenían, pero contamos con lo suficiente para presentarnos como divinidades ante los nativos. Tú podrías ser el dios...

- Gracias.

- ...Teela y yo los acólitos. Nessus quedaría muy bien en el papel de demonio cautivo.

Interlocutor enseñó las garras:

- Pero Nessus no está aquí, y tampoco se nos unirá.

- Ahí está el problema. En...

- Esto no es negociable, Luis.

- Pues es una lástima. Necesitamos su ayuda para este proyecto.

- En ese caso, será mejor que lo olvides.

Luis seguía dudando en cuanto a esas garras. ¿Estarían sometidas a control voluntario o no? En cualquier caso, seguían amenazándole. Si hubieran estado hablando a través del sistema de intercomunicación, Interlocutor ya habría colgado.

Y ésa era la razón de que Luis hubiera insistido en discutirlo todo en tierra.

- Míralo bajo el aspecto intelectual. Serías un dios estupendo. Resultas terriblemente intimidante desde un punto de vista humano, aunque tendrás que concederme un margen de confianza y creer lo que te digo, pues no podría demostrártelo.

- ¿Y para qué queremos a Nessus?

- A causa del tasp, para poder dispensar premios y castigos. En tu papel de dios, puedes hacer trizas a los incrédulos, sacarles las tripas y luego devorarlas. Ese será el castigo. Para las recompensas utilizaremos el tasp del titerote.

- ¿No podríamos arreglárnoslas sin el tasp?

- ¡Es una forma tan estupenda de recompensar a los fieles! Un estallido de puro placer, justo en el centro del cerebro. Sin efectos secundarios. Sin resaca. ¡Teóricamente el tasp es mejor que un orgasmo!

- Lo encuentro poco ético. Aunque los nativos no sean más que simples humanos, no quisiera convertirles en adictos al tasp. Sería más humanitario matarlos - dijo Interlocutor - Además, el tasp del titerote actúa sobre los kzinti, no sobre los humanos.

- Creo que te equivocas.

- Luis, sabemos que el tasp fue diseñado para ser empleado sobre la estructura cerebral de un kzin. Yo lo experimenté. Y tienes razón: fue una experiencia religiosa, diabólica.

- Pero no tenemos por qué suponer que el tasp no actuará sobre los humanos. Yo opino que también debe de ser efectivo. Conozco a Nessus. O bien su tasp es eficaz para nosotros dos, o dispone de dos tasps. Yo no estaría aquí si él no tuviera alguna manera de controlar a los humanos.

- Todo esto es terriblemente hipotético.

- ¿Quieres que le llamemos y lo averigüemos?

- No.

- ¿Qué perdemos con preguntárselo?

- No serviría de nada.

- Lo había olvidado. Falta de curiosidad - dijo Luis. La curiosidad de los primates estaba bastante atrofiada en la mayoría de las especies racionales.

- ¿Intentabas despertar mi curiosidad? Ya veo. Querías comprometerme en una línea de actuación, Luis. Por mí, el titerote puede arreglárselas para llegar al muro exterior. De momento, tendrá que viajar solo.

Y sin dar tiempo a que Luis pudiera replicarle, el kzin dio media vuelta y desapareció en una mata acodada. Ello puso fin a la discusión de un modo tan tajante como si hubiera desconectado el sistema de intercomunicación.

El mundo se había derrumbado sobre Teela Brown. Sus sollozos eran terribles, desconsolados, toda una orgía de autocompasión.

Había encontrado un medio de dar rienda suelta a su dolor.

El tema dominante era el color verde oscuro. La vegetación se alzaba exuberante sobre su cabeza, demasiado densa para permitir el paso directo de los rayos solares. Pero a nivel del suelo clareaba lo suficiente para permitir caminar sin dificultad. Era un umbrío paraíso para amantes de la naturaleza.

Lisas y verticales paredes de roca, constantemente húmedas por efecto de una cascada, rodeaban una profunda charca de agua clara. Teela se había metido en la charca. El ruido de la cascada casi ahogaba sus sollozos; sin embargo, las paredes amplificaban el sonido en una sucesión de ecos. Era como si la naturaleza llorara con ella.

No había advertido la llegada de Luis Wu.

Abandonada en un mundo extraño, ni siquiera Teela Brown hubiera ido muy lejos sin su botiquín. Éste era una pequeña caja sujeta al cinturón y a la cual iba acoplado un circuito detector. Luis había ido siguiendo las señales del aparato hasta las ropas de Teela, apiladas sobre una mesa natural de granito junto a la charca.

Una oscura luz verdosa, el rumor del agua y los ecos de los sollozos. Teela estaba prácticamente debajo de la cascada. Debía de estar sentada sobre algo, pues sus brazos y sus hombros sobresalían a la superficie. Tenía la cabeza inclinada y su oscuro cabello negro le cubría la cara.

De nada serviría esperar que viniera a su encuentro. Luis se despojó de sus ropas y las dejó junto a las de ella. El frío le hizo estremecerse, pero se zambulló.

En el acto comprendió su error.

En sus viajes sabáticos, Luis raras veces topaba con mundos de constitución semejante a la de la Tierra. Y los pocos que encontraba solían ser tan civilizados como la propia Tierra. Luis no era tonto. Si se le hubiera ocurrido pensar que la temperatura del agua podía ser distinta...

Pero no lo había pensado.

El agua procedía del deshielo de las montañas cubiertas de nieve. Luis quiso gritar al sentir el intenso frío, pero ya tenía la cabeza bajo el agua. Al menos tuvo la prudencia de no inhalar.

Su cabeza emergió del agua. Chapoteó y comenzó a jadear a consecuencia del frío y la falta de aire.

Luego empezó a tomarle gusto a la cosa.

Sabía moverse en el agua; aunque siempre lo había hecho en aguas más calientes que ésa. Se mantuvo a flote, moviendo rítmicamente los pies, y empezó a sentir las corrientes generadas por la cascada deslizándose sobre su piel.

Teela ya le había visto. Le esperaba sentada bajo la cascada. Luis nadó a su encuentro.

Hubiera tenido que gritar a viva voz para conseguir que ella le oyera. Cualquier disculpa o palabra cariñosa estaba fuera de lugar. Sin embargo, podía tocarla.

Ella no esquivó sus caricias. Se limitó a inclinar la cabeza y dejar que el cabello le ocultara otra vez el rostro. Su rechazo tenía una intensidad casi telepática.

Luis lo respetó.

Se puso a nadar a su alrededor, ejercitando los músculos agarrotados tras dieciocho horas de permanecer sentado en la aerocicleta. El agua estaba estupenda. Pero llegó un momento en que el embotamiento producido por el frío se convirtió en dolor y Luis llegó a la conclusión de que corría el riesgo de contraer una pulmonía.

Tocó ligeramente a Teela en el brazo y le señaló la orilla. Ella asintió y le siguió.

Se tendieron junto a la charca, temblorosos, muy apretados uno contra otro y rodeados con los sobretodos termocontrolados, a modo de mantas. Poco a poco, sus cuerpos ateridos fueron absorbiendo el calor.

- Siento haberme reído - dijo Luis. Ella hizo un movimiento de cabeza, en señal de que aceptaba sus disculpas, pero no le perdonó explícitamente -. La verdad es que resultaba gracioso. ¡Los titerotes, los mayores cobardes del universo, habían tenido la osadía de procrear humanos y kzinti como si fuesen dos razas de ganado vacuno! Debían haber comprendido que corrían un gran riesgo. - Advirtió que estaba hablando más de la cuenta, pero deseaba explicarse, justificarse -. ¡Y mira lo que consiguieron! Sé algo sobre las guerras entre hombres y kzinti; tengo entendido que los kzinti eran bastante salvajes. Los antepasados de Interlocutor hubieran arrasado Zignamuclikclik hasta la última piedra. Interlocutor se contuvo... Pero procrear humanos basándose en la buena suerte...

- Crees que cometieron un error al hacer de mí lo que soy.

- ¡Nej! ¿Crees que pretendo insultarte? Mi intención sólo era sugerir que la idea resulta muy graciosa. Y lo más divertido es que lo intentaran justamente los titerotes. Por eso me reí.

- ¿Esperas que me ría contigo?

- Sería pedir demasiado.

- Está bien. Perdonado.

No le odiaba por haberse reído. Deseaba sentirse a gusto, no desquitarse. El calor de los sobretodos, y en particular el calor de los dos cuerpos unidos, producía una sensación agradable.

Luis comenzó a acariciarle la espalda. Ello la serenó.

- Me gustaría que nuestro grupo volviera a reunirse - comenzó a explicarle. Advirtió que su cuerpo se ponía tenso. Veo que no te atrae la idea.

- No.

- ¿Por lo de Nessus?

- Le odio. ¡Le odio! Hizo criar a mis antepasados como ¡como animales! Pareció calmarse un poco -. De todos modos, Interlocutor le hará pedazos si intenta regresar. Conque no hay problema.

- Y si persuadiera a Interlocutor para que Nessus se nos uniese otra vez?

- ¿Cómo piensas conseguirlo?

- Es sólo una suposición.

- Pero, ¿para qué?

- Nessus sigue siendo el propietario del «Tiro Largo». Y esa nave es el único medio posible de conseguir trasladar la raza humana a las Nubes de Magallanes sin que la operación requiera varios siglos. Perderemos el «Tiro Largo» si abandonamos el Mundo Anillo sin Nessus.

- ¡Cómo puedes ser tan materialista, Luis!

- Mira. Tú misma dijiste que si los titerotes no hubieran hecho lo que hicieron con los kzinti, a estas horas todos seríamos sus esclavos. Y es verdad. Pero si los titerotes no hubieran modificado las Leyes de Procreación, ¡tú ni siquiera habrías nacido!

Su cuerpo se puso muy rígido junto al de Luis. Su rostro reflejaba sus pensamientos.

Luis seguía insistiendo:

- Los titerotes hicieron todo eso hace ya mucho tiempo. ¿No puedes perdonar y olvidar?

- ¡No puedo! - se apartó de él, se deslizó fuera de los tibios sobretodos y se zambulló en el agua helada. Luis titubeó un instante, luego la siguió. Un frío y húmedo impacto. Luego emergió. Teela se había sentado otra vez bajo la cascada.

Y le sonreía invitadora. ¿Cómo se las arreglaba para pasar tan fácilmente de un estado de ánimo a otro?

Luis nadó hacia ella.

- ¡Vaya manera de hacerme callar! - dijo riendo.

Ella no podía haberle oído. Ni él mismo escuchaba sus palabras con el estruendo del agua que caía a su alrededor. Pero Teela también rió, sin un sonido, y le tendió los brazos.

- ¡No valía la pena discutir por eso! - gritó él.

El agua estaba fría. Teela era el único calor. Se arrodillaron y se abrazaron.

El amor resultó una deliciosa combinación de frío y calor. Era un consuelo poder hacer el amor. No resolvía nada; pero al menos permitía rehuir los problemas del momento. Regresaron a las aerocicletas, aún temblorosos bajo sus calientes sobretodos. Luis no había vuelto a decir nada. Acababa de descubrir algo sobre Teela Brown.

No sabía mostrarse esquiva. Era incapaz de decir no y mantenerse firme. No sabía hacer reproches con una calculada intensidad, jocosos, incisivos o mortalmente envenenados, como hacían otras mujeres. Teela Brown nunca había sido herida socialmente, al menos no con la frecuencia suficiente para llegar a aprender esas artimañas.

Luis podría seguir intimidándola hasta el día del juicio y ella continuaría sin saber cómo pararle los pies. Y Luis, consciente de todo esto, no dijo ni una palabra, por esta y también por otra razón.

No quería hacerla sufrir. Así fueron avanzando en silencio con las manos entrelazadas y acariciándose sugestivamente con los dedos.

- Está bien - dijo ella de pronto -. Si convences a Interlocutor, por mí puede regresar Nessus.

- Gracias - dijo Luis, con gesto de sorpresa.

- Es sólo por el «Tiro Largo» - aclaró ella -. Además, no creo que lo consigas.

Era hora de comer y de practicar algunos ejercicios formales: flexiones de piernas y brazos, y otros informales como trepar a los árboles.

Interlocutor había regresado junto a las aerocicletas. No tenía la boca manchada de sangre. Cuando llegó a su vehículo apretó un botón, pero no para pedir una pastilla antialérgica, sino un húmedo trozo rectangular de hígado caliente. «Aquí viene el gran cazador», pensó Luis.

El cielo estaba encapotado cuando aterrizaron. Y seguía encapotado cuando despegaron. Luis reanudó la discusión vía intercom.

- Olvidemos lo que ocurrió últimamente.

- El tiempo no salda las cuestiones de honor, Luis, aunque es lógico que no lo entiendas. Además, las consecuencias de ese acto siguen muy vivas. ¿Por qué escogió Nessus a un kzin para su expedición?

- Ya nos lo dijo él mismo.

- Por qué seleccionó a Teela Brown? El Ser último debió de ordenarle comprobar si esos humanos habían heredado una buena suerte psíquica. También debía averiguar si los kzinti se habían tornado tan dóciles como ellos esperaban. Me escogió a mí, pues pensó que como embajador ante una especie notoria por su arrogancia, sería más probable que manifestase la docilidad esperada.

- Ya lo había pensado.

Luis había ido aún más allá en el razonamiento. ¿Habría recibido Nessus instrucciones de hablar del señuelo para atraer vástagos de las estrellas, con objeto de calibrar las reacciones de Interlocutor?

- No tiene importancia. Te aseguro que no soy dócil.

- Deja de usar esa palabra. ¡Te impide pensar correctamente!

- Luis, ¿por qué intercedes en favor del titerote? ¿Por qué deseas su compañía?

«Bien preguntado», pensó Luis. Sin duda, el titerote merecía sufrir un poco. Y si lo que Luis sospechaba era cierto, Nessus no corría el menor peligro.

¿Es que sólo Luis Wu sentía afecto por los seres de otras especies?

¿O era un problema aún más general? Un titerote era un ser distinto. La diferencia era un factor importante. Un hombre de la edad de Luis Wu podía acabar hastiado de la vida, si no encontraba un poco de variedad. La compañía de seres de otras especies constituía una necesidad vital para Luis Wu.

Las aerocicletas se remontaron, siguiendo la ladera de las montañas.

- Es una cuestión de puntos de vista - respondió Luis Wu -. Nos encontramos en un medio extraño, más extraño que cualquier mundo humano o kzinti. Necesitaremos todas las visiones que seamos capaces de reunir, sólo para hacernos una idea de lo que ocurre.

Teela aplaudió silenciosamente. ¡Buen argumento! Luis le devolvió el guiño. Una conversación muy humana; Interlocutor jamás conseguiría adivinar su sentido.

- No necesito que un titerote me explique cómo es el mundo - iba diciendo mientras tanto el kzin -. Me basta con mis propios ojos, mi nariz y mis oídos.

- Eso sería discutible. Pero, en todo caso, necesitas el «Tiro Largo». Todos tenemos necesidad de las técnicas materializadas en esa nave.

- Para obtener provecho. Un motivo muy poco digno.

- ¡No seas injusto, nej! ¡El «Tiro Largo» será útil a toda la raza humana, y también a la kzinti!

- Tonterías. Aunque no seas tú solo el beneficiado, subsiste el hecho de que estás dispuesto a canjear tu honor por una ventaja material.

- Mi honor no está en entredicho - le azuzó Luis.

- Yo diría que sí - terció Interlocutor. Y cortó.

- Es un buen truco, esa palanquita - comentó Teela con malicia -. Estaba segura de que desconectaría.

- Yo también. Pero, ¡por Finagle! Es difícil de convencer.

Más allá de las montañas se abría una interminable extensión de lanudas nubes blancas, que se tornaban grisáceas en las proximidades del horizonte-infinito. Las aerocicletas parecían flotar sobre blancas nubes, más abajo se divisaba un cielo de un azul reluciente sobre el que se lograba distinguir la tenue silueta del Arco, justo en el límite de lo visible.

Las montañas desaparecieron a sus espaldas. Luis sintió una punzada de nostalgia al recordar la charca del bosque con la cascada. Jamás volverían a verla.

Las aerocicletas iban dejando una estela, una ondulación sobre la capa de nubes formada bajo el impacto de las ondas sonoras rechazadas por los vehículos. Frente a ellos, sólo un detalle rompía la infinidad del horizonte. Luis decidió que debía ser una montaña o bien una tormenta, muy distante y muy grande. Desde ahí parecía tener el tamaño de una cabeza de alfiler vista desde un metro de distancia.

Interlocutor rompió el silencio:

- Un resquicio en la capa de nubes, Luis. Frente a nosotros.

- Ya lo he visto.

- ¿Ves cómo brilla la luz a través del resquicio? El terreno refleja una enorme cantidad de luz.

Tenía razón, los rebordes del resquicio abierto entre las nubes emitían un intenso resplandor.

- ¿Y si estuviéramos volando sobre una zona de material base del anillo? Sería la mayor erosión encontrada en el revestimiento hasta el momento.

- Quisiera verlo mejor.

- De acuerdo - dijo Luis.

Siguió con la mirada la manchita de la aerocicleta de Interlocutor que se alejaba a toda velocidad rumbo a giro. Con su aerocicleta a 2 Mach, Interlocutor apenas conseguiría una visión fugaz del suelo...

Se le planteaba un dilema. ¿Qué debía observar? ¿La manchita plateada de la aerocicleta de Interlocutor, o el pequeño rostro gatuno de color anaranjado sobre la pantalla? Una imagen era real, la otra más detallada. Ambas ofrecían información, aunque de distinto tipo.

En principio, ninguna solución resultaba del todo satisfactoria. En la práctica, como es lógico, Luis acabó por mirar alternativamente una y otra.

Vio a Interlocutor acercándose al resquicio...

El intercom repitió el aullido del kzin. La manchita plateada se tornó súbitamente aún más brillante; y el rostro de Interlocutor se trocó en un cegador destello de luz blanca. Tenía los ojos firmemente, cerrados, y la boca abierta en un alarido.

La imagen palideció. Interlocutor había cruzado el resquicio abierto en las nubes. Se tapaba el rostro con un brazo. La piel que lo cubría estaba chamuscada y humeante.

Bajo la plateada manchita divergente de la aerocicleta de interlocutor se divisaba una zona iluminada sobre la capa de nubes..., como si un foco estuviera siguiendo al kzin desde abajo.

- ¡Interlocutor! - gritó Teela -. ¿Puedes ver?

Interlocutor la oyó y se descubrió la cara. La piel anaranjada estaba intacta en una amplia banda que incluía los ojos. El resto de la piel estaba negra y chamuscada. Interlocutor abrió los ojos, volvió a cerrarlos con fuerza, los abrió otra vez.

- Estoy ciego - dijo.

- Sí, pero ¿puedes ver?

Preocupado como estaba por Interlocutor, Luis casi no prestó atención a lo curioso de la pregunta. Sin embargo, subliminalmente captó algo en el tono de voz de la muchacha: ansiedad y, subyacente a ésta, la insinuación de que Interlocutor no había respondido a su pregunta y debía darle otra oportunidad.

Pero no había tiempo que perder.

- ¡Interlocutor! Acopla tu vehículo al mío. Tenemos que buscar un lugar resguardado - gritó Luis.

Interlocutor movió unas cuantas palancas en su tablero.

- Ya está. Luis, ¿qué clase de cobertura?

Su voz sonaba más ronca y distorsionada por el dolor.

- Regresaremos a las montañas.

- No. Perderíamos demasiado tiempo. Luis, ya sé lo que me atacó. Si no me equivoco, estaremos a salvo mientras tengamos el resguardo de las nubes.

- ¿Eh?

- Tendrás que investigar.

- Necesitas cuidados médicos.

- Así es, pero primero debes buscarnos un lugar donde aterrizar. Debes descender donde las nubes sean más densas...

Bajo las nubes, no estaba oscuro. Se filtraba un poco de luz y buena parte de ella era reflejada otra vez sobre Luis, Wu. El brillo resultaba cegador.

En esa región la superficie terrestre era una llanura ondulada. El material base del anillo estaba cubierto de tierra y vegetación.

Luis siguió bajando, con el entrecejo fruncido para protegerse de los destellos.

Sólo se veía una única especie de planta, regularmente distribuida sobre el terreno, desde allí hasta el horizonte-infinito. Cada planta contaba con una sola flor, y todas las flores iban girando y siguiendo a Luis Wu en su descenso. Un enorme público, atento y silencioso.

Aterrizó y desmontó junto a una de las plantas.

Debía de tener unos treinta centímetros de altura y tenía el tallo verde y nudoso. Su única flor era del tamaño de un rostro humano. El dorso de la corola estaba veteado, como si estuviera lleno de venas o tendones; y la superficie interior era un espejo cóncavo perfectamente liso. En el centro se alzaba un corto pedúnculo que acababa en una bulbosidad verde oscuro.

Todas las flores que alcanzaba a divisar se volvieron hacia él. El resplandor bañaba todo su cuerpo. Luis comprendió que intentaban matarle y levantó los ojos intranquilo; pero la capa de nubes seguía allí.

- Tenías razón - dijo a través del sistema de intercomunicación -. Son girasoles esclavistas. De no haberse formado esta capa de nubes, hubiéramos caído fulminados nada más cruzar las montañas.

- ¿Hay algún lugar dónde podamos ponernos al abrigo de los girasoles? ¿Una cueva, por ejemplo?

- Creo que no. El terreno es demasiado llano. Los girasoles no son capaces de dirigir la luz con precisión, pero aún así emiten un terrible resplandor.

Entonces intervino Teela:

- Por piedad, ¿qué os pasa ahora? ¡Luis, tenemos que aterrizar! ¡Interlocutor está grave!

- Tiene razón, Luis, me duele bastante.

- Entonces sugiero que corramos el riesgo. Descended los dos. Tendremos que confiar que las nubes no se dispersen.

- ¡Ahí vamos!

La imagen de Teela transmitida por el intercom entró en acción.

Luis dedicó un par de minutos a investigar entre las plantas. Exactamente como había imaginado, no logró encontrar ningún superviviente de otra especie en el dominio de los girasoles. Ninguna planta más pequeña crecía entre los tallos. No se veía volar ninguna criatura, y nada se arrastraba bajo el suelo de color ceniciento. Las plantas mismas no presentaban tizones, ni hongos parásitos, ni manchas indicadoras de alguna enfermedad. Si un girasol se hubiera visto afectado por alguna dolencia los demás lo destruirían en el acto.

La flor-espejo constituía un arma terrible. Su principal finalidad era concentrar la luz del sol en el nódulo fotosintético verde del centro. Pero también podía dirigir sus rayos sobre un animal o insecto devorador de plantas y aniquilarlo. Los girasoles quemaban a todos los enemigos. Todo ser viviente es un enemigo para una planta de fotosíntesis; y todo ser viviente servía luego de fertilizante para los girasoles.

«Pero ¿cómo habrían llegado hasta aquí?», se preguntó Luis.

En efecto, esos girasoles no podían coexistir con otras formas menos elaboradas de vida vegetal. Eran demasiado poderosos. En consecuencia, no podían ser originarios del planeta natal de los anillícolas.

Los ingenieros debían de haber recorrido las estrellas circundantes en busca de plantas útiles o decorativas. Tal vez habían llegado hasta Ojos Plateados, en el espacio humano. Y debían de haber llegado a la conclusión de que los girasoles eran decorativos.

«Pero debieron rodearlos mediante una valla. A cualquier imbécil se le ocurriría. Les tendrían que haber destinado una zona aislada tras un alto y grueso muro de material base sin recubrir, por ejemplo. Ello hubiera impedido su expansión.

»Pero algo falló. De algún modo, una semilla logró salvar la barrera. Imposible decir hasta dónde se habrán extendido a estas horas», se dijo Luis para sus adentros. Luego se encogió de hombros. Ese debía ser el «punto luminoso» que él y Nessus habían divisado a lo lejos. Hasta donde alcanzaba la mirada, ningún ser viviente se atrevía a desafiar a los girasoles.

Con el tiempo, si se les concedía ese tiempo, los girasoles llegarían a dominar el Mundo Anillo.

Pero aún faltaba mucho tiempo para esa eventualidad. El Mundo Anillo era grande. En él había espacio suficiente para todo.

15. Un castillo de ensueño

Luis, sumido en sus reflexiones, casi no advirtió la llegada de las dos aerocicletas que aterrizaron junto a la suya. Salió bruscamente de su ensueño cuando Interlocutor bramó:

- ¡Luis! Coge el desintegrador de mi aerocicleta y cávanos un escondrijo. Tú, Teela, ven a curarme las heridas.

- ¿Un escondrijo?

- Sí. Tendremos que escondernos bajo tierra y esperar la caída de la noche.

- Comprendo.

Luis se despabiló. Era una vergüenza que Interlocutor hubiera tenido que pensar en eso, herido como estaba. Era evidente que no podían correr el riesgo de que se produjera un desgarrón en las nubes. Con una mínima cantidad de luz directa, los girasoles ya podrían asesinarles. Pero por la noche...

Luis procuró no mirar a Interlocutor mientras hurgaba en su aerocicleta. Un vistazo había sido suficiente. El kzin tenía la mayor parte del cuerpo negro de quemaduras. Los líquidos orgánicos rezumaban entre las cenizas untuosas que antes fueran pelo. La carne, de un rojo brillante, había quedado al descubierto en varias zonas. El olor a pelo chamuscado era penetrante y nauseabundo.

Luis encontró el desintegrador: una escopeta de dos cañones con un asa que parecía blanda. La otra arma que llevaba el kzin le hizo sonreír amargamente. Si Interlocutor le hubiera sugerido quemar los girasoles con las linternas de rayos laser, Luis probablemente habría accedido, tan desconcertado estaba.

Cogió el arma y se alejó a toda prisa; comenzaba, a sentir náuseas y le avergonzaba su debilidad. El dolor de las quemaduras de Interlocutor le hacía sufrir también a él. Teela, que ignoraba lo que era el dolor, podría serle más útil que Luis.

Apuntó la escopeta hacia el suelo en un ángulo de treinta grados. Se había puesto el casco de oxígeno de su traje de supervivencia. No tenía prisa, conque sólo apretó uno de los dos gatillos.

El agujero comenzó a abrirse rápidamente. Luis no logró averiguar con cuánta rapidez, pues al cabo de un instante estuvo todo rodeado de polvo. Un pequeño huracán soplaba hacia él desde el lugar donde había penetrado el rayo. Luis tuvo que oponer toda su resistencia para no ser derribado por la corriente de aire.

En el cono del rayo, el electrón se convertía en una partícula neutra. La tierra y las rocas, deshechas en átomos por efecto de la repulsión mutua entre los núcleos, llegaban hasta Luis en una nube de polvo monoatómico. Se felicitó de llevar el casco de oxígeno.

Cuando desconectó el desintegrador, había cavado un agujero capaz de acomodarles a los tres junto con sus aerocicletas.

«Con cuánta rapidez», pensó. Y comenzó a preguntarse cuánto tardaría el instrumento en cavar el mismo agujero con ambos rayos a la vez. «Pero ello crearía una corriente», se dijo, adoptando la, expresión del kzin. Y de momento no deseaba tanto ajetreo.

Teela e Interlocutor habían bajado de sus aerocicletas. Interlocutor había perdido casi todo su pelo. Un gran jirón anaranjado le tapaba aún las posaderas y una ancha banda anaranjada se extendía sobre sus ojos. El resto de su cuerpo estaba cubierto sólo por la piel desnuda, veteada de venas de un rojo violáceo, en la que se abrían varias heridas de un rojo intenso. Teela le estaba rociando con un producto que producía una blanca espuma en cuanto entraba en contacto con su piel.

El hedor a pelo y carne chamuscada mantuvo a Luis a cierta distancia.

- Ya está - anunció.

El kzin levantó la mirada:

- He recuperado la vista, Luis.

- ¡Estupendo! - Era algo que le tenía preocupado.

- El titerote ha traído medicamentos de uso militar, muy superiores a los medicamentos kzinti de uso civil. En principio, los suministros militares tendrían que ser inaccesibles para un extraño.

Su voz sonaba airada. Tal vez sospechaba un soborno; y era posible que no se equivocara.

- Voy a llamar a Nessus - dijo Luis.

Y dio la vuelta en torno a la pareja. El kzin ya estaba cubierto de espuma blanca de pies a cabeza. Su cuerpo no desprendía el menor olor.

- Sé dónde estás - le dijo al titerote.

- Estupendo. ¿Dónde estoy, Luis?

- Detrás nuestro. Diste media vuelta y te situaste a nuestras espaldas en cuanto te perdimos de vista. Teela e Interlocutor no lo saben. Son incapaces de ponerse en el lugar de un titerote.

- ¿No creerían que un titerote iba a abrirles camino? Aunque tal vez sea mejor que sigan en el error. ¿Hay alguna posibilidad de que me permitan unirme al grupo?

- Aún no. Tal vez más adelante. Deja que te explique por qué te he llamado... - Y le habló al titerote del campo de girasoles. Había comenzado a relacionarle la gravedad de las heridas de Interlocutor, cuando de pronto la cabeza aplastada de Nessus desapareció por debajo del nivel de la cámara del intercom.

Luis esperó unos segundos a ver si reaparecía. Luego desconectó. No le cabía la menor duda de que el colapso catatónico de Nessus duraría poco. El titerote era demasiado conscientemente responsable de su propia vida.

Les quedaban aún diez horas de luz de día, que el grupo pasó en la trinchera cavada con el desintegrador.

Interlocutor durmió todo el rato. Le condujeron hasta el agujero y luego le rociaron con un spray somnífero procedente del botiquín kzinti. La espuma blanca se había solidificado, dejándole convertido en una especie de almohadón de espuma.

- El único kzin botador del mundo - comentó Teela.

Luis intentó dormir. Estuvo dormitando un rato. En cierto momento entreabrió los ojos y advirtió un brillante resplandor de luz solar y el nítido contorno de la sombra negra del techo de la cueva. Dio media vuelta y volvió a dormirse.

Despertó poco después bañado en un sudor frío. ¡De haberse incorporado para mirar lo que pasaba, hubiera quedado asado en un instante!

Pero el cielo había vuelto a encapotarse y las nubes bloqueaban firmemente cualquier posible venganza de los girasoles.

Por fin, uno de los horizontes comenzó a palidecer. Mientras el cielo se iba oscureciendo, Luis fue despertando a los demás.

Volaban bajo las nubes. Era vital que consiguieran ver las flores. Si amanecía antes de que hubieran dejado atrás el campo de girasoles, tendrían que esconderse otra vez hasta la caída de la noche.

De vez en cuando, Luis descendía un poco para echar un vistazo.

Volaron durante poco más de una hora... luego los girasoles comenzaron a clarear. Cruzaron una región donde ya eran escasos, había brotes aún no plenamente desarrollados arraigados entre los restos chamuscados de un bosque recientemente quemado. En realidad, la hierba y los girasoles parecían haber entablado un duelo por la ocupación de ese territorio.

Luego los girasoles desaparecieron por completo.

Y Luis por fin pudo descabezar un sueño.

Durmió como bajo los efectos de una droga. Cuando despertó, aún era de noche. Miró a su alrededor y un poco más adelante descubrió un destello de luz en dirección a giro.

Medio adormilado, pensó que seguramente sería una luciérnaga atrapada en la envoltura sónica, u otra tontería por el estilo. Se frotó los ojos. Y el destello seguía allí.

Apretó el botón de «llamada» para ponerse en contacto con Interlocutor.

El resplandor parecía cada vez más próximo. Relucía como un punto de luz solar reflejado contra el oscuro paisaje nocturno del Mundo Anillo.

No podía ser un girasol. No de noche.

Tal vez fuera una casa, pensó Luis; pero ¿de dónde sacarían luz los nativos? Además, de ser una casa, la hubieran dejado atrás rápidamente. A la velocidad de crucero de las aerocicletas se hubiera podido cruzar todo el continente norteamericano de costa a costa en menos de dos horas y media.

La luz estaba más o menos a su altura, hacia la derecha. E Interlocutor seguía sin responder.

Luis se desgajó de la flotilla. Sonrió burlonamente en la oscuridad. Ya había dejado atrás la flotilla, que en esos momentos se hallaba bajo el mando de Interlocutor (por propia petición) y que ya sólo constaba de dos vehículos. Luis localizó de memoria la aerocicleta del kzin y voló hacia ella.

Las ondas sonoras que iban a chocar contra la envoltura sónica se dibujaban tenuemente bajo la escasa luz del Arco que conseguía filtrarse entre las nubes: una red de líneas rectas que convergían en un punto. La aerocicleta de Interlocutor y su silueta de un gris fantasmagórico parecían atrapadas en una tela de araña euclídea.

Luis estaba peligrosamente próximo cuando por fin encendió su foco para apagarlo otra vez en el acto. Vio cómo el fantasma se mantenía a la expectativa en la oscuridad. Luis situó suavemente su vehículo entre el kzin y el punto luminoso.

Volvió a encender fugazmente su foco.

Interlocutor le habló a través del intercom.

- Sí, Luis, ahora lo veo. Algún objeto iluminado que parece moverse en dirección contraria a la nuestra.

- ¿Vamos a ver qué es?

- De acuerdo.

Interlocutor puso su aerocicleta rumbo a la luz.

Comenzaron a dar vueltas en la oscuridad, cual curiosos pececillos alrededor de una botella de cerveza que se hunde. Era un castillo de diez pisos que flotaba a unos trescientos metros de altura y estaba todo iluminado como la sala de mandos de alguna antigua nave-cohete.

Una enorme ventana panorámica única, curvada de forma que constituía la pared y también el techo, se abría sobre un espacio del tamaño de un teatro de ópera. En el interior, un laberinto de mesas de comedor rodeaba un escenario circular elevado. Encima de las mesas quedaban unos ciento cincuenta metros de espacio libre, a excepción de una escultura abstracta hecha de alambre retorcido.

No podían dejar de sorprenderse cada vez al comprobar lo espacioso que resultaba el Mundo Anillo. En la Tierra, era delito conducir cualquier tipo de vehículo sin un piloto automático. Era inevitable que al estrellarse el vehículo matara a alguien, cayera donde cayera. Aquí en cambio había miles de kilómetros de tierras vírgenes, edificios suspendidos sobre las ciudades y espacio suficiente para acomodar a un comensal de ciento cincuenta metros de altura.

Debajo del castillo había una ciudad. No estaba iluminada. Interlocutor la sobrevoló casi a ras de suelo, como un halcón, y la examinó rápidamente a la luz azulada del Arco. Pronto subió a informar que la ciudad se parecía mucho a Zignamuclikclik.

- Podemos explorarla cuando amanezca - dijo -. Parece un enclave más importante. Tal vez haya permanecido intacto desde la desaparición de la civilización.

- Debe disponer de una fuente de energía propia - aventuró Luis -. Me gustaría saber por qué. Ninguno de los edificios de Zignamuclikclik estaba equipado de este modo.

Teela lanzó su aerocicleta en picado directamente debajo del castillo. Los ojos de su imagen reflejada en el intercom se abrieron redondos como naranjas en expresión de asombro.

- ¡Luis, Interlocutor! ¡Tenéis que ver esto! - gritó.

Se lanzaron tras ella sin pensarlo dos veces. Luis ya se había situado a su lado, cuando de pronto recordó, aterrado, la enorme masa que pendía sobre sus cabezas.

Toda la superficie inferior del castillo estaba cubierta de ventanas y era una sucesión de ángulos y aristas. No había forma posible de apoyar el castillo en el suelo. ¿Quien lo había construido, y cómo, así, sin base? Cemento y metal en una estructura asimétrica, pero ¿cómo se sostendría, nej? Luis sintió un vacío en el estómago; sin embargo, apretó los dientes y continuó avanzando al lado de Teela, bajo una masa flotante equivalente a una nave transespacial de tamaño medio.

Teela había descubierto una maravilla: una piscina sumergida, en forma de bañera y profusamente iluminada. El fondo y las paredes de vidrio daban contra la oscuridad exterior, a excepción de una pared que limitaba con un bar, o un salón, o... resultaba difícil concretar a través de dos capas translúcidas.

La piscina estaba seca. En el fondo había un enorme esqueleto solitario, semejante al de un bandersnatch.

- Tenían unos animales domésticos bastante grandes - aventuró Luis.

- Parece un bandersnatch jinciano - dijo Teela -. Mi tío era cazador, y había instalado su sala de trofeos dentro de un esqueleto de bandersnatch.

- Hay bandersnatch en muchos mundos. Los esclavistas se alimentaban de ellos. No me sorprendería hallarlos en cualquier punto de la galaxia. Lo importante es saber por qué decidieron traerlos aquí los anillícolas.

- Como elementos decorativos - saltó Teela en el acto.

- ¿Estás de broma?

Un bandersnatch era algo así como un cruce entre Moby Dick y un tractor oruga.

«¿Por qué no? - pensó Luis -. ¿Por qué descartar la posibilidad de que los ingenieros hubieran saqueado una docena, o incluso un centenar, de sistemas solares en busca de seres idóneos para poblar este mundo artificial?» Según su hipótesis, poseían motores de fusión de alimentación exterior. Y era evidente que todos los seres vivos del Mundo Anillo tenían que haber sido traídos de otra parte. Girasoles esclavistas. Bandersnatch. ¿Qué más?

Ya habían recorrido una distancia suficiente para dar la vuelta a la Tierra media docena de veces. ¡Por las leyes de Finagle, cuántas cosas les quedarían aún por descubrir!

Formas de vida desconocidas. (Inofensivas, hasta el momento.)

Girasoles. (Interlocutor había ardido en medio de una luz cegadora, mientras se oían sus aullidos por el intercom.)

Ciudades flotantes. (Que se desmoronaban con consecuencias desastrosas.)

Bandersnatch. (Inteligentes y peligrosos. Tendrían las mismas características en este mundo. Los bandersnatch no sufrían mutaciones.)

¿Y la muerte? La muerte siempre era igual, en todas partes. Dieron otra vuelta en torno al castillo, en busca de una abertura. Había ventanas rectangulares y octogonales y semiesféricas, y gruesos paneles en el suelo; pero todo estaba cerrado. Encontraron un muelle para vehículos volantes, con una gran puerta construida como un puente levadizo que hacía las veces de rampa de aterrizaje; pero, al igual que un puente levadizo, la puerta estaba levantada y cerrada. Encontraron casi cien metros de escaleras mecánicas en espiral que colgaban corno un muelle del extremo más bajo del castillo. Las escaleras acababan en cielo descubierto. Alguna fuerza desconocida las había retorcido, muchas vigas sustentadoras estaban partidas y varios peldaños se habían roto. En el extremo superior de la escalera mecánica encontraron una puerta cerrada.

- ¡Voto a Finagle! Voy a atravesar un cristal - dijo Teela.

- ¡No lo hagas! - le ordenó Luis. La creía perfectamente capaz de ello -. Interlocutor, emplea el desintegrador. A ver si conseguimos entrar.

Interlocutor desenfundó la excavadora esclavista.

Luis estaba enterado del funcionamiento del desintegrador. Los objetos situados al alcance de su rayo de amplitud variable adquirían, bruscamente, una carga positiva de una potencia

suficiente para hacerlos estallar en pedazos. Los titerotes habían añadido un segundo rayo, paralelo, que suprimía la carga del protón. Luis no lo había utilizado para cavar el refugio en el campo de girasoles, y sabía que tampoco era necesario usarlo ahora.

Sin embargo, debía de haber adivinado que Interlocutor lo usaría de todos modos.

Dos puntos de la gran ventana octogonal situados a escasos centímetros adquirieron de pronto cargas opuestas, con una diferencia de potencial entre ambas.

El destello fue cegador. Luis apretó los ojos con lágrimas de dolor. Simultáneamente se oyó el estampido ensordecedor de un trueno que le destrozó los tímpanos a pesar de la envoltura sónica. En medio de la atónita calma que siguió, Luis sintió como una gruesa capa de ásperas partículas rasposas se iba depositando sobre su cuello y sus hombros y también en el dorso de sus manos. Mantuvo los ojos cerrados.

- Tenías que probarlo - constató.

- Funciona muy bien. Nos será útil.

- Feliz cumpleaños - apostilló irónicamente.

- No seas impertinente, Luis.

Ya no le dolían tanto los ojos. Luis descubrió que todo él y la aerocicleta estaban rodeados de astillas de vidrio. ¡Vidrio flotante! La envoltura sónica debía haber detenido las partículas que luego se habían ido depositando sobre todas las superficies horizontales.

Teela ya había entrado en el enorme espacio de lo que hubiera podido ser una sala de baile. Luis y el kzin la siguieron...

Luis se despertó lentamente, con una sensación de bienestar. Estaba tendido sobre una superficie blanda, con todo el cuerpo apoyado en un brazo. El brazo se le había dormido.

Rodó sobre sí mismo y abrió los ojos.

Yacía en una cama y sobre su cabeza se alzaba un alto techo blanco. El bulto que sentía bajo las costillas resultó ser un pie de Teela.

Ya se acordaba. Habían encontrado la cama la noche anterior, una cama tan grande como un campo de mini-golf, en un enorme dormitorio situado en lo que hubiera sido el sótano en un castillo menos extravagante.

Antes de descubrirlo, habían encontrado muchas otras maravillas.

El castillo era un verdadero castillo, no un simple hotel de lujo. Un salón de banquetes con una ventana panorámica de ciento cincuenta metros de altura ya resultaba bastante sorprendente. Sin embargo, también pudieron comprobar que las mesas formaban un círculo en torno a una mesa central en forma de anillo, situada sobre una plataforma elevada. El

anillo rodeaba una silla torneada de alto respaldo del tamaño de un trono. Teela había empezado a hacer pruebas y por fin había descubierto la forma de elevar la silla y dejarla suspendida en el aire y un dispositivo para ampliar la voz del ocupante hasta hacerla sonar como un trueno imperativo. La silla también giraba; y con ella giraba también la escultura que colgaba encima.

La escultura era de alambre retorcido, muy ligera, prácticamente sólo espacio vacío. Parecía una figura abstracta hasta que Teela comenzó a hacerla girar. Entonces... no les cupo la menor duda de que era un retrato.

La cabeza esculpida de un hombre completamente lampiño. ¿Sería un nativo de una comunidad cuyos miembros se afeitaban el rostro y el cráneo? ¿O sería la figura de un miembro de otra raza procedente de algún apartado lugar de la curva del anillo? Tal vez nunca llegarían a averiguarlo. Pero el rostro era claramente humano: apuesto, anguloso, el rostro de una persona acostumbrada a mandar.

Luis levantó la mirada. Y recordó ese rostro. La actitud de mando había trazado arrugas en torno a los ojos y la boca, y el artista había conseguido incorporar esas líneas a la estructura de alambre.

El castillo debía de haber sido una sede de gobierno. Todo parecía indicarlo: el trono, el salón de banquetes, las extraordinarias ventanas, el propio castillo flotante con su fuente de energía independiente. Pero, para Luis Wu, el elemento decisivo era ese rostro.

Después habían recorrido todo el castillo. Habían descubierto escaleras lujosamente decoradas y de hermoso diseño distribuidas por doquier. Pero no se movían. No había escaleras mecánicas, ni ascensores, ni alfombras rodantes, ni toboganes. Tal vez esas escaleras se habían movido en su tiempo.

Conque el grupo decidió ir bajando, pues resultaba menos fatigoso que subir. En el fondo del castillo habían encontrado el dormitorio.

Tras un sinfín de días de dormir en los asientos de sus aerocicletas y hacer el amor dondequiera que aterrizara la flotilla, la cama causó un impacto irresistible en Teela y Luis Wu. Habían dejado que Interlocutor prosiguiera la exploración por su cuenta.

A saber lo que habría encontrado a esas horas.

Luis se incorporó sobre un codo. La mano muerta comenzaba a volver a la vida. Procuró no sacudirla. «Esto nunca pasa con las placas sómnicas - se dijo -, pero qué nej..., por lo menos es una cama...»

Una pared del dormitorio que parecía de cristal daba sobre una piscina seca. Entre las paredes y el suelo de cristal, localizó el blanco esqueleto de un bandersnatch de Frumio, con la calavera en forma de cuchara.

La pared opuesta, también transparente, daba sobre la ciudad, a unos trescientos metros del nivel del suelo.

Luis dio tres vueltas sobre sí mismo y por fin cayó de la cama. El suelo era blando, estaba cubierto con una alfombra de piel de un color y textura que presentaban un inquietante parecido con los de las barbas de los nativos. Luis se arrastró hasta la ventana y se asomó al exterior.

(Algo le obstruía la visión, como un ligero parpadeo en una pantalla de tride. No llegó a percibirlo a nivel consciente. Sin embargo, notaba una molestia.)

Bajo un cielo blanco e informe, la ciudad aparecía en distintos matices de gris. La mayor parte dé los edificios eran altos, pero había unos cuantos muchísimo más altos que sobresalían imponentes entre los demás; y unos pocos sobrepasaban la altura de la base de ese castillo flotante. Antaño, habían existido otros edificios flotantes. Luis logró distinguir las señales, amplios espacios vacíos en medio de la geografía urbana marcaban el lugar donde se habían derrumbado esos miles de toneladas de maquinaria.

Pero ese castillo de ensueño disponía de una fuente de energía independiente. Y un dormitorio idóneo para acomodar una orgía de considerable amplitud. Con una enorme pared-ventana desde la cual un sultán podría contemplar sus dominios y percibir a sus súbditos como las hormigas que realmente eran.

«Un lugar idóneo para soñar despierto», se dijo Luis Wu.

De pronto algo le llamó la atención. Algo que se agitaba ahí fuera, frente a la ventana.

Un alambre. Un trozo había quedado prendido en la cornisa; pero aún había más flotando en el aire. Un alambre tosco. Ahora distinguía claramente las dos hebras que pendían de la cornisa sobre la ciudad.

Incapaz de averiguar su origen, Luis lo aceptó tal como se le presentaba. Un objeto hermoso. Se tendió de espaldas, desnudo, sobre la alfombra peluda que cubría todo el suelo, y contempló el alambre que seguía deslizándose ante su ventana. Se sentía seguro y relajado, tal vez por primera vez desde que un laser de rayos X derribara el «Embustero».

El alambre seguía cayendo sin cesar, rizos y más rizos de alambre negro ondeante sobre el cielo blanco-grisáceo. Era tan fino que en algunos momentos llegaba a perderlo de vista. ¿Cómo averiguar su longitud? Casi tan difícil como contar los copos de nieve en una tormenta.

De pronto Luis adivinó lo que era.

- Bienvenido - dijo. Pero sintió un sobresalto.

El alambre que unía las pantallas cuadradas. Les había seguido hasta allí.

Luis subió cinco tramos de escalera en busca de algo para desayunar.

Naturalmente no esperaba que la cocina funcionase. De hecho, deseaba volver al salón de banquetes; pero sin saber cómo se encontró en la cocina.

Esta le ratificó en sus reflexiones de unos momentos antes. Un autócrata precisa criados; y allí los había habido. La cocina era enorme. Debió de tener ocupado a todo un ejército de cocineros, con sus ayudantes para transportar el producto acabado al salón de banquetes, volver con los platos sucios, lavar la vajilla y hacer limpieza, ir de compras...

Había recipientes que, en su tiempo, debieron de servir para guardar las frutas y verduras frescas y ahora aparecían llenos de polvo y huesos de fruta y pellejos secos y moho. Había una cámara frigorífica donde sin duda colgaban los animales muertos. Estaba vacía y caliente. Había un refrigerador, que aún funcionaba. Posiblemente parte de la comida guardada en el congelador sería aún comestible; pero Luis no quiso correr el riesgo.

No había latas de conservas.

Las espitas de agua estaban secas.

Aparte del refrigerador, el aparato más complejo que encontró fueron los goznes de las puertas. Los hornos y fogones no tenían indicadores de temperatura ni cronómetros. Tampoco encontró nada equivalente a un tostador de pan. Sobre la cocina colgaban unos cordeles, con unas bulbosidades. ¿Especias sin elaborar? ¿No poseían especias envasadas?

Luis echó un último vistazo antes de salir. Y entonces descubrió lo que realmente había ocurrido.

Originariamente, ese cuarto no había estado destinado a cocina.

¿Qué era pues? ¿Una despensa? ¿Un cuarto de tride? Probablemente lo segundo. Una pared estaba completamente vacía, recubierto con una capa de pintura uniforme que parecía más reciente que el resto; y en el suelo aún se veían las señales de los lugares que antes podrían haber ocupado las sillas y divanes.

Conque eso era. Esa habitación había sido una sala de esparcimiento. Luego, debía de haberse estropeado la pantalla mural y nadie había sido capaz de repararla. La cocina automática debía haber corrido igual suerte.

Y de este modo la gran sala de tride había acabado transformada en una cocina manual. Tales cocinas debían ser de uso corriente a esas alturas y seguramente ya no quedaba nadie capaz de reparar una cocina automática. Los alimentos crudos probablemente eran transportados hasta allí en un camión volante.

¿Y cuando los camiones volantes comenzaron a estropearse, uno tras otro...?

Luis salió de la cocina.

Por fin consiguió dar con el salón de banquetes y la única fuente de suministro de alimentos que le inspiraba confianza. Desayunó un bloque procedente de la ranura suministradora de la cocina de su aerocicleta.

Casi había terminado de comer cuando apareció Interlocutor.

Sin decir palabra, el kzin fue a su aerocicleta, pidió tres paquetes húmedos de un color rojo-oscuro y se los tragó en pocos segundos. Sólo entonces se volvió a mirar a Luis.

Ya no estaba blanco como un fantasma. Durante la noche, la espuma había completado sus efectos curativos y se había desprendido. La piel le relucía sonrosada y sana, suponiendo que una piel kzinti sana fuera de color rosa, con unas pocas cicatrices grisáceas y una vasta retícula de venas violáceas.

- Acompáñame - le ordenó el kzin -. He encontrado la sala de cartografía.

16. La sala de cartografía

La sala de cartografía estaba en el piso superior del castillo. La subida dejó a Luis jadeante y a duras penas no quedó rezagado. El kzin no corría, pero su paso era mucho más rápido que el de un hombre.

Luis llegó al último rellano en el momento en que Interlocutor empujaba una puerta de doble hoja, justo frente a la escalera.

A través del resquicio de la puerta Luis divisó una franja horizontal de un negro azabache y unos veinte centímetros de ancho, situada aproximadamente a un metro del suelo. Miró un poco más allá, en busca de una franja parecida color azul cielo y con una cuadrícula de rectángulos color azul intenso; y pronto la encontró.

Habían dado en el blanco.

Luis se quedó en la puerta observando los detalles. El Mundo Anillo en miniatura ocupaba casi toda la habitación, que era circular y debía tener unos cuarenta metros de diámetro. Unida al eje del mapa circular había una pantalla rectangular, con un marco macizo.

En lo alto colgaban diez esferas rotatorias. Eran de tamaños distintos y giraban a diferente velocidad; pero todas poseían el color característico de un mundo de estructura semejante a la terrestre: azul intenso con aglomeraciones de escarcha blanca. Debajo de cada globo había un mapa de sección cónica.

- He estado trabajando aquí toda la noche - dijo Interlocutor. Se había situado detrás de la pantalla -. Quiero enseñarte algunas cosas. Acércate.

Luis estuvo a punto de agacharse para pasar por debajo del Anillo. Pero algo le detuvo. El hombre de facciones de halcón que reinaba sobre el salón de banquetes nunca se hubiera

inclinado de ese modo, ni siquiera para entrar en este santuario, se dijo Luis; y avanzó directamente hacia el Anillo y a través de él, y comprobó que era una proyección inmaterial.

Sé situó detrás del kzin.

La pantalla estaba rodeada de paneles de mandos. Todos los botones eran grandes y de plata maciza; y cada uno representaba la cabeza de algún animal. Los paneles estaban enmarcados con una orla de virutas y ondas. «Preciosista - se dijo Luis -. ¿Decadente?»

La pantalla estaba iluminada, pero no mostraba ningún grado de ampliación. A través de ella se veía la imagen parecida a la visión del Mundo Anillo captada desde las proximidades de las pantallas cuadradas. Luis quedó algo decepcionado.

- Había conseguido enfocarla - explicó el kzin -. Si no me equivoco... - Hizo girar un botón y la imagen comenzó a ampliarse con tal rapidez que Luis buscó un lugar donde agarrarse -. Quiero mostrarte el muro exterior. Rrr, parte de él... - Hizo girar otro botón con su cabeza de fiera y la imagen fue moviéndose. Por fin se encontraron mirando por encima del reborde del Mundo Anillo.

En algún lugar debía haber unos telescopios que les proporcionaban esas imágenes. ¿Dónde? ¿Tal vez incorporados a las pantallas cuadradas?

Ante sus ojos se alzaban unas montañas de mil o dos mil kilómetros de altura. La imagen se fue ampliando aún más, a medida que Interlocutor iba descubriendo controles cada vez más precisos. A Luis le sorprendió que las montañas, de apariencia muy natural excepto en lo tocante a sus dimensiones, quedaran tan abruptamente cortadas por la nítida sombra del espacio.

Luego advirtió lo que unía los picos de las montañas.

Pese a no distinguir más que una línea de puntos plateados, adivinó lo que sería.

- Un acelerador lineal.

- Sí - dijo Interlocutor -. Sin cabinas teletransportadoras, éste es el único medio para recorrer las enormes distancias del Mundo Anillo. Debió constituir el principal sistema de transporte.

- Pero está a más de mil kilómetros de altura. ¿Habrá ascensores?

- Hay tubos de ascensor junto al muro exterior. Allí, por ejemplo.

El hilo de plata se había convertido en una línea de diminutos aros, muy separados uno de otro y todos ocultos al amparo de un pico montañoso. Un tubo delgado y apenas visible unía los aros entre sí; descendía por la falda de una montaña y desaparecía en un cúmulo en la base de la atmósfera del Mundo Anillo.

- Los aros electromagnéticos están muy apiñados en torno a los tubos de los ascensores. En los demás puntos se hallan a millones de kilómetros de distancia uno de otro. Imagino que sólo son necesarios para acelerar y frenar y para orientar el rumbo - dijo Interlocutor -. Debía de ser posible acelerar una nave hasta situarla en caída libre, bordear el reborde a una

velocidad relativa de mil doscientos kilómetros por segundo, y frenar junto a un tubo de ascensor gracias a la acción de otra concentración de aros.

- Se tardarían diez días en llegar a cualquier lugar. Sin hablar ya del problema de las aceleraciones - comentó Luis.

- Una menudencia. Desde el mundo humano más apartado de la Tierra se tardan sesenta días en llegar a Ojos Plateados. Y se necesitaría cuatro veces ese tiempo para cruzar todo el espacio desconocido.

- Tienes razón. Y el Mundo Anillo poseía una superficie habitable superior a la de todo el espacio conocido. Construyeron este artefacto para disponer de espacio. ¿Has observado alguna señal de actividad? - preguntó luego Luis -. ¿Crees que alguien sigue utilizando el acelerador lineal?

- La pregunta es ociosa. Ya verás.

La imagen convergió, se deslizó hacia un lado, volvió a ampliarse lentamente. Era de noche. Negras nubes flotaban sobre el negro paisaje, luego, de pronto...

- Una ciudad iluminada. Perfecto. - Luis tragó saliva. Había sido todo una sorpresa -. Conque no todo está muerto. Tal vez podamos conseguir ayuda.

- No lo creo. ¡Ah!

- ¡Finagle y su retorcida mente!

El castillo, sin duda el mismo que ahora ocupaban, flotaba tranquilamente sobre una zona iluminada. Ventanas, luces de neón, una sucesión de puntitos luminosos suspendidos que debían ser vehículos..., edificios flotantes de curiosa estructura... todo fantástico.

- Películas. ¡Nej! Sólo hemos estado viendo viejas películas. Las había tomado por transmisiones directas. - Durante un glorioso instante, su peregrinaje parecía concluido. Ciudades iluminadas, llenas de vida, señaladas en un mapa para facilitarles las cosas... pero esas fotografías debían tener siglos, debían corresponder a civilizaciones muy pretéritas.

- Yo también pensé lo mismo anoche; me llevó horas descubrir mi equivocación. No empecé a sospechar la verdad hasta que me resultó imposible localizar los miles de kilómetros de fosa meteorítica que abrió el «Embustero» al chocar contra el Mundo Anillo.

Luis, mudo de asombro, golpeó ligeramente el hombro desnudo color rosa y lavanda del kzin. Su mano no alcanzaba más arriba.

Interlocutor ignoró esa muestra de confianza.

- Todo resultó sencillo, una vez localizado el castillo. Fíjate.

Hizo deslizarse rápidamente la imagen hacia babor. La oscura superficie aparecía borrosa, sin el menor contorno. Luego apareció en la pantalla un negro océano.

La cámara pareció retroceder...

- ¿Te das cuenta? Una bahía de uno de los principales océanos de agua salada se halla exactamente en nuestra ruta hacia el muro exterior. El océano en sí es varias veces mayor que cualquiera de los que poseemos en Kzin o la Tierra. La bahía es casi del tamaño de nuestros propios océanos.

- ¡Más tiempo perdido! ¿Crees que conseguiremos cruzarlo?

- Es posible. Pero nos aguardan aún mayores obstáculos. El kzin hizo girar un botón.

- Un momento. Quisiera observar más detenidamente ese grupo de islas.

- ¿Por qué, Luis? ¿Crees que podríamos aprovisionarnos allí?

- No... ¿Has notado que tienden a agruparse en ciertas zonas con grandes extensiones de aguas profundas entre unas y otras? Fíjate en ese grupo de ahí. - Luis iba señalando con el índice algunas imágenes de la pantalla -. Ahora, observa este mapa.

- No comprendo.

- Y ese grupo en lo que has llamado bahía, y ese mapa ahí detrás. Los continentes aparecen un poco distorsionados en las proyecciones cónicas... ¿Te das cuenta ahora? Diez mundos, diez conglomerados de islas. La escala no es uno a uno; pero apostaría a que esa isla es del tamaño de Australia, y el continente original no parece mucho más grande que Eurasia en el globo.

- Una broma más bien macabra. Luis, ¿es ésta una muestra del sentido del humor típicamente humano?

- No, no, no. A menos que...

- ¿Sí?

- No se me había ocurrido. La primera generación... tuvieron que desprenderse de sus propios mundos, pero sin duda deseaban conservar algún recuerdo de lo que iban a perder. Al cabo de tres generaciones, la cosa debió de parecer ridícula. Siempre ocurre lo mismo.

Cuando estuvo seguro de que Luis no tenía nada más que decir, el kzin se decidió a preguntar en tono un poco avergonzado:

- ¿Os consideráis capaces, los humanos, de comprender a los kzinti?

Luis sonrió y meneó la cabeza.

- Más vale así - dijo el kzin, y cambió de tema -: Anoche estuve examinando el espaciopuerto más próximo.

Estaban situados en el centro de giro del Mundo Anillo en miniatura y espiaban el pasado a través de una ventana rectangular.

El pasado que se desplegaba ante sus ojos revelaba asombrosas realizaciones. Interlocutor enfocó la imagen del espacio-puerto, un ancho saliente sobre el muro exterior en el lado correspondiente al espacio. Contemplaron el aterrizaje de un enorme cilindro de extremos romos, con mil ventanas iluminadas, sobre unos campos receptores electromagnéticos. Los campos estaban teñidos de colores fosforescentes, tal vez para que los operadores pudieran manipularlos a simple vista.

- La película está enredada - dijo Interlocutor -. Estuve observándola un rato anoche. Parece como si los pasajeros pasasen directamente al muro exterior, a través de una especie de ósmosis.

- Ya veo.

Luis estaba terriblemente alicaído. La plataforma del espacio-puerto quedaba demasiado hacia giro para que pudieran alcanzarla. Hubieran tenido que recorrer una distancia junto a la cual el trayecto ya realizado quedaba reducido a la insignificancia.

- También observé el despegue de una nave. No emplean el acelerador lineal. Sólo lo utilizaban en los aterrizajes para equiparar la velocidad de la nave a la del espaciopuerto. Para los despegues se limitaban a arrojar la nave al espacio. El herbívoro no se equivocaba, Luis. ¿Recuerdas el dispositivo de la trampilla? La velocidad de giro del Mundo Anillo es perfectamente adaptable para el uso de un campo barredor. Luis, ¿me escuchas?

Luis sacudió la cabeza para despabilarse.

- Lo siento. No puedo dejar de pensar en el millón y pico de kilómetros adicionales que tendremos que recorrer.

- Tal vez consigamos utilizar la red general de transporte, el pequeño acelerador lineal situado en lo alto del muro exterior.

- Ni lo sueñes. Lo más probable es que no funcione. La civilización tiende a expandirse, siempre que para ello cuente con un sistema de transporte adecuado. Y aun suponiendo que funcionara, nuestra ruta no nos conduce a ningún tubo de ascensor.

- Tienes razón - asintió el kzin -. Ya lo estuve buscando.

La nave ya había aterrizado en la pantalla rectangular. Camiones volantes acercaron un tubo articulado a la compuesta principal. Los pasajeros comenzaron a llenar el tubo.

- ¿Quieres que cambiemos de ruta?

- No podemos hacer eso. El espaciopuerto sigue representando nuestra mejor oportunidad.

- ¿Estás seguro?

- ¡Claro, nej! Por grande que sea, el Mundo Anillo sigue siendo una colonia. Y en los mundos coloniales la civilización se concentra siempre en torno al espaciopuerto.

- Ello se debe a que las naves procedentes del mundo metropolitano suelen traer noticias de las últimas innovaciones tecnológicas. Sin embargo, partimos de la base de que los anillícolas abandonaron su mundo originario.

- Pero aún pueden seguir llegando naves - insistió Luis con obstinación -. ¡Procedentes de los mundos abandonados! ¡Tras siglos de viaje! Las naves dragadoras están sometidas a la relatividad, a la dilatación del tiempo.

- Confías hallar a viejos cosmonautas intentando enseñar las antiguas técnicas a unos salvajes que las han olvidado. Y tal vez no te equivoques - dijo Interlocutor -. Pero esta estructura no me inspira confianza, y el espaciopuerto está muy lejos. ¿Deseas ver alguna otra cosa en el mapa?

De pronto, Luis preguntó:

- ¿Qué distancia hemos recorrido desde que abandonamos el «Embustero»?

- Como te dije, no he podido localizar el cráter producido por nuestro impacto. Puedes hacer un cálculo tan aproximado como yo. Pero lo que sí puedo decirte es lo que nos queda por recorrer. Desde el castillo hasta el borde del anillo hay aproximadamente trescientos mil kilómetros.

- Un buen trecho... Pero tendrías que haber localizado la montaña gigante. El Puño-de-Dios. Fuimos a caer prácticamente junto a su ladera.

- No la localizo.

- Esto no me gusta. Interlocutor, ¿crees que podríamos habernos desviado de nuestra ruta? Tendrías que haber encontrado el Puño-de-Dios simplemente retrocediendo hacia estribor desde el castillo.

- No he logrado localizarlo - dijo Interlocutor con cierto tono de fatalidad en la voz -. ¿Deseas ver algo más? Por ejemplo, hay zonas veladas. Probablemente sólo sea debido a que la película esté gastada, pero me pregunto si no ocultarán regiones del Mundo Anillo que eran consideradas secretas.

- Para comprobarlo sería preciso visitarlas personalmente.

De pronto, Interlocutor se volvió hacia la doble puerta, con las orejas extendidas como abanicos. Rápidamente se puso de cuatro patas y saltó.

Luis parpadeó. ¿Qué podía haber provocado esa reacción? Y entonces lo oyó...

Pese a su vetustez, la maquinaria del castillo había resultado extraordinariamente silenciosa. Pero ahora se oía un agudo zumbido al otro lado de la puerta.

Interlocutor había desaparecido. Luis empuñó su linterna de rayos laser y le siguió con cautela.

Encontró al kzin en lo alto de la escalera. Bajó el arma; y ambos contemplaron a Teela que subía transportada por la escalera móvil.

- Sirven para subir, pero no para bajar - les explicó Teela -.

El tramo que va del sexto piso al séptimo, no funciona en absoluto.

Luis preguntó:

- ¿Cómo se ponen en marcha?

- Basta apoyarse en la barandilla y dar un ligero empujón. Ello asegura que sólo empiecen a funcionar cuando la persona está bien agarrada. Es más seguro. Lo he descubierto por casualidad.

- No me sorprende. He subido diez tramos de escaleras. ¿Cuántos tuviste que subir tú esta mañana antes de descubrir el mecanismo?

- Ninguno. Cuando subía a desayunar, tropecé en el primer escalón y me agarré a la barandilla.

- Perfecto. No podía fallar.

Teela le miró ofendida.

- No tengo la culpa de que tú... Lo siento. ¿Has desayunado?

- No. He estado contemplando los movimientos de la gente debajo del castillo. ¿Sabías que hay una plaza pública justo debajo de este edificio?

Interlocutor abrió mucho las orejas:

- ¿En serio? ¿Y no está abandonada?

- No. Toda la mañana ha estado llegando gente procedente de todas direcciones. Ya debe de haber varios centenares de personas. - Les lanzó la más cándida de sus sonrisas - Y están cantando.

Todos los pasillos del castillo se ensanchaban de trecho en trecho. Cada una de esas alcobas estaba alfombrada y amueblada con divanes y mesas. Todo parecía indicar el deseo de que cualquier grupo de paseantes pudiera detenerse a comer donde mejor le placiera. En uno de esos rincones-comedor, cerca del «sótano» del castillo, había un gran ventanal doblado en ángulo recto, de modo que la mitad era pared y la otra mitad techo.

Luis jadeaba un poco después de bajar diez tramos de escaleras. La mesa que ocupaba esa zona le dejó fascinado. La superficie parecía... labrada; pero los contornos estaban modelados y situados de forma que simulasen platos de sopa, o de ensalada o de pan o de entrante, o

también salvamanteles para colocar los vasos. Décadas o siglos de uso habían ido manchando el duro material blanco.

- No hacía falta usar platos - sugirió Luis -. Se podía servir la comida directamente en las depresiones y luego se fregaba la mesa.

No parecía muy higiénico, pero...

- Seguramente no se trajeron moscas ni mosquitos ni lobos. ¿Por qué iban a traerse bacterias?

- Colonias - se respondió a sí mismo -. Para la digestión. Y bastaría que una de ellas sufriera una mutación, se tornase perjudicial...

Y ya nadie estaría inmunizado contra nada a esas alturas. ¿Habría muerto así la civilización del Mundo Anillo? Cualquier civilización precisa un número mínimo de habitantes para su supervivencia.

Teela e Interlocutor no le prestaban la menor atención. Se habían arrodillado en la repisa de la ventana y estaban mirando hacia abajo. Luis se les reunió.

- Siguen ahí - anunció Teela. Y ahí estaban. Luis adivinó las miradas de un millar de personas. Y habían dejado de cantar.

- No es posible que sepan que estamos aquí - dijo.

- Tal vez estén adorando el edificio - sugirió Interlocutor.

- Aun así, no es probable que lo hagan todos los días. Estamos demasiado lejos de las afueras de la ciudad.

- Tal vez sea un día especial, el día santificado.

- También podría ser que anoche ocurriera algo - sugirió Teela -. Algo especial, como nuestra aparición, si es que alguien consiguió vernos a pesar de todo. O como eso. - Y extendió el índice.

- A mí también me ha extrañado - dijo Interlocutor -. ¿Lleva mucho rato cayendo?

- Al menos desde que yo me he despertado. Parece lluvia, o un nuevo tipo de nieve. Alambre de las pantallas cuadradas, kilómetros de alambre. ¿Por qué crees que habrá caído aquí?

Luis recordó los diez millones de kilómetros que mediaban entre una pantalla y otra. Pensó en la posibilidad de que todo un tramo de diez millones de kilómetros se hubiera desprendido a causa del impacto del «Embustero», y hubiera caído junto con la nave sobre la superficie del Mundo Anillo, siguiendo aproximadamente la misma trayectoria. No era de extrañar que hubieran acabado topándose con un trozo de ese enorme fragmento de alambre.

No estaba de humor para fantasías.

- Pura coincidencia - dijo -. De todos modos, estamos envueltos en él y lo más probable es que empezara a caer anoche. Los nativos ya debían de adorar el castillo antes de nuestra llegada, puesto que flota en el aire.

- Pensemos un poco - comenzó a decir muy lentamente el kzin -. Si los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo se presentasen hoy, descendiendo de este castillo suspendido, el hecho resultaría más lógico que sorprendente. Luis, ¿intentamos el truco de los dioses?

Luis se volvió para contestarle... pero no pudo. Sólo le quedaba intentar mantener su compostura. Tal vez lo hubiera conseguido, pero Interlocutor ya le había empezado a explicar a Teela:

- Luis pensó que tal vez tuviéramos más éxito con los nativos si fingíamos ser los ingenieros que construyeron el Mundo Anillo. Tú y Luis seríais los acólitos. Nessus debía ser un demonio cautivo; pero creo que nos las arreglaremos sin él. Yo sería más bien dios que ingeniero, una especie de dios de la guerra...

Entonces Teela se puso a reír y Luis no pudo contenerse más.

Con sus casi tres metros de estatura, sus hombros y caderas inhumanamente anchos, el kzin era demasiado grande y estaba demasiado lleno de dientes para no resultar temible, incluso ahora que había quedado pelado a consecuencia de las quemaduras. Su cola de rata había constituido siempre su rasgo menos impresionante. Ahora toda su piel presentaba el mismo color: rosa pálido con una retícula de capilares color lavanda. Sin el pelo que daba consistencia a su cabeza, su orejas parecían desgarbados parasoles de color rosa. La piel anaranjada formaba una especie de máscara de carnaval sobre sus ojos y parecía haberse dejado crecer un almohadón anaranjado ad hoc.

El peligro que suponía reírse de un kzin no hacía más que aumentar su hilaridad. Doblado en dos, apretándose la barriga con los brazos, mientras iba emitiendo silenciosas carcajadas pues no podía respirar, Luis comenzó a retroceder hacia lo que confiaba sería una silla.

Una mano inhumanamente desmesurada le agarró por el hombro y le levantó en el aire. Aún presa de convulsiones histéricas, Luis se encontró mirando al kzin cara a cara.

- Ahora, en serio, Luis, tendrás que justificar tu actitud - oyó que le decía.

- U-u-u-na especie de dios de la guerra - consiguió decir Luis haciendo un enorme esfuerzo, y volvió a explotar. Teela tenía hipo de tanto reír.

El kzin le depositó en el suelo y esperó que se le pasara el ataque.

- La verdad es que no resultas lo suficientemente imponente para hacer de dios - dijo Luis al cabo de algunos minutos -. No hasta que te vuelva a crecer el pelo.

- Si desgarrara algunos humanos con mis manos desnudas, tal vez ello les induciría a respetarme.

- Te respetarían desde lejos, y bien escondidos. De nada nos serviría. No, no tendrás más remedio que esperar a que te crezca el pelo. Y aun entonces, nos faltaría Nessus con su tasp.

- No cuentes con el titerote.

- Pero...

- Te digo que no cuentes con él. ¿Cómo nos las arreglaremos para entrar en contacto con los nativos?

- Tú tendrás que permanecer aquí. A ver si consigues averiguar algo más en la sala de cartografía. Teela y yo... - explicó Luis, y de pronto se dio cuenta -. Teela no ha visto la sala de cartografía.

- ¿Cómo es?

- Quédate aquí y que Interlocutor te la muestre. Bajaré solo. Podéis mantenemos en contacto conmigo a través del disco de comunicación e ir en mi ayuda si hay problemas. Interlocutor, dame tu linterna de rayos laser.

El kzin refunfuñó, pero le entregó la linterna. Aún le quedaba el desintegrador modificado.

Allí suspendido, a más de trescientos metros sobre sus cabezas, oyó como su reverente silencio se trocaba en murmullo de asombro; y comprendió que le habían visto, una mancha brillante que parecía desprenderse de la ventana del castillo. Comenzó a bajar hacia ellos.

El murmullo no cesó. Sólo lo habían contenido. La diferencia resultaba perceptible al oído.

Luego reanudaron los cánticos.

- Arrastran las notas - había dicho Teela -. No logran mantener el compás. Todo suena igual - había añadido, y Luis había dado rienda suelta a su imaginación. En consecuencia, el cántico le cogió por sorpresa. Era mucho mejor de lo que había esperado.

Supuso que debían de cantar en una escala dodecafónica. La escala de ocho notas de la mayoría de los mundos humanos también era dodecafónica, pero con ciertas diferencias. No era de extrañar que el canto le hubiera parecido monótono a Teela.

Sí, arrastraban las notas. Era música religiosa, lenta, solemne y repetitiva, sin armonía. Pero tenía una cierta grandeza.

La plaza era enorme. Un millar de personas constituían una gran multitud tras varias semanas de soledad; pero la plaza habría podido acomodar diez veces ese número. De haber dispuesto de altavoces, ello hubiera podido ayudarles a seguir el compás, pero no había altavoces. Un hombre solitario agitaba los brazos desde lo alto de un pedestal situado en el centro de la plaza. Pero todos tenían la mirada clavada en Luis Wu.

En cualquier caso, la música era hermosa.

Teela era incapaz de captar esa belleza. Sólo conocía la música por las grabaciones y los programas de tride, siempre con la intervención de un sistema de micrófonos. Ese tipo de música podía ser amplificada, rectificada, las voces podían multiplicarse o aumentar su intensidad, descartando los fragmentos fallidos. Teela Brown jamás había oído música en directo.

Luis Wu aún había alcanzado a escucharla. Disminuyó la marcha de la aerocicleta a fin de dar tiempo a sus terminaciones nerviosas para adaptarse a ese ritmo. Recordó las grandes serenatas públicas en los desfiladeros que rodeaban la Ciudad del Impacto, multitudes dos veces más numerosas que la presente, canciones que sonaban de un modo distinto por esa y otras razones; en efecto, entonces Luis Wu también se había unido al coro. Cuando consiguió hacer vibrar la música en su interior, sus oídos se fueron adaptando poco a poco a las notas ligeramente agudas o graves, al conglomerado de voces, a la repetición, a la lenta majestuosidad del himno.

De pronto, tuvo que contenerse pues estaba a punto de unirse al coro. «No es buena idea», pensó, y dejó planear su aerocicleta hacia la plaza.

El pedestal situado en el centro de la plaza había servido antaño de soporte a una estatua. Luis identificó las huellas de los pies, muy semejantes a las humanas y de más de un metro de longitud cada una; indicaban el lugar donde antes se apoyaba la estatua. Ahora el pedestal acomodaba una especie de altar triangular y un hombre que, de espaldas al altar, agitaba las manos y parecía dirigir el canto de la multitud.

Un destello rosado sobre la túnica gris... Luis imaginó que el hombre debía de llevar una toca, tal vez de seda rosa.

Decidió aterrizar sobre el mismo pedestal. Nada más posarse en él, el director del coro se volvió a mirarle, Y casi le hizo destrozar la aerocicleta.

Lo que Luis había visto era el cráneo sonrosado. Con su rostro tan liso como el de Luis Wu, el hombre destacaba en medio de esa multitud de floridas cabezas doradas y rostros cubiertos de pelo también dorado en los que sólo asomaban los ojos.

Con las manos extendidas y las palmas vueltas hacia abajo, el hombre prolongó la última nota del cántico durante varios segundos. Luego cortó. El ¿sacerdote? se quedó mirando a Luis Wu en medio del repentino silencio.

Era tan alto como él, muy alto para un nativo. Tenía la piel del rostro y el cráneo tan pálida que casi parecía translúcida, como la de los albinos de Lo Conseguimos. Debía haberse afeitado varias horas antes con una navaja poco afilada y comenzaba a asomar el vello, que añadía una nota grisácea a toda la piel, a excepción de los dos círculos en torno a los ojos.

Le habló en son de reproche, o eso le pareció. El disco traductor repitió al instante: «Hace tiempo que os esperábamos».

- No sabíamos que éramos aguardados - dijo Luis con sinceridad. Le faltaba confianza para presentarse personalmente como un dios. Una larga vida le había enseñado lo terriblemente complicado que podía resultar contar toda una serie de mentiras coherentes.

- Tienes pelo en la cabeza - dijo el sacerdote -. Ello hace pensar que tu sangre no es completamente pura.

¡Conque era eso! La raza de los ingenieros debió ser completamente calva; y ese sacerdote debía imitarlos afeitando su tierna piel con una navaja mellada. O bien... los ingenieros podían haber usado crema depilatoria u otro procedimiento igualmente sencillo, sin más motivo que un capricho de la moda. El sacerdote se parecía mucho al retrato de alambre del salón de banquetes.

- Mi sangre no es asunto de tu incumbencia - dijo Luis, descartando el problema -. Nos dirigimos al extremo del mundo, ¿Puedes darnos alguna información sobre nuestra ruta?

El sacerdote quedó claramente sorprendido.

- ¿Me pedís información a mí? ¿Tú un Constructor?

- No soy un Ingeniero. - Luis tenía la mano preparada sobre la palanca que activaba la envoltura sónica.

Pero el sacerdote sólo pareció aún más desconcertado.

- Entonces, ¿por qué no tienes pelo en la cara? ¿Cómo te las arreglas para volar? ¿Has robado los secretos del Cielo? ¿Qué buscas aquí? ¿Has venido a robarme mi congregación?

Esta última parecía ser la pregunta clave.

- Nos dirigimos al extremo del mundo. Sólo queremos información.

- Sin duda, el Cielo podrá responder a vuestras preguntas.

- No seas impertinente - dijo Luis sin alterarse.

- ¡Pero si has bajado directamente del Cielo! ¡Yo mismo te he visto!

- ¡Oh, el castillo! Ya lo hemos recorrido, pero no hemos averiguado gran cosa. Por ejemplo, ¿eran realmente lampiños los Ingenieros?

- A veces he pensado que sólo se afeitaban, como yo. Sin embargo, tu barbilla parece naturalmente lampiña.

- Me depilo. - Luis observó el mar de reverentes rostros floridos -. ¿Qué creen ellos? No parecen compartir tus dudas.

- Nos han visto hablar como iguales, en la lengua de los Constructores. Desearía mantener esta impresión, si no te molesta.

El sacerdote adoptó un tono más de complicidad que no hostil.

- ¿Servirá para mejorar tu posición a sus ojos? Supongo que sí - dijo Luis. El sacerdote realmente temía perder a su congregación... como le ocurriría a cualquier sacerdote, si su dios resucitara e intentara ponerse al frente de la misma -. ¿Pueden entender lo que decimos?

- Sólo una palabra de cada diez, como máximo.

De pronto Luis comenzó a lamentar que su disco traductor fuese tan competente. No pudo averiguar si el sacerdote hablaba la lengua de Zignamuclikclik. De haber podido comprobar hasta qué punto se habían ido diferenciando ambas lenguas desde la interrupción de las comunicaciones, hubiera podido deducir la fecha de la destrucción de la civilización.

- ¿Qué castillo es este que llamáis Cielo? - preguntó -. ¿Lo sabes?

- Las leyendas hablan de Zrillir - dijo el sacerdote -; dicen que gobernaba todas las tierras bajo el Cielo. Este pedestal sostenía la estatua de Zrillir, a tamaño natural. Las tierras proporcionaban al Cielo todo tipo de manjares que puedo citarte si quieres, pues solemos aprender sus nombres de memoria; pero ahora ya no se cultivan. ¿Quieres que...?

- No, gracias. ¿Qué sucedió?

La voz del hombre adquirió un tono de cantinela. Debía haber escuchado muchas veces la misma historia, y sin duda la había contado otras tantas...

- El Cielo fue construido cuando los Ingenieros construyeron el mundo y el Arco. El señor del Cielo es también señor de la tierra de uno a otro confín. Conque Zrillir gobernó, durante varias vidas, y cuando algo le disgustaba arrojaba rayos de sol desde el Cielo. Entonces, un día, la gente comenzó a sospechar que Zrillir ya no podía arrojar rayos de sol. Y dejaron de obedecerle. Ya no le enviaban comida. Derribaron la estatua. Cuando los ángeles de Zrillir comenzaron a arrojar piedras desde las alturas, la gente se limitó a esquivarlas y a burlarse. Y entonces, un día, el pueblo intentó construir una escalera hasta el Cielo con el propósito de ocuparlo. Pero Zrillir derrumbó la escalera. Luego, sus ángeles huyeron del Cielo en sus vehículos volantes. Más tarde, la gente comenzó a lamentar la desaparición de Zrillir. El cielo estaba siempre nublado; las cosechas se malograban. Hemos rezado por el regreso de Zrillir...

- ¿Hasta qué punto crees que es exacto todo esto?

- Yo lo hubiera negado todo hasta esta mañana, cuando bajaste volando del Cielo. Me tienes muy inquieto, oh Constructor. Tal vez Zrillir realmente haya decidido regresar y envía un emisario bastardo para eliminar a los falsos sacerdotes.

- Puedo afeitarme la cabeza, si eso te hace sentir mejor.

- No. No es necesario; pregunta lo que quieras.

- ¿Qué puedes decirme de la decadencia de la civilización del Mundo Anillo?

El sacerdote le miró aún más inquieto.

- ¿Va a producirse una decadencia?

Luis suspiró y -por primera vez- se volvió a examinar el altar.

Éste ocupaba el centro del pedestal sobre el cual se alzaba. Era de madera oscura. Su lisa superficie rectangular había sido tallada para representar un mapa en relieve, con colinas y ríos y un solo lago, y dos rebordes vueltos hacia arriba. Los otros dos bordes, los más cortos, servían de base a un arco parabólico dorado.

El dorado del arco había perdido su brillo. Pero del ápice del arco colgaba una pequeña bola dorada, suspendida de un hilo; y ese oro estaba reluciente.

- ¿Está en peligro nuestra civilización? Han ocurrido tantas cosas. El alambre del sol, tu misma aparición... ¿Es alambre del sol? ¿Va a desplomarse el sol sobre nuestras cabezas?

- Lo dudo mucho. ¿Te refieres al alambre que ha estado cayendo toda la mañana?

- Sí. Nuestra doctrina religiosa enseña que el sol cuelga del Arco suspendido por un alambre muy resistente. Este alambre es resistente. Lo hemos comprobado - dijo el sacerdote -. Una muchacha intentó cogerlo y deshacer un nudo, y le cortó los dedos.

Luis asintió.

- Nada caerá - le aseguró.

Y para sus adentros pensó: «Ni siquiera las pantallas opacas. Aunque se rompieran todos los cables, las pantallas no caerían sobre el Mundo Anillo». Sin duda los Ingenieros debieron de dotarlas de un afelio orbital situado en el propio Anillo.

- ¿Sabes algo del sistema de transporte de los bordes exteriores? - preguntó luego, sin demasiadas esperanzas. Y en el acto comprendió que algo no marchaba. Había descubierto algo, alguna señal de desastre; ¿pero qué?

- ¿Te importaría repetir la última pregunta? - dijo el sacerdote.

Luis así lo hizo.

- Tú aparato que habla dijo algo distinto la primera vez. Algo sobre no sé qué restringido.

- Es curioso - comentó Luis. Y entonces lo oyó. El traductor hablaba en un tono de voz distinto y soltó una larga parrafada...

- Estáis usando una longitud de onda restringida, contraviniendo..., no recuerdo lo que venía a continuación - dijo el sacerdote -. Más vale que demos por terminada esta entrevista. Debes de haber despertado algo antiguo, algo maligno... - El sacerdote se interrumpió para escuchar, pues el traductor de Luis había comenzado a hablar otra vez en la lengua del sacerdote -. «...Contraviniendo el edicto doce, lo cual equivale a una interferencia en el sistema de mantenimiento.» Puedes frenar tus poderes...

El resto de lo que dijo el sacerdote nunca llegó a ser traducido.

De pronto, el disco se tornó incandescente en la mano de Luis. De inmediato lo arrojó con fuerza lo más lejos que pudo.

Estaba al rojo vivo y brillaba con un resplandor cegador cuando fue a estrellarse contra el pavimento... sin herir a nadie, o eso le pareció. Entonces sintió el efecto retardado del dolor, y las lágrimas le nublaron los ojos.

Aún logró distinguir al sacerdote que le despedía con una inclinación de cabeza, muy formal y majestuosa.

Le devolvió el saludo, con el rostro igualmente impávido. En ningún momento había bajado de la aerocicleta; conque apretó el botón y se elevó hacia el Cielo.

Cuando tuvo la certeza de que ya no podían ver su rostro, lo dejó invadir por el dolor y profirió una interjección que había oído una vez en Wunderland, en boca de un hombre que había dejado caer un objeto de cristal de Steuben de más de mil años de antigüedad.

17. El Ojo de la tormenta

Salieron del Cielo y enfilaron las aerocicletas rumbo a babor. Avanzaban bajo la cobertura gris acerada que en esas regiones hacía las veces de cielo. Esas nubes les habían salvado la vida al sobrevolar el campo de girasoles. Ahora ya sólo resultaban simplemente deprimentes.

Luis apretó tres botones de su panel de mandos para fijar el rumbo a la altitud que llevaban entonces. Tuvo que poner gran atención en cada uno de sus gestos, entorpecidos por la mano derecha, prácticamente insensibilizada a causa de los medicamentos y la película protectora, y las pequeñas ampollas blancas que se le habían formado en la punta de cada dedo de la otra mano. Sin embargo, no pudo dejar de pensar que podría haber sido aún mucho peor.

Interlocutor apareció en la pantalla.

- Luis, ¿no será mejor volar por encima de las nubes?

- Podríamos perdernos algún detalle interesante. Desde allí arriba no se ve el suelo.

- Ahora tenemos mapas.

- Pero no nos indicarán la presencia de un campo de girasoles, ¿no crees?

- Tienes razón - reconoció Interlocutor en el acto. Y cortó.

Mientras Luis se las entendía con el sacerdote afeitado, ahí abajo, Interlocutor y Teela habían aprovechado el tiempo en la sala de cartografía del Cielo. Habían trazado mapas topográficos

de la ruta que deberían seguir hasta el muro exterior, y también habían señalado las ciudades, que aparecían como brillantes manchas amarillas en la pantalla amplificadora.

Luego, algo se había opuesto a que hiciesen uso de una frecuencia reservada. ¿Reservada por quién, para qué, desde cuándo? ¿Por qué no había manifestado su disconformidad hasta entonces? Luis tenía la sospecha de que debía de tratarse de una máquina abandonaba, como el vigía de meteoritos que derribó el «Embustero». Tal vez ésta sólo funcionaba de modo intermitente.

Y el disco traductor de Interlocutor se había puesto al rojo vivo y se le había quedado adherido a la palma de la mano. Tardaría varios días en recuperar el uso de esa mano, pese a las milagrosas medicinas «militares» kzinti. Sería preciso cierto tiempo para que se regenerasen los músculos.

Las cosas cambiaban bastante ahora que tenían los mapas. El renacimiento de la civilización, caso de existir, debía de haberse iniciado casi con certeza en las grandes metrópolis. La flotilla podría sobrevolar esas zonas e intentar detectar seriales de luz o de humo.

La luz de llamada de Nessus se había encendido sobre el panel, tal vez llevara ya horas allí encendida. Luis respondió a la llamada.

La pantalla le mostró la desordenada crin del titerote y la suave piel de su lomo que subía y bajaba rítmicamente al compás de su respiración. Por un momento, se preguntó si Nessus habría vuelto a caer en estado catatónico. Entonces, éste levantó una cabeza triangular y canturreó:

- ¡Gusto de saludarte, Luis! ¿Cómo va todo?

- Encontramos un edificio flotante - explicó Luis -. Con una sala de mapas.

Le contó al titerote todo lo referente al castillo llamado Cielo, la sala de cartografía, la pantalla, los mapas y los globos, el sacerdote y sus leyendas y su modelo del universo. Llevaba un buen rato respondiendo a las preguntas del titerote, cuando se le ocurrió hacerle una a su vez.

- Ahora que me acuerdo, ¿te funciona el disco traductor?

- No, Luis. Hace un rato, el instrumento se puso al rojo vivo ante mis propios ojos. Me dio un susto de muerte. De haberme atrevido, habría caído en estado catatónico; pero no podía correr ese riesgo sin estar mejor informado.

- Pues los demás también se han quemado. El de Teela fundió el estuche y dejó una buena señal en su aerocicleta. Interlocutor y yo nos quemamos la mano. ¿Sabes una cosa? Tendremos que aprender la lengua del Mundo Anillo.

- Sí.

- Me gustaría que el viejo hubiera recordado algo sobre la decadencia de la antigua sociedad anillícola. Había pensado que tal vez... - Y le contó al titerote su teoría sobre la mutación de las bacterias intestinales.

- Es posible - dijo Nessus -. Y una vez olvidado el secreto de la transmutación, jamás podrían volver a su anterior estado.

- ¿Oh? ¿Por qué no?

- Mira a tu alrededor, Luis. ¿Qué ves?

Luis hizo lo que le decía el titerote. Un poco más adelante, vio una tormenta eléctrica en formación; más allá había colinas y valles, una ciudad en la distancia, dos picos montañosos gemelos que mostraban en la cumbre la sucia transparencia del material base del Anillo...

- Dirígete a cualquier punto del Mundo Anillo y cava un poco. ¿Qué encontrarás?

- Tierra - dijo Luis -. ¿Qué hay con eso?

- ¿Y luego?

- Más tierra. Un lecho de rocas. El material base del Anillo - contestó Luis. Y mientras pronunciaba estas palabras el paisaje pareció experimentar una transformación. Las nubes de la tormenta, las montañas, la ciudad situada hacia estribor y la ciudad que iban dejando atrás, esa línea brillante ahí a lo lejos junto al horizonte-infinito, que podría ser un mar o una invasión de girasoles... pero de pronto el paisaje comenzó a aparecérsele como el caparazón vacío que realmente era. La diferencia entre un planeta normal y eso era la misma que mediaba entre un rostro humano y una máscara de goma vacía.

- Cava un poco en cualquier mundo - siguió diciendo el titerote -, y más pronto o más tarde encontrarás alguna u otra veta de mineral. Aquí sólo hallarías mil metros de tierra y, luego, la infraestructura del Anillo. Es un material que no puede ser elaborado. Si el minero consiguiera atravesarlo, se encontraría con el vacío: amarga recompensa para su dura labor. Imagina que el Anillo está poblado por una civilización capaz de construir este mundo, es evidente que tendrá que contar con una forma económica de transmutación. Imagina que la tecnología de la transmutación cae en el olvido -de momento no importa cómo-, ¿qué les quedaría? Seguramente no poseían reservas de materiales en bruto. No hay minerales. Todo el metal disponible en el Anillo debía estar acumulado en forma de máquinas, herramientas y orín. Aunque hubieran podido desplazarse a otros planetas, no cambiaría en absoluto su situación, pues no hay ningún lugar donde excavar en los alrededores de esta estrella. La civilización entraría en decadencia y jamás volvería a recuperarse.

- ¿Cuándo descubriste todo esto? - preguntó tímidamente Luis.

- Hace un tiempo. Me pareció irrelevante para nuestra supervivencia.

- Conque ni lo mencionaste. Tal cual - dijo Luis. ¡Con las horas que él había pasado dándole vueltas al problema! Y ahora todo resultaba tan absolutamente evidente. Qué ratonera, qué terrible ratonera para unos seres racionales.

Luis miró el paisaje que se extendía ante sus ojos (y subliminalmente advirtió la desaparición de la imagen del titerote). Se iban acercando a la tormenta, y ésta era de gran magnitud. Sin duda, las envolturas sónicas les protegerían, pero no obstante...

Sería mejor pasar por encima. Luis tiró de una palanca y las aerocicletas comenzaron a elevarse hacia la cobertura gris del mundo, hacia las nubes que se cernían sobre sus cabezas desde que habían llegado a la torre llamada Cielo.

Luis dejó vagar sus pensamientos...

El aprendizaje de una lengua desconocida sería lento. Intentar aprender una nueva lengua cada vez que aterrizaban, resultaría simplemente imposible. Y el problema comenzaba a ser vital. ¿Cuánto tiempo debían llevar sumidos en la barbarie los nativos del Anillo? ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde la época en que todos hablaban la misma lengua? ¿Hasta qué punto se habrían diferenciado las lenguas locales del lenguaje originario?

El universo se tornó borroso, luego desapareció por completo. Estaban en medio de las nubes. Jirones de niebla se deslizaban en torno a la burbuja que formaba la envoltura sónica de Luis. Luego las aerocicletas emergieron a plena luz del sol.

Un enorme ojo azul miraba a Luis Wu desde el horizonte infinito del Mundo Anillo, por encima de una interminable extensión de nubes grises.

El ojo parecía aproximadamente del tamaño adecuado para un dios con una cabeza como la Luna de la Tierra.

Luis tardó unos instantes en aprehender plenamente lo que veía. Y su cerebro aún se negó rotundamente a creerlo durante unos cuantos segundos más. Luego toda la imagen pareció esfumarse como una instantánea mal iluminada.

En medio del zumbido que le llenaba los oídos logró oír (o intuir) que alguien gritaba.

«¿Estaré muerto?», se preguntó.

Y, «¿fue ése un grito de Nessus?» Pero el circuito estaba desconectado.

Era Teela. Teela, que jamás había sentido miedo en su vida, ahora se cubría el rostro con las manos, para protegerse de esa enorme mirada azul.

El ojo permanecía inmóvil frente a ellos, en dirección a babor. Parecía atraerles hacia sí.

«¿Estaré muerto? ¿Habrá venido a juzgarme el Creador? ¿Qué Creador?»

Por fin, Luis Wu se vería obligado a definirse y decidir en qué Creador creía, si es que creía en alguno.

El ojo era blanco y azul, con una ceja blanca y una pupila negra. Blanco como las nubes, azul como la distancia. Parecía formar parte del mismo cielo.

- ¡Luis! - gritó Teela -. ¡Haz algo!

«No puede ser cierto - se dijo Luis. Tenía la garganta como si se hubiera tragado un bloque de hielo compacto. El cerebro le daba vueltas, acorralado, dentro del cráneo -. Es un universo gigantesco, pero a pesar de todo ciertas cosas son realmente imposibles.»

- ¡Luis!

Por fin, logró recuperar la voz.

- Interlocutor. Eh, Interlocutor. ¿Qué ves?

El kzin tardó un momento en responder. Su voz sonaba extrañamente inexpresiva.

- Veo un enorme ojo humano frente a nosotros.

- ¿Humano?

- Sí. ¿Tú también lo ves?

La palabra que a Luis no se le hubiera ocurrido utilizar nunca lo cambiaba todo. Humano. Un ojo humano. Si el ojo hubiera sido una manifestación sobrenatural, un kzin hubiera debido ver un ojo kzinti, o nada en absoluto.

- Entonces es un fenómeno natural - dijo Luis -. Tiene que serlo.

Teela le miraba suplicante.

Pero, ¿cómo explicarse que los estuviera atrayendo hacia sí?

- Oh - dijo Luis Wu. Y torció bruscamente el manillar hacia la derecha. Las aerocicletas comenzaron a torcer hacia giro.

- Nos estamos saliendo de nuestra ruta - advirtió de inmediato Interlocutor -. Luis, rectifica el rumbo. O déjame conducir a mí.

- No querrás pasar a través de esa cosa, ¿verdad?

- Es demasiado grande para dar un rodeo.

- Interlocutor, no es mayor que un cráter de Platón. Podemos dar la vuelta en una hora. ¿Por qué correr el riesgo?

- Si tienes miedo, puedes abandonar la formación, Luis. Da un rodeo en torno al ojo y reúnete conmigo al otro lado. Tú puedes hacer otro tanto, Teela. Yo no me desviaré de mi ruta.

- ¿Por qué? - Incluso el propio Luis notó el tono entrecortado de su voz -. ¿Crees que esa... formación nubosa accidental puede poner en entredicho tu virilidad?

- ¿Mi qué? Luis, mi capacidad para procrear nada tiene que ver con esto. Lo que está en cuestión, es mi valor.

- ¿Por qué?

Las aerocicletas iban surcando el cielo a velocidad de crucero, dos mil kilómetros por hora.

- ¿Por qué está en cuestión tu valor? Aún no me has contestado. Quieres arriesgar nuestras vidas.

- No. Nada os impide dar un rodeo en tomo al Ojo si queréis.

- ¿Y cómo te encontraremos luego?

El kzin se quedó pensativo un momento.

- Reconozco que tal vez tengas razón. ¿Has oído hablar de la herejía del predicador Kdapt?

- No.

- En los tristes días que siguieron a la Cuarta Tregua con el hombre, el predicador Kdapt creó una nueva religión. El propio Patriarca le ejecutó personalmente en un combate cuerpo a cuerpo, pues llevaba una partícula nominal propia, pero su religión herética se ha seguido practicando clandestinamente hasta nuestros días. El predicador Kdapt creía que Dios el Creador había hecho al hombre a su imagen y semejanza.

- ¿Al hombre? Pero... ¿El predicador Kdapt era realmente un kzin?

- Sí. Pero vosotros siempre salíais vencedores, Luis. Durante tres siglos y cuatro guerras no habíais dejado de vencer. Los discípulos de Kdapt se cubrían con máscaras de piel humana para rezar. Confiaban lograr confundir al Creador el tiempo suficiente para que les permitiera ganar una guerra.

- Y cuando has visto ese ojo que nos miraba desde el horizonte...

- Sí.

- Por favor.

- Luis, debes reconocer que mi teoría es más probable que la tuya. ¡Una formación nubosa accidental! ¡Francamente, Luis!

Luis había recuperado toda su capacidad de raciocinio.

- Olvida lo de accidental. Tal vez los ingenieros que construyeron el Anillo incorporaron esa formación imitando un Ojo como una broma, o para señalar algo especial.

- ¿Cómo qué?

- ¿Quién sabe? Algo grande. Un parque de atracciones, una iglesia importante. La sede del Sindicato de ópticos. Con las técnicas que poseían y todo el espacio disponible, podría ser cualquier cosa.

- Una cárcel para voyeurs - dijo Teela, que de pronto había cogido el hilo -. ¡Una universidad para detectives privados! ¡Un nuevo diseño proyectado en un tride gigante! Yo también me he asustado mucho al principio, Interlocutor. - Su voz había recuperado el timbre normal -. Creí que era... no sé lo que pensé. Pero soy de tu misma opinión. Lo atravesaremos juntos.

- De acuerdo, Teela.

- Si parpadea, moriremos juntos.

- «La mayoría siempre es cuerda» - repitió Luis -. Voy a llamar a Nessus.

- ¡Por Finagle, eso es! Seguramente ya debe haberío cruzado o debe haberlo circunvalado!

Luis se rió más fuerte de lo normal. Una reacción lógica después del terrible susto pasado.

- No me dirás que crees que Nessus nos está abriendo camino, ¿verdad?

- Pues...

- Es un titerote. Cuando se perdió de vista, dio media vuelta y se situó a nuestra zaga. Lo más probable es que acoplara su aerocicleta a la de Interlocutor. De este modo, Interlocutor no puede atraparle y nosotros tenemos que pasar primero por todos los posibles peligros que puedan aguardarle a él.

- Me sorprende tu habilidad para pensar como un cobarde, Luis - dijo Interlocutor.

- No la desdeñes tanto. Estamos en un mundo desconocido y necesitamos comprender los puntos de vista de seres totalmente distintos.

- Muy bien, puedes llamarle, puesto que parecéis entendemos tan bien. Por mi parte, pienso encararme con el Ojo y descubrir lo que oculta. Luis llamó a Nessus.

En la imagen del intercom sólo se veía el lomo del titerote. Su crin se agitaba ligeramente al compás de su respiración.

- Nessus - le llamó Luis. Después, más alto -. ¡Nessus!

El titerote se movió inquieto. Luego asomó una cabeza triangular con expresión de asombro.

- Ya estaba a punto de tocar la sirena.

- ¿Una emergencia? - Las dos cabezas se habían extendido y escudriñaban inquietas a su alrededor.

A Luis le costaba un gran esfuerzo mirar directamente al enorme ojo azul que tenía delante. Su mirada se apartaba involuntariamente de él.

- Podríamos decir que sí. Mis compañeros de expedición se han vuelto locos y están a punto de lanzarse a una acción suicida. No creo que podamos permitirnos perder la mitad de nuestros efectivos.

- Explícate, por favor.

- Mira delante tuyo y dime si ves una formación nubosa en forma de ojo humano.

- La veo - dijo el titerote.

- ¿Tienes idea de qué puede haberla provocado?

- Es evidente que se trata de algún tipo de tormenta. Sin duda, ya habrás comprendido por qué no hay huracanes en espiral en el Mundo Anillo.

- ¡Oh! - A Luis ni siquiera se le había ocurrido formularse esa pregunta.

- Los huracanes adquieren su forma de espiral por efecto de una fuerza resultante de la diferencia entre las velocidades de dos masas de aire situadas en latitudes distintas. Un planeta es un esferoide rotatorio. Si dos masas de aire se aproximan a un punto con objeto de llenar un vacío parcial, una desde el norte y otra desde el sur, sus velocidades residuales las llevarán más allá del punto de confluencia. Así se forma un remolino de aire.

- Ya sé cómo se forman los huracanes.

- Entonces comprenderás que en el Mundo Anillo todas las masas de aire contiguas poseen prácticamente la misma velocidad. Luego, no puede producirse el efecto de arremolinamiento.

Luis contempló la tormenta en forma de ojo que tenía delante.

- ¿Qué clase de tormenta puede producirse entonces? Yo diría que ninguna. Simplemente no habrá circulación de aire.

- Te equivocas, Luis. El aire caliente subirá y el aire frío bajará. Pero estos efectos no podrían provocar una tormenta como la que tenemos ante nuestros ojos.

- Y que lo digas.

- ¿Qué se propone hacer Interlocutor?

- Volar a través del centro de ese engendro de Finagle, con Teela lealmente a la zaga.

El titerote soltó un silbido de una tonalidad tan pura y hermosa como un rayo laser de rubí.

- Parece un poco arriesgado. Las envolturas sónicas pueden protegerles de los estragos de cualquier tormenta normal. Pero ésta no parece una tormenta normal ni mucho menos...

- Estaba pensando que tal vez fuese artificial.

- Sí... Los anillícolas sin duda establecieron su propio sistema de corrientes en torno al Anillo. Pero ese sistema debió dejar de funcionar cuando se interrumpió el suministro de energía en el Anillo: Pero no acabo de ver... ah. Ya lo tengo, Luis.

- ¿Qué es?

- Debemos postular la existencia de un tragadero de aire, una región donde el aire desaparece cerca del centro de una tormenta. A partir de aquí, es posible deducir todo lo demás.

- En efecto: el tragadero de aire crea un vacío parcial. Las masas de aire afluyen desde giro y antigiro...

- Y desde babor y estribor.

- Sí, pero podemos prescindir de éstas - dijo con petulancia el titerote -. Sin embargo, el aire procedente de giro será fraccionariamente más ligero que el aire circundante. Luego, subirá. El aire procedente de la dirección contraria, de antigiro, será fraccionariamente más pesado...

Luis no conseguía visualizar exactamente el fenómeno.

- ¿Por qué?

- Procede de antigiro, Luis. Su velocidad de rotación se ve ligeramente incrementada en relación al Anillo. La fuerza centrífuga lo hace bajar un poco. Y forma el párpado inferior del ojo. El aire procedente de giro, que sube, forma el párpado superior. Se produce un efecto de arremolinamiento, qué duda cabe, pero el remolino tiene un eje horizontal, en vez de vertical como ocurriría de estar en un planeta.

- ¡Pero es un efecto tan mínimo!

- Sin embargo, es el único, Luis. Nada interfiere su acción, ni la frena. Puede haber estado actuando durante milenios, hasta formar lo que ahora ves.

- Es posible. Es posible. - El ojo ya le parecía menos amenazador. Como había dicho el titerote, debía ser algún tipo de tormenta. Tenía todos los colores de una tormenta, las nubes negras y las nubes blancas de las capas superiores iluminadas por el sol, y el oscuro «centro» de la tormenta hacía las veces de iris del Ojo.

- Subsiste el problema del tragadero de aire, como es lógico. ¿Por qué desaparece el aire cerca del centro de la tormenta?

- Tal vez haya una bomba aspirante aún en funcionamiento.

- Lo dudo mucho, Luis. De ser así, las perturbaciones atmosféricas de esta zona habrían sido planificadas.

- ¿Entonces?

- ¿Te has fijado en los puntos donde el material de base del Anillo asoma entre la tierra y las rocas? Sin duda esa erosión no ha sido planificada. ¿Has observado que esos puntos se iban

haciendo más frecuentes a medida que nos aproximábamos a este lugar? La tormenta del Ojo debe de haber perturbado el clima en muchos miles de kilómetros a la redonda, cubriendo una superficie mayor que la de tu mundo o el mío.

Ahora le tocó silbar a Luis.

- ¡Voto a nej! Pero en ese caso... Oh, ya comprendo. Un meteorito debe de haber perforado el Anillo en el centro de la tormenta del Ojo.

- Sí. Luego es posible traspasar la base del Anillo.

- Pero no con los instrumentos que, poseemos.

- Tienes razón. Pero aún nos falta comprobar si realmente existe tal perforación.

El pánico supersticioso de Luis ya sólo parecía una pesadilla.

La serenidad analítica del titerote era contagiosa y sedante. Luis miró directamente al Ojo sin temor y dijo:

- Tendremos que meternos dentro y averiguarlo. ¿No crees arriesgado intentar volar a través del iris?

- Lo más probable es que solamente encontréis algo de aire transparente y en reposo suspendido en un vacío parcial.

- Conforme. Voy a transmitir las buenas nuevas. Todos volaremos a través del Ojo de la tormenta.

El cielo comenzaba a oscurecerse cuando llegaron junto al iris. ¿Se estaría haciendo de noche? Imposible decirlo con certeza. Las nubes, cada vez más densas y negras, ya oscurecían bastante el lugar.

El ojo tenía casi doscientos kilómetros de longitud, y unos setenta de altura. Su contorno pareció tornarse más azulado a medida que se aproximaban. Comenzaron a distinguir las capas de nubes y las corrientes de aire. Ya empezaba a vislumbrarse la verdadera forma del Ojo: un túnel de vientos agitados, bastante uniforme, cuya sección transversal formaba la imagen de un ojo humano.

Pero no perdió su apariencia de ojo, a medida que se aproximaban zumbando hacia el iris.

Era como caer en el ojo de Dios. El efecto visual era horrible, aterrador, casi cómicamente exagerado. Luis tan pronto tenia ganas de reír como de gritar. O de echarse atrás. Con un observador bastaría para comprobar si había un agujero en la infraestructura del Mundo Anillo. Luis podría dar un rodeo...

Ya estaban dentro.

Recorrieron un negro corredor iluminado por los relámpagos, que centelleaban casi continuamente, delante y detrás suyo y por todos lados. El aire que les rodeaba aparecía

despejado en un radio uniforme. Más allá de esa región del iris, se arremolinaban las nubes opacas, girando a su alrededor a velocidades superiores a las de un huracán.

- El herbívoro tenía razón - bramó Interlocutor -. No es más que una tormenta.

- Es curioso. Fue el único de los cuatro que no se quedó petrificado de miedo al ver el Ojo. Supongo que los titerotes no deben de ser supersticiosos - gritó Luis Wu.

- ¡Veo algo frente a nosotros! - anunció entonces Teela.

Era un boquete en la base del túnel. Luis hizo una mueca que parecía una sonrisa por efecto de la tensión, y apoyó las manos en los mandos. La succión podía ser realmente terrible a la altura de ese boquete.

Su preocupación, su tensión, habían cedido desde que penetraran en el Ojo. ¿Qué podía ocurrirles en un lugar que incluso un titerote consideraba seguro?

Las nubes y los rayos se arremolinaron a su alrededor cuando se aproximaron al boquete.

Frenaron y lo saltaron con los motores de las aerocicletas a todo gas para resistir a la fuerza de succión. La tormenta tronaba en sus oídos, apagada por las envolturas sónicas.

Era como mirar hacia el interior de un embudo. Saltaba a la vista que el aire se iba perdiendo ahí abajo; pero, ¿era expulsado fuera a gran velocidad o sólo iba goteando en el espacio a través de la negra base del Mundo Anillo? En realidad, no se distinguía gran cosa...

Luis no advirtió que Teela había hecho descender su aerocicleta. Estaba demasiado lejos, la luz vacilante era demasiado irreal y Luis tenía la mirada fija en el fondo del embudo. Vio una minúscula manchita que caía por el embudo, pero no le dio importancia.

Entonces oyó el alarido de Teela, apagado por el estruendo de la tormenta.

Podía ver claramente el rostro de Teela en la imagen del intercom. Estaba mirando hacia abajo y se la veía aterrorizada.

- ¿Qué sucede? - bramó Luis.

Apenas consiguió oír su respuesta.

- ¡Me ha cogido!

Miró hacia abajo.

El embudo aparecía despejado entre los lados cónicos en constante movimiento. Estaba inundado de una extraña luz uniforme, que no procedía de los relámpagos en sí, sino de los efectos de rayos catódicos provocados por las diferencias de intensidad en un vacío casi completo. Allí abajo se divisaba una manchita de... algo, algo que podría ser muy bien una aerocicleta, de existir alguien lo suficientemente estúpido para meterse con su aerocicleta en semejante torbellino, por el simple gusto de poder ver más de cerca un orificio que comunicaba con el espacio exterior.

Luis sintió vértigo. imposible hacer nada, no había remedio. Apartó la mirada de la vorágine...

Sólo para encontrarse con la mirada de Teela sobre el tablero. Tenía la vista fija en el fondo del embudo y parecía estar viendo algo horrible...

Y le salía sangre de la nariz.

Vio cómo su rostro iba perdiendo poco a poco la expresión de terror, hasta que sólo quedó una pálida serenidad cadavérica. Estaba a punto de desmayarse. ¿Anoxia? La envoltura sónica retendría el aire en medio del vacío, pero era preciso conectarla primero.

Teela levantó la mirada hacia Luis Wu, ya semiinconsciente. Haz algo, parecía suplicar. Haz algo.

De pronto su cabeza se desplomó sobre los mandos.

Luis se había mordido el labio inferior. Sentía el sabor de la sangre. Miró hacia el fondo de la vorágine de nubes, iluminadas por el neón, y le recordó desagradablemente el remolino que se forma en torno al desagüe de una bañera. Logró localizar la diminuta manchita que debía ser la aerocicleta de Teela...

...y entonces vio que salía despedida en dirección horizontal y atravesaba la inclinada pared rotatoria del embudo.

Segundos más tarde vio aparecer la estela de vapor en el fondo del huracán. Un hilillo blanco, perfectamente recto. Por alguna razón, no dudó ni un momento que ésa era la aerocicleta de Teela.

- ¿Qué ha ocurrido? - preguntó Interlocutor.

Luis meneó la cabeza, incapaz de responder. Se sentía como paralizado. Su capacidad de raciocinio parecía haber sufrido un cortocircuito; sus pensamientos le llevaban una y otra vez al mismo punto.

La imagen de Teela en el intercom estaba boca abajo, casi sólo se veían sus cabellos. Estaba inconsciente, montada en una aerocicleta incontrolado que avanzaba a más del doble de la velocidad del sonido. Alguien debería hacer algo...

- Pero estaba casi exánime, Luis. ¿Crees que Nessus habrá activado algún control cuya existencia ignoramos?

- No. Yo más bien diría que... no.

- Creo que eso es lo que ha ocurrido - insistió Interlocutor. - ¡Has visto perfectamente lo que ha ocurrido! Se desmayó, su cabeza golpeó los mandos y su aerocicleta salió disparada de ese tragadero como alma que lleva el diablo! ¡Golpeó justo los controles precisos con la cabeza!

- Tonterías.

- ¡Piensa en las probabilidades, Luis! - De pronto, el kzin comprendió y se quedó con la boca abierta mientras intentaba hacerse a la idea -. No. Imposible - dijo a modo de veredicto.

- Ya.

- Si hubiera tenido al menos un poco de buena suerte, no habría querido embarcarse con nosotros. Nessus no la habría localizado nunca. Se habría quedado en la Tierra.

Los relámpagos centelleaban, iluminando el largo túnel de agitadas nubes negras. Una fina línea recta se extendía ante ellos hasta perderse en la distancia: la estela de vapor de la aerocicleta de Teela. Pero la aerocicleta en sí ya se había perdido de vista.

- ¡Jamás nos hubiéramos estrellado contra el Mundo Anillo, Luis!

- Yo no estaría tan seguro.

- Tal vez sería mejor que te dejaras de divagaciones y buscaras la manera de salvarle la vida.

Luis asintió. Sin verdadera sensación de emergencia, apretó el botón de llamada correspondiente a Nessus, algo que Interlocutor no podía hacer.

El titerote respondió en el acto, como si hubiera estado esperando esa señal. A Luis le sorprendió comprobar que Interlocutor no había colgado. Procedió a explicar brevemente las líneas generales de lo ocurrido.

- Todo parece indicar que ambos nos equivocamos con respecto a Teela - dijo Nessus.

- Ya.

- Su aerocicleta se mueve impulsada por el motor de emergencia. Un golpe con la frente no puede ser suficiente para activar los controles correspondientes. Primero tendría que manipular la ranura de control. Me parece difícil que pudiera hacerlo de un modo accidental.

- Dime dónde está. - Y cuando el titerote se lo explicó, Luis dijo -: No me extrañaría que hubiera metido el dedo ahí dentro por pura curiosidad.

- ¿En serio?

Interlocutor no le dejó responder.

- Pero ¿qué podemos hacer?

- Cuando se despierte, decidle que se ponga en contacto conmigo - dijo Nessus con cierta petulancia -. Yo le explicaré cómo recuperar la velocidad normal y luego la guiaré para que pueda localizarnos.

- Y de momento, ¿no podemos hacer nada más?

- Pues no. Existe el riesgo de que algunos elementos ardan en el sistema de propulsión. Sin embargo, su vehículo sorteará los obstáculos; no se estrellará. Se está alejando de nosotros aproximadamente a cuatro Mach. El mayor peligro que la acecha es la anoxia, que puede destruir las células cerebrales. Pero no creo que corra ese riesgo.

- Ya. - Luis quería dormir, no pensar más...

- ¿Por qué? La anoxia es peligrosa.

- Es demasiado afortunada - replicó Nessus, con aires de sobrada convicción.

18. Los riesgos de Teela Brown

Era negra noche cuando por fin salieron del iris del Ojo de la tormenta. No se veía ni una estrella; sin embargo, algún pálido resplandor azulado del Arco lograba atravesar de vez en cuando la capa de nubes.

- He recapacitado - anunció Interlocutor -. Nessus, puedes reunirte al grupo si lo deseas.

- En seguida voy - dijo el titerote.

- Necesitamos los puntos de vista de tu especie. Has dado muestras de un agudo ingenio. Pero debes comprender que no tengo intención de olvidar el crimen que tu especie ha cometido contra la mía.

- No quisiera entrometerme en tu memoria, Interlocutor.

Luis Wu apenas prestó atención a este triunfo del sentido práctico sobre el honor, de la inteligencia sobre la xenofobia. Estaba escudriñando el punto donde el banco de nubes se unía con el horizonte-infinito, en busca de algún rastro de la estela de vapor de Teela. Pero se había desvanecido por completo.

Teela seguía inconsciente. Su imagen en el intercom se revolvió inquieta y Luis gritó:

- ¡Teela!

Pero no recibió respuesta.

- Nos habíamos equivocado en nuestras suposiciones respecto a Teela - dijo Nessus -. Pero no comprendo por qué. ¿Cómo se explica que nos estrellásemos, si su buena fortuna es tan intensa?

- ¡Lo mismo que te estaba diciendo yo, Luis!

- Sin embargo - prosiguió el titerote -, si su buena fortuna es escasa, ¿cómo explicar que lograse activar el motor de emergencia? A mi entender mi primera teoría era correcta. Teela Brown está dotada de una buena suerte psíquica.

- Entonces, ¿cómo te explicas que fuese seleccionada para esta expedición? ¿Cómo te explicas el accidente del «Embustero»? ¡Cómo!

- Basta ya - intervino Luis.

No le prestaron atención.

- Su suerte es claramente voluble - siguió diciendo Nessus. - Si la suerte la hubiera abandonado tan sólo una vez, estaría muerta.

- De haber estado muerta o haber sufrido algún accidente, yo no la habría seleccionado. Debemos considerar la posibilidad de una mera coincidencia - replicó Nessus -. No olvides, Interlocutor, que las leyes de la probabilidad no excluyen las coincidencias.

- Pero no explican la magia. No puedo creer en una selección basada en la buena fortuna.

- Tendrás que creerlo - dijo entonces Luis. Esta vez los dos le escucharon -. Debía haberío advertido mucho antes - continuó diciendo -. No tanto por la manera que tenía de escapar al desastre siempre por un pelo; más bien son pequeños detalles, detalles de su personalidad. Es una persona afortunada, Interlocutor. Puedes creerme.

- Luis, ¿cómo puedes creer tamaña insensatez?

- Nunca ha sufrido. Jamás en su vida.

- Lo he comprobado. Conoce perfectamente el placer e ignora por completo el dolor. ¿Recuerdas cuando fuiste atacado por los girasoles? Te preguntó si podías ver. «Estoy ciego», dijiste tú. Y ella insistió: «Sí, ¿pero puedes ver?» No podía creer tus palabras.

- Y también justo después del accidente. Intentó subir una pendiente de lava con los pies descalzos.

- No es demasiado inteligente, Luis.

- ¡Es inteligente, nej! ¡Lo que pasa es que nunca ha sufrido! Cuando se quemó los pies, bajó corriendo y saltó sobre una superficie mucho más resbaladiza que el hielo... ¡sin embargo, no se cayó!

- De todos modos, no es preciso entrar en detalles - continuó Luis -. Basta fijarse en su modo de andar. Es patosa. Siempre parece a punto de tropezar y caer. Pero no se cae. No se golpea los codos contra los objetos. No derrama las cosas ni las deja caer. Nunca lo ha hecho. Nunca tuvo que aprender a no hacerlo, ¿te das cuenta? Por eso sus movimientos son poco agraciados.

- Son detalles que los no-humanos difícilmente podríamos apreciar - dijo Interlocutor, aún dudoso -. Tengo que confiar en tu palabra, Luis. Pero... ¿cómo puedes creer en la suerte psíquica?

- Pues, creo. Tengo que creer.

- Si su buena fortuna fuese segura, jamás habría intentado caminar sobre lava fundida - dijo Nessus. Pero la suerte de Teela Brown sólo nos protege de un modo esporádico. Consolador, ¿no os parece? Los tres estaríais muertos a estas horas si las nubes no os hubieran protegido al sobrevolar el campo de girasoles.

- Es cierto - dijo Luis; pero entonces recordó que las nubes se habían separado el tiempo suficiente para chamuscar la piel de Interlocutor-de-Animales. Recordó las escaleras del Cielo que habían subido mecánicamente a Teela los nueve pisos, en tanto que Luis Wu había tenido que subirlas a pie. Se palpó el vendaje de la mano y recordó que Interlocutor se había quemado la suya hasta el hueso, mientras el aparato traductor de Teela Brown ardía en su estuche en el portaequipajes.

- Su suerte parece protegerla mejor a ella que a nosotros - declaró.

- ¿Y por qué no? Pero pareces molesto, Luis.

- Tal vez lo esté... - Seguramente sus amigos se habrían cansado de contarle sus cuitas muchos años atrás. Teela era incapaz de comprender ningún problema. Hablarle de dolor a Teela Brown sería como intentar describirle el color a un ciego.

¿Zozobra del corazón? Teela nunca había sufrido penas amorosas. El hombre deseado siempre acudía a ella y permanecía a su lado hasta que ella comenzaba a cansarse, entonces desaparecía voluntariamente.

Fuese esporádico o no, ese extraño poder de Teela la hacía un poco distinta de los seres humanos, tal vez. Era una mujer, sin duda, pero con una percepción y un talento distintos, y también con sus zonas impenetrables... Y Luis había estado enamorado de esa mujer. Todo resultaba muy extraño.

- Ella también me amaba - musitó Luis -. Es curioso. No soy su tipo. Y de no haberme amado...

- ¿Cómo dices? ¿Hablabas conmigo, Luis?

- No, Nessus, estaba hablando conmigo mismo... - ¿Era ése el verdadero motivo que la había impulsado a unirse a Luis Wu y su pintoresca compañía? El misterio era bastante complejo. Su buena fortuna había llevado a Teela Brown a enamorarse de un hombre poco idóneo para ella, lo cual la había impulsado a unirse a una expedición incómoda y desastrosa, hasta el punto de ponerla varias veces al borde de una muerte violenta.

En el intercom apareció la imagen de Teela levantando la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos y el rostro inexpresivo... luego sorprendido... y de pronto inundado de verdadero terror. Los ojos, blancos y dilatados, miraban hacia abajo. El adorable rostro ovalado de Teela estaba desfigurado por la demencia.

- Tranquila - le dijo Luis -. Serénate. Tómalo con calma. Nada puede pasarte ya.

- Pero...

Ese chillido disonante era la voz de Teela.

- Ya hemos salido de allí. Lo hemos dejado muy atrás. Mira detrás tuyo. ¡Nej, que mires detrás tuyo!

Ella se volvió. Durante unos instantes, Luis sólo vio su suave melena negra. Cuando volvió a girarse, ya se la veía más calmada.

- Nessus - dijo Luis -, explícaselo.

- Llevas más de media hora avanzando a una velocidad de cuatro Mach - dijo el titerote -, Para que tu vehículo recupere la velocidad normal, debes pulsar la ranura bordeada de verde...

Aunque continuaba asustada, Teela obedeció.

- Ahora debes reunirte con nosotros. Mi indicador señala que has seguido una trayectoria curva. Estás situada a babor y giro de nosotros. Tu vehículo carece de indicador, conque tendré que ayudarte a desandar el camino. De momento, tuerce por completo hacia antigiro.

- ¿Dónde queda eso?

- Gira a la izquierda hasta que te encuentres directamente alineada con una de las bases del Arco.

- No veo el Arco. Tendré que elevarme por encima de las nubes. - Parecía casi completamente recuperada del susto.

¡Pero había pasado miedo, nej! Luis no recordaba haber visto nunca a nadie tan asustado. Y, desde luego, era la primera vez que veía a Teela en ese estado.

¿La había visto asustada alguna vez?

Luis miró por encima del hombro. El paisaje se veía oscuro bajo las nubes; sin embargo, el Ojo de la tormenta, que ya habían dejado muy atrás, relucía azul bajo el resplandor del Arco. Observaba su desaparición absolutamente concentrado, Y sin la menor señal de pesar.

Luis estaba completamente absorbido en sus propios pensamientos cuando una voz pronunció su nombre.

- ¿Sí? - respondió.

- ¿Estás enfadado?

- ¿Enfadado? - Lo pensó un momento. Razonó, fugazmente, que desde un punto de vista habitual, Teela había cometido una terrible estupidez al lanzar su aerocicleta en picado como lo hizo. Y buscó síntomas de enfado. No encontró nada.

Los criterios corrientes no servían para Teela Brown.

- Creo que no. ¿Qué viste ahí abajo?

- Podría haberme matado - dijo Teela cada vez más airada -. ¡No me mires de ese modo, Luis! ¡Podría haberme matado! ¡No te importa!

- ¿Y a ti?

Teela se sobresaltó como si hubiera recibido una bofetada.

- Había un agujero - gritó furiosa -. Y bruma en el fondo.

- ¿Era muy grande?

- ¿Cómo quieres que lo sepa? - Y su imagen se esfumó.

Tenía razón. ¿Cómo iba a apreciar la escala, bajo esa vacilante luz de neón?

«Arriesga su propia vida - pensó Luis - y luego me reprocha que no me enfade. ¿Un truco para llamar la atención? ¿Cuánto tiempo lo llevará practicando?»

Una mancha plateada se situó entre Luis y la manchita más pequeña que volaba a su lado, en la dirección de giro.

- Bienvenido - dijo Luis.

- Gracias - le respondió Nessus. Debía de haber empleado el motor de emergencia para conseguir darles alcance tan de prisa.

Dos cabezas triangulares, pequeñas y transparentes, observaban a Luis desde el panel de mandos.

- Ahora me siento a salvo. Cuando Teela se nos reúna, me sentiré aún más seguro.

- ¿Por qué?

- La suerte de Teela Brown nos protegerá, Luis.

- Yo no estaría tan seguro - le replicó Luis Wu.

Interlocutor les observaba en el intercom, sin decir palabra. Sólo Teela quedaba fuera del circuito.

- Tu arrogancia me molesta - dijo Luis Wu -. Intentar reproducir humanos afortunados es de una arrogancia diabólica. ¿Has oído hablar del Diablo?

- He leído sobre el Diablo, en libros.

- Tu estupidez es aún más grave que tu arrogancia. Das tranquilamente por sentado que lo que es bueno para Teela Brown es bueno para ti. ¿Por qué?

- Sin duda es lo más lógico. Si ambos estamos metidos en la misma nave, una ruptura del fuselaje nos perjudica a los dos.

- Tienes razón. Pero imagina que estáis sobrevolando un lugar que Teela desea visitar y donde tú no quieres aterrizar. Un fallo en los motores justo en ese momento, sería afortunado para Teela, pero no para ti.

- ¡Qué tontería, Luis! ¿Para qué iba a querer venir Teela al Mundo Anillo? ¡Desconocía incluso su existencia hasta que yo le hablé de él!

- Pero es afortunada. Si le convenía venir aquí, aún sin saberlo, acabaría viniendo a parar aquí. Entonces su suerte no habría sido esporádica, ¿verdad, Nessus? Habría sido efectiva todo el tiempo. Habría tenido la suerte de ser localizada por ti. Y la suerte de que no encontraras a ninguna otra persona que reuniera los requisitos necesarios. Todos esos fallos en las comunicaciones telefónicas, ¿recuerdas?

- Pero...

También habría tenido la suerte de que nos estrellásemos. ¿Recuerdas que tú e Interlocutor tuvisteis una discusión sobre quién dirigía esta expedición? Pues, ahora lo sabes.

- Pero, ¿por qué?

- ¿Te incomoda esa pregunta, Luis? A mí, sí. ¿Qué interés podía tener para Teela Brown el Mundo Anillo? Es un lugar... inseguro. Extrañas tormentas y maquinaria mal programada y campos de girasoles y nativos de reacciones imprevisibles, todo amenaza nuestras vidas.

- Así es - constató Luis -. Y ahí está parte del secreto. Para Teela Brown no existe el peligro, ¿te das cuenta? En cualquier juicio sobre el Mundo Anillo debe tenerse en cuenta este detalle.

El titerote abrió y cerró varias veces la boca en rápida sucesión.

- Complica un poco las cosas, ¿verdad? - le espetó Luis. Resolver problemas constituía un placer en sí mismo para Luis Wu -. Pero también explica parte de lo ocurrido. Suponiendo...

El titerote soltó un chillido.

Luis se quedó anonadado. No esperaba aquella reacción del titerote. Éste gimoteo y luego escondió las cabezas bajo su cuerpo. Luis sólo veía la crin desordenada que le cubría la caja craneana.

Teela había conectado el intercom.

- Habéis estado hablando de mí - dijo sin la menor emoción en la voz. Era incapaz de sentir rencor, observó Luis. ¿Significaría eso que la capacidad de sentir rencor constituía un factor de supervivencia? -. He intentado seguir tu razonamiento, pero no he podido. ¿Qué le ha pasado a Nessus?

- He hablado demasiado. Está asustado. Y ahora ¿cómo vamos a encontrarte?

- ¿No puedes averiguar dónde estoy?

- Nessus es el único que posee un localizador. Seguramente por el mismo motivo que le llevó a que ignoráramos el funcionamiento del motor de emergencia.

- Me lo he estado preguntando - dijo Teela.

- Quería estar seguro de poder huir de un kzin enfurecido. Olvídalo. ¿Qué llegaste a entender?

- Poca cosa. No hacíais más que preguntamos mis razones para querer venir aquí. Pero yo no quería venir, Luis. Vine porque tú venías, porque te quiero.

Luis asintió. Era lógico que si Teela tenía que viajar al Mundo Anillo, también tuviera un buen motivo para embarcarse con Luis Wu. Algo más bien poco halagador.

Ella le amaba porque su propia fortuna lo exigía. ¡Y él que había creído ser objeto de un amor desinteresado!

- Estoy sobrevolando una ciudad - dijo de pronto Teela -. Veo unas cuantas luces. No muchas. Deben haber tenido una importante fuente de energía imperecedera. Tal vez Interlocutor pueda localizarla en su mapa.

- Vale la pena echarle un vistazo.

- Como te lo he dicho, hay luces. Tal vez...

El sonido se cortó sin un chasquido, sin ninguna señal de advertencia.

Luis estudió el espacio vacío en su panel. Luego gritó:

- Nessus.

No recibió respuesta.

Luis puso en marcha la sirena.

Nessus salió de su letargo como una familia de culebras en un zoo en llamas. En otras circunstancias, hubiera podido resultar gracioso: dos cuellos que intentaban desenrollarse a toda prisa para luego apostarse como dos signos de interrogación sobre la pantalla; por fin Nessus bramó:

- ¡Luis!, ¿qué pasa? Interlocutor había respondido a la llamada en el acto. Sentado en lo que parecía posición de alerta, esperaba instrucciones y alguna aclaración.

- Algo le ha ocurrido a Teela.

- Estupendo - dijo Nessus. Y las cabezas desaparecieron otra vez.

Con gesto torvo, Luis desconectó la sirena, aguardó un momento y volvió a hacerla sonar. Nessus tuvo la misma reacción que antes. Pero esta vez Luis habló primero.

- Si no logramos averiguar lo que le ha ocurrido a Teela, te mataré - le amenazó.

- No olvides que tengo el tasp - dijo Nessus -. Está diseñado de forma que resulte igualmente eficaz contra un kzin como contra un humano. Ya pudiste comprobar el efecto que tuvo sobre Interlocutor.

- ¿Crees que eso impedirá que te mate?

- Sí, Luis, creo que sí.

- ¿Te apuestas algo? - dijo cautelosamente Luis.

El titerote se quedó pensativo. Luego dijo:

- Rescatar a Teela nunca será tan arriesgado como aceptar esa apuesta. Había olvidado que es tu compañera. - Miró hacia abajo -. Mi localizador ha perdido su rastro. No tengo forma de saber dónde está.

- ¿Significa eso que su vehículo ha sufrido algún desperfecto?

- Sí, y de bastante importancia. El emisor estaba situado junto a una de las unidades propulsoras de la aerocicleta. Tal vez haya sido víctima de otra máquina aún en funcionamiento, similar a la que quemó nuestros discos de comunicación.

- Pero sabes dónde estaba cuando se cortó la comunicación.

- Diez grados a giro de babor. Ignoro la distancia, pero podemos calcularla en base a las tolerancias de velocidad de su aerocicleta.

Volaron en esa dirección, una línea inclinada sobre el mapa que había copiado Interlocutor. Cuando pasaron dos horas y seguían sin ver luces, Luis comenzó a preguntarse si se habrían perdido.

- La línea transversal trazada sobre el mapa de Interlocutor iba a morir en un puerto de mar, a cincuenta y seis mil kilómetros del huracán que en realidad era el Ojo de la tormenta. El puerto estaba situado junto a una bahía del tamaño del océano Atlántico. Teela no podía haber ido mucho más lejos. El puerto sería su última oportunidad...

De pronto, tras la cresta de una colina en lo que parecía sólo una pendiente continua, descubrieron unas luces.

- Detente - susurró Luis en tono amenazador, sin saber muy bien por qué hablaba en voz baja. Pero Interlocutor ya había detenido a la flotilla en el aire.

Se quedaron ahí suspendidos, observando el terreno y las luces.

El terreno correspondía a una ciudad. Por todas partes sólo se veía ciudad. Ahí abajo, cual sombras bajo la luz azulada del Arco, se divisaban unas casas que recordaban colmenas, con ventanas redondeadas y separadas por aceras curvas demasiado estrechas para poder considerarlas verdaderas calles. En la distancia se veían más construcciones iguales y luego, aún más lejos, edificios más altos, hasta que todo el conjunto estaba dominado por rascacielos y edificios flotantes.

- Poseían técnicas de construcción distintas - susurró Luis - La arquitectura... no es como la de Zignamuclikclik. Son estilos distintos...

- Rascacielos - dijo Interlocutor -. Con todo el espacio que hay en el Mundo Anillo, ¿por qué construir tan alto?

- Para demostrar que podían hacerlo. No, sería una tontería - dijo Luis -. No tenían que demostrar nada, después de construir una obra como el propio Mundo Anillo.

- Tal vez los edificios más altos correspondan a una época posterior, ya durante la decadencia de la civilización.

Las luces correspondían a relucientes columnas de ventanas, torres aisladas iluminadas desde la cima hasta la base. Estaban todas agrupadas en lo que Luis ya consideraba el Centro Cívico pues los seis edificios flotantes estaban situados allí.

Y un último detalle: hacia giro del Centro Cívico se divisaba una pequeña zona suburbana que desprendía un pálido resplandor blanco-anaranjado.

Los tres estaban sentados formando un triángulo en torno al mapa de Interlocutor, en el segundo piso de una de las casas-colmena.

Interlocutor había insistido en hacerles entrar también las aerocicletas. «Medida de seguridad». Se iluminaban con la luz procedente del faro del vehículo de Interlocutor, reflejada y atenuada por una pared curva. Una mesa, curiosamente labrada para formar platos y depresiones donde acomodar los vasos se había hundido desintegrándose al ser rozada por Luis. El suelo estaba cubierto por una capa de varios centímetros de polvo. La pintura de la pared curva se había desconchado y había ido depositándose en un blando reborde azul cielo en torno al piso de madera.

Luis parecía sentir el peso de toda la vetustez de la ciudad sobre sus espaldas.

- Cuando se realizaron las películas que encontramos en la sala de cartografía, ésta era una de las ciudades más importantes del Mundo Anillo - aclaró Interlocutor. Su uña en forma de media luna fue recorriendo el mapa -. La ciudad primitiva era una ciudad completamente

planificada, un semicírculo con el costado plano franqueando el mar. La torre llamada Cielo debió de ser construida mucho más tarde, cuando la ciudad ya había comenzado a extenderse a lo largo de la costa.

- Es una lástima que no sacaras un mapa de la ciudad - dijo Luis. En efecto, el mapa de Interlocutor no mostraba más que un semicírculo sombreado.

Interlocutor cogió el mapa y lo enrolló.

- Una metrópolis abandonada de estas dimensiones debe de guardar muchos secretos. Tenemos que movernos con cautela. Un posible renacimiento de la civilización en esta tierra, es decir, en esta estructura, se producirá donde existan rastros de la tecnología desaparecida.

- ¿Y cómo encontrar los metales desaparecidos? - objetó Nessus -. Una civilización desaparecida no podría volver a renacer en el Mundo Anillo. No hay metales en el subsuelo, ni combustibles fosilizados. Las herramientas estarían limitadas a las posibilidades de la madera y los huesos.

- Hemos visto luces.

- No parecían seguir ningún orden... Deben de ser generadas por fuentes de energía autónomas que han ido fallando una tras otra. Pero podrías tener razón - continuó Nessus -. Si en este lugar se ha reanudado la fabricación de herramientas, tendremos que establecer contacto con los fabricantes de herramientas. Pero nosotros impondremos las condiciones.

- Tal vez ya nos hayan localizado a través de las emisiones de nuestro sistema de intercomunicación.

- No, Interlocutor. El intercom funciona con un circuito cerrado.

Luis sólo les escuchaba a medias, mientras pensaba: «Puede estar herida. Puede estar tendida en cualquier parte, incapaz de moverse, esperando que acudamos en su ayuda».

Pero, por algún motivo, no lograba creérselo.

Más bien tenía la impresión de que Teela había sido víctima de alguna antigua máquina del Mundo Anillo: tal vez una complicada arma automática, suponiendo que los anillícolas poseyeran algo parecido. Cabía la posibilidad de que sólo se hubiesen desprendido el intercom y el emisor-localizador y que los sistemas propulsores hubieran quedado intactos. Pero parecía poco probable.

Entonces, ¿cómo explicarse que no sintiera ninguna ansiedad? Ahí estaba Luis Wu, más tranquilo que una computadora mientras su mujer se enfrentaba con algún peligro todavía desconocido.

Su mujer..., sí, pero también algo más, y algo un poco distinto.

¡Qué estupidez la de Nessus al creer que un ser humano especialmente reproducido por su buena fortuna pensaría igual que los demás humanos que conocía! ¿Razonaría un titerote afortunado igual que el titerote cuerdo Chiron, por ejemplo?

Era posible que el miedo fuera una característica genética en los titerotes.

Pero los humanos tenían que aprender a tener miedo.

- Debemos aceptar la hipótesis de que la buena suerte esporádica de Teela sufrió un fallo momentáneo - decía en esos momentos Nessus -. Partiendo de esa base, Teela no puede estar herida.

- ¿Qué? - Luis tuvo un sobresalto. El titerote parecía haber cerrado el circuito de su propio razonamiento.

- Un fallo en su aerocicleta probablemente la habría matado. Si no murió en el acto, entonces su buena suerte debe haberla salvado en cuanto comenzó a actuar de nuevo.

- Pero es absurdo. ¡No puedes esperar que una fuerza psíquica siga semejantes normas!

- Desde el punto de vista lógico, el razonamiento es impecable, Luis. A lo que iba es a constatar que Teela no necesita urgentemente nuestra ayuda. Si está viva, puede aguardar. Podemos esperar a que amanezca para explorar el terreno.

- ¿Y entonces qué? ¿Cómo nos las arreglaremos para encontrarla?

- Si su suerte no ha fallado, estará en buenas manos. Buscaremos esas manos. Mañana averiguaremos si esas manos existen o no, y en caso negativo tendremos que confiar en que nos haga alguna señal. Podría hacerlo de varias formas.

- Pero todas suponen el uso de luz - le interrumpió Interlocutor.

- ¿Y qué hay con eso?

- Lo he estado pensando. Es posible que sus faros aún funcionen. En cuyo caso, los habrá dejado encendidos. Tú aseguras que es inteligente, Luis.

- Lo es.

- Y la seguridad le es absolutamente indiferente. No le importaría qué pudiera encontrarla, con tal de que nosotros pudiéramos encontrarla. Si sus faros no funcionan, puede emplear su linterna de rayos laser para hacer señales a cualquier objeto móvil... o para encender una hoguera.

- Lo que estás insinuando es que no podremos encontrarla de día. Y tienes razón - reconoció Luis.

- Primero debemos explorar la ciudad a la luz del día - dijo Nessus -. Si encontramos pobladores, tanto mejor. Si está deshabitada, mañana por la noche buscaremos a Teela.

- ¿Serías capaz de dejarla ahí tirada casi treinta horas? Eres un ser despiadado... ¡Nej, esa mancha luminosa que vimos podría ser ella! ¡Tal vez no eran faroles, sino edificios en llamas!

- Tienes razón. Debemos salir a investigar - dijo Interlocutor, ya levantado.

- Yo soy el Ser último de esta expedición. Y considero que el valor de Teela no compensa el riesgo de un vuelo nocturno sobre una ciudad desconocida.

Interlocutor-de-Animales ya había montado en su aerocicleta.

- Nos hallamos en un territorio potencialmente hostil. Conque yo tomo el mando. Saldremos en busca de Teela Brown.

El kzin hizo salir su aerocicleta por una gran ventana ovalada. Al otro lado de la ventana se extendían los fragmentos de un porche y luego los suburbios de una ciudad ignota.

Los otros vehículos estaban en la planta baja. Luis bajó las escaleras rápidamente pero con cuidado, pues parte de los escalones se habían hundido y el mecanismo de la escalera automática llevaba ya largo tiempo enmohecido.

Nessus le miró por encima de la barandilla.

- Yo me quedo, Luis. Y consideraré esto como un acto de amotinamiento.

Luis no le respondió. Su aerocicleta se elevó, salió por la puerta ovalada, ya apuntando hacia arriba, y se adentró en la oscuridad.

Hacía una noche fresca. La luz del Arco llenaba la ciudad de sombras azul marino. Luis localizó el resplandor de la aerocicleta de Interlocutor y la siguió hacia la zona luminosa de los suburbios hacia giro de las brillantes luces del Centro Cívico.

Todo era zona urbana, cientos de kilómetros cuadrados de ciudad. Ni siquiera había parques. Con todo el espacio disponible en el Mundo Anillo, ¿por qué unas construcciones tan densas? Incluso en la Tierra, los hombres apreciaban la posibilidad de un cierto espacio donde moverse.

- Volaremos bajo - dijo Interlocutor vía intercom -. Si las luces resultan ser simples faroles, regresaremos junto a Nessus. No podemos descartar la posibilidad de que Teela haya sido aniquilada.

- De acuerdo - respondió Luis. Pero, mientras tanto, pensaba: «Quién lo diría, un kzin preocupado por cuestiones de seguridad ante un enemigo meramente hipotético». Hasta un kzin, saludablemente intrépido, resultaba cauto como un titerote en comparación con Teela Brown. «¿Dónde estará ella ahora? ¿Se encontrará bien?, ¿se hallará herida?, ¿estará muerta?»

Habían buscado anillícolas civilizados desde antes del desastre del «Embustero». ¿Los habrían encontrado por fin? Esa posibilidad era seguramente lo que había impedido que Nessus abandonara por completo a Teela. La amenaza de Luis no iba más allá de simples palabras, como sabía perfectamente el titerote.

Si los anillícolas civilizados se les presentaban como enemigos, en fin, tampoco sería tan sorprendente...

Su aerocicleta se desvió levemente hacia la izquierda. Luis rectificó el rumbo.

- Luis. - Interlocutor-de-Animales parecía estar debatiéndose contra algo -. Parece que hay una interferencia... - Luego, de un modo imperioso, con el tono de mando tan bien ensayado -: Luis. Da media vuelta. En seguida.

La voz de mando del kzin pareció llegar directamente al cerebelo de Luis. Giró en el acto.

Pero su aerocicleta continuó volando recto.

Luis se apoyó sobre el manillar con todo su peso. Todo fue inútil. La aerocicleta continuaba avanzando hacia las luces del Centro Cívico.

- ¡Estamos atrapados! - gritó Luis; y en el acto fue presa del terror. ¡Eran marionetas! El enorme, desconocido y racional Maestro Titiritero les hacía mover los brazos y las piernas y les llevaba de un lado a otro según los dictados de un guión desconocido. Y Luis sabía quién era el Maestro Titiritero.

Era la suerte de Teela Brown.

19. En la trampa

Interlocutor, con mayor sentido práctico, hizo sonar la sirena de alarma.

El pitido en múltiple frecuencia sonó y sonó y sonó. Luis comenzaba a preguntarse si el titerote se dignaría responder. Les ocurriría como al pastorcito que gritaba ¡el lobo, el lobo!... Pero Nessus ya estaba gritando:

- ¿Sí? ¿Sí? - con el volumen demasiado alto. Claro, había tenido que bajar primero.

- Nos han atacado - le explicó Interlocutor -. Algún organismo está dirigiendo nuestros vehículos por control remoto. ¿Alguna sugerencia?

Imposible adivinar lo que estaba pensando Nessus. Sus labios, en doble número de lo normal, anchos y colgantes con sus abultamientos que hacían las veces de dedos, comenzaron a moverse a toda prisa, pero sin ningún sentido aparente. ¿Podría prestarles ayuda el titerote? ¿O sería presa del pánico?

- Haced girar los aparatos de intercomunicación para que pueda hacerme una idea de vuestra trayectoria. ¿Estáis heridos?

- No, pero no podemos hacer nada - respondió - Luis. No podemos saltar. Volamos a demasiada altura y demasiado de prisa. Vamos directos al Centro Cívico.

- ¿A dónde?

- El grupo de edificios iluminados. ¿Recuerdas?

- Sí. - El titerote analizaba la situación -. Una onda pirata debe de haberse interferido con las emisiones de vuestros instrumentos. Interlocutor, dame los datos de tus indicadores.

Interlocutor se los fue leyendo, mientras él y Luis se aproximaban cada vez más a las luces del Centro Cívico. En cierto momento Luis le interrumpió:

- Estamos sobrevolando la zona suburbial con las calles iluminadas.

- ¿Son realmente luces urbanas?

- Sí y no. En todas las puertas ovaladas se ve un resplandor anaranjado. Resulta curioso. Yo diría que se trata de verdadera iluminación urbana, pero la energía eléctrica ha ido disminuyendo y con el tiempo ha perdido intensidad.

- Soy de la misma opinión - terció Interlocutor.

- Creo que vamos directos al gran edificio central.

- Ya lo veo. El doble cono que sólo tiene encendidas las luces superiores.

- El mismo.

- Luis, intentaremos cortar la señal pirata. Acopla tu vehículo al mío.

Luis activó el circuito de acoplamiento.

El vehículo se aplastó contra su cuerpo, como si una bota gigante le hubiera dado una patada en el trasero. El motor dejó de funcionar.

Globos antichoque se inflaron delante y detrás suyo. Eran globos de forma fija y se cerraron en torno a él como un par de manos entrelazadas.

Estaba cayendo.

- Estoy cayendo - informó. La mano, comprimida por los globos contra el panel de mandos, seguía apoyada sobre el circuito de acoplamiento. Luis esperó un momento, aún con la esperanza de que éste funcionase. Pero las casas en forma de colmenas parecían cada vez más próximas. Luis volvió a conectar el mando manual.

Nada ocurrió. Seguía cayendo.

Con una serenidad que era mera bravuconería, Luis dijo:

- Interlocutor, no intentes conectar tus mandos al vehículo de Nessus. El circuito no funciona. - Y, consciente de que podían verle la cara, se mantuvo impertérrito, con el rostro inmóvil y los ojos muy abiertos. Y así esperó el golpe mortal contra el Mundo Anillo.

Bruscamente se produjo una desaceleración que empujó con fuerza la aerocicleta hacia arriba. El vehículo dio media vuelta y Luis Wu se encontró cabeza abajo sometido a una tracción de cinco gravedades.

Se desmayó.

Cuando volvió en sí, aún estaba colgando cabeza abajo, y sólo le sostenía la presión de los globos antichoque. Le palpitaban las sienes. Tuvo una borrosa visión del Maestro Titiritero intentando desenredar sus hilos en medio de una sarta de maldiciones, y entre tanto el títere Luis Wu colgaba cabeza abajo en aquel escenario.

El edificio flotante era bajo y ancho y muy rebuscado. La mitad inferior era un cono invertido. Cuando las aerocicletas estuvieron cerca, en su pared se abrió una hendedura horizontal y se los tragó.

Ya estaban casi en el interior cuando la aerocicleta de Interlocutor, cada vez más próxima a la de Luis, dio lentamente la vuelta. Los globos se hincharon en torno al kzin antes de que llegara a caerse. Luis se regocijó con amarga satisfacción. Llevaba mucho rato sufriendo y le resultaba grato no ser el único.

- Vuestra posición invertida indica que os sostiene algún campo de carácter electromagnético - decía en esos momentos el titerote -. Estos campos sólo pueden sostener el metal, pero no el protoplasma, lo cual significa...

Luis se agitó entre los globos que lo aprisionaban, pero no demasiado. Caería al vacío si éstos dejaban de sostenerlo. La puerta corredera se cerró tras él, antes de que sus ojos hubieran tenido tiempo de adaptarse a la oscuridad. No veía nada. Imposible adivinar a qué distancia del suelo debían estar.

- ¿Puedes tocarlo con la mano? - oyó preguntar a Nessus. E Interlocutor:

- Sí, si consigo meter la mano entre... ¡Huy! Tenías razón. La carrocería está caliente.

- Entonces, el motor se ha quemado. Vuestras aerocicletas han quedado inertes, muertas.

- Es una suerte que el asiento esté protegido del calor. - No es de extrañar que los anillícolas fueran adeptos al uso de las fuerzas electromagnéticas. Carecían de tantas otras fuerzas: motores hiperlumínicos, motores de reacción, gravedad inducida...

Luis procuró distinguir algo, cualquier cosa. Logró girar la cabeza, lentamente, mientras su mejilla rozaba la superficie del globo; pero no se veía luz por ninguna parte.

Lentamente consiguió mover los brazos contra la presión que los atenazaba, y fue palpando el tablero hasta encontrar el interruptor del faro. No hubiera sabido decir por qué esperaba que funcionase.

Los rayos de luz salieron blancos y apretados y rebotaron más apagados contra una distante pared curva.

Una docena de vehículos permanecían suspendidos a su alrededor, todos al mismo nivel. Había propulsores portátiles individuales, no mayores que las mochilas a chorro empleadas para carreras, y otros del tamaño de coches volantes. Incluso había una especie de camión volante con un fuselaje transparente.

En medio del laberinto de hierros viejos, divisó una aerocicleta con Interlocutor-de-Animales colgando cabeza abajo. La cabeza pelada y el velludo antifaz anaranjado del kzin, asomaban por debajo del globo antichoques; y había conseguido sacar una garra para tocar la carrocería de la aerocicleta.

- Muy bien - dijo Nessus -. Luz. Es justo lo que lo que iba a sugerimos. ¿Os dais cuenta de la importancia de lo ocurrido? Todos los circuitos eléctricos y electromagnéticos de vuestros vehículos han quedado inutilizados, suponiendo que funcionasen cuando fuisteis atacados. El vehículo de Interlocutor, y seguramente también el tuyo, Luis, fueron atacados por segunda vez cuando entrasteis en el edificio.

- Que según todos los indicios es una cárcel - logró decir Luis. Su cabeza parecía un globo de agua demasiado lleno y le costaba articular las palabras. Pero no podía dejar que los demás se ocupasen de todo, aun cuando las tareas a realizar no fuesen más allá de especular sobre la tecnología de unos seres de otra especie, mientras colgaban cabeza abajo -. Pero, entonces, ¿por qué no hay otro fusil de precisión aquí dentro? Por si estuviéramos armados. Y lo estamos.

- No me cabe la menor duda de que hay uno - le respondió Nessus -. Tus faros demuestran que este tercer fusil no funciona. Es evidente que se trata de armas automáticas, pues de lo contrario alguien estaría vigilando. Interlocutor no debería de tener mayor problema con su propia excavadora-desintegradora.

- Me alegra saberlo - dijo Luis -. Pero hemos echado un vistazo a nuestro alrededor...

Él e Interlocutor estaban flotando cabeza abajo en un mar de los Sargazos suspendido. Uno de los tres arcaicos propulsores portátiles estaba enganchado aún a un usuario. El esqueleto era de pequeñas dimensiones, pero humano. Sobre los blancos huesos no quedaba ya ni un jirón de piel. Las ropas debieron ser de buena calidad, pues todavía se conservaba algún harapo de vivos colores, entre ellos una raída capa amarilla que colgaba de la barbilla del piloto.

Los otros propulsores portátiles flotaban solos. Pero los huesos tenían que estar en alguna parte... Luis giró la cabeza hacia atrás, con gran esfuerzo, la giró aún un poco más...

El sótano del cuartel de policía era una ancha y oscura fosa cónica. En torno a la pared había anillos concéntricos de celdas. Estas se abrían por una trampilla situada en la parte superior.

Unas escaleras radiales conducían desde la cúspide al fondo de la fosa. Y el fondo estaba lleno de los huesos que Luis buscaba y cuyo tenue resplandor logró captar ahí abajo.

No le extrañaba que un hombre atrapado en un propulsor portátil destrozado hubiera tenido miedo de dejarse caer. Pero otros, al verse allí encerrados en sus coches y remolques, habían preferido la larga caída a la muerte por deshidratación.

- No sé sobre qué podrá usar Interlocutor su desintegrador - comentó Luis.

- Lo he estado pensando muy seriamente.

- De nada nos servirá que haga un agujero en la pared. Ni en el techo, aparte de que está fuera de su alcance. Si consigue darle al generador del campo magnético que nos tiene aquí suspendidos, caeremos treinta metros hasta el suelo. Y si no lo hace, permaneceremos aquí hasta morir de hambre, o hasta que decidamos soltarnos, ya desesperados.

- Así es.

- ¿No sabes decir más que eso? ¿Así es?

- Necesito más información. ¿Podríais describirme lo que veis a vuestro alrededor? Yo sólo logro divisar un trozo de pared curva.

Se fueron turnando para describir el bloque de celdas cónico, al menos lo que conseguían distinguir bajo el foco de luz. Interlocutor también encendió sus faros, y consiguieron ver algo más.

Pero cuando acabó de enumerar todo lo que veía, Luis seguía ahí atrapado, colgando cabeza abajo, sin agua ni comida, y suspendido a una altura suficiente para hacer mortal la caída.

Luis sintió que en el fondo de su estómago comenzaba a formarse un chillido, como una burbuja, bien escondida y controlada, pero siempre amenazando con salir a flote. Pronto llegaría a la superficie...

Y se preguntó si Nessus les abandonaría.

Las cosas se presentaban mal. El interrogante tenía una clara respuesta. El titerote tenía todos los motivos para largarse y ninguno para permanecer a su lado.

A menos que aún confiara hallar nativos civilizados en el lugar.

- Tanto los vehículos flotantes como la antigüedad de los esqueletos indican que nadie se ocupa del mantenimiento de la maquinaria del bloque de celdas - aventuró Interlocutor - Los campos magnéticos que nos han atrapado debieron de recoger algunos vehículos cuando la ciudad ya había sido abandonada; pero en el Mundo Anillo ya no quedan vehículos. Ello explica que continúen funcionando las máquinas; nada les ha hecho consumir energía en mucho tiempo.

- Es posible - dijo Nessus -. Pero algo está interceptando nuestra conversación.

Luis sintió que se le aguzaban los oídos. Vio abrirse las orejas de Interlocutor como abanicos.

- Deben de contar con una técnica excelente para captar un circuito cerrado. Me pregunto si el curioso tendrá un traductor.

- ¿Puedes averiguar algo sobre él?

- Sólo la dirección en que se halla situado. La fuente de la interferencia radica más o menos en el lugar donde ahora os encontráis. Es posible que el curioso esté exactamente encima vuestro.

En un gesto reflejo, Luis intentó mirar hacia arriba. Imposible. Estaba cabeza abajo y dos globos antichoque, así como la aerocicleta, se interponían entre él y el techo.

- Hemos encontrado la civilización del Mundo Anillo - dijo en voz alta.

- Es posible; creo que un ser civilizado podría haber reparado el fusil de precisión, como le llamabas. Pero lo principal... aguarda un momento.

Y el titerote comenzó a canturrear Beethoven, o los Beatles, o algo que sonaba a clásico. A Luis incluso le pareció que iba improvisando sobre la marcha.

El canturreo continuó y continuó. Luis empezaba a sentir sed. Y hambre. Y le palpitaban las sienes.

Ya había abandonado toda esperanza más de una vez, cuando el titerote volvió a hablar.

- Hubiera preferido usar el desintegrador, pero no puede ser. Luis, tú tendrás que encargarte de esto; eres descendiente de primates y por tanto puedes trepar mejor que Interlocutor. Coge la...

- ¿Trepar?

- Cuando termine de explicártelo podrás hacer todas las preguntas que quieras, Luis. Coge la linterna de rayos laser, dondequiera que la hayas puesto. Usa el rayo para reventar el globo que tienes delante. Tendrás que agarrarte al material del globo antes de caer. Luego puedes trepar por él hasta situarte encima de la aerocicleta. Entonces...

- Has perdido el juicio.

- Déjame acabar, Luis. Toda esta actividad tiene como finalidad destruir el fusil de precisión, como lo llamabas. Lo más probable es que haya dos, uno debe estar situado encima, o debajo, de la puerta de entrada. El otro puede estar en cualquier parte. El único indicio que puede servirte de guía es que debe ser parecido al primero.

- Claro, y también puede ser distinto. En fin, no tiene importancia. ¿Crees que puedo agarrarme al material de un globo que acaba de reventar con la rapidez suficiente para...? No, no puedo.

- Luis. ¿Cómo puedo acudir en vuestra ayuda con un arma apostada a punto de destrozar mi maquinaria?

- No lo sé.

- ¿Esperas que trepe Interlocutor en lugar tuyo?

- ¿Saben trepar los gatos?

- Mis antepasados eran gatos de pura raza, Luis - dijo Interlocutor -. Aún no tengo curada la mano quemada. Y no sé trepar. De todos modos, lo que sugiere el herbívoro es una locura. En el fondo, todo ello no es más que una excusa para abandonarnos.

Luis lo comprendía. Tal vez dejó traslucir el miedo.

- Aún no tengo intención de abandonamos - dijo Nessus -. Esperaré. Tal vez se os ocurra un plan mejor. Tal vez el curioso se presente. De un modo u otro, esperaré.

Ahí colgado cabeza abajo e inmovilizado entre dos globos rígidos, no era raro que a Luis Wu le costara calcular el tiempo. Nada cambiaba. Nada se movía. Podía oír silbar a Nessus a lo lejos; pero, excepto eso, nada parecía ocurrir.

Por fin, Luis comenzó a contar los latidos de su propio corazón. Setenta y dos por minuto, calculó.

Exactamente diez minutos más tarde se le oyó decir:

- Setenta y dos. Uno. Pero, ¿qué estoy haciendo?

- ¿Hablabas conmigo, Luis?

- ¡Nej! Interlocutor, no lo soporto más. Prefiero morir ahora mismo antes que enloquecer.

- Yo mando aquí, Luis, estamos en situación de combate. Y te ordeno que te serenes y esperes.

- Lo siento. - Luis intentó bajar los brazos, hizo una pausa, luego otro esfuerzo para bajar los brazos, otra pausa. Ya lo tenía: el cinturón. La mano había quedado demasiado adelante. Intentó mover el codo hacia atrás, descansó, otro empujón hacia atrás...

- Lo que sugiere el titerote es un suicidio, Luis.

- Es posible. - Ya la tenía: la linterna de rayos laser. Con dos sacudidas más logró zafarla del cinturón y apuntarla hacia delante; quemaría el panel de mandos, pero al menos no se quemaría él.

Disparó.

El globo comenzó a desinflarse lentamente. Al mismo tiempo, el globo que tenía detrás le aplastó contra los mandos. Al disminuir la presión, le resultó más fácil introducirse otra vez la linterna de rayos laser en el cinturón y agarrar dos puñados del arrugado material colgante.

También había empezado a deslizarse de su asiento. Más y más rápido... se agarró con fuerza obsesiva, y cuando por fin su cuerpo giró y comenzó a caer, sus manos no resbalaron sobre la tela. Se quedó ahí suspendido bajo la aerocicleta, con un foso de treinta metros bajo los pies y...

- ¡Interlocutor!

- Estoy aquí, Luis. He conseguido sacar mi propia arma. ¿Quieres que te reviente el otro globo?

- ¡Sí! - Se interponía justo en su camino, impidiéndole cualquier movimiento.

El globo no se desinfló. De un costado salió un chorro de polvo que duró unos dos segundos, luego todo el globo desapareció en un gran remolino de aire. Interlocutor lo había destrozado con un rayo del desintegrador.

- Sólo Finagle sabe cómo consigues hacer puntería con ese artefacto - exclamó Luis. Luego comenzó a trepar.

No le resultó difícil mientras pudo sostenerse de los jirones del globo. En otras palabras: pese a las horas que había pasado cabeza abajo con la sangre afluyéndole al cerebro, Luis logró no resbalar. Pero la tela acababa cerca de los soportes para los pies; y la aerocicleta casi había dado la vuelta por efecto de su peso, conque seguía colgado debajo.

Se izó hasta el vehículo, se aferró con las rodillas. Comenzó a balancearse.

Interlocutor-de-Animales estaba emitiendo unos curiosos ruidos.

Cada nueva oscilación hacía balancearse más la aerocicleta. Luis pensó, porque no le quedaba más remedio, que la mayor parte del metal debía de estar en el vientre del vehículo. De lo contrario, éste siempre giraría y Luis acabaría colgado debajo, dondequiera que se colocase, en cuyo caso Nessus no hubiera hecho esa sugerencia.

La aerocicleta casi dio toda la vuelta. Luis sintió náuseas y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. Si ahora se le obstruían las vías respiratorias, todo habría terminado.

La aerocicleta giró en sentido contrario, dio media vuelta, y quedó exactamente boca arriba. Luis se tendió sobre el vientre del vehículo y agarró el otro extremo del globo desinflado. Por fin lo tenía.

La aerocicleta continuó girando. Luis estaba a horcajadas con el torso apoyado sobre el vientre de la máquina. Esperó, agarrándose con todas sus fuerzas.

El armazón inerte se detuvo un momento, pareció titubear, volvió a girar en sentido contrario. Los canales semicirculares le zumbaban y Luis devolvió -qué- ¿el almuerzo del día anterior?

Lo devolvió de un modo explosivo, en grandes suspiros agonizantes, sobre el metal y sobré su manga; pero no se desvió más de unos centímetros de la posición inicial.

El vehículo continuaba balanceándose como si estuviera en alta mar. Pero Luis estaba bien anclado. Por fin levantó la vista.

Una mujer le estaba observando.

Parecía completamente calva. Su rostro le recordó a Luis la escultura de alambre del salón de banquetes de la torre del Cielo. Las facciones, y también la expresión. Se la veía serena como una diosa o una muerta. Y Luis sintió ganas de ruborizarse, o esconderse, o desaparecer.

Sin embargo, lo que hizo fue decir:

- Interlocutor, nos están observando. Pásale el mensaje a Nessus.

- Un momento, Luis. Estoy mareado. Cometí el error de mirar cómo trepabas.

- De acuerdo. Es..., me pareció que era calva, pero no lo es. Tiene una estrecha franja de cuero cabelludo que le va de oreja a oreja y confluye en la base del cráneo. Lleva el cabello largo, por debajo del hombro. - No añadió que tenía el cabello espeso y oscuro, ni que le caía por encima de un hombro cuando se inclinó ligeramente hacia delante para observar a Luis Wu; ni que tenía un cráneo fino y delicado, ni que sus ojos parecían atravesarlo -. Parece ser un Ingeniero; o bien pertenece a la misma raza o bien sigue las mismas costumbres. ¿Has tomado nota de todo?

- Sí. ¿Cómo te las arreglas para trepar así? Parecías desafiar la gravedad. ¿Qué eres tú, Luis?

Sin dejar de aferrarse a su aerocicleta inutilizada, Luis rió.

El esfuerzo le dejó agotado.

- Eres un kdaptista - dijo -. No lo niegues.

- Me educaron en esas creencias, pero no llegaron a arraigar en mí. ¿Has conseguido comunicarte con Nessus?

- Sí. He tocado la sirena.

- Transmítele lo siguiente. Está a unos seis metros de mí. Me está mirando como una serpiente. No quiero decir que sienta un gran interés por mí, pero es lo único que parece interesarle. Parpadea, pero no aparta los ojos ni un momento. Está sentada en una especie de casilla. Tres de las paredes debían ser de vidrio o algo parecido, pero se han esfumado, y sólo quedan un par de escalones y una plataforma. Está sentada con las piernas colgando sobre el borde. Debió de ser un sistema para observar a los prisioneros. Va vestida con un mono abombado que le cubre hasta las rodillas, y con mangas hasta los codos... En fin, no tiene interés para un extraterrestre. El tejido es sintético, sin duda alguna, y o bien es nuevo o se limpia solo y es muy duradero. Está... - Luis interrumpió su descripción porque la chica había dicho algo.

Esperó. Ella repitió sus palabras; una frase corta.

Luego se levantó con gran donaire y subió las escaleras.

- Se ha ido - dijo Luis -. Seguramente he dejado de interesarle.

- Tal vez haya vuelto junto a sus aparatos de escucha.

- Es muy posible que tengas razón.

Si alguien estaba fisgando en sus conversaciones en ese edificio, no costaba adivinar que debía de ser ella.

- Nessus ha dicho que debes enfocar tu linterna de rayos laser con un rayo ancho y de baja intensidad, y dejar que ella te vea usándolo como foco la próxima vez que se presente. Tampoco debo dejarle ver mi desintegrador. Esa mujer podría matarnos con sólo desconectar un interruptor. No debe saber que tenemos armas.

- Entonces, ¿cómo nos desharemos de los fusiles de precisión?

Interlocutor le transmitió la respuesta al cabo de unos segundos.

- No es necesario. Nessus dice que intentará otra cosa. Viene hacia aquí.

El titerote debía de saber lo que se traía entre manos.

Luis se frotó la mejilla contra el fresco y pulido metal.

Se adormeció.

Durante todo ese rato sólo estuvo marginalmente consciente del lugar en que se hallaba. Cuando su aerocicleta se movía o se desplazaba un poco, se despertaba sobresaltado y se agarraba fuertemente al metal con las rodillas y a la tela del globo con los puños. Todo su sueño fue una constante pesadilla.

Por fin un rayo de luz penetró entre sus párpados y en el acto estuvo despierto.

La luz del día se filtraba a través de la hendedura que les había servido de puerta de acceso. En medio del resplandor, vio la aerocicleta de Nessus, boca arriba, al igual que el titerote, el cual se mantenía sujeto a su asiento gracias a una red, en vez de globos antichoque.

La hendedura volvió a cerrarse tras él.

- Bienvenido - dijo Interlocutor, arrastrando las palabras -. ¿Podrías ponerme cabeza arriba?

- Aún no. ¿Ha reaparecido la muchacha?

- No.

- Ya volverá. Los humanos son curiosos, Interlocutor. No creo que haya visto nunca a un miembro de nuestra especie.

- ¿Y qué? Yo lo que quiero es estar cabeza arriba - gimoteó Interlocutor.

El titerote apretó unos cuantos botones en su panel de mandos. Y se produjo un milagro: su aerocicleta dio la vuelta.

Luis sólo pronunció una palabra.

- ¿Cómo?

- Desconecté todo el mecanismo en cuanto advertí que la onda pirata se había apoderado de mis mandos. Si el campo elevador no me hubiera atrapado, aún me ¿Quedaba tiempo para poner en marcha los motores antes de estrellarme contra el asfalto. En fin - dijo animosamente el titerote -, el próximo paso no será muy difícil. Cuando aparezca la chica, mostraos amistosos. Luis, puedes intentar tener relaciones sexuales con ella si crees que la cosa puede salir bien. Interlocutor, Luis será nuestro amo; nosotros seremos sus servidores. La mujer podría ser xenófoba; la tranquilizará pensar que un ser humano domina a estos seres de otras especies.

Luis incluso logró reír. De un modo u otro, el ligero sueño plagado de pesadillas había logrado relajarlo.

- Dudo mucho que su disposición sea amistosa, y mucho menos seductora. Tú no la has visto. Es tan fría como las cavernas negras de Plutón, al menos por lo que a mí respecta, y la verdad es que no se lo reprocho.

Le había visto vomitar sobre su manga, un espectáculo más bien poco romántico.

- Se sentirá feliz cada vez que nos vea - les aseguró el titerote -. Y dejará de sentirse feliz cuando intente abandonarnos. Si permite que uno de nosotros se aproxime más a ella, su alegría aumentará...

- ¡Claro, nej!

- ¿Te das cuenta? Estupendo. Además, he estado practicando la lengua del Mundo Anillo. Creo que mi pronunciación es correcta, y también mi gramática. Sólo quisiera comprender el significado de un mayor número de palabras...

Ya hacía rato que Interlocutor había dejado de quejarse. Allí suspendido cabeza abajo sobre una caída mortal, todo lleno de llagas y con una mano quemada hasta el hueso, había estado despotricando contra Luis y Nessus por su impotencia para ayudarle. Pero llevaba varias horas sin decir nada.

Luis dormitaba en la silenciosa penumbra.

En sueños, oyó un cascabeleo y se despertó.

La chica bajaba las escaleras tintineando. Llevaba cascabeles en las zapatillas. También había cambiado de traje; lucía un vestido de cuello alto, ajustado en el busto y guarnecido con media docena de grandes y abultados bolsillos. Su largo cabello negro le colgaba sobre el pecho por encima de un hombro.

La serena dignidad de su rostro no había cambiado.

Se sentó con los pies colgando sobre el borde de la plataforma y se quedó mirando a Luis Wu. No cambió de posición; ni Luis tampoco. Permanecieron varios minutos mirándose fijamente a los ojos.

Luego, ella metió la mano en uno de sus grandes bolsillos y sacó un objeto del tamaño de un puño y de color naranja. Lo lanzó en dirección a Luis, apuntando de modo que pasase muy cerca de él, a sólo escasos centímetros del alcance de su mano.

Luis logró identificarlo al pasar. Era un abultado y jugoso fruto que había encontrado en unos matorrales hacía un par de días. Había introducido varios de ellos en la ranura de alimentación de su cocinilla, sin probarlos.

El fruto fue a estrellarse contra el techo de una celda donde quedó convertido en una gran mancha roja. De pronto, a Luis empezó a hacérsele agua la boca y fue presa de una terrible sed.

Ella le tiró otro fruto. Esta vez pasó más cerca. Podría haberlo tocado si lo hubiera intentado, pero con ese gesto también hubiera hecho girar la aerocicleta. Y ella lo sabía.

El tercer fruto le dio en el hombro. Luis se agarró al globo con los puños y comenzó a maldecirla por lo bajo.

Entonces apareció la aerocicleta de Nessus.

Y ella sonrió.

El titerote se había escondido detrás del artefacto que parecía un camión. Volvía a estar cabeza abajo y se deslizó oblicuamente hasta la plataforma de vigilancia, como atraído por una corriente inducida fuera de control. Al pasar junto a Luis, le preguntó:

- ¿Crees que podrás seducirla?

Luis soltó un bufido. Luego advirtió que el titerote realmente no tenía intención de burlarse de él, conque respondió:

- Me parece que me considera un animal. Más vale que lo olvides.

- Entonces tendremos que emplear una táctica distinta.

Luis se frotó la frente contra el frío metal. Pocas veces se había sentido tan desgraciado.

- Tú mandas - dijo -. No parece dispuesta a aceptarme como un igual, pero tal vez tú tengas más suerte. No te verá como un competidor; eres demasiado distinto.

El titerote ya le había sobrepasado. De pronto comenzó a decir algo en una lengua que a Luis le recordó la del sacerdote que dirigía el coro: la lengua sagrada de los Ingenieros.

La muchacha no respondió. Pero... aunque no podía decirse que estuviera exactamente sonriendo, las comisuras de la boca parecían haberse curvado ligeramente hacia arriba y sus ojos revelaban mayor animación.

Nessus debía de haber utilizado el tasp a baja intensidad. Muy baja.

Volvió a hablar, y esta vez ella le respondió. Tenía una voz fresca y musical, y aunque a Luis Wu le pareció imperiosa, estaba predispuesto a descubrir esa cualidad en ella.

El titerote comenzó a hablar en un tono idéntico al de la muchacha.

A continuación se desarrolló una especie de clase de idiomas.

A Luis Wu, en incómodo equilibrio sobre un mortal precipicio, no podía dejar de resultarle aburrida. De vez en cuando lograba entender una que otra palabra. Y, llegados a cierto punto, ella le tiró a Nessus una de esas frutas del tamaño de un puño y color naranja y determinaron que era un trumb. Luego, Nessus se la guardó.

De pronto, ella se levantó y se marchó sin decir palabra.

- ¿Y bien? - dijo Luis.

- Debe de haberse cansado - dijo Nessus -. Se ha ido de pronto, sin explicaciones.

- Me estoy muriendo de sed. ¿Podrías darme ese trumb?

- Trumb es el color de la piel, Luis. - Acercó su aerocicleta a la de Luis y le tendió la fruta.

Luis no soltó más que una mano. Ello significaba que tendría que morder la gruesa piel y arrancarla con los dientes. Por fin logró llegar al verdadero fruto y le dio un mordisco. Era lo mejor que había probado en doscientos años.

Cuando casi había terminado de comer la fruta, preguntó:

- ¿Regresará?

- Confío que sí. Le apliqué el tasp a baja intensidad de modo que se vea afectada a nivel subconsciente. No lo percibirá. El atractivo aumentará cada vez que me vea. Luis, ¿no sería mejor que la hiciéramos enamorarse de ti?

- Olvídate de eso. Cree que soy un nativo, un salvaje. Lo cual nos lleva a la próxima pregunta: ¿qué es ella?

- No sabría decírtelo. No intentó ocultarlo, pero tampoco me lo reveló. No conozco suficientemente su lengua.

20. Carne

Nessus había aterrizado en el fondo y estaba explorando las penumbras. Fuera del circuito del intercom, Luis intentó observar lo que hacía el titerote. Por fin, renunció a sus propósitos.

Mucho después oyó como un ruido de pasos. Esta vez sin campanillas.

Hizo una bocina con la mano y gritó hacia abajo:

- ¡Nessus!

El sonido rebotó en las paredes y se concentró con horrible estrépito en el vértice del cono, El titerote se puso en movimiento de un salto, corrió a su aerocicleta y emprendió el vuelo. Lo más probable es que más bien se limitara a desprenderse del suelo. Sin duda había dejado el motor en marcha para mantener el vehículo ahí abajo contra los efectos del campo magnético que les tenía atrapados. Ahora, lo único que tuvo que hacer fue parar el motor.

Se había situado otra vez entre el metal suspendido, cuando los pasos se detuvieron en algún lugar sobre sus cabezas.

- ¿Qué nej estará haciendo? - susurró Luis.

- Ten paciencia. No puedes esperar que ya esté condicionada tras sólo una sesión de tasp a baja intensidad.

- A ver si consigues meterte esto en tus duras cabezotas vacías. ¡No puedo conservar el equilibrio indefinidamente!

- Es preciso. ¿Puedo hacer algo por ti?

- Agua - dijo Luis, con una lengua que le daba la sensación de tener tres metros de franela enrollados en la boca.

- ¿Tienes sed? Pero ¿cómo me las arreglaré para darte de beber? Si vuelves la cabeza podrías perder el equilibrio.

- Lo sé. Déjalo correr. - Luis se encogió de hombros. Era curioso que Luis Wu, el viajero espacial, tuviera tanto vértigo -. ¿Cómo está Interlocutor?

- Me tiene preocupado, Luis. Lleva mucho tiempo sin sentido.

- Nej, nej...

Pasos.

Cambiar de traje debía de ser su obsesión, pensó Luis. Ahora llevaba un conjunto formado por una serie de pliegues verdes y naranja superpuestos. Al igual que las ropas que luciera antes, ocultaba por completo su figura.

Se arrodilló al borde de la plataforma de observación y se les quedó mirando impasible. Luis se agarró a su salvavidas de metal y esperó el curso de los acontecimientos.

Advirtió que su expresión comenzaba a suavizarse. Sus ojos adquirieron un aire soñador, las comisuras de la boca se curvaron ligeramente hacia arriba.

Nessus comenzó a hablar.

La muchacha pareció pensárselo un momento. Luego dijo algo que podría haber sido una respuesta.

Después se marchó.

- ¿Y bien?

- Ya veremos.

- Estoy tan cansado de esperar.

De pronto la aerocicleta comenzó a deslizarse hacia arriba. Hacia arriba y hacia delante. Rebotó contra el borde de la plataforma de vigilancia como un bote de remos al atracar.

Nessus puso grácilmente pie en tierra.

La muchacha acudió a saludarle. Lo que llevaba en la mano izquierda tenía que ser un arma. Tendió la otra mano hacia la cabeza del titerote, titubeó un instante y luego comenzó a acariciarle la espina dorsal secundaria con las uñas.

Nessus emitió un suspiro de placer.

La muchacha dio media vuelta y comenzó a subir. No se volvió ni una vez. Parecía perfectamente segura de que Nessus la seguiría como un perro; y así fue.

«Muy bien - pensó Luis -. Muéstrate sumiso. Haz que confíe en ti.»

El conjunto de celdas quedó silencioso como una enorme tumba, una vez se desvanecieron sus pasos mal acompasados.

Interlocutor estaba a unos diez metros de él, en el otro extremo de ese mar de los Sargazos de metal. Cuatro dedos negros acolchados y un trocito de rostro anaranjado era todo lo que

asomaba de su persona entre los verdes globos antichoque. Luis no podía aproximarse a él de ningún modo. Tal vez el kzin ya hubiera muerto.

Entre los huesos blancos dispersos en el fondo se distinguían al menos una docena de calaveras. Huesos y vetustez, y metal aherrumbrado, y silencio. Luis Wu se aferró a su aerocicleta y esperó ver flaquear sus fuerzas de un momento a otro.

No transcurrieron muchos minutos, cuando en medio de su modorra percibió un cambio. Su punto de equilibrio se había desplazado.

La vida de Luis dependía de su habilidad para mantener el equilibrio. El desconcierto momentáneo le dejó rígido de terror. Comenzó a mirar frenéticamente a su alrededor, moviendo Sólo los ojos.

Seguía rodeado de vehículos de metal, inmóviles. Pero algo se estaba moviendo.

Un coche situado a bastante distancia de él, comenzó a chirriar como metal al desgarrarse, y de pronto subió un poco.

¿Qué?

No. Había aterrizado sobre el anillo superior de celdas. Todo el mar de los Sargazos había comenzado a hundirse uniformemente a través del espacio.

Uno a uno, los coches y las cápsulas volantes fueron aterrizando ruidosamente y quedaron atrás.

La aerocicleta de Luis chocó contra el hormigón con una sacudida, comenzó a girar en medio del torbellino de fuerzas electromagnéticas, y por fin dio la vuelta completa. Luis se soltó y se dejó rodar lejos del vehículo.

En el acto, intentó ponerse en pie. Pero no podía mantener el equilibrio; le era imposible permanecer erguido. Tenía las manos agarrotadas, retorcidas de dolor, inutilizadas. Se quedó ahí tendido de costado, jadeando, mientras reflexionaba que tal vez ya fuera demasiado tarde. Interlocutor ya debía de haber quedado sepultado bajo su aerocicleta.

No le costó localizar el vehículo del kzin, fácilmente identificable. Interlocutor estaba allí... y no había quedado aprisionado debajo de la aerocicleta. Debía de haber quedado debajo, pero luego el vehículo se tumbó de lado; además, hasta cierto punto los globos debían de haberle protegido.

Luis se le acercó a rastras.

El kzin estaba vivo y respiraba, pero seguía inconsciente. El peso de la aerocicleta no le había roto el cuello, posiblemente porque en realidad no tenía un verdadero cuello. Luis agarró la linterna de rayos laser de su cinturón y empleó el afilado rayo verde para desembarazar a Interlocutor de sus globos.

¿Y ahora qué?

Luis se estaba muriendo de sed.

La cabeza ya no parecía darle vueltas. Se levantó, con las piernas temblorosas, y salió en busca de la única fuente de agua potable en funcionamiento que conocía.

El bloque celular era un conjunto de salientes circulares concéntricas, cada uno de los cuales correspondía al techo de un anillo de celdas. Interlocutor había aterrizado en el cuarto círculo contando a partir del centro.

Luis encontró una aerocicleta envuelta en los jirones de un globo antichoques. Un piso más abajo y al otro lado de la fosa central, había otra, equipada con un asiento humano. La tercera...

La aerocicleta de Nessus había ido a parar en el piso inmediatamente inferior al de Interlocutor.

Luis descendió hasta ella. Los pies parecían a punto de hundirse bajo su peso a cada peldaño. Tenía los músculos demasiado fatigados para absorber el impacto.

Meneó la cabeza al ver el panel de mandos. ¡Nadie le robaría la aerocicleta a Nessus! Los mandos eran increíblemente crípticos. Sin embargo, consiguió identificar la espita del agua.

El agua estaba caliente e insípida como si fuese agua destilada, pero le supo a gloria.

Una vez saciada su sed, Luis probó un bloque alimenticio de la ranura de la cocinilla. Tenía un sabor muy extraño. Luis decidió no comérselo de momento. Tal vez contuviera aditivos venenosos para el metabolismo humano. Sería mejor preguntárselo a Nessus.

Le llevó agua a Interlocutor en su zapato, el primer recipiente que encontró a mano. La dejó caer en la boca del kzin, que se le tragó en sueños y sonrió. Luis fue a buscar más y se desplomó sin fuerzas antes de conseguir llegar al vehículo del titerote.

Conque se hizo un ovillo sobre el plástico liso de la construcción y cerró los ojos.

A salvo. Estaba a salvo.

Debía haberse dormido al instante, vistas las circunstancias. Pero algo seguía inquietándole. Los músculos sobrefatigados, calambres en las manos y los muslos, el miedo a caerse que aún no le había abandonado... y algo más...

Se incorporó.

- No es justo - masculló.

¿Interlocutor?

El kzin dormía hecho un ovillo, con las orejas aplastadas sobre la cabeza y el desintegrador apretado contra el vientre, de modo que sólo asomaba la doble boca del cañón. Su respiración era regular, pero muy acelerada. ¿Sería normal?

Nessus lo sabría. Mientras tanto, lo mejor sería dejarle dormir.

- No es justo - repitió Luis, en un susurro.

Estaba solo y se sentía solitario, sin la ventaja de hallarse en uno de sus viajes sabáticos. Era responsable del bienestar de otros. Su propia vida y su salud dependían del éxito de Nessus en engatusar a esa loca medio calva que les tenía prisioneros. No era de extrañar que no pudiera dormir.

Sin embargo...

Sus ojos la localizaron y se quedaron helados. Ahí estaba su aerocicleta.

Su aerocicleta con los globos reventados colgando, y a su lado tenía la aerocicleta de Nessus, y la de Interlocutor había quedado tirada junto a él, y luego ahí estaba la aerocicleta con el asiento adecuado para un humano y sin globos antichoque.

Cuatro aerocicletas.

La primera vez, en su desesperación por conseguir agua, no había advertido las aplicaciones de este hecho. Ahora... la aerocicleta de Teela. Debía de haber estado oculta tras uno de los vehículos mayores. Y no tenía globos antichoque.

Teela debía de haberse caído en cuanto la aerocicleta giró sobre sí.

O también podía haber salido despedida al desgarrársele la envoltura sónica cuando avanzaba a una velocidad de 2 Mach. ¿Qué había dicho Nessus? «Es evidente que su suerte es voluble.» E Interlocutor: «Si la suerte le hubiera fallado una sola vez, estaría muerta».

Estaba muerta. Tenía que estarlo. «Me embarqué contigo, porque te quiero.»

- Mala suerte - dijo Luis Wu -. Tuviste mala suerte al conocerme.

Se acurrucó sobre el cemento y se durmió.

Mucho más tarde, despertó sobresaltado y se encontró con la mirada de Interlocutor-de-Animales justo encima de su rostro. Sus ojos resultaban doblemente saltones en medio del extravagante antifaz anaranjado, y parecían relamerse...

- ¿Puedes comer los alimentos del herbívoro? - preguntó Interlocutor. Y luego añadió -: Creo que soy el único de los tres que no tiene reservas de comida.

Esos ojos que parecían relamerse... a Luis se le erizaron los pelos de la nuca. Procurando que no le temblara la voz dijo:

- Sabes perfectamente que dispones de una reserva de comida. La cuestión es saber si recurrirás a ella.

- Desde luego que no, Luis. Si el honor me obliga a morir de hambre a dos pasos de la carne, moriré de hambre sin rechistar.

- Así me gusta. - Luis dio media vuelta y fingió que volvía a dormirse.

Y cuando se despertó, al cabo de unas horas, comprendió que había dormido. Su subconsciente, decidió, debía confiar plenamente en la palabra del kzin. Si él kzin decía que prefería morir de hambre, ello significaba que se moriría de hambre.

Tenía la vejiga llena y un ligero hedor le llenaba la nariz, y los músculos continuaban doloridos. La fosa resolvió el primer problema, y luego tomó agua de la aerocicleta del titerote para lavarse los restos de vómito que le habían quedado adheridos a la manga. Luego, Luis bajó cojeando un tramo de escaleras hasta su propia aerocicleta y sacó el botiquín de primeros auxilios.

Pero ese botiquín no era simplemente una caja de medicamentos; los dosificaba según receta y efectuaba sus propios diagnósticos. Un mecanismo complejo, y los fusiles automáticos lo habían destrozado.

La luz comenzó a hacerse más débil.

Las celdas tenían puertas en forma de escotilla en el techo, y pequeños paneles transparentes junto a las puertas. Luis se tendió boca abajo para espiar el interior de una celda. Una cama, un lavabo de curiosa forma, y... la luz del día que entraba por una ventana panorámica.

- ¡Interlocutor! - llamó Luis.

Se abrieron paso con el desintegrador. La ventana panorámica era grande y rectangular, un extraño lujo en una celda de una prisión. El cristal había desaparecido, a excepción de algunos trozos dentados y afilados en los bordes.

¿Ventanas para atormentar al prisionero con la visión de la libertad?

La ventana miraba hacia babor. Sólo la mitad del panorama estaba iluminado por la luz del día; la sombra del terminátor se aproximaba desde giro, como una negra cortina. Ante sus ojos se extendía el puerto: construcciones cúbicas que debían de ser almacenes, muelles en estado de putrefacción, grúas de un diseño elegantemente estilizado, y un enorme barco en un dique seco. Todo reducido a esqueletos rojos de orín.

A izquierda y a derecha se extendía una larguísima y retorcida costa. Un tramo de playa, luego una hilera de muelles, seguida de otro tramo de playa... La costa ya debía de haber sido construida siguiendo ese trazado, un trecho de playa poco profunda como Waikiki, luego aguas profundas que acababan en una costa recta, perfecta para la construcción de un puerto, luego otro trecho de playa poco profunda.

Y a lo lejos, el océano. Parecía extenderse eternamente, hasta desaparecer en el horizonte-infinito. No ocurría lo mismo si uno intentaba mirar la superficie del Atlántico...

El anochecer llegó como un telón, que iba avanzando de derecha a izquierda. Las luces que aún se conservaban en el Centro Cívico parecieron brillar con mayor intensidad, mientras la ciudad, el muelle y el océano quedaban sumergidos en la penumbra. Hacia antigiro seguía luciendo la dorada luz del día.

E Interlocutor se había apoderado del lecho ovalado de la celda.

Luis sonrió. El guerrero kzin tenía un aspecto sumamente plácido. Debía de estar recuperándose de sus heridas. Las quemaduras debían de haberle debilitado. ¿O sería más bien una forma de olvidar el hambre que le atenazaba?

Luis le dejó solo.

En la semioscuridad de la cárcel logró localizar la aerocicleta de Nessus. Estaba tan hambriento que se zampó un bloque alimenticio destinado a las tripas de un titerote, sin prestar mayor atención al curioso sabor. La oscuridad comenzaba a molestarle, conque encendió los faros de la aerocicleta del titerote y luego salió en busca de las demás para encender también los faros. Cuando terminó esta operación, el lugar quedó bastante iluminado y lleno de complicadas e inquietantes sombras.

¿Por qué tardaría tanto Nessus?

La vieja cárcel flotante no era un lugar demasiado divertido. Las horas que uno podía pasar dormido tenían un límite y Luis ya había cubierto su cupo, y las horas que uno podía pasar preguntándose qué nej estaría haciendo el titerote ahí arriba también tenían su límite, después uno ya empezaba a pensar que tal vez le estaría haciendo una mala jugada.

Al fin y al cabo, Nessus no era simplemente un extraterrestre. Era un titerote de Pierson con un largo historial en la manipulación de seres humanos para servir a sus propios fines.

Si conseguía llegar a un acuerdo con un (supuesto) Ingeniero del Mundo Anillo, sería perfectamente capaz de abandonar a Luis e Interlocutor en el acto, sin pensárselo dos veces. A un titerote nada le impediría proceder así.

Y había dos buenas razones que podían aconsejar ese comportamiento.

Casi con toda certeza, Interlocutor-de-Animales haría aún un último intento desesperado de arrebatarle el «Tiro Largo» a Luis Wu, a fin de garantizar a los kzinti la exclusiva del hiperreactor de quantum 11. El titerote podría resultar herido en la consiguiente batalla. Luego, sería más seguro abandonar a Interlocutor ya... y también a Luis Wu, pues probablemente se opondría a semejante traición.

Además, ambos sabían demasiado. Una vez muerta Teela, sólo Interlocutor y Luis conocían los experimentos de los titerotes en el campo de la evolución controlada. El señuelo para atraer vástagos de las estrellas, las Leyes de Procreación... si Nessus tenía órdenes de revelar esa información, a fin de observar las reacciones de sus compañeros de equipo, seguramente también tenía órdenes de abandonarlos al llegar a cierto punto del viaje.

La idea ni siquiera era nueva. En este sentido, Luis se había mantenido al acecho de cualquier acción desde que Nessus admitió haber atraído una nave Forastera hasta Procyon gracias al señuelo de vástagos de las estrellas. Y su paranoia estaba justificada en cierto sentido. Pero, ¿qué nej podía hacer para evitarlo?

Para no volverse loco, Luis se introdujo en otra celda. Desgajó lo que imaginaba eran cerrojos aplicándoles su linterna de rayos laser con el haz muy concentrado y a gran intensidad, y a la cuarta tentativa logró abrir la puerta.

Un terrible hedor comenzó a llenarle las narices. Luis contuvo la respiración e introdujo la cabeza y la linterna de rayos laser en la celda el tiempo suficiente para descubrir la causa de ese olor. Alguien había muerto allí dentro, cuando ya se había desconectado la ventilación. El cadáver estaba apoyado contra la ventana panorámica con un pesado jarrón en la mano. El jarrón estaba roto. Y la ventana seguía intacta.

La celda contigua estaba vacía. Luis tomó posesión de ella.

Había cruzado al otro lado de la fosa en busca de una celda que diera a estribor. Enfrente podía ver el huracán horizontal. Tenía unas dimensiones respetables, teniendo en cuenta que quedaba a unos cuarenta mil kilómetros de allí. Un gran ojo azul Pensativo.

En la dirección de giro se divisaba un edificio flotante, alto y estrecho, del tamaño de una nave especial de pasajeros. Luis soñó por un momento que era una nave especial, ahí escondida con gran disimulo, y que para salir del Mundo Anillo les bastaba...

El pasatiempo duró poco. Luis se entrenó a memorizar el plano de la ciudad. Podría ser importante. Era el primer lugar que habían encontrado donde aún quedaba algún rastro de una civilización todavía activa.

Aproximadamente una hora más tarde decidió tomarse un descanso. Se sentó en el sucio camastro ovalado y se quedó mirando el Ojo, y... más allá del Ojo, bastante desplazado hacia un lado, divisó un minúsculo triángulo de un intenso pardo-grisáceo.

El triángulo apenas tenía el tamaño suficiente para que resultara visible su forma de tal. Se apoyaba directamente sobre el caos blanco-grisáceo del horizonte-infinito. Lo cual significaba que allí era aún de día... a pesar de que su ventana miraba casi directamente a estribor...

Luis salió en busca de sus prismáticos.

A través de ellos pudo distinguir cada detalle con la misma claridad y nitidez que los cráteres de la Luna. Un triángulo irregular, pardo-rojizo cerca de la base, con el brillo de la nieve sucia en las proximidades de la cúspide... El Puño-de-Dios. Debía ser muchísimo más grande de lo que había supuesto. Para resultar visible desde tan lejos, la mayor parte de la montaña debía sobresalir por encima de la atmósfera.

La flotilla de aerocicletas debía de haber volado unos doscientos cincuenta mil kilómetros desde el lugar del accidente. El Puño-de-Dios tenía que tener al menos unos mil quinientos kilómetros de altura.

Luis soltó un silbido. Volvió a enfocar los prismáticos.

Mientras permanecía ahí sentado en la oscuridad, Luis comenzó a advertir poco a poco algún ruido sobre su cabeza.

Asomó la cabeza por la trampilla de la celda.

- ¡Hola, Luis! - rugió Interlocutor-de-Animales, que agitaba los rojos despojos crudos y semidevorados de algo que debía tener aproximadamente el tamaño de una cabra. El kzin arrancó un trozo del tamaño de un buen bistec, y luego otro, y otro. Sus dientes estaban diseñados para desgarrar, no para masticar.

Se agachó para coger una pierna ensangrentada aún con el casco y la piel.

- ¡Te hemos guardado un poco, Luis! Lleva varias horas muerto, pero no tiene importancia. Debemos darnos prisa. Al herbívoro le molesta vernos comer. Ahora está gozando del panorama que se divisa desde mi celda.

- Espera a que vea el de mi ventana - dijo Luis -. Nos habíamos equivocado respecto al Puño-de-Dios, Interlocutor. Tiene al menos mil quinientos kilómetros de altura. La cumbre no está cubierta de nieve, es...

- ¡Luis! ¡Come!

Luis descubrió que se le estaba haciendo agua la boca.

- Tiene que haber alguna manera de asar esta cosa...

No se equivocaba. Le pidió a Interlocutor que le arrancara la piel, luego insertó el casco de la bestia en un peldaño roto, se apartó un poco y asó la carne con el rayo laser a elevada intensidad y con el foco muy abierto.

- La carne no está fresca - comentó Interlocutor algo escéptico -, pero no creo que la cremación solucione el problema.

- ¿Cómo le ha ido a Nessus? ¿Sigue siendo un prisionero, o controla la situación?

- La controla a medias, diría yo. Mira ahí arriba.

La navegante espacial parecía una pequeña figurita de juguete sentada en la plataforma de observación, con los pies colgando sobre el vacío, y el rostro y el cráneo blancos que se hicieron visibles cuando se inclinó a mirarles.

- ¿Te das cuenta? No le pierde de vista ni un momento.

Luis decidió que la carne ya debía estar lista. Advirtió la impaciencia de Interlocutor ante su forma de comer, ante la manera que tenía Luis Wu de masticar lentamente cada trocito. Sin embargo, a Luis le parecía estar devorando como una fiera. Tenía hambre.

En atención al titerote, arrojaron los huesos sobre la ciudad, por la ventana rota. Luego, todos se reunieron en torno a la aerocicleta del titerote.

- Está parcialmente condicionada - dijo Nessus. Le costaba respirar, tal vez a causa del olor a carne cruda y chamuscada -. He logrado sonsacarle bastante información sobre su persona.

- ¿Sabes por qué nos ha metido en esta ratonera?

- Sí, y muchas cosas más. Estamos de suerte. Es una exploradora espacial, tripulante de una nave dragadora.

- ¡Caramba! - exclamó Luis Wu.

21. La muchacha que llegó del exterior

Se llamaba Halrloprillalar Hotrufan. Había estado viajando en la nave... «Pionero», la bautizó Nessus tras un breve titubeo... durante doscientos años.

El «Pionero» recorría un circuito de veinticuatro años de duración en el curso del cual visitaba cuatro soles y sus sistemas: cinco mundos con atmósfera de oxígeno y el Mundo Anillo. El «año» que empleaban en sus cálculos era una medida tradicional sin relación alguna con el Mundo Anillo. Tal vez correspondiera a la órbita solar de uno de los mundos abandonados.

Dos de los cinco mundos que el «Pionero» visitaba en su recorrido habían estado densamente poblados antes de ser construido el Mundo Anillo. Ahora estaban abandonados al igual que los demás, cubiertos de vegetación espontánea y de ruinas de las antiguas ciudades.

Halrloprillalar había cubierto ocho veces el circuito completo. Sabía que en esos mundos crecían plantas o animales que no se habían adaptado al Mundo Anillo en ausencia de un ciclo de estaciones. Halrloprillalar no sabía ni le importaba nada más.

Su trabajo no tenía ninguna relación con los cargamentos que transportaban

- Tampoco se ocupaba de los motores ni del sistema de supervivencia. No he logrado averiguar exactamente qué hacía - dijo Nessus -. El «Pionero» llevaba una tripulación de treinta y seis personas. Sin duda algunos realizaban tareas accesorias. No creo que la chica fuese imprescindible para la nave o para el bienestar de la tripulación. No parece ser una lumbrera, Luis.

- ¿Le has preguntado cuál era la relación entre los sexos en la tripulación? ¿Cuántos de esos treinta y seis eran mujeres?

- Ella misma me lo ha dicho. Tres.

- Entonces, no hace falta averiguar su profesión.

Doscientos años de viajes, seguridad, aventura. Luego, al término de la octava travesía de Halrloprillalar, el Mundo Anillo no respondió a la señal del «Pionero».

El cañón electromagnético no funcionaba.

Según todos los indicios que pudieron obtener a través de sus telescopios, no había señales de actividad en ningún espaciopuerto.

Los cinco mundos incluidos en el circuito del «Pionero» no estaban equipados con cañones electromagnéticos para desacelerar. En consecuencia, la nave iba provista de combustible desacelerador, condensado durante la travesía a partir del hidrógeno interestelar. La nave podía aterrizar... pero ¿dónde?

No en el Mundo Anillo. Los proyectiles antimeteoritos les harían trizas.

No habían recibido autorización para aterrizar en la plataforma del espaciopuerto. Algo ocurría allí.

¿Regresar a uno de los mundos de origen abandonados? Ello equivaldría a colonizar de nuevo un mundo, a partir de un grupo de treinta y tres hombres y tres mujeres.

- La rutina les había hecho poco audaces, no estaban en condiciones de tomar una decisión de tal envergadura. Fueron presa del pánico - siguió explicando Nessus -. Se amotinaron. El piloto del «Pionero» logró encerrarse en la sala de mandos el tiempo suficiente para hacer aterrizar la nave en la plataforma del espaciopuerto. Le asesinaron por esta osadía, por haber puesto en peligro la nave y sus propias vidas, según dijo Halrloprillalar. Aunque sospecho que le asesinaron por no respetar la tradición, por aterrizar empleando los cohetes y sin contar con autorización formal para ello.

Luis advirtió que alguien le miraba. Levantó la vista.

La navegante espacial seguía observándoles. Y Nessus tampoco le quitaba ojo de encima con una cabeza, la izquierda.

Con que ahí tenía el tasp. Y por eso Nessus no había dejado de mirar hacia arriba. Ella no quería perder a Nessus de vista y éste no se atrevía a dejarla libre del embrujo del tasp.

- Después de matar al piloto, abandonaron la nave - prosiguió Nessus -. Entonces descubrieron el terrible daño que les había causado el piloto. El cziltang brone estaba inerte, estropeado. Habían quedado varados en el lado opuesto de un muro de más de mil kilómetros de altura.

- Desconozco la expresión equivalente de cziltang brone en intermundo o en la Lengua del Héroe. Sólo puedo explicaros cómo actúa. Y su acción es de vital interés para nosotros.

- Sigue - dijo Luis Wu.

Los Ingenieros que construyeron el Mundo Anillo lo habían proyectado en previsión de cualquier posible fallo. En muchos aspectos, parecían haberse anticipado a la decadencia de la civilización, la habían planificado, como si los ciclos de cultura y barbarie formasen parte

del destino natural del hombre. La compleja estructura del Mundo Anillo no dejaría de funcionar por falta de cuidados. Los descendientes de los Ingenieros podrían olvidar los detalles del mantenimiento de las compuertas y los cañones electromagnéticos, podrían perder el arte de trasladar mundos y construir coches voladores; la civilización podría morir, pero el Mundo Anillo no correría igual suerte.

Las defensas antimeteoritos, por ejemplo, eran tan absolutamente infalibles que a Halrloprillalar...

- Llámala Prill - sugirió Luis.

- ...que a Prill y su grupo ni se les ocurrió pensar que pudieran haber dejado de funcionar.

Pero ¿y el espaciopuerto? ¿Hasta qué punto podía ser infalible, con la posibilidad de que algún idiota se dejara abiertos los dos portillos de la compuerta?

¡No había compuertas! Las habían sustituido por el cziltang brone. Esa máquina proyectaba un campo de fuerzas por efecto del cual la estructura base del Anillo, y por tanto también del muro exterior, se hacía permeable a la materia. Se mantenía una cierta resistencia. Mientras el cziltang brone estaba en funcionamiento...

- Un generador de ósmosis - sugirió Luis.

- Tal vez. Tengo la sospecha de que brone es una forma corrompida, posiblemente de carácter obsceno.

...mientras funcionaba el generador de ósmosis se perdería un poco de aire, aunque muy lentamente. Los hombres debían abrirse paso vestidos con trajes de presión, pues tenían que avanzar contra la corriente de aire. Las máquinas y las grandes masas eran arrastradas al otro lado por medio de tractores.

- ¿Y los depósitos de aire respirable? - preguntó Interlocutor.

¡Lo elaboraban fuera, con los transmutadores!

Sí, en el Mundo Anillo disponían de un método económico de transmutación. El procedimiento sólo resultaba barato para grandes cantidades, y también tenía otras limitaciones. La máquina en sí era gigantesca. Sólo servía para transmutar un elemento en otro elemento. Los dos transmutadores del espaciopuerto transformaban el plomo en nitrógeno y oxígeno; el plomo era fácil de almacenar y de transportar a través del muro exterior.

Los generadores de ósmosis eran aparatos a toda prueba. Si se estropea una compuerta, puede perderse un verdadero huracán de aire respirable. Sin embargo, una avería en el cziltang brone no podía tener mayores consecuencias que cerrar la compuerta al espacio... y, de paso, también a los navegantes espaciales que pudieran regresar después.

- Y también a nosotros - dijo Interlocutor.

- No te precipites - le aconsejó Luis -. Todo parece sugerir que el generador de ósmosis es exactamente lo que necesitamos para regresar a casa. No sería necesario desplazar el «Embustero». Bastaría con apuntar el cziltang brone... - Lo pronunció aspirando la primera silaba - ...sobre la base del Anillo, justo debajo del «Embustero», y la nave se hundiría como si estuviese sobre arenas movedizas, para volver a salir a flote al otro lado.

- Y quedar atrapada en la espuma del amortiguador antimeteoritos - replicó el kzin. Luego añadió -: Rectifico. El desintegrador puede resultarnos útil en esta fase.

- Exactamente - dijo Nessus Por desgracia, no podemos disponer de ningún cziltang brone.

- Ella está aquí. ¡Debió atravesar el muro de alguna manera!

- Sí...

Los especialistas en magnetohidrodinámica prácticamente habían tenido que aprender una nueva profesión antes de poder empezar a reparar el cziltang brone. Ello les llevó varios años. El aparato se había detenido en pleno funcionamiento: la mitad estaba retorcida Y la otra mitad se había fundido.. Tuvieron que hacer varias piezas completamente nuevas; se vieron obligados a recalibrar y a emplear elementos que sabían que no resistirían, pero con tal aguantasen el tiempo suficiente...

Durante los trabajos se produjo un accidente. Un rayo osmático, modificado por una graduación defectuosa, atravesó el «Pionero». Dos tripulantes murieron hundidos hasta la cintura en una plataforma de metal, y otros diecisiete sufrieron parálisis cerebral permanente además de otras heridas a resultas de las cuales ciertas membranas permeables se hicieron demasiado permeables.

Pero los diecisiete restantes consiguieron pasar al otro lado. Se llevaron los idiotas consigo. Y también el cziltang brone, por si el Mundo Anillo resultaba demasiado inhóspito.

Se encontraron rodeados de barbarie, sólo barbarie.

Años más tarde, unos cuantos intentaron regresar por donde habían venido.

El cziltang brone se estropeó en medio de la operación y cuatro de ellos quedaron atrapados en el muro exterior. Y ahí acabó todo. A esas alturas ya sabían que sería imposible encontrar piezas de recambio en el Mundo Anillo.

- No comprendo cómo pudieron caer tan rápidamente en la barbarie - dijo Luis -. ¿Has dicho que el «Pionero» tardaba veinticuatro años en recorrer su circuito?

- Veinticuatro años en unidades de la nave, Luis.

- ¡Oh! Eso cambia las cosas.

- Sin duda. Para una nave que se desplace con una tracción igual a una gravedad del Mundo Anillo, las estrellas tienden a estar situadas a una distancia de tres a seis años. Las verdaderas distancias eran grandes. Prill habla de una región abandonada unos doscientos años luz más

próxima al plano galáctico, en una zona donde se encuentran tres soles muy juntos, situados sólo a unos diez años luz uno de otro.

- Doscientos años luz... ¿Crees que debe ser una zona próxima al espacio humano?

- Tal vez esté en el mismo espacio humano. En general, los planetas con atmósfera de oxígeno no suelen estar tan próximos como ocurre en los alrededores de Sol. Halrloprillalar dice que en el Mundo Anillo se aplicaron técnicas de terraformación a largo plazo. Las técnicas eran demasiado lentas. Los humanos, impacientes, las abandonaron antes de que pudieran surtir todos sus efectos.

- Ello explicaría muchas cosas. Aunque... No, no tiene importancia.

- ¿Primates, Luis? Existen pruebas suficientes de que tu especie evolucionó sobre la Tierra. Pero la Tierra podría haber constituido una buena base para un proyecto de terraformación de mundos situados en sistemas próximos a tu planeta. Los ingenieros podrían haberse traído animales domésticos y criados.

- ¿Como por ejemplo monos y simios y hombres de Neanderthal...? - Luis hizo un gesto como si quisiera cortar el aire con la mano -. No son más que especulaciones. Y tampoco nos interesa.

- No lo discuto. - El titerote comenzó a masticar un bloque de verduras mientras seguía hablando -. El circuito que seguía el «Pionero» cubría una distancia de más de trescientos años luz. En el curso de un viaje podían producirse importantes cambios, si bien éstos eran raros. Los congéneres de Prill poseían un sistema social muy estable.

- ¿Cómo estaba tan segura de que todo el Mundo Anillo había quedado sumido en la barbarie? ¿Exploraron mucho?

- Muy poco, aunque lo suficiente. Prill tiene razón. Es imposible reparar el cziltang brone. El Mundo Anillo debe de ser enteramente bárbaro a estas horas.

- ¿Por qué?

- Prill intentó explicarme lo ocurrido, tal como se lo había explicado a ella otro miembro de su grupo. Había simplificado mucho el proceso, como es lógico. Es posible que todo comenzase varios años antes de que el «Pionero» iniciara su última travesía...

Los mundos habitados eran diez. Cuando el Mundo Anillo estuvo terminado, los diez fueron abandonados a su destino y continuaron evolucionando sin ayuda del hombre.

Imaginad un mundo en esas condiciones:

El terreno está cubierto de ciudades en todas las fases de desarrollo. Es posible que los barrios de barracas hubieran quedado superados, sin embargo aún debían de quedar barracas en algún lugar, aunque sólo fuese como reliquias históricas. El lugar está lleno de todo tipo de subproductos de la civilización: recipientes vacíos, máquinas estropeadas, libros o películas o pergaminos en mal estado, todo lo que no puede ser reaprovechado o reconvertido de un modo económico, y muchas cosas que aún podrían ser útiles. Los mares han servido de

vertederos de basuras durante cientos de miles de años. En cierto período, también tiraron subproductos radiactivos del proceso de fisión.

¿Es de extrañar que la vida marina evolucione a fin de adaptarse a las nuevas condiciones?

¿Es de extrañar que aparezcan nuevas formas de vida capaces de alimentarse de esos desechos?

- En la Tierra ocurrió una vez algo parecido - dijo Luis Wu -. Un hongo que se alimentaba de polietileno. Comenzó a devorar las bolsas de plástico en las repisas de los supermercados. Ya se ha extinguido. Tuvimos que dejar de emplear el polietileno.

Imaginad diez mundos en esas condiciones.

Deben haber ido evolucionando bacterias capaces de alimentarse de compuestos de cinc, de plásticos, de pinturas, de material aislante y de basuras. La cosa no hubiera tenido importancia de no ser por las naves.

Estas continuaban visitando regularmente los viejos mundos, en busca de formas de vida olvidadas o que no se habían adaptado al Mundo Anillo. También se llevaban otras cosas: souvenirs, obras de arte olvidadas o simplemente dejadas para una posterior ocasión. Aún estaban trasladando los museos, pues en cada viaje sólo transportaban unas pocas piezas de incalculable valor.

Una de las naves trajo consigo un hongo capaz de descomponer la estructura de un superconductor a temperatura ambiente, que había sido muy utilizado en la maquinaria complicada.

La acción del hongo era lenta. Era una cepa recién desarrollada y primitiva y, al principio, fue fácil de eliminar. Distintas naves deben de haber ido trayendo formas ligeramente distintas en diversas ocasiones, hasta que una de ellas por fin consiguió arraigar.

Debido a que su efecto era lento, no destruyó la nave hasta mucho después de aterrizar. No destruyó el cziltang brone hasta que los tripulantes y los empleados del espaciopuerto ya lo habían trasladado al otro lado. No hizo mella en los receptores de energía proyectada hasta que las cabinas que se desplazaban sobre el cañón electromagnético situado en el muro exterior lo habían trasladado a todos los puntos del Mundo Anillo.

- ¿Receptores de energía proyectada?

- Generan la energía en las pantallas cuadradas por proceso termoeléctrico y luego la proyectan sobre el Mundo Anillo. Seguramente también se trata de un sistema infalible. No lo detectamos desde nuestra nave. Debe de haberse desconectado cuando comenzaron a fallar los receptores.

- Seguro que debía de ser posible fabricar un superconductor distinto - objetó Interlocutor -. Sabemos que existen dos estructuras moleculares básicas, cada una de ellas con múltiples variaciones a distintos niveles de temperatura.

- Existen al menos cuatro estructuras básicas - le corrigió Nessus -. Tienes razón, los anillícolas hubieran podido sobrevivir al Derrumbamiento de las Ciudades. Así lo hubiera hecho una sociedad más joven y vigorosa, Pero debes tener en cuenta las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse.

»Habían perdido buena parte de sus gobernantes, sepultados bajo los edificios cuando se produjo el corte en el suministro de energía. Y sin energía poco podían hacer para hallar otros superconductores. Prácticamente toda la energía almacenada fue confiscada para su uso personal por los hombres dotados de algún poder político, o se empleó para mantener algunos enclaves de civilización con la esperanza de que otros ya se ocuparían de resolver la emergencia. No tenían acceso a los motores de fusión de las naves espaciales, pues los cziltang brone empleaban superconductores. Los pocos hombres capaces de hacer algo no podían ponerse en contacto; la computadora que operaba el cañón electromagnético no funcionaba, y el cañón en sí se había quedado sin suministro de energía.

- Por culpa de un clavo, se perdió un reino - dijo Luis.

- Ya conozco el cuento. Aunque no puede aplicarse exactamente a este caso - continuó Nessus -. Algo podrían haber hecho. Poseían suficiente energía para condensar helio líquido. Una vez desconectados los proyectores de energía, de nada hubiera servido reparar un receptor; sin embargo, podrían haber adaptado un cziltang brone a un superconductor metálico refrigerado con helio líquido. Con el cziltang brone hubieran podido llegar a los espaciopuertos. Podrían haber volado hasta las pantallas cuadradas para restablecer la proyección de energía, y luego adaptar a los receptores otros superconductores refrigerados con helio líquido.

- Pero ello hubiera consumido buena parte de la energía almacenada. ¡La misma que se usaba para iluminar las calles, o mantener a flote los edificios suspendidos que aún quedaban, o también para cocinar y congelar los alimentos! ¡Y así es cómo se hundió la civilización del Mundo Anillo!

- Y nosotros con ella - sentenció Luis Wu.

- Sí. Ha sido una suerte que nos topásemos con Halrloprillalar. Nos ha ahorrado un viaje inútil. De nada servirá proseguir hasta el muro exterior.

La cabeza de Luis comenzó a palpitar con fuerza. Empezaba a tener dolor de cabeza.

- Sí, desde luego ha sido una suerte - dijo Interlocutor-de-Animales -. Si esto es suerte, ¿cómo se explica que no me alegre? hemos perdido nuestro objetivo, nuestro último residuo de esperanza de salir de aquí con vida. Nuestros vehículos están inutilizados. Un miembro de nuestro grupo ha desaparecido en el laberinto de esta ciudad.

- Ha muerto - dijo Luis. Cuando se le quedaron mirando sin comprender, señaló un punto en la penumbra. No les fue difícil localizar la aerocicleta de Teela, con los faros encendidos.

- A partir de ahora tendremos que confiar en nuestra propia suerte - dijo.

- Sí. Ya te lo advertí, Luis. La suerte de Teela era esporádica. Tenía que serlo. De lo contrario, nunca se hubiera embarcado en el «Embustero». Ni nos hubiéramos estrellado. - El titerote hizo una pausa, luego añadió -: De veras, comparto tu pesar, Luis.

- No la olvidaremos - murmuró Interlocutor.

Luis asintió. Pensó que debería sentirse más afectado. Pero el incidente del Ojo de la tormenta había modificado en cierto modo sus sentimientos hacia Teela. En aquel momento, le había parecido menos humana que Interlocutor o Nessus. Era un mito. Los extraterrestres, en cambio, eran reales.

- Tendremos que buscarnos un nuevo objetivo - dijo Interlocutor-de-Animales -. Es preciso colocar el «Embustero» en el espacio. Pero a mí no se me ocurre nada.

- Yo he pensado algo - dijo entonces Luis.

Interlocutor pareció sorprendido.

- ¿Tan de prisa?

- Quisiera meditarlo un poco más. Ni siquiera estoy seguro de que sea una idea cuerda, y tal vez ni tan sólo sea factible. En cualquier caso, necesitaremos un vehículo. Pensemos cómo resolver este detalle.

- Un trineo, tal vez. Podríamos remolcarlo con la aerocicleta que aún nos queda. Un gran trineo, la pared de un edificio, por ejemplo.

- Creo que podemos conseguir algo mejor que eso. Estoy seguro de que lograré convencer a Halrloprillalar para que me lleve a la sala de las máquinas que hacen flotar este edificio. Tal vez el mismo edificio pueda servirnos de vehículo.

- Prueba a ver - dijo Luis.

- ¿Y tú qué harás?

- Dame un poco de tiempo.

El corazón del edificio era todo maquinaria. Parte de la misma servía para mantenerlo en el aire; también había máquinas que operaban el sistema de aire acondicionado y los condensadores de agua y las espitas de agua; y una sección aislada, parte de los generadores que alimentaban la trampa electromagnética. Nessus se puso manos a la obra. Luis y Prill le miraban, fingiendo ignorarse el uno al otro.

Interlocutor seguía encarcelado. Prill no le había permitido subir.

- Te tiene miedo - había explicado Nessus -. Sin duda, podríamos insistir. Podríamos montarte en una de las aerocicletas. Si yo me negase a subir hasta que tú estuvieras en la plataforma, no tendría más remedio que izarte.

- Tal vez me izase hasta media altura, para luego dejarme caer. No, gracias.

Pero había aceptado admitir a Luis.

Comenzó a inspeccionarla, mientras fingía ignorarla. Tenía una boca muy fina, prácticamente sin labios. La nariz era pequeña, recta y estrecha. Estaba desprovista de cejas.

No era de extrañar que su rostro pareciera inexpresivo. Recordaba más bien el maniquí de un fabricante de pelucas.

Tras dos horas de sudores, Nessus asomó las cabezas por una trampilla de acceso.

- Imposible obtener fuerza motriz. Los campos elevadores sólo sirven para elevar el edificio. Sin embargo, he logrado desconectar un mecanismo rectificador destinado a mantenernos siempre sobre el mismo lugar. El edificio flota ahora a merced de los vientos.

Luis sonrió.

- O un remolque. Podríamos atar un cable a tu aerocicleta y remolcar el edificio detrás.

- No es necesario. La aerocicleta lleva un motor inerte. Podemos dejarla en el interior del edificio.

- Ya se te había ocurrido, ¿eh? Pero ese motor es terriblemente potente. Si la aerocicleta quedara incontrolada aquí dentro...

- Sí. - El titerote se volvió hacia Prill y comenzó a hablarle muy despacio y largo y tendido en la lengua de los dioses del Mundo Anillo. Luego le dijo a Luis:

- Hay bastante cantidad de plástico electrocoagulable. Podemos recubrir la aerocicleta de plástico y dejar sólo los mandos al descubierto.

- ¿No será un poco drástico?

- Luis, si esa aerocicleta comenzara a dar vueltas, incontrolada, podría hacerme daño.

- Bueno..., tal vez. ¿Podrás hacer aterrizar el edificio cuando sea necesario?

- Sí, existe un regulador de altitud.

- Entonces no hace falta un vehículo auxiliar. Bien. Manos a la obra.

Luis estaba descansando, sin dormir. Se había tendido boca arriba sobre el gran lecho. Tenía los ojos abiertos y estaba mirando por la claraboya semiesférica del techo.

El resplandor del halo solar asomaba sobre el borde de la pantalla cuadrada. Faltaba poco para el amanecer; el Arco seguía dibujándose azul y brillante sobre el cielo negro.

- Debo de estar loco - dijo Luis Wu. Y luego -: ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Probablemente ese dormitorio formaba parte de las dependencias del jefe. Ahora lo habían transformado en sala de mandos. Luis y Nessus habían colocado la aerocicleta en el armario empotrado, la habían recubierto de plástico y luego, con ayuda de Prill, habían hecho pasar una corriente por el plástico. El armario empotrado tenía el tamaño adecuado.

La cama olía a viejo. Crujía cada vez que se movía.

El Puño-de-Dios - murmuró Luis en la oscuridad. Yo lo vi. Tenía más de mil quinientos kilómetros de altura. No tiene sentido que construyeran una montaña tan alta, no cuando... - prefirió dejarlo ahí.

Y de pronto se sentó en la cama como impulsado por un muelle, y gritó:

- ¡El cable que une las pantallas!

Una sombra entró en el dormitorio.

Luis se quedó inmóvil. La entrada estaba oscura. Sin embargo, los ondulantes movimientos y la distribución de las suaves sombras de sus curvas le revelaron que una mujer desnuda avanzaba hacia él.

- Una alucinación? ¿El espíritu de Teela Brown? La figura llegó a su lado antes de que lograse decidirse por una u otra alternativa. Con perfecto dominio de sí misma, se sentó en la cama. Extendió una mano, le rozó el rostro y comenzó a acariciarle una mejilla con las yemas de los dedos.

Era casi calva. Su melena se reducía a un mechón de un par de centímetros de ancho que le crecía en la base de la nuca. Sus facciones resultaban prácticamente invisibles en la oscuridad. Pero tenía un cuerpo adorable. Era la primera vez que Luis veía su figura. Era delgada y recia, como una bailarina profesional. Tenía los senos altos y turgentes.

Si la cara hubiera estado a la altura del cuerpo...

- Vete - dijo Luis sin rudeza. La cogió por la muñeca e interrumpió las caricias de sus dedos sobre su rostro. Le producía una sensación parecida al masaje de un barbero, infinitamente relajante. Se levantó, la hizo ponerse en pie suavemente, la cogió por los hombros. ¿Y si simplemente le hiciera dar media vuelta y le diera una palmadita en el trasero...?

Ella comenzó a pasarle los dedos por el cuello. Había comenzado a usar las dos manos. Luego le acarició el pecho, le dio un pellizco aquí, y otro allí, y de pronto Luis sintió una incontenible lascivia. Se aferró a sus hombros con todas sus fuerzas.

Ella dejó caer las manos. Esperó inmóvil, sin intentar ayudarle, mientras él se quitaba el jersey. Pero en cuanto una nueva extensión de piel quedó al descubierto, volvió a acariciarle aquí y allí, no siempre en los puntos con mayor concentración de terminaciones nerviosas. Cada caricia parecía activar directamente el centro de placer de su cerebro.

Luis era todo fuego. Si ella le rechazaba ahora, recurriría a la fuerza; tenía que hacerla suya...

...Pero en algún recóndito rincón conservaba un resquicio de serenidad que le decía que esa mujer sería capaz de dejarle frío con la misma facilidad con que le había excitado. Se sentía como un joven sátiro, pero también tenía la vaga sensación de ser un muñeco.

Aunque en esos momentos no le importaba un camino.

Y el rostro de Prill seguía tan inexpresivo como siempre.

Le condujo hasta el borde del orgasmo, luego le retuvo allí, le retuvo allí... de tal forma que cuando por fin se produjo fue como caer herido por un rayo. Pero el rayo continuó y continuó, cual centelleante descarga de éxtasis.

Cuando todo terminó, casi ni advirtió que ella se marchaba.

Debía saber perfectamente hasta qué punto había sido un juguete en sus manos. Antes de que llegara a la puerta, ya se había dormido.

Y se despertó pensando: «¿Por qué lo haría?»

«No hay que ser tan analítico, nej - se replicó a sí mismo -. Se siente sola. Debe llevar muchísimo tiempo aquí. Ha logrado dominar un arte y no ha tenido oportunidad de practicarlo...»

Arte. Debía saber más anatomía que muchos profesores. ¿Un doctorado en Prostitución? La profesión más antigua del mundo era mucho más complicada de lo que podía parecer a simple vista. Luis Wu era capaz de reconocer la excelencia en cualquier terreno. Esta mujer sobresalía en el suyo.

Se tocan estos nervios en el orden adecuado y el sujeto reaccionará de tal y tal forma. Un dominio adecuado de la técnica puede convertir a un hombre en una marioneta...

...Una marioneta de la suerte de Teela...

Ya casi lo tenía. Se había aproximado tanto a la verdad, que cuando por fin la descubrió no constituyó ninguna sorpresa.

Nessus y Halrloprillalar salieron de la cámara frigorífica caminando de espaldas. Les seguía el cuerpo aderezado de un ave corredora más grande que un hombre. Nessus se había puesto un trapo en la boca, para no tener que tocar la carne muerta del muslo.

Luis sustituyó al titerote. Él y Prill comenzaron a tirar al unísono. Se vio obligado a usar las dos manos, y otro tanto tuvo que hacer ella. Le devolvió su saludo con otra inclinación de cabeza y preguntó:

- ¿Cuántos años tiene?

A Nessus no pareció extrañarle la pregunta.

- No lo sé.

- Anoche vino a mi habitación. - No, esa frase no tendría sentido para un extraterrestre -. ¿Sabes que el acto que realizamos para reproducirnos, lo practicamos también por placer?

- Ya lo sabía.

- Anoche hicimos eso. Lo hace muy bien. Tan bien que debe de haber tenido al menos mil años de práctica - dijo Luis Wu.

- No sería imposible. La civilización de Prill poseía un producto más eficaz que el extracto regenerador en cuanto a su capacidad para mantener la vida. Hoy en día, ha adquirido un valor incalculable. Cada dosis equivale a unos cincuenta años de juventud.

- ¿Y sabes cuántas dosis ha tomado ella?

- No, Luis. Pero lo que sí sé es que vino andando hasta aquí.

Habían llegado a la escalera que conducía al bloque celular cónico. El pájaro fue dando tumbos detrás de ellos.

- ¿Vino andando desde dónde?

- Desde el muro exterior.

- Trescientos mil kilómetros.

- Más o menos.

- Cuéntamelo todo. ¿Qué les pasó cuando llegaron al otro lado del muro exterior?

- Se lo preguntaré. No conozco todos los detalles.

Y el titerote comenzó a interrogar a Prill.

Poco a poco logró reconstruir la historia.

El primer grupo de salvajes con que se toparon les tomó por dioses, y otro tanto hicieron los que fueron encontrando sucesivamente, con una notable excepción.

La divinidad les sirvió para resolver eficazmente un problema. Fueron dejando al cuidado de distintos poblados los tripulantes cuyo cerebro había quedado afectado a consecuencia del accidente con el cziltang brone a medio reparar. Como dioses residentes, serían bien tratados; y su cretinez aseguraba que resultasen divinidades relativamente inofensivas.

El resto de la tripulación del «Pionero» se dividió en dos grupos. Nueve tripulantes, entre ellos Prill, se dirigieron hacia antigiro. La ciudad natal de Prill quedaba en esa dirección. Ambos grupos pensaban avanzar siguiendo el muro exterior, en busca de rastros de civilización. Cada grupo juró acudir en ayuda del otro si lograba encontrarla.

Todos los tomaron por dioses, excepto los otros dioses. Había algunos supervivientes del Derrumbamiento de las Ciudades. Algunos estaban locos. Todos tomaban el producto para prolongar la vida, si podían conseguirlo. Todos buscaban restos de civilización. A ninguno se le había ocurrido empezar a reconstruirla por su cuenta.

A medida que avanzaban hacia antigiro, otros supervivientes fueron sumándose a la tripulación del «Pionero». Pronto constituyeron un respetable panteón.

En todas las ciudades encontraron torres derrumbadas Las torres habían sido puestas a flote cuando el Mundo Anillo ya estaba poblado, pero varios milenios antes de que se perfeccionase la droga de la juventud. Al disponer de esta droga, las nuevas generaciones fueron haciéndose más precavidas. En general, los que podían permitírselo se mantenían alejados de los edificios flotantes, a menos que se tratase de signatarios elegidos. Estos habían instalado dispositivos de seguridad, o generadores de energía.

Algunos edificios continuaban suspendidos en el aire. Sin embargo, la mayoría se habían derrumbado sobre el centro de las ciudades, todos al unísono, en el momento en que explotó el último receptor de energía.

En cierta ocasión, el panteón ambulante encontró una ciudad parcialmente recivilizada, poblada sólo en las afueras. De nada les valdría allí la comedia de los dioses. Cambiaron una fortuna en cápsulas de la juventud por un autobús autopropulsado en buen estado de funcionamiento.

No volvió a presentárselas otra oportunidad parecida hasta mucho después. Y a esas alturas ya estaban demasiado cansados. Habían perdido toda esperanza y el autobús se había estropeado. La mayor parte del panteón había quedado varado en una ciudad medio en ruinas, rodeados de otros supervivientes del Derrumbamiento de las Ciudades.

Pero Prill tenía un mapa. Su ciudad natal quedaba directamente a estribor de allí. Convenció a un hombre para que la acompañara y comenzaron a andar.

Continuaron viviendo de su divinidad. Finalmente, empezaron a cansarse el uno del otro, y Prill siguió sola su camino. Cuando no le bastaba con su divinidad, cambiaba pequeñas cantidades de droga de la juventud por comida, siempre que no hubiera más remedio. Por lo demás...

- Tenía otro sistema para dominar a la gente. Ha intentado explicármelo, pero no logro entenderlo.

- Creo que yo sí lo entiendo - dijo Luis -. Y nadie podía oponerse a que lo utilizara. Posee su versión particular del tasp.

Estaba bastante desequilibrada cuando por fin llegó a su ciudad natal. Se instaló en el cuartel de policía que había quedado varado en el suelo. Pasó cientos de horas intentando averiguar la forma de accionar la maquinaria. Por fin consiguió ponerlo a flote; en efecto, la torre disponía de su propia reserva de energía y había sido varada como medida de seguridad después del Derrumbamiento de las Ciudades. Varias veces debió de estar a punto de dejar caer la torre y matarse.

- La torre poseía un dispositivo para capturar a los conductores que cometían infracciones de tráfico - dijo Nessus -. Prill lo conectó. Espera poder capturar a un semejante, a otro superviviente del Derrumbamiento de las Ciudades. Opina que si pilota un coche, sin duda estará civilizado.

- Entonces, ¿para qué quiere tenerle atrapado e indefenso en ese mar de metal oxidado?

- Por si acaso, Luis. Sería una señal de que comenzaba a recuperar el juicio.

Luis frunció el entrecejo y miró el bloque de celdas que tenían debajo. Habían descendido el cuerpo del pájaro sobre los restos de un coche metálico y en esos momentos Interlocutor daba cuenta de él.

- Podríamos aligerar el peso del edificio - dijo Luis -. Podríamos reducirlo prácticamente a la mitad.

- ¿Cómo?

- Desprendiéndonos del sótano. Pero primero tendremos que sacar a Interlocutor de ahí. ¿Crees que podrás convencer a Prill?

- Lo intentaré.

22. Caminante

Halrloprillalar le tenía verdadero terror a Interlocutor. Por su parte, a Nessus le inspiraba ciertos recelos la idea de dejarla libre de la influencia del tasp; el titerote aseguraba que le daba una buena sacudida con el tasp cada vez que veía a Interlocutor, de modo que a la larga acabaría aficionándose a su presencia. Mientras tanto, ambos eludían la compañía del kzin.

En consecuencia, Prill y Nessus esperaron en otro lado, mientras Luis e Interlocutor, tendidos boca abajo sobre la plataforma de vigilancia, oteaban la penumbra de la mazmorra.

- Adelante - dijo Luis.

El kzin disparó los dos rayos.

Se oyó retumbar un trueno que fue rebotando en las paredes de la mazmorra. Un punto brillante del color de los relámpagos apareció en lo alto de la pared, justo debajo del techo.

Avanzó lentamente, dejando un débil rastro de resplandor rojizo.

- Corta por partes - sugirió Luis -. Si nos desprendemos de semejante masa de un solo golpe, saldremos disparados.

Interlocutor aceptó la sugerencia y varió el ángulo de corte.

Pese a esta precaución, el edificio dio una sacudida cuando se desprendieron del primer bloque. Luis se agarró al suelo. A través del boquete recién abierto vio la luz del día, y la ciudad, y la gente.

No obtuvo una buena perspectiva hasta que se hubieron desprendido de media docena de bloques parecidos.

Entonces pudo ver un altar de madera y un modelo de metal plateado en forma de rectángulo plano, sobre el que se alzaba un arco parabólico. Lo distinguió un breve instante, luego un bloque de celdas fue a estrellarse a su lado y los fragmentos salieron despedidos en todas direcciones. Un instante más tarde sólo quedó un mantoncito de serrín y unos trozos de latón retorcido. Pero la gente ya había huido mucho antes.

- ¡Gente! - le dijo a Nessus en son de queja -. ¡En el centro de una ciudad vacía, a varios kilómetros de los campos de cultivo! Deben tardar al menos un día en llegar hasta aquí. ¿Para qué vendrán?

- A adorar a la diosa Halrloprillalar. Eran los proveedores de alimentos de Prill.

- Ah. Ofrendas.

- Naturalmente. ¿Por qué te alteras tanto, Luis?

- Podríamos haberlos herido.

- Tal vez le hayamos dado a alguno.

- Me pareció ver a Teela ahí abajo. Sólo un breve instante.

- Tonterías, Luis. ¿Quieres probar nuestro propulsor?

La aerocicleta del titerote estaba incrustada en un montículo gelatinoso de plástico translúcido. Nessus se situó junto al panel de mandos que habían dejado al descubierto. Por la claraboya se divisaba una imponente panorámica de la ciudad: los muelles, las torres de paredes lisas del Centro Cívico, la exuberante selva que seguramente había sido un parque. Todo ello varios centenares de metros más abajo.

Luis se quedó en posición de firmes. Gran ejemplo para su tripulación, el heroico comandante permanece firme en el puente. Los reactores averiados pueden explotar al menor impulso;

pero es preciso intentarlo. ¡Es preciso detener a los acorazados kzinti antes de que consigan llegar a la Tierra!

- Jamás lo conseguiremos - dijo Luis Wu.

- ¿Por qué no, Luis? El campo de fuerzas no debería ser más potente...

- ¡Un castillo volante, por Finagle! Sólo ahora he empezado a comprender lo alucinante del proyecto! ¡Debemos estar locos! Regresar alegremente a casa montados en la mitad superior de un rascacielos... - El edificio empezó a moverse y Luis dio un traspié. Nessus había puesto en marcha el motor.

La ciudad fue deslizándose bajo la ventana, cada vez a mayor velocidad. La aceleración disminuyó. En ningún momento había sido superior a treinta centímetros por segundo al cuadrado. La velocidad máxima parecía ser de unos ciento cincuenta kilómetros por hora y el castillo se mantenía estable como una roca.

- Hemos centrado correctamente la aerocicleta - comentó Nessus -. El suelo no se ha inclinado, como habréis observado, y la estructura no manifiesta ninguna tendencia a girar sobre sí misma.

- Sigue pareciéndome una locura.

- Nada que funcione es una locura. Y ahora, ¿dónde vamos?

Luis guardó silencio.

- ¿Dónde vamos, Luis? Interlocutor y yo no tenemos ningún plan. ¿Qué rumbo tomo, Luis?

- A estribor.

- Muy bien. ¿Directamente a estribor?

- Exactamente. Tenemos que atravesar el Ojo de la tormenta. Luego torceremos unos cuarenta y cinco grados aproximadamente hacia antigiro.

- ¿Deseas dirigirte a la ciudad de la torre llamada Cielo?

- Sí. ¿Sabrías localizarla?

- No debe plantear mayores dificultades, Luis. Tres horas de vuelo nos bastaron para llegar hasta aquí; deberíamos poder regresar en unas treinta horas. ¿Y a partir de allí?

- Depende.

La imagen parecía tan real. Todo era cuestión de práctica e imaginación, pero... tan real. Luis Wu soñaba en color y también despierto.

Parecía tan real. Pero, ¿lo era?

Le asustaba pensar con qué rapidez había perdido toda confianza en la torre volante. Sin embargo, la torre volaba. La fe de Luis Wu era superflua para su buen funcionamiento.

- El herbívoro parece haber aceptado tu guía sin rechistar - comentó Interlocutor.

La aerocicleta zumbaba suavemente para sus adentros a un par de metros de ellos. El paisaje se iba deslizando bajo la claraboya. A lo lejos y bastante desplazado hacia un lado, se divisaba el ojo de la tormenta, con su gran mirada gris y amenazadora.

- El herbívoro ha perdido el juicio - dijo Luis -. Espero que tú conserves un poco más de sensatez.

- Nada de eso. Tú tienes un objetivo y estaré muy satisfecho de secundarte. Pero si hay posibilidad de enfrentamientos, me gustaría estar mejor informado.

- Humm...

- En cualquier caso preferiría estar mejor informado, para poder decidir si hay riesgo de enfrentamientos.

- Muy bien dicho.

Interlocutor esperaba una respuesta.

- El primer paso es conseguir el alambre que une las pantallas cuadradas - le explicó Luis -. Es el cable contra el que chocamos cuando las defensas antimeteoritos derribaron nuestra nave, ¿recuerdas? Luego comenzó a caer sobre la ciudad de la torre flotante, metros y metros de él, en ininterrumpida sucesión. Debe haber miles de kilómetros de ese cable, más que suficiente para mi pequeño proyecto.

- ¿Qué proyecto es ése, Luis?

- En primer lugar, apoderarnos del alambre de las pantallas. Es probable que los nativos nos lo cedan sin resistencia, si Prill se lo pide amablemente y Nessus emplea su tasp.

- ¿Y luego?

- Luego sabremos hasta dónde alcanza mi locura.

La torre iba avanzando hacia estribor como un trasatlántico de los aires. Las naves interestelares no alcanzaban nunca esas dimensiones. Y por lo que respecta a las aeronaves, en el espacio conocido no había ninguna comparable a esa torre. ¡Seis cubiertas de paseo! ¡Vaya lujo!

Sin embargo, faltaban otros lujos. La reserva de alimentos del rascacielos volante consistía principalmente en carne congelada, frutas frescas y la cocinilla de la aerocicleta de Nessus. El

alimento para titerotes era poco nutritivo para los humanos, según decía Nessus. Conque Luis desayunaba y cenaba carne asada con la linterna de rayos laser y alguno de esos frutos rojos y llenos de protuberancias.

Y no había agua.

Ni café.

Lograron convencer a Prill para que les consiguiera un par de botellas de una bebida alcohólica. Celebraron un bautizo algo tardío en la sala de mandos, con Interlocutor cortésmente apartado en un rincón y Prill nerviosamente apostada muy cerca de la puerta. Nadie aceptó el nombre que sugirió Luis, «Improbable», conque acabaron bautizándolo de cuatro maneras distintas, cada uno en su lengua.

La bebida era... bueno, amarga. A Interlocutor se le atraganto, y Nessus no quiso ni probarla. Sin embargo, Prill se tomó una botella, selló las demás y las guardó celosamente.

El bautizo de la torre volante se convirtió en una clase de idiomas. Luis aprendió los primeros rudimentos de la lengua de los Ingenieros del Anillo. Pronto comprobó que Interlocutor aprendía con mucha mayor facilidad que él. No era de extrañar. Tanto Interlocutor como Nessus habían sido adiestrados para dominar las lenguas humanas, así como las estructuras lógicas y las limitaciones de pronunciación y audición de los humanos. Les bastaba aplicar las técnicas ya adquiridas.

Se separaron para comer. Nessus comió un bloque de la cocinilla de su aerocicleta, mientras Luis y Prill consumían carne asada e Interlocutor la tomaba cruda en un lugar algo apartado de donde se encontraban ellos.

Luego prosiguieron con la clase de lengua. Luis en seguida se cansó. Los otros progresaban con tanta rapidez que le hacían sentirse como un cretino.

- Pero Luis, tenemos que aprender su lengua. Avanzamos con bastante lentitud y será preciso conseguir comida. Posiblemente tengamos que establecer contacto con los nativos.

- Ya lo sé. Pero nunca me gustaron las lenguas.

De pronto oscureció. Aun a esa distancia del Ojo de la tormenta, el cielo estaba completamente encapotado y la noche parecía el interior de la boca de un dragón. Luis puso fin a la clase de lengua. Se sentía fatigado e irritable y muy poco seguro de sí mismo. Los demás le dejaron descansar tranquilo.

Sólo faltaban diez horas para llegar al Ojo de la tormenta.

Había caído en un letargo inquieto y poco profundo cuando oyó regresar a Prill. Sintió la sugerente caricia de sus manos y quiso cogerla en sus brazos.

Ella esquivó su abrazo. Hablaba en su propia lengua, pero simplificando mucho la gramática para que Luis pudiera comprenderla.

- ¿Eres el jefe?

Con ojos legañosos, Luis se quedó pensando un momento.

- Sí - dijo, tras constatar que la presente situación sería demasiado difícil de explicar.

- Dile al de las dos cabezas que me entregue su aparato.

- ¿Qué? - Luis se debatía en un mar de palabras extrañas -. ¿Su qué?

- Su aparato para hacerme feliz. Lo quiero para mí. Tienes que quitárselo.

Luis rió; por fin le parecía comprender lo que intentaba decirle la muchacha.

- Si quieres tenerme a mí, tendrás que quitarle el aparato - insistió Prill, enojada.

El titerote tenía algo que ella deseaba. No tenía forma de coaccionarlo, pues no era un hombre. Luis Wu era el único hombre disponible. Estaba decidida a emplear sus poderes ocultos para doblegarlo a su voluntad. Siempre le había salido bien hasta entonces; ¿no era acaso una diosa?

Tal vez se hubiera dejado engañar por el pelo de Luis. Debía de haberle tomado por un miembro de la peluda casta inferior, tal vez medio Ingeniero pues tenía el rostro lampiño, pero nada más. En ese caso, debía de haber nacido después del Derrumbamiento de las Ciudades. Sin droga de la juventud. Debía de estar en plena efervescencia juvenil.

- Tienes toda la razón - dijo Luis en su propia lengua. Prill apretó los puños furiosa, pues su tono sarcástico se traslucía claramente -. En tus manos, un hombre de treinta años se derritiría como la cera. Pero yo soy bastante más viejo. - Y volvió a reír.

- La máquina. ¿Dónde la tiene?

Se inclinó sobre él en la oscuridad, toda sugerentes y adorables sombras. El cráneo despedía un ligero resplandor; el negro cabello le caía en cascada sobre el hombro. Luis sintió un nudo en la garganta.

Por fin encontró la manera de explicarlo:

- Pegada al hueso, bajo la piel. En una cabeza.

Prill hizo un sonido parecido a un gruñido. Debía de haber comprendido que el aparatito estaba quirúrgicamente implantado. Dio media vuelta y se marchó.

Por un instante, Luis pensó en seguirla. La deseaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Pero la muchacha se apropiaría de su voluntad si él se lo permitía.

El silbido del viento comenzó a hacerse más intenso. El sueño de Luis era muy poco profundo... y estaba impregnado de fantasías eróticas.

Abrió los ojos.

Prill estaba arrodillada frente a él y le había montado como un súcubo. Sus dedos se deslizaban ágiles sobre la piel de su torso y su vientre. Empezó a mover rítmicamente las caderas y Luis se acopló al movimiento. Esa muchacha le hacía vibrar como si fuese un instrumento musical.

- Cuando terminemos, estarás a mi merced - anunció ella. Su voz traslucía placer, pero no era el placer de una mujer que está gozando con un hombre. Era la emoción de saberse poderosa.

Sus caricias tenían un regusto denso como jarabe. Había descubierto un secreto antiquísimo: que cada mujer nace con un tasp y que su poder puede ser ilimitado si su poseedora es capaz de utilizarlo correctamente. Estaba dispuesta a emplearlo y luego negarlo, emplearlo y negarlo, hasta que Luis le suplicase que le permitiera ser su esclavo...

De pronto experimentó una transformación. Su rostro no tenía capacidad de expresión; pero Luis oyó el gemido que anunciaba su placer y advirtió un cambio en sus movimientos. Hizo un gesto y sus cuerpos se unieron y el espasmo que los recorrió pareció absolutamente subjetivo.

Prill permaneció a su lado toda la noche. Se despertaron un par de veces e hicieron el amor, luego volvieron a dormirse. si Prill quedó defraudada alguna de estas ocasiones, no lo demostró, o al menos Luis no lo notó. Lo único que sabía con certeza es que ya no le estaba haciendo vibrar como si fuese un instrumento. Ahora tocaban a dúo.

La mañana amaneció gris y tormentosa. El viento ululaba en torno al viejo edificio. La lluvia golpeaba la ventana de la sala de mandos e irrumpía a través de las ventanas rotas de los pisos superiores. El «Improbable» se aproximaba al Ojo de la tormenta.

Luis se vistió y salió de la sala de mandos.

Encontró a Nessus en el pasillo.

- ¡Ven aquí! - gritó.

- Dime, Luis - dijo el titerote algo atemorizado.

- ¿Qué le hiciste a Prill anoche?

- Deberías estarme agradecido, Luis. Se había propuesto controlarte, condicionarse para que fueras su esclavo. Lo oí todo.

- ¡Le aplicaste el tasp!

- Le lancé una descarga de tres segundos a mediana intensidad mientras estabais dedicados a vuestra actividad reproductora. Ahora la que está condicionada es ella.

- ¡Monstruo! ¡Monstruo egoísta!

- No te acerques, Luis.

- ¡Prill es una mujer humana, con derecho al libre albedrío!

- ¿Y qué me dices de tu libre albedrío?

- ¡No corría ningún peligro! ¡No puede controlarme!

- ¿Algún otro problema? Luis, no es la primera vez que veo a una pareja humana entregada a la actividad reproductora. Consideramos que debíamos conocer vuestra especie con la mayor exactitud. No te acerques, Luis.

- ¡No tenías derecho a hacer eso!

La verdad es que Luis no tenía la menor intención de hacerle daño al titerote. Apretó los puños con rabia, pero sin la menor intención de hacer uso de ellos. Comenzó a avanzar furioso.

De pronto se encontró en la gloria.

En medio de la más pura satisfacción que jamás había experimentado, Luis comprendió que Nessus le estaba aplicando el tasp. Sin pararse a pensar en las posibles consecuencias, Luis dio un puntapié apuntando hacia arriba y hacia delante.

Concentró en él todas las fuerzas que pudo robar a su goce. No eran muchas, pero hizo uso de ellas y le dio un puntapié al titerote en la laringe, justo debajo de la mandíbula izquierda.

Las consecuencias fueron terribles. Nessus hizo «¡Glup!», dio un traspié y desconectó el tasp.

Luis Wu se vio agobiado bajo el peso de todos los dolores que son legado de la humanidad. Sin decir palabra, le dio la espalda al titerote y se alejó. Tenía ganas de llorar; pero aún eran mayores sus deseos de impedir que el titerote pudiera verle la cara.

Estuvo dando vueltas sin rumbo fijo, atento sólo a su propia miseria interna. Por mera casualidad, llegó a la escalera.

Desde el primer momento, había sabido perfectamente el efecto que ello tenía en Prill. Cuando estaba ahí suspendido en el aire a treinta metros del fondo de la fosa, no le había molestado en absoluto que Nessus le aplicara el tasp a Prill. Había visto adictos a la electricidad; sabía cuáles eran los efectos.

¡Condicionada! ¡Como un animalito experimental! ¡Y ella lo sabía! La noche pasada había realizado una última valerosa tentativa para sustraerse al imperio del tasp.

Ahora Luis había experimentado aquello contra lo cual se debatía la muchacha.

- Fue un error - dijo Luis Wu -. Me retracto. - Pese a la negra desesperación que le embargaba, no pudo evitar ver el lado cómico de la situación. Hay cosas de las que no es posible retractarse.

Fue pura casualidad que bajara las escaleras en vez de subir. O tal vez su subconsciente había recordado un espasmo apenas percibido a nivel consciente.

Cuando llegó a la plataforma, el viento rugió a su alrededor, salpicándole de lluvia por todos lados. Ello le ayudó a concentrarse en otra cosa que no fuesen sus propias cuitas. Poco a poco fue desprendiéndose del dolor que le causara la pérdida del tasp.

En cierta ocasión, Luis Wu había jurado vivir eternamente.

Ahora, muchos años más tarde, comprendía qué esa decisión llevaba implícitas ciertas obligaciones.

- Tengo que curarla - dijo -. ¿Cómo? La abstinencia no provoca síntomas físicos... pero esto será un triste consuelo si decide arrojarse por una ventana. ¿Y cómo me las arreglaré para curarme yo mismo?

En algún recóndito rincón seguía anhelando el tasp, y ese deseo no cesaría nunca.

La adicción no era mas que un recuerdo subliminal. Bastaría dejarla abandonada en algún lugar con su reserva de droga de la juventud, y el recuerdo se iría desvaneciendo lentamente...

- Pero, la necesitamos, ¡nej!

Sus conocimientos sobre la sala de máquinas del «Improbable» eran muy valiosos. Imposible prescindir de ella.

No tendría más remedio que convencer a Nessus para que dejara de aplicarle el tasp. Y vigilarla durante el primer período. Al principio se sentiría terriblemente deprimida...

De pronto, el cerebro de Luis captó lo que sus ojos ya estaban observando desde hacía rato.

El coche estaba suspendido a unos seis metros de la plataforma de vigilancia. Era una saeta color castaño-rojizo de perfecto diseño con estrechas hendiduras a modo de ventanas y flotaba inerte en medio del viento embravecido, atrapado en un campo electromagnético que nadie se había acordado de desconectar.

Luis volvió a mirar, atentamente, para no tener dudas de que realmente había un rostro detrás del parabrisas. Luego subió corriendo en busca de Prill.

Ignoraba las palabras adecuadas. Conque se limitó a cogerla por el brazo, arrastrándola escaleras abajo para mostrarle lo que había visto. Ella asintió y volvió a subir para manipular los controles de la trampa policíaca.

La saeta castaño-rojiza se situó junto a la plataforma. El primer ocupante salió a gatas, aferrándose con ambas manos, pues hacía un viento infernal.

Era Teela Brown, lo cual no sorprendió a Luis.

Y el segundo ocupante era tan absolutamente típico de su especie que no pudo contener una carcajada. Teela le miró extrañada y un poco ofendida.

Estaban cruzando el Ojo de la tormenta. El viento subía zumbando por la escalera que conducía a la plataforma de observación. Silbaba por los pasillos del primer piso y ululaba a través de las ventanas rotas de los pisos superiores. Todo estaba inundado de lluvia.

Teela y su acompañante y la tripulación del «Improbable» se habían sentado en el suelo del dormitorio de Luis, que también era la sala de mandos. El musculoso acompañante de Teela hablaba muy serio con Prill en un rincón; la muchacha no obstante seguía vigilando con un ojo a Interlocutor-de-Animales, del que aún desconfiaba, mientras oteaba con el otro por la claraboya. Los demás se habían sentado en torno a Teela para escuchar su relato.

El campo magnético de la policía había destruido la mayor parte de la maquinaria de su aerocicleta. El localizador, el intercom, la envoltura sónica y la cocinilla, todo había fallado al mismo tiempo.

Teela había logrado salir con vida gracias a una característica estabilizadora incorporada a la envoltura sónica. En cuanto advirtió el fuerte viento, apretó el retroactivador, antes de que el huracán que soplaba a una velocidad de 2 Mach pudiera arrancarle la cabeza. Tardó escasos segundos en situarse por debajo del límite máximo de velocidad permitido en la ciudad. El campo magnético estaba a punto de destrozarle el motor; pero no actuó. Cuando el viento consiguió penetrar el efecto estabilizador de la envoltura sónica, su velocidad ya era tolerable.

Pero Teela se hallaba en un estado de nervios lamentable. Había rozado la muerte muy de cerca en el Ojo de la tormenta. El segundo ataque se había producido antes de que tuviera tiempo de recuperarse del anterior. Hizo planear la aerocicleta, mientras intentaba hallar un lugar adecuado para aterrizar en medio de la oscuridad.

Descubrió un paseo cubierto flanqueado de tiendas. Estaba iluminado: las puertas ovaladas despedían un brillante resplandor anaranjado. El vehículo aterrizó de un modo algo brusco, pero a ella ya poco le importaba. Por fin estaba en tierra.

Aún no había terminado de desmontar cuando la aerocicleta comenzó a elevarse otra vez. El movimiento la hizo rodar por el suelo. Se puso de cuatro patas y meneó la cabeza intentando despejarse. Cuando levantó la mirada, la aerocicleta ya casi se había perdido de vista.

Teela se echó a llorar.

- Seguramente aparcaste en un lugar prohibido - dijo Luis.

- Lo de menos era el porqué. Me sentía... - No sabía cómo explicarlo, pero lo intentó -. Quería decirle a alguien que me había perdido. Pero no había nadie. Conque me senté en uno de los bancos de piedra y me eché a llorar. Estuve horas llorando. No me atrevía a moverme de allí, pues sabía que vendríais a buscarme. Entonces... apareció él. - Teela señaló a su acompañante

-. Le sorprendió encontrarme allí. Me preguntó no sé qué... No comprendía su lengua. Al menos intentó consolarme. Me alegró tenerle a mi lado.

Luis asintió. Teela confiaba en todo el mundo. Era inevitable que buscase protección o apoyo en el primer desconocido que se presentase. Y ese proceder en nada podía perjudicarla.

Su acompañante era un ser, que se salía de lo corriente.

Era un héroe. Saltaba a la vista. No era preciso verle luchando contra un dragón. Bastaba observar los músculos, la estatura, la negra espada de metal. Las vigorosas facciones, inquietantemente parecidas a las de la escultura de alambre del castillo llamado Cielo. Su actitud cortés mientras hablaba con Prill, aparentemente indiferente al hecho de que ella perteneciera al sexo opuesto. ¿Tal vez porque era la mujer de otro hombre?

Iba perfectamente afeitado. No, no parecía probable. Más bien debía ser medio Ingeniero. Tenía el cabello largo, de un rubio ceniciento y no demasiado limpio, y su nacimiento dejaba al descubierto una noble frente. Llevaba una especie de taparrabos atado a la cintura, la piel de algún animal.

- Me dio de comer - dijo Teela -. Cuidó de mí. Anoche cuatro hombres intentaron atacarnos, ¡y los rechazó sin más arma que su espada! Y ha aprendido muchas palabras de intermundo durante esos dos días.

- ¿En serio?

- Está acostumbrado a hablar otras lenguas.

- Es el peor desaire que podía hacerme.

- ¿Cómo dices?

- No tiene importancia. Sigue.

- Es viejo, Luis. Tomó una enorme dosis de algo parecido al extracto regenerador, hace ya mucho tiempo. Dice que se lo dio un brujo malo. Es tan viejo que sus padres recuerdan el Derrumbamiento de las Ciudades. ¿Y sabes qué ha decidido hacer? - Su sonrisa era casi insultante -. Ha iniciado una especie de búsqueda. Hace mucho tiempo hizo la promesa de caminar hasta la base del Arco. Y eso es lo que está haciendo. Lleva varios siglos caminando.

- ¿La base del Arco?

Teela asintió. Les sonreía con mucha gracia y sin duda le divertía la situación, sin embargo en sus ojos se adivinaba algo más.

Luis había visto amor en la mirada de Teela, pero nunca ternura.

- ¡Y te sientes orgullosa de él por lo que está haciendo! Pobre idiota, ¿no sabes que no hay ningún Arco?

- Ya lo sé, Luis.

- ¿Por qué no se lo dices, pues?

- Te odiaré eternamente si te atreves a decírselo. Ha dedicado casi toda su vida a esta búsqueda. Y, entre tanto, ha hecho mucho bien. Conoce algunos oficios simples y los va difundiendo por el Mundo Anillo mientras avanza en la dirección de giro.

- No creo que sea capaz de transmitir demasiada información. No parece muy inteligente.

- No, no lo es. - Por la manera como lo dijo, se notaba que para ella ése era un detalle sin importancia -. Pero si yo le acompaño podré enseñar muchísimas cosas a mucha gente.

- Ya me lo esperaba - dijo Luis. Pero, aun así le molestó. ¿Habría advertido ella que estaba dolido? En cualquier caso, esquivó su mirada.

- Llevábamos un par de días en el paseo cubierto cuando de pronto caí en la cuenta de que seguiríais a mi aerocicleta, no a mí. El ya me había hablado de Hal... Hal... de la diosa y de la torre flotante que atrapaba los vehículos. Conque allí nos dirigimos. Nos situamos junto al altar, con la esperanza de localizar vuestras aerocicletas. Luego el edificio comenzó a desmoronarse. Entonces, Caminante...

- ¿Caminante?

- Se hace llamar así. Cuando alguien le pregunta por qué, ello le da pie a explicar que se dirige a la base del Arco y contarles las aventuras que ha tenido por el camino... ¿comprendes?

- Sí.

- Comenzó a probar los motores de todos los coches viejos. Dijo que los conductores solían parar el motor cuando el campo magnético de la policía los atrapaba, a fin de evitar que se quemasen.

Los tres se miraron. ¡Tal vez la mitad de esos coches suspendidos estaban aún en perfectas condiciones!

- Encontramos un coche que funcionaba - siguió explicando Teela -. Os estuvimos buscando, pero no logramos encontraros a causa de la oscuridad. Por suerte la policía volvió a atraparnos por exceso de velocidad.

- Sí, fue una suerte. Anoche me pareció oír una explosión, pero no estoy seguro - dijo Luis.

Caminante había dejado de hablar. Cómodamente apoyado contra la pared del dormitorio del jefe, contemplaba a Interlocutor-de-Animales con una leve sonrisa en los labios. Interlocutor le devolvió la mirada. Luis tuvo la impresión de que ambos estaban calibrando el posible desenlace de un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Prill en cambio seguía mirando por la ventana y en su rostro se reflejaba el pavor. Cuando el ulular del viento se trocó en chillido, todo su cuerpo se estremeció.

Tal vez ya había visto formaciones parecidas al Ojo de la tormenta. Pequeñas rupturas producidas por algún asteroide, rápidamente reparadas, siempre en algún otro lugar, y siempre prontamente fotografiadas para los noticiarios o su equivalente en el Mundo Anillo. El Ojo de la tormenta constituía siempre un suceso temible. El aire se escapaba a chorros hacia el espacio interestelar. A su alrededor se formaba un huracán horizontal, con un punto de succión en el fondo, de efectos tan definitivos como el desagüe de una bañera, si uno era atrapado por el torbellino.

Durante unos segundos se intensificaron los aullidos del viento. Teela frunció el entrecejo preocupada.

- Espero que el edificio sea lo bastante resistente - dijo.

Luis la miró sorprendido. «¡Cómo ha cambiado!» El Ojo de la tormenta había amenazado directamente su vida la última vez que lo atravesó...

- Tienes que ayudarme - dijo Teela -. Quiero a Caminante, ¿sabes?

- Ya veo.

- El también me quiere, pero posee un extraño concepto del honor. Intenté explicarle quién eras tú, Luis, cuando quería convencerle para que me condujera al edificio volante. Se incomodó mucho y ya no quiso acostarse más conmigo. Cree que soy tuya, Luis.

- ¿Esclavitud?

- Esclavitud para las mujeres, creo. Le dirás que no soy tuya, ¿lo prometes?

Luis sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

- Podríamos ahorrarnos muchas explicaciones si me limitara a venderte a él. Si así lo deseas.

- Tienes razón. Y es lo que deseo. Quiero acompañarle en su peregrinaje por el Mundo Anillo. Le amo, Luis.

- No lo dudo. Estáis hechos el uno para el otro - dijo Luis Wu -. El destino ha querido que os encontraseis. Se cuentan por billones las parejas que han sentido exactamente lo mismo...

Ella se le quedó mirando con expresión de gran desconfianza.

- ¿No será... un sarcasmo, eh, Luis?

- Hace un mes no hubieras sido capaz de distinguir un sarcasmo de un carámbano. No, lo curioso es que no es ningún sarcasmo. Los billones de otras parejas no tienen importancia, pues no formaban parte de un experimento de procreación planificada ideado por algún nej de titerote.

De pronto se convirtió en el centro de atención. Hasta Caminante se le quedó mirando para averiguar qué había despertado el interés de los demás.

Pero Luis sólo tenía ojos para Teela Brown.

- Nos estrellamos contra el Mundo Anillo - le explicó pausadamente -, porque éste es tu medio ideal. Tenías que descubrir cosas que no podías aprender en la Tierra, ni en ningún otro lugar del espacio conocido, según parece. Tal vez existan otras razones: un extracto regenerador más perfeccionado, por ejemplo, y más espacio vital; pero el motivo principal de que estés aquí es para aprender.

- ¿Aprender qué?

- A sentir dolor, diría yo. Miedo. Nostalgia. Eres otra mujer desde que llegamos aquí. Antes eras una especie de... abstracción. ¿Te habías golpeado alguna vez el dedo gordo del pie?

- Qué palabra más rara. No, creo que no.

- ¿Te habías quemado alguna vez los pies?

Ella le lanzó una mirada centelleante. Había comprendido.

- El «Embustero» se estrelló para que tú pudieras llegar aquí. Recorrimos miles de kilómetros para traerte junto a Caminante. Tu aerocicleta te llevó justo donde él estaba y se dejó atrapar por el campo magnético de la policía en el sitio preciso, porque Caminante es el hombre que te estaba destinado.

Teela sonrió al oír esto, pero Luis no le devolvió la sonrisa.

- Tu suerte exigía que tuvieras tiempo de hacer amistad con él - siguió diciendo -. Conque Interlocutor-de-Animales y yo estuvimos colgando cabeza abajo...

- ¡Luis!

- ...durante unas veinte horas, suspendidos sobre treinta metros de espacio vacío. Y aún no ha llegado lo peor.

El kzin gruñó:

- Todo depende de cómo se mire.

Luis no le prestó la menor atención.

- Teela, te enamoraste de mí para tener un motivo para unirte a la expedición al Mundo Anillo. Has dejado de amarme porque ya no es necesario. Ya estás aquí. Y yo me enamoré de ti por el mismo motivo, porque la suerte de Teela Brown me convirtió en una marioneta... Pero la verdadera marioneta eres tú. Pasarás el resto de tu vida pendiente de los hilos de tu propia suerte. Sólo Finagle sabe si realmente posees un libre albedrío. En cualquier caso, te costará ejercerlo.

Teela se había puesto muy pálida y tenía los hombros muy erguidos y rígidos. Sólo un evidente esfuerzo de voluntad le impedía romper a llorar. Antes carecía de esa capacidad de controlarse.

En cuanto a Caminante, se había puesto de rodillas y les miraba fijamente a los dos, mientras acariciaba el filo de su negra espada de hierro con el pulgar. Difícilmente podía ignorar que Teela estaba sufriendo. Debía de estar convencido de que la joven era propiedad de Luis Wu.

Y Luis se volvió hacia el titerote. No le sorprendió encontrar a Nessus hecho una bola, con la cabeza escondida bajo el vientre, completamente al abrigo del universo.

Luis agarró al titerote por el tobillo de la pierna trasera. No le costó mucho obligarle a tenderse de espaldas. Nessus pesaba prácticamente lo mismo que Luis Wu.

Y su proceder no fue del agrado del titerote. El tobillo temblaba en la mano de Luis.

- Todo ha sido culpa tuya - dijo Luis Wu -, culpa de tu monstruoso egoísmo. Este egoísmo me preocupa casi tanto como los monstruosos errores que has cometido. Cómo se puede ser tan poderoso, y tan osado, y al mismo tiempo tan estúpido, es algo que escapa a mi capacidad de comprensión. ¿Te has dado cuenta al fin de que todo lo que nos ha ocurrido hasta el momento ha sido un efecto secundario de la suerte de Teela?

Nessus se encogió aún más en su ovillo. Caminante lo observaba todo fascinado.

- Cuando lo hayas comprendido podrás volver junto a tus congéneres titerotes y decirles que entrometerse en los hábitos de procreación de los humanos puede ser peligroso. Que un número suficiente de Teelas Browns podrían dar al traste con todas las leyes de la probabilidad. Incluso la física básica no es más que probabilidad a nivel atómico. Podrás explicarles que el universo es un juguete demasiado complicado y que los seres sensatos y precavidos se abstienen de jugar con él. Podrás decirles todo eso y mucho más cuando yo haya regresado a casa - dijo Luis Wu -. Mientras tanto, empieza a salir de ahí, rápido. Necesito el alambre que une las pantallas cuadradas y tú vas a conseguírmelo. Ya casi estamos fuera del Ojo de la tormenta. Sal de ahí, Nessus...

El titerote se desenrolló y se puso de pie.

- Me has ofendido, Luis - comenzó a decir.

- ¿Y aún te atreves a decirlo?

El titerote no replicó. Luego se dirigió a la ventana y se puso a contemplar la tormenta.

23. Jugando a ser dioses

Los nativos que adoraban el Cielo, se encontraron de pronto con dos torres suspendidas en el aire.

Como en la anterior ocasión, la pieza del altar estaba inundada de floridos rostros dorados.

- Hemos vuelto a llegar en día festivo - dijo Luis. E intentó localizar al director del coro con la cabeza afeitada, pero no lo consiguió.

Nessus no dejaba de mirar con ojos codiciosos la torre llamada Cielo situada a su lado. La sala de mandos del «Improbable» había quedado a la misma altura de la sala de cartografía del castillo.

- La otra vez no tuve oportunidad de explorar este lugar. Ahora está fuera de mi alcance - se lamentó el titerote.

- Podríamos abrir un boquete con el desintegrador y bajarte atado a una cuerda o por una escalera - sugirió interlocutor,

- Otra oportunidad perdida.

- No sería más arriesgado que muchas otras cosas que has hecho aquí.

- Siempre que me he arriesgado ha sido con el propósito de aprender algo. Ahora ya poseo toda la información sobre el Mundo Anillo que puede necesitar mi especie. Sólo arriesgaré mi vida para poder regresar a casa con esos conocimientos. Luis, ahí está el alambre que deseas.

Luis asintió sin inmutarse.

La zona de la ciudad situada en la dirección de giro estaba cubierta por una nube de humo negro. Por la manera en que aprisionaba los edificios se adivinaba que tenía que ser denso y también pesado. Entre la masa asomaba un obelisco con ventanas, situado cerca del centro. El resto permanecía oculto bajo su peso.

Tenía que ser el alambre que unía las pantallas cuadradas. ¡Pero había tal cantidad!

- ¿Y cómo transportaremos todo eso?

- No tengo ni idea. Bajemos a echarle un vistazo - fue todo lo que pudo decir Luis.

Posaron su cuartel de policía desmantelado hacia giro de la plaza del altar.

Nessus no paró los motores elevadores. Apenas tocaban el suelo. Lo que había sido la plataforma de observación para vigilar las celdas de la cárcel se convirtió en rampa de aterrizaje del «Improbable». La masa del edificio la habría aplastado si hubieran parado los motores.

- Tendremos que buscar la forma de manipular ese material - dijo Luis -. Un guante tejido con el mismo tipo de fibra podría servir. O también podríamos enrollarlo en torno a un carrete de material base del Anillo.

- No poseemos ni lo uno ni lo otro. Tendremos que hablar con los nativos - dijo Interlocutor -. Tal vez conozcan alguna antigua leyenda o posean viejas herramientas, viejas reliquias sagradas. Además, tienen tres días de práctica en el manejo de este cable.

- Entonces, tendré que acompañaros. - El temor del titerote se manifestó en un repentino temblor -. Interlocutor, aún no dominas suficientemente bien la lengua. Tendremos que dejar a Halrloprillalar a cargo del edificio para que lo eleve si es necesario. A menos que... Luis, ¿podríamos convencer al amante nativo de Teela para que negociara en nombre nuestro?

A Luis le molestó oír hablar de Caminante en esos términos.

- Incluso Teela reconoce que no es un genio - dijo -. No confío en que sea capaz, de llevar a buen término las negociaciones.

- Ni yo. Luis, ¿crees que necesitamos ese alambre?

- No lo sé. Si no estoy alucinado, lo necesitaremos. De lo contrario...

- No tiene importancia, Luis. Iré con vosotros.

- No tienes por qué confiar en mi criterio...

- Os acompañaré. - El titerote se había puesto a temblar otra vez. Lo más curioso de la voz de Nessus era que pudiese resultar a la vez tan clara, tan precisa, y sin embargo tan absolutamente desprovista de emoción -. Sé que necesitamos ese alambre. ¿Por qué coincidencia ha venido a caer justo en nuestro camino? Todas las coincidencias nos llevan a Teela Brown. Si no necesitásemos ese alambre, no estaría aquí.

Luis respiró más tranquilo. No porque el razonamiento le convenciera, pues no le veía el sentido. Pero, aun así, venía a corroborar las vagas conclusiones a que había llegado el propio Luis. Conque se aferró a ese ligero consuelo y no se molestó en decirle al titerote que todo lo que estaba diciendo no eran más que tonterías.

Bajaron la rampa en fila india y emergieron bajo la sombra del «Improbable». Luis llevaba una linterna de rayos laser. Interlocutor-de-Animales blandía el desintegrador. Al andar, todos sus músculos se movían como si fuesen fluidos; se dibujaban claramente bajo el centímetro de nueva piel anaranjada que hacía poco había empezado a crecerle. Nessus iba aparentemente desarmado. Prefería usar el tasp y ocupar el último lugar.

Caminante avanzaba junto a ellos, con la negra espada de hierro desenvainada. Sus grandes y pesados pies encallecidos estaban descalzos y también llevaba el resto del cuerpo al descubierto a excepción del taparrabos de piel amarilla. Sus músculos se dibujaban bajo la piel como los del kzin.

Teela les seguía desarmada.

Los dos seguramente se habrían quedado esperando a bordo del «Improbable» de no ser por el trato que había tenido lugar esa mañana. Todo era culpa de Nessus. Luis le había utilizado como intérprete para ofrecer a Teela Brown en venta al aguerrido Caminante.

Caminante había asentido muy serio y había ofrecido una cápsula de droga de la juventud, equivalente a unos cincuenta años de vida.

- Acepto - había dicho Luis. Era una buena oferta, aunque Luis no tenía la menor intención de ingerir ese producto. Sin duda nunca debían haberse estudiado sus efectos sobre una persona que llevaba ciento setenta años tomando extracto regenerador, como era su caso.

Como le explicaría luego Nessus en intermundo:

- No quería insultarle, Luis, o dar a entender que Teela tenía escaso valor para ti. Le he hecho aumentar la oferta. Ahora él tiene a Teela y tú tienes la cápsula y podrás hacerla analizar cuando regresemos a la Tierra, si conseguimos regresar. Además, Caminante será nuestro guardaespaldas y nos protegerá de cualquier posible enemigo hasta que logremos apoderarnos del cable.

- ¿Va a protegernos a todos con ese cuchillo de cocina?

- Sólo pretendía halagarle, Luis.

Teela había insistido en acompañarle, como es lógico. Era su hombre y podía correr peligro. Luis se preguntó si el titerote también habría calculado ese detalle. Teela era el amuleto particular de Nessus.

El cielo estaba despejado cerca del Ojo de la tormenta. Comenzaron a avanzar bajo la luz gris-blancuzca del mediodía en dirección a la negra nube.

- No lo toquéis - les advirtió Luis, pues acababa de recordar el comentario del sacerdote en su última visita a la ciudad. Una muchacha se había cercenado los dedos al intentar coger el alambre.

De cerca, seguía pareciendo una nube de humo negro. A través de él se distinguía la ciudad en ruinas, las casitas en forma de colmena y unas cuantas torres de vidrio que serían grandes almacenes si estuvieran en un mundo del espacio humano. La nube lo cubría todo, como si dentro hubiera un incendio.

A pocos centímetros de distancia se distinguía el alambre; pero pronto comenzaban a llorar los ojos y el alambre se esfumaba. Era tan delgado que prácticamente resultaba invisible. Se parecía mucho, demasiado, al monofilamento de Sinclair: y el monofilamento de Sinclair era peligroso.

- Prueba con el desintegrador - dijo Luis -. A ver si puedes cortarlo, Interlocutor.

La nube se llenó de destellos.

Sin duda debía de ser una blasfemia. ¿Lucháis con luz? Pero los nativos ya debían de haber decidido destruir a los extranjeros mucho antes de eso. Cuando la nube de cable negro se llenó de lucecitas como un árbol de Navidad, terribles gritos sonaron por todos lados. De los edificios circundantes comenzaron a salir hombres cubiertos con mantas de indefinidos colores, que aullaban y blandían... ¿espadas o porras?

«Pobres ilusos», pensó Luis. Ajustó el rayo láser a alta intensidad y muy aguzado.

Las espadas de luz, las armas de rayos láser, eran de uso corriente en todos los mundos. Luis había recibido su instrucción militar hacía más de un siglo y la guerra para la que se había preparado por fin no había tenido lugar. Pero las normas eran simples y casi imposibles de olvidar.

Cuanto más breve el movimiento, más profunda será la herida.

Sin embargo, Luis comenzó a mover el rayo con rápidas y amplias oscilaciones. Los hombres comenzaron a retroceder, apretándose el abdomen, aunque nada se traslucía en sus rostros cubiertos de dorado pelaje. Cuando el Enemigo es numeroso, se emplean gestos rápidos. Abrir heridas de dos centímetros de profundidad, herir a muchos. ¡Hay que detenerlos!

Luis sintió compasión. Los fanáticos sólo iban armados con espadas y porras. Estaban perdidos...

Sin embargo, uno consiguió golpear a Interlocutor en el brazo que sostenía el desintegrador, la espada golpeó con fuerza suficiente para herirle. Interlocutor dejó caer el arma. Otro hombre se apoderó de ella y la arrojó lejos de sí. Murió en el acto, pues Interlocutor se lanzó sobre él con la mano sana y le arrancó la espina dorsal de un zarpazo. Un tercer hombre cogió el arma al vuelo, dio media vuelta y echó a correr. No intentó hacer uso ella. Se limitó a echar a correr con el arma en los brazos. Luis no pudo darle con el rayo laser; otros estaban intentando matarle a él.

Apuntar siempre al torso.

Luis aún no había matado a nadie. Por fin, aprovechó un breve titubeo del enemigo para matar los dos hombres más próximos a él. No permitir que el enemigo se acerque.

¿Qué tal se las arreglarían los demás?

Interlocutor-de-Animales estaba matando con las manos desnudas, la mano sana, toda garras, le servía para desgarrar, la mano vendada resultaba eficaz como pesada maza. Tenía una especial habilidad para esquivar la punta de una espada mientras tendía el brazo para golpear al hombre que avanzaba detrás. Estaba rodeado, pero los nativos conservaban cierto respeto hacia él. Era una extraña muerte naranja, de casi tres metros de altura, con aguzados dientes.

Caminante se mantenía en guardia con la negra espada de hierro en la mano. Había derribado a tres hombres ante sí, los demás se mantenían a una prudente distancia y su espada chorreaba sangre. Caminante era un peligroso y diestro espadachín. Los nativos entendían de espadas. Teela permanecía detrás suyo, a salvo por el momento, y lo observaba todo con expresión preocupada, como una heroína buena.

Nessus había emprendido la huida hacia el «Improbable», con una cabeza baja y extendida hacia delante y la otra muy erguida. La primera le servía para otear por las esquinas, la segunda para mirar a lo lejos.

Luis seguía indemne, derribando enemigos a medida que se iban presentando. Agitaba la linterna de rayos laser sin dificultad, cual varita mágica de mortífera luz verde.

No apuntar nunca a un espejo. Las armaduras brillantes podían jugar una mala pasada a un artista del laser. Aparentemente, aquí habían olvidado ese ardid.

Un hombre cubierto con una manta verde se lanzó sobre Luis Wu, con un pesado martillo en una mano, gritando y haciendo todo lo posible por adoptar un aire amenazador. Una bola de pelo dorado con ojos... Luis agitó el rayo laser de luz verde y el hombre siguió avanzando...

Aterrado, Luis se puso firme y apuntó el laser sin moverlo. El hombre comenzaba a blandir su arma sobre la cabeza de Luis, cuando por fin se encendió un punto de la manta con una pequeña llamarada verde y cayó redondo con el corazón perforado.

Las ropas del mismo color que el rayo del arma pueden ser tan peligrosas como una armadura brillante. ¡Quiera Finagle que no vengan otros vestidos igual! Luis apuntó la luz verde a la nuca del hombre...

Un nativo le cortó la huida a Nessus. Debía ser muy valiente para atacar a un monstruo tan extraño. Luis no consiguió darle de lleno, pero el hombre murió de todos modos, pues Nessus dio media vuelta, soltó una coz, acabó de dar la vuelta y siguió corriendo. Entonces...

Luis lo presenció todo. El titerote entró en un cruce a toda velocidad, con una cabeza muy levantada y la otra baja. De pronto la cabeza que llevaba erguida se desprendió y salió rodando y dando botes. Nessus se detuvo, dio media vuelta y se quedó inmóvil.

Su cuello acababa en un liso muñón y del muñón comenzó a manar sangre tan roja como la de Luis.

Nessus soltó un gemido, una nota aguda y tétrica.

Los nativos le habían tendido una trampa con el alambre de las pantallas.

Luis tenía doscientos años de edad. No era la primera vez que se veía en el trance de perder a un amigo, Continuó combatiendo, blandiendo su espada de rayos laser casi por instinto. «Pobre Nessus. Pero yo puedo ser el próximo...»

Los nativos habían iniciado la retirada. Sus bajas debían de ser aterradoras desde su propio punto de vista. Teela se había quedado mirando al titerote moribundo, con los ojos muy abiertos, mordiéndose los nudillos. Interlocutor y Caminante habían empezado a retroceder hacia el «Improbable».

Aguardad un momento. ¡Aún le queda otra!

Luis corrió hacia el titerote. Cuando pasó junto a Interlocutor, el kzin le cogió la linterna de rayos laser de las manos. Luis se agachó para esquivar el alambre, siguió avanzando agachado y empujó a Nessus con el hombro para hacerlo caer. Por un momento, le pareció que el titerote, aterrado, estaba a punto de echar a correr.

Luis sujetó al titerote e intentó sacarse el cinturón.

No llevaba cinturón.

¡Pero tenía que tener un cinturón!

¡Y Teela le tendió un pañuelo!

Luis se lo arrancó de las manos, hizo un lazo con él, lo pasó por el cuello cortado del titerote. Nessus miraba horrorizado el muñón y la sangre que manaba a borbotones de la única arteria carótida. Luego levantó el ojo hacia el rostro de Luis; el ojo se cerró y Nessus cayó desmayado.

Luis apretó el nudo. El pañuelo de Teela se cerró en torno a la única arteria, las dos venas principales, la laringe, el esófago, todo en definitiva.

¿Le ha hecho un torniquete en torno al cuello, doctor? Pero la hemorragia había cesado.

Luis se inclinó y se cargó el titerote a la espalda, dio media vuelta y echo a correr hacia la sombra del cuartel de policía, Caminante le abría paso, cubriéndole con su negra espada que no dejaba de remolinear en busca de cualquier posible enemigo. Nativos armados les seguían con la mirada pero no les atacaron.

Teela iba detrás de Luis. Interlocutor-de-Animales cerraba la comitiva, lanzando verdes destellos hacia cualquier lugar donde podría haber algún hombre agazapado. Cuando llegaron junto a la rampa el kzin se detuvo, esperó hasta que Teela hubo llegado sana y salva arriba, luego... Luis logró ver fugazmente cómo desaparecía.

¿Por qué habría hecho eso?

No podían perder tiempo averiguándolo. Luis comenzó a subir las escaleras. Cuando consiguió llegar a la sala de mandos, el cuerpo del titerote ya comenzaba a resultar increíblemente pesado. Depositó a Nessus junto a la aerocicleta, cogió el botiquín de urgencia y frotó el cuello del titerote con el parche para diagnósticos, justo debajo del torniquete. El botiquín del titerote seguía unido a la aerocicleta por un cordón umbilical y Luis no se equivocaba al imaginar que poseía un mecanismo más elaborado que el suyo.

Los mandos de la cocinilla comenzaron a girar por sí solos. Al cabo de pocos segundos, del panel de mandos salió serpenteando una sonda: cuando ésta tocó el cuello del titerote, pareció palpar la piel, localizó un lugar adecuado y se hundió en la carne.

Luis se estremeció. Sin embargo... Alimentación intravenosa. Nessus debía seguir con vida.

El «Improbable» estaba en el aire, aunque Luis no había notado que despegasen. Interlocutor estaba sentado en el último peldaño justo encima de la rampa de aterrizaje, y contemplaba la torre del Cielo que se alzaba a sus pies. Sostenía cuidadosamente algo entre ambas manos.

- ¿Ha muerto el titerote? - preguntó.

- No. Ha perdido muchísima sangre. - Luis se sentó junto al kzin. Le dolían todos los huesos y se sentía terriblemente deprimido -. ¿Puede sufrir un colapso un titerote?

- ¿Cómo quieres que lo sepa? El colapso ya es un mecanismo curioso de por sí. Necesitamos varios siglos de estudios para llegar a averiguar por qué los humanos moríais con tanta facilidad durante las torturas. - Era evidente que el kzin pensaba en otra cosa. Sin embargo preguntó -: ¿Otra consecuencia de la suerte de Teela Brown?

- Yo diría que sí - respondió Luis.

- ¿Por qué? ¿De qué puede servirle a Teela que el titerote esté herido?

- Tendrías que verlo desde mi punto de vista - dijo Luis -. Cuando la conocí, tenía una visión muy subjetiva de las cosas. Era como, en fin... - De pronto consiguió plasmar la idea en una imagen y dijo -: Había un cuento de una muchacha. El héroe era un hombre de mediana edad Y muy cínico y deseaba conocer a esa muchacha a causa del mito que se había formado en torno a ella. Y cuando la encontró, aún seguía dudando de la veracidad del mito. Hasta que ella le dio la espalda. Entonces comprobó que detrás no tenía nada: era la máscara de una muchacha, una máscara flexible que representaba toda la cara anterior de una mujer en vez de sólo el rostro. Era imposible hacerla sufrir, Interlocutor. Y eso era justo lo que quería ese hombre. Las demás mujeres de su vida siempre sufrían y él no podía dejar de pensar que era culpa suya, hasta que llegó un momento en que se sintió incapaz de soportarlo.

- No entiendo nada, Luis.

- Cuando llegamos aquí, Teela era como la máscara de una muchacha. Jamás había sufrido. Su personalidad no era humana.

- ¿Y eso qué tiene de malo?

- Nada, excepto que su destino era ser humana, hasta que Nessus la convirtió en otra cosa. ¡nej con el titerote! ¿Te das cuenta de lo que hizo? Intentó crear a dios a su propia imagen, su imagen idealizada, y lo que obtuvo fue Teela Brown. Ella es exactamente lo que quisiera ser cualquier titerote. No puede sufrir ningún daño. Ni siquiera puede estar incómoda, a menos que sea por su propio bien. Y por eso tuvo que venir aquí. El Mundo Anillo es un buen lugar para ella, pues aquí puede pasar por toda la gama de experiencias necesarias para llegar a ser plenamente humana. Dudo de que las Loterías de Derechos de Procreación produjesen a muchas personas como ella. Hubieran debido tener la misma suerte. Hubieran debido embarcarse en el «Embustero», pero Teela fue más afortunada que ninguna. Aun así..., ¡deben de quedar cientos como ella repartidas por toda la Tierra! El futuro será un poco extraño cuando comiencen a descubrir su increíble poder. Los demás tendremos que aprender a esfumarnos en cuanto aparezcan.

- ¿Y la cabeza del herbívoro? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

- Es incapaz de sentir simpatía por el sufrimiento de los demás - explicó Luis -. Tal vez necesitaba ver sufrir a un buen amigo. A la suerte de Teela le es indiferente lo que ello pueda suponer para Nessus. ¿Sabes quién me ayudó a hacer el torniquete? Teela advirtió lo que necesitaba y me tendió un pañuelo que podía servirme. Probablemente ha sido la primera vez en su vida que supo cómo reaccionar ante una emergencia.

- Tampoco tiene por qué hacerlo. Su suerte ya la protege en caso de emergencia.

- Hasta ahora ignoraba que era capaz de reaccionar ante una emergencia. Nunca había tenido verdaderos motivos para confiar en sí misma. Hasta ahora nada justificaba su aplomo.

- Debo confesar que no lo entiendo.

- Descubrir las propias limitaciones forma parte del proceso de maduración. Teela era incapaz de madurar, no podía convertirse en una verdadera persona adulta sin haber tenido que hacer frente a algún tipo de emergencia física.

- Debe de ser una característica muy humana - dijo Interlocutor. Luis interpretó el comentario como una confesión de absoluta incomprensión. No intentó seguir explicándoselo. El kzin añadió: - Me había estado preguntando si no habría sido un error aparcar el «Improbable» más alto que la torre que los nativos llaman Cielo. Tal vez lo consideraron una blasfemia. Pero todas estas reflexiones resultan fútiles, si partimos de la base de que todo depende de la suerte de Teela Brown.

Luis aún no había conseguido ver qué era eso que el kzin sostenía con tanto cuidado.

- ¿Volviste a recoger la cabeza? De ser así, has perdido el tiempo. Será imposible congelarla a una temperatura lo suficientemente baja y con la rapidez necesaria.

- No, no es eso, Luis. - Interlocutor le mostró un objeto del tamaño de un puño en forma de peonza -. No lo toques. Podrías quedarte sin dedos.

- ¿Sin dedos?

El extremo aguzado de la peonza acababa en un punzón, cuya punta se iba afilando hasta convertirse en el alambre negro que unía las pantallas cuadradas.

- Comprendí que los nativos habían conseguido manipular el cable - explicó Interlocutor -. Tenían que haberlo tocado para tender la trampa que hirió a Nessus. Regresé para averiguarlo. Resulta que encontraron un extremo del cable. Supongo que en el otro extremo no habrá más que cable desnudo; seguramente el cable se partió por la mitad cuando chocamos contra él con el «Embustero» y esta punta se zafó de la correspondiente ranura en una de las pantallas. Ha sido una suerte poder conseguir al menos un extremo.

- Y que lo digas. Podremos arrastrarlo detrás. No creo que se enrede en algo que luego no pueda cortar.

- ¿A dónde vamos ahora, Luis?

- Hacia estribor. Regresaremos al «Embustero».

- Evidentemente. Tenemos que proporcionar a Nessus los cuidados médicos necesarios. ¿Y luego?

- Ya veremos.

Utilizaron plástico electrocoagulante para unir a una pared el cabo en forma de peonza. Pero no hubo forma de aplicarle la corriente. El desintegrador podría haberles sido útil, pero lo habían perdido. Cuando la situación ya era desesperada, Luis descubrió que la batería de su encendedor podía proporcionarles la corriente suficiente para coagular el plástico.

Dejaron el extremo aguzado de la peonza al descubierto y apuntando en dirección a babor.

- Si no me equivoco, la sala de mandos miraba hacia estribor - dijo Interlocutor -. De lo contrario, tendremos que repetir toda la operación. El cable tiene que colgar detrás nuestro.

- Espero que salga bien - dijo Luis. No tenía demasiada confianza... pero lo cierto era que no podían cargar el alambre en el edificio. Tenían que llevarlo colgado detrás.

Encontraron a Teela y Caminante en la sala de máquinas en compañía de Prill, que estaba operando los elevadores.

- Tendremos que separarnos - dijo bruscamente Teela -. Esta mujer dice que puede dejarnos junto al castillo flotante. Intentaremos entrar en el salón de banquetes a través de alguna ventana rota.

- ¿Y luego qué? Quedaréis incomunicados, a menos que consigáis controlar los elevadores del castillo.

- Caminante dice que sabe un poco de magia. Estoy segura de que encontrará alguna solución.

Luis no intentó disuadirla. Desviar a Teela Brown del camino que se había trazado, le inspiraba tanto recelo como enfrentarse a un bandersnatch enfurecido, sin otra arma que sus puños desnudos.

- Si no conseguís hacer funcionar los elevadores, pulsad los mandos al azar.

- Lo tendré en cuenta - le aseguró ella con una sonrisa. Luego añadió, más seria -: Cuidad de Nessus.

Cuando Caminante y Teela desembarcaron del «Improbable» veinte minutos más tarde, ésa fue toda su despedida. Luis había pensado decirle algunas cosas, pero al final las calló. ¿Qué podía decirle sobre sus propios poderes? Tendría que irlos descubriendo por sí sola, a fuerza de errores, mientras su buena fortuna protegía su vida.

En las próximas horas, el cuerpo del titerote se fue enfriando y por fin se quedó como muerto. Las luces del botiquín continuaban centelleando, aunque de un modo incomprensible. Seguramente el titerote debía de estar en cierto estado de vida latente.

El «Improbable» avanzaba hacia estribor, arrastrando tras sí el alambre de las pantallas, ora tenso, ora fláccido. Antiguos edificios fueron derrumbándose sobre la ciudad, varias veces cercenados por el cable que se había quedado enrollado a su alrededor. Pero el cabo permaneció fijo bajo la envoltura de plástico electrocoagulado.

A lo largo de los días que siguieron, la ciudad del castillo flotante fue haciéndose cada vez más diminuta, luego se fue difuminando y por fin se hizo invisible.

Prill permanecía sentada junto a Nessus, incapaz de ayudarle, incapaz de dejarle. Era evidente que sufría.

- Tenemos que ayudarla - dijo Luis -. Se ha vuelto adicta al tasp y ahora se lo han suprimido. Si no se suicida, puede matar a Nessus, ¡o a mí!

- Luis, no esperarás que yo te aconseje.

- No. No, supongo que no.

La mejor forma de ayudar a un ser humano doliente es ser un buen confidente. Luis intentó serlo; pero le faltaban palabras para ello, y Prill parecía poco dispuesta a hablar. Cuando quedaba solo se mordía los puños; pero no dejaba translucir su desánimo en presencia de Prill.

Siempre la tenía ante sí. Tal vez su mala conciencia se hubiera apaciguado de mantenerse alejado de ella, pero la muchacha se negaba a abandonar la sala de mandos.

Poco a poco, fue aprendiendo su lengua y lentamente Prill comenzó a hablar. Luis intentó hablarle de Teela, y de Nessus, y de cómo había querido erigirse en dios...

- Yo también creí ser una diosa - dijo ella -. De verdad. Aunque no sé por qué. Yo no construí el Anillo. El Anillo es mucho más viejo que yo.

Prill también estaba aprendiendo cosas. Hablaba en una forma simplificada de su lengua obsoleta: sólo dos tiempos verbales, prácticamente ningún mortificante, una pronunciación exagerada.

- Era lo que te habían dicho - dijo Luis.

- Pero yo sabía.

- Todos queremos ser dioses. «Queremos el poder sin las responsabilidades»; pero Luis ignoraba esas palabras.

- Entonces se presentó él. Dos Cabezas. ¿Tenía la máquina?

- Tenía la máquina tasp.

- Tasp - repitió ella muy lentamente -. Tuve que adivinarlo. Con el tasp era dios. Cuando perdió el tasp, dejó de ser dios. ¿Ha muerto Dos Cabezas?

No era fácil determinarlo.

- En su opinión, morir sería una estupidez - dijo Luis.

- Lo estúpido es dejarse cortar la cabeza - dijo Prill. Un chiste. Había intentado hacer un chiste.

Prill comenzó a interesarse por otras cosas: las relaciones sexuales y las clases de lengua y el paisaje del Mundo Anillo. Sobrevolaron algunos girasoles. Prill los desconocía. Procurando esquivar los frenéticos ataques de las plantas que intentaban quemarlos con sus rayos, consiguieron desenterrar un brote de medio metro de longitud y lo replantaron en el techo del edificio. Luego torcieron por completo hacia giro para evitar mayores concentraciones de girasoles.

Cuando se quedaron sin comida, Prill perdió todo interés por el titerote. Luis la dio de alta.

Interlocutor y Prill intentaron hacerse pasar por dioses en el próximo poblado nativo. Luis les esperó arriba muy preocupado, preguntándose si Interlocutor conseguiría dar el pego, dudando si no sería mejor que se afeitara la cabeza. De todos modos, haría un triste papel como acólito. Además, dominaba muy poco la lengua.

Por fin los dos regresaron con las ofrendas. Comida.

A medida que los días se iban convirtiendo en semanas volvieron a repetir varias veces la comedia. Lo hacían muy bien.

La piel de Interlocutor empezaba a crecer y volvía a ser la pantera de piel anaranjada de los buenos tiempos, «una especie de dios de la guerra». Siguiendo los consejos de Luis, mantenía sus orejas plegadas y aplastadas contra la cabeza.

Su papel de Dios tuvo un extraño efecto en Interlocutor. Una noche se lo confesó a Luis.

- No me importa hacer de dios - le dijo -. Pero me molesta hacerlo mal.

- ¿Qué quieres decir?

- Nos hacen preguntas, Luis. Las mujeres interrogan a Prill Y ella les contesta; y en general soy incapaz de comprender tanto el problema como la solución. Los hombres también deberían preguntarle a Prill, pues es humana y yo no. Sin embargo, se dirigen a mí. ¡A mí! ¿Por qué tienen que acudir a mí, un ser de otra especie, para que les ayude a resolver sus problemas personales?

- Eres un macho. Un dios es una especie de símbolo - dijo Luis -, aunque sea de carne y hueso. Tú eres un símbolo masculino.

- Pero eso es absurdo. Ni siquiera poseo genitales externos, como supongo debes de tener tú.

- Eres alto y fornido y tienes un aspecto amenazador. Ello convierte en un símbolo viril. No creo que pudieras deshacerte de esas características sin perder todas tus propiedades divinas.

- Lo que necesitamos es un sistema de micrófonos, para que tú puedas ayudarme a contestar las preguntas extrañas o embarazosas.

Prill les reservaba una sorpresa. El «Improbable» había sido un cuartel de policía. En uno de los armarios, Prill encontró un sistema de intercomunicación múltiple provisto de baterías que se cargaban conectándolas a la reserva de energía del edificio.

Consiguieron reparar dos de los seis equipos.

- Eres más lista de lo que creía - le dijo Luis a Prill esa noche. Permaneció indeciso un momento; sus conocimientos lingüísticos eran insuficientes para poder expresarse con tacto. - Nunca imaginé que una ramera espacial supiera tantas cosas.

Prill rió:

- ¡Tontuelo! Tú mismo me has dicho que vuestras naves se mueven muy de prisa en comparación con las nuestras.

- Así es - dijo Luis -. Su velocidad es superior a la de la luz.

- Cada vez adornas más la cosa - rió ella -. Nuestra teoría dice que eso es imposible.

- Tal vez usemos teorías distintas.

Pareció un poco desconcertada. Luis habría aprendido a interpretar sus reacciones musculares involuntarias en vez de prestar atención a sus facciones prácticamente inexistentes.

- El aburrimiento puede ser peligroso cuando una nave tarda años en cubrir el trayecto entre dos mundos - siguió explicando ella -. Es preciso contar con distracciones. Las rameras de las naves deben poseer conocimientos de medicina del cuerpo y del alma, ser capaces de amar a hombres muy distintos y estar dotadas de especial habilidad para la conversación. También debemos tener ciertas nociones sobre el funcionamiento de la nave, para no provocar accidentes. Tenemos que estar sanas. Y una norma del gremio exige que sepamos tocar un instrumento.

Luis tragó saliva. Prill soltó un musical gorgojeo y comenzó a acariciarle aquí y allí...

El sistema de intercomunicación funcionaba perfectamente, a pesar de que los auriculares estaban diseñados para los oídos humanos, no kzinti. Luis llegó a ser experto en el arte de pensar sobre la marcha, en su papel de apuntador del dios de la guerra. Cuando cometía algún error, siempre le quedaba el consuelo de pensar que el «Improbable» seguía siendo más veloz que el sistema más rápido de difusión de noticias del Mundo Anillo. Cada contacto era el primer contacto.

Pasaron los meses. Poco a poco el terreno se hizo más desértico. El Puño-de-Dios ya era visible a la luz del sol y se hacía más alto de día en día. La mente de Luis ya se había habituado a la rutina de esos meses. Tardó un tiempo en reaccionar ante estos hechos.

Era pleno día cuando Luis decidió hablar con Prill:

- ¿Has oído hablar de corrientes inducidas? - le dijo. Y le explicó lo que eran.

Y luego:

- Es posible aplicar una corriente de muy baja intensidad al cerebro y producir directamente placer o dolor.

También le explicó el significado exacto de estas palabras. Y por último:

- Pues así actúa el tasp.

- Ya sabía que tenía una máquina. ¿De qué me sirve conocer ahora su funcionamiento? - dijo Prill.

- Estamos abandonando la zona civilizada. No creo que encontremos muchos más poblados, ni lugares donde abastecernos de alimentos, hasta que lleguemos a nuestra nave espacial. Quería que supieras lo que es el tasp antes de tomar una decisión.

- ¿Qué decisión?

- ¿Quieres que te dejemos en el próximo poblado? ¿O prefieres venir con nosotros hasta el «Embustero» y seguir luego en el «Improbable»? Podremos darte comida cuando lleguemos a nuestra nave.

- Tenéis sitio para mí en el «Embustero» - dijo ella con gran aplomo.

- Desde luego, pero...

- Estoy harta de salvajes. Deseo ir a un lugar civilizado.

- Tal vez te cueste adaptarte a nuestras costumbres. Para empezar, todos tienen mucho pelo, como yo. - A Luis le había crecido una larga y espesa cabellera. Se había cortado la coleta -. Tendrás que usar peluca.

Prill hizo una mueca:

- Ya me acostumbraré.

Luego soltó una carcajada:

- ¿Te crees capaz de hacer todo el viaje de regreso sin mí? Ese grandullón anaranjado no puede sustituir a una mujer.

- Es un argumento que nunca falla.

- Puedo ser útil en tu mundo, Luis. Sois muy ignorantes en materia sexual.

Una afirmación que Luis prefirió pasar por alto.

24. El Puño-de-Dios

La tierra fue tornándose árida y el aire empezó a enrarecerse. El Puño-de-Dios parecía huir de ellos. Se les había terminado la fruta y la reserva de carne comenzaba a menguar. Habían entrado en la pendiente desértica que culminaba en el propio Puño-de-Dios, un desierto que en su momento Luis había estimado más extenso que toda la Tierra.

El viento silbaba en torno al «Improbable». Ya se habían situado casi directamente en dirección a giro de la gran montaña. El Arco se dibujaba azul y nítido, las estrellas constituían puntos de un brillo intenso y bien definido.

Interlocutor estaba escrutando el cielo a través de la claraboya de la sala de mandos.

- Luis, ¿serías capaz de localizar el núcleo de la galería desde aquí?

- ¿Para qué? Ya sabemos dónde estamos.

- Inténtalo de todos modos.

En los meses que habían pasado bajo ese cielo, Luis había intentado identificar algunas estrellas, había imaginado la distorsión que debían presentar algunas constelaciones desde esa perspectiva.

- Ahí, diría yo. Detrás del Arco.

- Exactamente. El núcleo de la galaxia está situado en el mismo plano que el Mundo Anillo.

- Evidentemente.

- Recordarás que el material base del Mundo Anillo intercepta los neutrinos. Es muy posible que también intercepte otras partículas subatómicas, Luis.

Era evidente que el kzin tenía algo en mente.

Claro. ¡Cómo no se me había ocurrido! ¡El Mundo Anillo es totalmente inmune a la explosión del Núcleo! ¿Cuándo lo descubriste?

- Ahora mismo. Ya hace un tiempo que había conseguido localizar el Núcleo.

- Algunas partículas se dispersarán. La radiación será intensa en las proximidades de los muros exteriores.

- Pero la suerte de Teela Brown la mantendrá alejada de los muros exteriores cuando llegue el frente expansivo.

- Veinte mil años... - Luis estaba anonadado -. ¡Bendito sea Finagle! ¿Cómo es posible que alguien pueda razonar en esos términos?

- La enfermedad y la muerte siempre constituyen una mala suerte, Luis. Partiendo de nuestros supuestos, Teela Brown vivirá eternamente.

- Pero ella no piensa en esos términos. Es su suerte, que nos tiene atrapados a todos como un maestro titiritero...

Nessus ya llevaba dos meses convertido en un cadáver conservado a temperatura ambiente. Su cuerpo no se había descompuesto. Las luces de su botiquín de primeros auxilios continuaban encendidas e incluso cambiaban de vez en cuando. Era la única señal de que tal vez siguiera con vida.

Luis estaba observando al titerote Y, de pronto, estableció una conexión entre las dos ideas.

- Titerote - murmuró en voz baja.

- ¿Luis?

- Estaba pensando si los titerotes no habrían recibido su nombre por su tendencia a erigirse en dioses de las especies que les rodean. Han tratado a los humanos Y los kzinti como si fuesen títeres, es harto evidente.

- Pero la suerte de Teela convirtió a Nessus en un títere.

- Todos hemos estado jugando a ser dioses, cada uno a nuestra manera. - Luis señaló a Prill; la muchacha estaba escuchando y seguramente debía entender una palabra de cada tres -. Prill tú y yo. ¿Qué te pareció la experiencia, Interlocutor? ¿Crees haber sido un buen o un mal dios?

- No sabría decírtelo. No se trataba de seres de mi propia especie, pese a que he estudiado detenidamente a los humanos. Al menos, he conseguido detener una guerra. Bastó explicarle a cada bando que tenía todas las de perder. Hará de eso unas tres semanas.

- Sí. Fue idea mía.

- Evidentemente.

- Ahora tendrás que volver a erigirte en dios. Ante los kzinti - declaró Luis.

- No te entiendo.

- Nessus y los demás titerotes han estado manipulando la reproducción de los humanos y los kzinti. Crearon deliberadamente una situación en la cual la selección natural debía favorecer la aparición de un kzin pacífico, ¿no es así?

- Así es.

- ¿Qué ocurriría si el Patriarca se enterara?

- Sería la guerra - respondió el kzin -. Una flota bien aprovisionada atacaría los mundos de los titerotes tras una travesía de dos años. Es posible que la humanidad se uniera a la expedición. Los titerotes os han ofendido tan gravemente como a nosotros.

- No cabe duda. ¿Y luego?

- Luego los herbívoros exterminarían a mi especie hasta el último cachorro. Luis, no pienso decir ni media palabra a nadie sobre los señuelos para atraer a los vástagos de las estrellas y los planes de reproducción selectiva de los titerotes. ¿Te avendrías a guardar igualmente silencio?

- Puedes contar conmigo.

- ¿A esto te referías cuando hablabas de erigirme en dios ante mi especie?

- A esto y a algo más - dijo Luis -. El «Tiro Largo», ¿continúas decidido a apoderarte de él?

- Aún no lo sé - respondió el kzin.

- No lo conseguirías - dijo Luis -. Pero supongamos que sea posible. ¿Qué ocurriría entonces?

- Entonces el Patriarca poseería un hiperreactor de quantum Il.

- ¿Y luego?

Prill parecía comprender que se estaba debatiendo algo crucial. Les miraba atentamente y parecía dispuesta a interrumpir una pelea en cuanto ésta se produjera.

- Pronto dispondríamos de naves de guerra capaces de recorrer un año luz en un minuto y cuarto. Dominaríamos el espacio, esclavizaríamos a todas las especies a nuestro alcance.

- ¿Y luego?

- Luego no hay más. Ésa es nuestra última ambición, Luis.

- No. Continuaríais la conquista. Con un motor de esas características, os iríais expandiendo en todas direcciones, os dispersaríais, os apoderaríais de cuantos mundos hallaseis. Conquistaríais más de lo que seríais capaces de administrar... y en el ámbito de ese espacio tan enorme sin duda os toparíais con algo realmente peligroso. La flota de los titerotes. Otro Mundo Anillo, pero en su momento de máximo apogeo. Bandersnatch provistos de manos, grogs con pies, kdatlynos armados...

- Meras fantasías.

- Has visto el Mundo Anillo. Has visto los mundos de los titerotes. En un espacio como el que podríais cubrir con el hiperreactor de los titerotes, debe haber necesariamente otros mundos parecidos.

El kzin se quedó callado.

- Piénsalo con calma - continuó Luis -. Reflexiona. De todos modos, tampoco conseguirías apoderarte del «Tiro Largo». Todos moriríamos si lo intentaras.

Al día siguiente, el «Improbable» cruzó una larga fosa completamente recta abierta por un meteorito en su caída. Torcieron rumbo a antigiro y enfilaron directamente hacia el Puño-de-Dios.

La montaña del Puño-de-Dios había ido creciendo sin que pareciera estar más próxima. Mayor que cualquier asteroide, de forma aproximadamente cónica, recordaba un pico nevado ampliado a unas dimensiones de pesadilla. Y la pesadilla continuaba, pues el Puño-de-Dios seguía aumentando de tamaño.

- No lo entiendo - dijo Prill. Se la veía desconcertada y un poco preocupada -. No conocía esta formación. ¿Por qué debieron construirla? En los bordes del Anillo ya hay montañas de estas dimensiones, igualmente decorativas y además muy útiles, pues sirven para impedir que se escape el aire.

- Exactamente lo que había pensado yo - dijo Luis Wu. Y no quiso añadir nada más.

Encontraron el «Embustero» tal como lo habían dejado: boca arriba sobre una superficie libre de rozamiento. Mentalmente, Luis decidió aplazar los festejos. Aún no podían considerarse a salvo.

Finalmente, Prill tuvo que mantener el «Improbable» en una curiosa posición a fin de que Luis pudiera pasar directamente a la nave desde la rampa de aterrizaje. Localizó los controles necesarios para abrir los dos portillos de la compuerta al mismo tiempo. Sin embargo, no pudieron evitar que el aire zumbara a su alrededor durante el tiempo que tardaron en trasladar el cuerpo de Nessus. No podían reducir la presión de la cabina sin ayuda de Nessus, y éste estaba muerto, a todos los efectos.

Sin embargo, le trasladaron al médico automático. Era un ataúd en forma de titerote, especialmente adaptado al cuerpo de Nessus, y bastante grueso. Los cirujanos y mecánicos titerotes debían de haberlo programado para que fuera capaz de hacer frente a cualquier eventualidad. Pero ¿habrían pensado en la decapitación?

Lo habían previsto. El médico automático iba provisto de dos cabezas de recambio, y otras dos con sus correspondientes cuellos, y suficientes órganos y partes del cuerpo para construir varios titerotes completos. Probablemente, habían sido producidos a partir del propio organismo de Nessus; los rostros de las cabezas tenían un aire familiar.

Prill subió a bordo y cayó de cabeza. Pocas veces había visto Luis tal reacción de sorpresa. No le había explicado que la nave iba provista de gravedad inducida. Cuando se levantó, tenía el rostro tan inexpresivo como de costumbre, pero su actitud... Había quedado muda de asombro.

En medio del silencio fantasmagórico que acompaña todo retorno al hogar, se oyó de pronto el grito de guerra de Luis Wu.

- ¡Café! - aulló. Y - ¡Agua caliente! - Irrumpió en el camarote que había compartido con Teela Brown. Segundos más tarde, asomaba la cabeza para gritar - ¡Prill!

Prill acudió a su llamada.

A Prill el café le pareció detestable. En su opinión, Luis debía de estar loco para tomarse ese amargo brebaje, y así se lo dijo.

En cambio, en cuanto Luis le explicó cómo funcionaban los mandos, apreció la ducha como un lujo largo tiempo perdido y terriblemente añorado.

Las placas sómnicas la entusiasmaron.

Interlocutor estaba celebrando el retorno a su manera. Luis no conocía todos los detalles de su camarote. Sin embargo, tenía la certeza de que el kzin se estaría dando un hartazgo.

- ¡Carne! - le oyeron exclamar gozoso -. Ha sido un sacrificio tener que comer carne muerta de varios días.

- Eso que estás comiendo ahora ha sido reconstituido.

- Sí, ¡pero sabe a carne fresca!

Esa noche, Prill se acostó en un diván de la sala de estar. El campo sómnico le gustaba, pero no para dormir. Sin embargo, Luis Wu pudo dormir sin gravedad por primera vez en los últimos tres meses.

Durmió diez horas, y cuando se despertó se sentía como un tigre. A sus pies resplandecía la mitad del disco solar.

Se trasladó otra vez al «Improbable» y empleó su linterna de rayos laser para desenganchar el cabo del alambre de las pantallas. Cuando hubo terminado la operación, aún quedaban adheridos a éste algunos restos de plástico electrocoagulado.

No intentó llevarlo hasta el «Embustero». El alambre negro era demasiado peligroso y el suelo del Anillo resbaladizo en exceso. Luis avanzó a cuatro patas sobre la superficie sin rozamiento, arrastrando el cabo detrás suyo.

Vio a Interlocutor que le observaba desde la compuerta.

Luis subió hasta la compuerta por la escalera de Prill, apartó al kzin sin darle explicaciones y continuó hacia popa. Interlocutor seguía observándole.

El conducto situado más hacia popa en lo que quedaba del «Embustero» era del tamaño de un muslo humano. A través de él pasaban los cables que conectaban la maquinaria situada en el ala de la nave, cuando ésta aún tenía un ala. Ahora la abertura estaba sellada con una placa de metal. Luis levantó la placa, introdujo el cabo del alambre a través de ella y lo dejó colgando fuera.

Luego avanzó hacia proa. De vez en cuando comprobaba la posición del alambre cortando una rodaja de una salchicha jinciana obtenida de la cocina de la nave. Luego señalaba el lugar exacto con pintura amarilla fosforescente. Terminada la operación, una línea de puntos amarillos atravesaba el «Embustero» señalando la trayectoria del alambre prácticamente invisible.

Al tensarse, el alambre cercenaría sin duda algunas de las paredes divisorias de la nave. Gracias a la pintura amarilla, Luis pudo estudiar la dirección de estos cortes y asegurarse de que el alambre no dañara ninguna parte del sistema de supervivencia. Pero la pintura también serviría de advertencia y les ayudaría a mantenerse apartados del alambre.

Luis cruzó la compuerta, esperó a que Interlocutor saliera tras él. Luego cerró el portillo exterior.

Por fin, Interlocutor preguntó:

- ¿Es ésta la razón de que viniéramos hasta aquí?

- En seguida te lo explicaré - respondió Luis.

Se dirigió a la popa del fuselaje de Productos Generales, cogió el cabo con ambas manos y le dio un ligero tirón. El alambre no se movió. Se volvió de espaldas a la nave. Tiró con todas sus fuerzas. El alambre no se movió en absoluto. La puerta de la compuerta lo mantenía en su sitio.

- Imposible someterlo a una prueba con mayor tracción. No estaba seguro de que la puerta de la compuerta quedase lo suficientemente ajustada. Tampoco sabía si el fuselaje de Productos Generales resistiría el roce del cable. Aún no puedo asegurarlo con toda certeza. Pero, sí, por esto hemos venido.

- ¿Qué haremos ahora?

- En primer lugar, tenemos que abrir el portillo de la compuerta. - Así lo hizo -. Ahora dejaremos que el alambre se deslice a través del «Embustero» y transportaremos otra vez el cabo hasta el «Improbable» y volveremos a unirlo a la pared.

Así lo hicieron.

El alambre que había servido para unir las pantallas cuadradas se perdía en la distancia en dirección a estribor. Lo habían arrastrado miles de kilómetros detrás del «Improbable»,

porque no había forma posible de subirlo a bordo del edificio volante. Tal vez llegaba hasta la maraña de cables enredados en torno a los edificios de la Ciudad Bajo el Cielo; una maraña de alambre que parecía una nube de humo y podía contener millones de kilómetros de ese material.

Ahora el alambre entraba por la doble compuerta del «Embustero», cruzaba el fuselaje de la nave, salía por el conducto de los cables y acababa en un pegote de plástico electrocoagulante adherido a la base del edificio volante.

- De momento todo ha salido según lo previsto - comentó Luis -. Ahora necesitaré a Prill. No, ¡nej! Lo había olvidado. Prill no tiene traje de presión.

- ¿Traje de presión?

- Vamos a subir en el «Improbable» hasta la cumbre del Puño-de-Dios. El edificio no es hermético. Tendremos que dejarla aquí.

- Hasta la cumbre del Puño-de-Dios - repitió Interlocutor -. Luis, una sola aerocicleta no es lo suficientemente potente para remolcar el «Embustero» hasta ahí arriba. Si además quieres sobrecargar el motor con la masa adicional de un edificio flotante.

- No tengo intención de remolcar el «Embustero». Arrastraré el alambre hasta la cumbre. Dejaremos que se deslice libremente a través del «Embustero». Nada lo detendrá hasta que le ordene a Prill que cierre la compuerta.

Interlocutor pareció pensarlo.

- Creo que saldrá bien, Luis. Si la aerocicleta del titerote no resulta lo bastante potente, siempre podemos desprendernos de parte del edificio para reducir el peso. Pero, ¿para qué? ¿Qué esperas encontrar ahí en la cumbre?

- Podría resumírtelo en una sola palabra; y te reirías ante mis narices. Interlocutor, te juro que, si me equivoco, nunca lo sabrás - dijo Luis Wu.

Mientras tanto pensaba: «Debo explicarle a Prill lo que debe hacer. Y taponaré el conducto con plástico. No impedirá el paso del cable, pero el «Embustero» quedará casi herméticamente cerrado».

El «Improbable» no era una nave espacial. Su fuerza elevadora era de carácter electromagnético y se sustentaba en la estructura básica del propio Anillo. Y en el Puño-de-Dios esta estructura básica formaba una ladera inclinada; pues la montaña estaba hueca. Naturalmente, el «Improbable» tendría tendencia a volcar, a caer hacia atrás bajo el impulso de la aerocicleta del titerote.

Interlocutor ya había hallado una solución a ese problema.

Se enfundaron sus trajes de presión ya antes de iniciar el viaje propiamente dicho. Mientras sorbía una papilla a través de un tubo, Luis recordó con añoranza la carne asada con la linterna de rayos laser. Interlocutor estaba sorbiendo sangre reconstituida, absorto en sus propios pensamientos.

La cocina sin duda era innecesaria. Se deshicieron de esa parte del edificio y con ello disminuyó su tendencia a volcar hacia atrás.

También se deshicieron del equipo de aire acondicionado y de los controles policíacos. Sin embargo, no arrojaron por la borda los generadores que destruyeron sus aerocicletas hasta asegurarse de que eran independientes de los motores elevadores. Luego derribaron algunas paredes, dejando las necesarias para protegerse de los rayos directos del sol.

Cada día les acercaba un poco más al cráter del Puño-de-Dios, un cráter capaz de tragarse casi cualquier asteroide. El reborde del cráter no le recordaba a ninguno de los que había visto Luis. Unos salientes semejantes a puntas de lanza de obsidiana formaban un anillo dentado. Puntas de lanza que por sí solas tenían las dimensiones de una montaña. Localizaron una hendidura entre dos de esos picos. Podrían pasar por allí...

- Imagino que deseas penetrar en el cráter - dijo Interlocutor.

- Así es.

- En ese caso, es una suerte que hayamos encontrado ese cañón. A partir de allí la ladera se hace demasiado empinada para nuestro motor. Pronto llegaremos al cañón.

Interlocutor pilotaba el «Improbable» a base de variar la tracción de la aerocicleta. Habían tenido que dirigirla así desde que se desprendieron del mecanismo estabilizador, en un último intento de aligerar el peso del edificio. Luis ya se había acostumbrado al extraño aspecto del kzin: los cinco globos transparentes concéntricos de su traje de presión, el casco en forma de pecera con su maraña de controles para la lengua que casi le ocultaban todo el rostro, la enorme mochila.

- Llamando a Prill - dijo Luis por el intercom -. Llamando a Halrloprillalar. ¿Estás ahí, Prill?

- Aquí estoy.

- No te muevas. Dentro de veinte minutos estaremos al otro lado.

- Me alegro. Ya ha durado bastante.

El Arco parecía despedir llamas sobre sus cabezas. A mil quinientos kilómetros por encima de la superficie del Mundo Anillo, llegaban a divisar el lugar donde el Arco se confundía con los muros exteriores y el paisaje plano. Se sentían como el primer hombre que viajó al espacio, haría de eso un millar de años, y al mirar hacia la Tierra comprobó que, por Jehová, realmente era redonda.

- Cómo íbamos a adivinarlo - dijo Luis, muy quedo. Sin embargo, Interlocutor levantó la vista de lo que estaba haciendo.

Luis no advirtió la mirada extrañada del kzin.

- Hubiéramos podido ahorrarnos muchos problemas. Hubiéramos podido regresar en cuanto encontramos el alambre de las pantallas. ¡Qué nej, hubiéramos podido remolcar el

«Embustero» hasta la cumbre del Puño-de-Dios con nuestras cuatro aerocicletas! Pero entonces Teela no habría conocido a Caminante.

- ¿Todavía la suerte de Teela Brown?

- Naturalmente. - Luis tuvo un sobresalto -. ¿He estado hablando solo?

- Te he estado escuchando.

- Tendríamos que haberío imaginado - dijo Luis. Ya estaban muy cerca del cañón entre los dos empinados picos -. Los Constructores nunca habrían construido una montaña tan alta en este sitio. Poseen más de un billón de kilómetros de montañas de más de mil kilómetros de altura, si contamos los dos muros exteriores.

- Pero el Puño-de-Dios existe, Luis.

- No. Es sólo una cáscara. Mira ahí abajo: ¿qué ves?

- Material base del Anillo.

- Cuando lo vimos por primera vez creímos que era hielo sucio. ¡Hielo sucio, sobre el vacío! Pero esto es lo de menos. Recuerdas la noche que estuviste examinando el mapa gigante del Mundo Anillo? No conseguiste localizar el Puño-de-Dios. ¿Por qué no?

El kzin no dijo nada.

- Porque no estaba allí, por eso. No estaba allí cuando hicieron el mapa. Prill, ¿estás ahí?

- Sí. ¿Esperabas no encontrarme?

- Bien. Cierra las compuertas. Repito, cierra las compuertas, ya. Ten cuidado, no vayas a cortarte con el alambre.

- Mi gente inventó este alambre, Luis. - La voz de Prill le llegaba algo desfigurada. Se perdió un minuto, luego anunció -: Las dos puertas están cerradas.

El «Improbable» cruzó entre las rígidas astillas de montaña, la tensión de Luis, todo y con ser grande, hubiera sido aún mayor de no haber confiado en su subconsciente en que existiría alguna forma de cañón o paso entre esos picos.

- Luis, ¿qué esperas encontrar exactamente en el cráter de Puño-de-Dios?

- Estrellas - dijo Luis Wu.

El kzin también estaba sometido a una gran tensión.

- ¡No intentes burlarte de mí! Te juro...

... Y ya estaban al otro lado. No había ningún paso. Sólo una cáscara rota de material base del Mundo Anillo, dilatado por increíbles tensiones hasta quedar reducido a menos de un metro de espesor; y luego se abría el cráter de la montaña del Puño-de-Dios.

Comenzaron a caer. Y el cráter estaba lleno de estrellas.

Luis Wu tenía una imaginación estupenda. Mentalmente, podía hacerse una imagen perfectamente clara del proceso.

Primero vio el sistema del Mundo Anillo, estéril, impoluto, libre de naves espaciales, libre de cualquier objeto excepto la estrella G2, una cadena de pantallas cuadradas y el Mundo Anillo. Luego vio un cuerpo extraño que pasaba próximo a él, demasiado próximo. Contempló su caída hiperbólica desde el espacio y vio que en su trayectoria interestelar se interponía... la cara inferior del Mundo Anillo.

En su visión, el cuerpo extraño tenía aproximadamente el tamaño de la Luna de la Tierra.

Los primeros segundos debió de ser sólo plasma ionizado. Un meteorito puede enfriarse por ablación, por la vaporización de su propia capa exterior. Pero aquí el gas vaporizado no tenía posibilidades de expansión. Conque se había ido introduciendo en una deformación de la base del Anillo. El paisaje se había deformado hacia arriba; su cuidadosamente estudiada ecología y la organización de las lluvias habían quedado completamente desbaratados en una región más extensa que la superficie de la Tierra. Todo ese desierto... y el propio Puño-de-Dios, que se elevaba más de mil kilómetros antes de que la bola de fuego lograra atravesar el increíblemente resistente material base del Anillo.

¿Puño-de-Dios? ¡Nej, claro! Desde una celda del Mundo Anillo, Luis había imaginado claramente lo sucedido. El fenómeno debió de verse desde todas partes: una bola de fuego infernal del tamaño de la Luna de la Tierra que atravesaba la base del Anillo como el puño de un hombre fornido puede atravesar una caja de cartón.

Los nativos podían dar gracias de que la base del Anillo se hubiera deformado hasta tal punto. Por ese agujero podrían haber perdido fácilmente todo el aire del Mundo Anillo; sólo que estaba unos mil kilómetros demasiado arriba...

El cráter estaba lleno de estrellas. Y no había gravedad; los motores elevadores no tenían en qué sustentarse. Luis realmente no había anticipado lo que ocurriría a partir de ahí.

- Agárrate - gritó -, ¡y no te sueltes! Si te caes por la ventana, jamás conseguiremos rescatarte.

- Ya lo veo - dijo Interlocutor. Se había colgado de una viga de metal. Luis encontró otra.

- ¿Te das cuenta? ¡Estrellas!

- Sí, Luis, pero ¿cómo lo adivinaste?

Entonces sintieron la fuerza de la gravedad, algo tiraba del «Improbable». El desmantelado edificio se ladeó y la ventana de la sala de mandos daba hacia arriba.

- Ha resistido - dijo Luis con orgullo. Se instaló sobre su viga -. ¡Más vale así! Espero que Prill se haya puesto el cinturón; será un trayecto agitado. Tendrá que subir toda la ladera del Puño-de-Dios colgada del extremo de quince mil kilómetros de alambre de las pantallas. Tendrá que subir y pasar al otro lado, y entonces...

Ya podían ver el vientre del Mundo Anillo. Una superficie infinita, toda ella repujada. En el medio, un enorme orificio cónico abierto por un meteorito, reluciente en el fondo. Mientras el «Improbable» se balanceaba como una plomada bajo el Mundo Anillo, el sol comenzó a relucir en el fondo del cráter.

- ...saldrá y comenzará a bajar. Y quedaremos unidos al «Embustero» y rumbo al espacio abierto, a mil, doscientos kilómetros por segundo. El alambre acabará juntándonos; y si eso no funciona, aún nos queda el motor de la aerocicleta de Nessus. ¿Cómo lo adiviné? Ya te lo he dicho. ¿No te he hablado del paisaje?

- No.

- Ello fue el detonador. Todos esos picos de material base que asomaban entre las rocas, ¡y sólo habían transcurrido mil quinientos años desde la caída de la civilización! La causa eran esos dos orificios causados por meteoritos, que habían cambiado el rumbo de los vientos. ¿Has observado que la mayor parte de nuestro recorrido tuvo lugar entre esos dos orificios?

- Un razonamiento muy tortuoso, Luis.

- Pero no ha fallado.

- Es verdad. Y gracias a ti podré ver otra puesta de sol - dijo quedamente el kzin.

Luis saltó como electrizado:

- ¿Tú también?

- Sí, a veces me gusta contemplar la puesta del sol. Pero, hablemos del «Tiro Largo».

- ¿Cómo dices?

- Si consiguiera apoderarme del «Tiro Largo», mi especie dominaría el espacio conocido hasta que otra especie más poderosa chocara con nuestra esfera expansiva. Olvidaríamos todo lo que hemos ido aprendiendo con tanto esfuerzo, en cuanto a la cooperación con especies distintas.

- Así es - dijo Luis en la oscuridad. El alambre robado se mantenía firme. El «Embustero» ya debía de haber iniciado el ascenso por la pendiente de diez grados del Puño-de-Dios.

- Tal vez ni siquiera lleguemos a ese punto, si pensamos que la suerte de varios miles como Teela Brown protegerá la Tierra. Sin embargo, el honor me obliga a intentarlo - continuó Interlocutor-de-Animales -. No osaría apartar a mi especie del honorable camino de la guerra. Los dioses kzinti renegarían de mí.

- Ya te advertí que jugar a dios era arriesgado. Se sufre.

- Por suerte, el dilema no se plantea. Has dicho que destruiría el «Tiro Largo» en mi intento de apoderarme de él. Es un riesgo que no puedo correr. Necesitaremos el hiperreactor de los titerotes para huir del frente expansivo de la explosión del Núcleo.

- Así es - dijo Luis.

- ¿Y si te estuviera mintiendo? - preguntó entonces el kzin. - Nada podría hacer contra el ingenio de un ser tan inteligente.

El sol centelleó en el fondo del cráter del Puño-de-Dios.

- En realidad, hemos visto muy poco - dijo Luis -. Doscientos cuarenta mil kilómetros en cinco días, luego, otra vez la misma distancia en dos meses. Una séptima parte de la anchura del Mundo Anillo. Y Teela y Caminante lo recorrerán a todo lo largo.

- Están locos.

- Nunca llegamos a ver el muro exterior. Ellos lo verán. Me pregunto cuántas cosas más nos habremos perdido. Si las naves de los anillícolas llegaron hasta la Tierra, tal vez se trajeran algunas ballenas azules y ballenas espermáticas, antes de que las extinguiéramos. No llegamos a ver ningún océano.

- Piensa en toda la gente que conocerán. Una cultura puede seguir infinitos derroteros. Y todo ese espacio... El Mundo Anillo es tan grande...

- No podemos volver atrás, Luis.

- No, claro que no.

- No hasta que comuniquemos nuestro secreto a nuestros respectivos mundos. Y podamos conseguir una nave en buen estado.

FIN